Julio Carreras

El alma en cada abrazo

Novela

Ella presentía
que era corto el plazo...

Quipu Editorial

Julio Carreras

El Alma en cada Abrazo

Quipu Editorial

editorial.quipu@gmail.com

Ah, insensatez que você fez

coração mais sem cuidado

fez chorar de dor

o seu amor

um amor tão delicado…

Ah, porque você foi fraco assim

assim tão desalmado.

Ah, meu coração que nunca amou

não merece ser amado.

Tom Jobim

PRIMERA PARTE

La mente de Juan Cruz difícilmente permanecía silenciosa. Llevaba música dentro. También imágenes que se movían, como en un cine. Entonces, con frecuencia daba la impresión de estar distraído. No le resultaba posible ignorar aquellas presencias constantes, que se manifestaban desde su interior.

1

The Beatles: Penny Lane

Era una tarde fría. Juan Cruz había ido a buscar a Cecilia cuando ella se preparaba para ir a la facultad. Él tenía un dedo lastimado (se había dado un martillazo mientras ponía un clavo en la pared de su negocio) y quería curarlo. La madre de Cecilia le dio vendas, desinfectante y cinta adhesiva. Juan Cruz pidió a su novia que le ayudase. Ella contestó que no tenía tiempo; además, dijo, con sus manos limpias y perfumadas le resultaba desagradable ponerse a manipular "heridas purulentas". Por causa de ello discutieron; Juan Cruz, ofendido, se fue. Eran frecuentes aquellas "peleas" en los últimos meses. Propias de un noviazgo sin convicción. Pese a lo cual duraba ya más de tres años. A poco de salir se olvidó del asunto.

Le gustaba caminar por las calles semidesiertas en días de frío. Los transeúntes se entrecruzaban apurados y los autos con las luces de posición encendidas discurrían con las ventanillas cerradas; pero él no sentía prisa. Una vaga satisfacción recorría su cuerpo, absorbido por la consciencia del tiempo, del espacio-tiempo-cósmico que lo acogía; sonreía en su interior, sintiéndose propietario de un resorte secreto que le permitía percibir algo seguramente particular, agradable, en los entornos, algo que al parecer sus semejantes no captaban (*de otro modo no andarían así, agobiados y huyentes, haciendo*

gestos de reprobación al frío, a la lluvia, al viento, al calor, a cualquier manifestación climática en fin, como si la existencia misma fuera una especie de condena, reflexionó). Le gustaba caminar en esos días. En cualquier día, todos los días. Cuando lo humano parecía indicar que debía admitirse como condición inherente al ser la más críptica soledad (aún rodeado de afectos, parentescos, relaciones convencionales) surgía al internarse en sí mismo aquella unión metafísica con el espacio-tiempo, con los objetos inertes, con los animales, los árboles, el cielo o las aguas, incorporándose a su existencia interior de un modo discreto e impersonal para proveerle serenidad, *completitud*. Solía ocurrirle especialmente en circunstancias angustiosas o decepcionantes. Juan Cruz las había tenido en numerosas ocasiones desde su primera infancia. Quizá fuera un recurso, pues: para eludir el dolor sentimental o la amargura, desconectando momentáneamente de los asuntos humanos a su consciencia. Para refugiarse en una reformulación armónica del mundo, en su imaginación. Eso que creía su "comunicación con el espacio-tiempo" era con frecuencia lo único que podía sentir como absolutamente confiable. "Algo en que confiar", se dijo. "Consuelo intelectual. Poca cosa, tal vez. Pero algo al menos." (…*el tiempo pasando ante sus ojos como un humo largo y azulado sin fragmentarse jamás, y esa sensación indefinida de paz y tristeza simultáneas, una tristeza dulce, induciendo a dejarse arrastrar como en un río, boca arriba, sintiendo la caricia del aire, envolvente, avanzando sólo una mano de a ratos para conservar el equilibrio*…)

Andando lentamente llegó a la Dirección de Técnicas Audiovisuales. Era un edificio muy amplio, alargado, con una ancha galería que se prolongaba por más de cincuenta metros para desembocar en un amplio jardín arbolado. A la izquierda

varias oficinas. Juan Cruz entró en una de ellas, hacia la mitad del trayecto. Se quitó el negro sacón de corderoy, saludó a su padre, el director. Este contestó con frialdad rutinaria. Después, el joven ocupó uno de los amplios butacones que rodeaban a una mesita de grueso metal oscuro y se puso a hojear distraídamente cualquier revista. Su imaginación continuaba absorta en algunas de las ideas que flotaban en su interior, prolongando sensaciones de la más o menos extensa caminata, cuando repentinamente ingresó el tío Manuel, hermano de su papá y asesor pedagógico de la institución.

–Las chicas están organizando un viaje de Fin de Curso y quieren recolectar fondos –le dijo, después de saludarlo–… Como vos tienes experiencia en estas cosas, me gustaría que las orientes.

Cierto grupo de colegialas, compañeras de su prima, se reunían en uno de los salones del fondo con tal propósito. Su tío Manuel era para él una autoridad casi tan válida como su padre, por lo cual en el acto se dispuso a complacerlo. Se calzó de nuevo el saco, no porque sintiera frío, sino por aquella maldita mancha de extracto Altai robado a su abuela que le había arruinado el pecho de su hermoso pulóver blanco, cuello alto, tejido a mano, una noche que se lo puso antes de salir. Desde entonces, lo usaba invertido: si alguien accediera a mirar su espalda, descubriría una ristra de medallones amarillentos ahí, pues.

Cuando entró a la sala varias chicas estaban sentadas formando un círculo: en el centro habían colocado un asiento con posabrazos, evidentemente destinado a él. Saludó distraídamente, aceptando los besos de su prima y otra conocida y se sentó. Fue presentado por su tío Manuel, aunque

algunas dijeron que ya lo conocían, “de vista”. Sin preámbulos confesó que su especialidad no era organizar espectáculos, sino actuar en ellos como guitarrista de rock. Prometió interesar en el asunto a su nuevo socio, Panchín Herrera, quien ahora estaba de viaje, precisamente con la tarea de pactar contratos con algunos artistas de Buenos Aires. Para centrarse en lo que diría, Juan Cruz había comenzado a hablar mirando hacia abajo; iba levantando el volumen de la voz y su cabeza, paulatinamente, a medida que esclarecía en su mente las recomendaciones prácticas que podía darles. Estaba hablando ya con fluidez y precisión, cuando lo sintió. Sintió una especie de llamado, hacia un sector de la reunión. Antes de volverse, bajó por un momento los ojos. Sin dejar de hablar, tornó la cabeza lentamente hacia su derecha.

Entonces vio un par de piernas; hermosas piernas cruzadas, de adolescente robustez, mostrando apenas unas rodillas morenas, tersas, y el principio de unos muslos potentes, entre las cortas medias de lana marrón y la pollera gris. Después, una criatura tan hermosa que por algunos segundos lo dejó absorto, como si súbitamente hubiese entrado a un espacio hechizado.

Carpenters: Close To You

Esa vez vio primero sus hermosas piernas que lo introdujeron en un deleitoso vértigo. Llevaba mocasines rojos y medias hasta las pantorrillas, una de sus piernas cruzadas se hundía formando una tersa duna hacia el misterio gris de la minifalda; encima, un pulóver marrón, de cuello alto. Cuando llegó a la faz de esa muchacha y vio sus ojos, Juan Cruz sintió en todo el cuerpo, particularmente alrededor de los labios, un cosquilleo leve, cierta disposición de extática placidez. Una reacción subconsciente le advirtió que todos lo estaban observando: entonces bruscamente quitó la atención de ella, y continuó. No quiso mirarla más aquella tarde. Aunque no le preocupara, intuyó que las chicas y su tío Manuel, se habían dado cuenta.

La segunda vez que la vio fue en la siguiente reunión con las chicas de su 5º Año Normal. Había prometido venir con Panchín, y cuando se acercaban en su fitito naranja, divisaron a dos muchachas, conversando en la puerta de la oficina, que esperaban. Ellas también los vieron; Laura corrió a avisar a las demás. En los segundos previos había tenido tiempo suficiente para admirarla: era alta, llevaba botas oscuras, esta vez una pollera marrón y un tapado al tono, tejido, bajo el cual asomaba su pulóver amarillo.

–¡Qué bien que está esa pendeja!... –exclamó Panchín con su boca en pico.

–No te molestes siquiera en mirarla… está conmigo –aseguró Juan Cruz, avergonzándose de inmediato pues sus

labios habían pronunciado aquello sin recibirlo de la conciencia.

–¡Te conozco! ¡Porfirio Rubirosa!...–se burló de él Panchín, largando esa risita aguda que tenía.

3

Bob Dylan: Lay lady Lay

Algunos días más tarde, caminando por la 24 hacia su negocio, sintió que una algazara de guardapolvos blancos pasaba a su lado echando un soplo parejo.

–“¡Aaaadiós!” –exclamó girando el cuello Alita, una de las tres. Al llegar a la esquina, notó que Laura, con un gracioso empujón del hombro y las caderas desviaba la dirección de sus compañeras hacia donde debía saber que él se dirigiría. Dobló por la Urquiza, fingiendo no haberse dado cuenta. Continuó caminando y como ellas habían cruzado a la vereda de enfrente pudo mirarla a piacere bajo las mágicas efracciones que el sol de invierno proyectaba por entre las abigarradas hojas de los gomeros. También cruzó la calle, y como siguiera afectando indiferencia al pasar a su lado nuevamente, escuchó una voz diáfana decir:

–¡Qué orgulloso!… ¡No saluda! –y las risas desplegándose como gorjeos.

Era Laura. Movió la cabeza y las saludó, con una sonrisa breve. Eso fue todo.

Pero ellas después aparecieron por el negocio, y él, para verlas de nuevo, les dio una tarea; algo nimio, un trámite en el diario, relacionado con el recital de rock que organizaban. Como a la media hora, volvieron, esta vez sólo Alita y Laura. Fueron juntos a La Cueva y allí se encontraron con Panchín. Más tarde, subieron al fitito reluciente de Panchín –anaranjado–, los dos muchachos adelante, ellas atrás. Por segunda vez Alita dijo que Juan Cruz, quien tenía un poco crecida la barba, se parecía a Omar Shariff. A él le sorprendió que Laura reaccionara, con cierta graciosa violencia:

–¡Ya te ha dicho que no se parece a Omar Shariff! –censuró a su amiga–: ¿Para qué insistes?

Aunque no lo denotaba exteriormente (al menos así lo creía) él ya la amaba.

4

Andy Williams - Can't Take My Eyes Off You

La vio venir sonriente hacia él, como si albergara en su cuerpo una secreta armonía del Universo. El danzar de las olas, el girar del viento, los murmullos del río, la caricia del sol, parecían haberse condensado en las formas de aquella muchacha. Cuando Laura llegaba, los elementos de la realidad parecían modificarse, tornarse joviales, entrando en una especie de escenificación musical preconcebida. Esa imagen no se borraría jamás. Una y otra vez la volvería a percibir, a lo largo de toda su vida, en escenarios aciagos o pletóricos, en momentos de gozo o de dolor, incluso en otras mujeres, que en nada físico se le parecerían.

¿Cómo era Laura? Debía medir cerca de 1,70: Juan Cruz apenas la superaba por unos pocos centímetros, y cuando usaba tacos altos ella resultaba más alta. Su cuerpo era perfecto, un término medio entre lo robusto y esbelto. De tez morena, con un color firme y regular, como el de las maderas más nobles. Pies pequeños, "como de osita", piernas torneadas, caderas sólidas, cintura angosta, torso en isósceles inverso ampliándose hacia los hombros para sostener dos pechos generosos, potentes. El cuello largo sustentaba su perfección culminante: esa cabeza bellísima, de frente amplia, comba, lustrosos cabellos finísimos de color marrón, totalmente lacios, cayendo como una cascada caoba, a los lados de un rostro con dibujo de frutilla. Sus cejas eran naturalmente finas, trazaban garbosos diseños sobre los ojos almendrados, cuando Laura modificaba sus expresiones. Las facetas de su rostro recordaban de inmediato a las *donnas* de Boticelli; algo racionalmente explicable dado el origen ítalo septentrional de su mamá. De madre rubia y padre muy moreno, había heredado las mejores líneas. El padre, aparte de su color pardo uniforme, presentaba

un rostro que por lo demás bien podría haber sido franco o bávaro. La madre, una típica “gringa” de ojos claros, había dotado a Laura con sus proporciones formidables; el padre, algo obeso, le dejó esa tendencia que ella temía en secreto, pero también en su mayor parte las delicadas líneas de su rostro. Los ojos tenían una parecida forma a los de su mamá, aunque no eran verdes. “Esto hubiera debilitado el efecto en aquella cara morena, al distraer hacia un factor antitético la atracción que suscitaba el conjunto de esa cara”, pensó Juan Cruz. En cambio, los ojos marrones, brillantes, poseían el color justo para su asombrosa forma de horizontales almendras. Cada trazo de su nariz, de su boca, de su mentón, presentaba un perfil ajustado, exquisito. Al contemplar su rostro, sus facciones, una palabra se dibujaba inmediatamente en la imaginación, si esta había accedido aunque más no fuera a las rudimentarias nociones del arte: Armonía.

5

Engelbert Humperdinck - Release me and Let me Love again

Por un impulso repentino, Juan Cruz había decidido, un año atrás, casarse con Cecilia. Incluso se lo anunció a ella y a su madre. La razón genuina –aunque al comienzo ni siquiera se lo confesó a sí mismo– fue que no podía seguir soportando su servicio militar. El casamiento era causa legal para ser dado de

baja. Cuando se lo comentó a su padre este lo tomó en sorna y le aconsejó que "dejara de fabular macanas". "Tomá, leé esto, te va a venir bien", recomendó, alcanzándole un libro: *El Arte de Amar*. Erich Fromm. Ediciones Paidós. México, 1969. Tampoco en la familia de su novia esa repentina propuesta había causado entusiasmo. Juan Cruz no poseía otro oficio que el de guitarrista mediocre. Por lo demás, ni siquiera contaba con algún título secundario. Comoquiera que fuese, ante la posibilidad de que Cecilia emprendiese muy pronto el matrimonio, su madre (viuda desde hacía un año) comenzó a trazar proyectos para ubicar al futuro yerno en alguna de las empresas agropecuarias de sus parientes tucumanos.

De hecho el noviazgo de Juan Cruz con Cecilia había sido un tipo de acuerdo racional, casi despojado de sexualidad o sentimientos. Como producto de la angustiosa culpa, el joven, a los dieciocho años se había arrepentido de casi todo lo actuado desde sus catorce en adelante: período en que abandonó la escuela secundaria, se fue a vivir a otras provincias, subsistió entre noctámbulos, malandrines y buscavidas gracias a su habilidad con la guitarra eléctrica y sedujo o trató de seducir a toda muchacha atractiva que se le cruzara en el camino. De algún modo su bella presencia, su virilidad singular, la educación aluvional que recibiera por haber crecido en ámbitos intelectuales, fueron arrastrándolo por el camino fácil de utilizar esos dones casi únicamente para obtener placeres o algún pequeño beneficio. Al regresar a Santiago, ingresó a la Acción Católica; estimulado por un entorno agudamente religioso, concurría a misa todos los días. Había venido sintiéndose cada vez más asustado por el desorden de su existencia: hasta que en cierto momento, aconsejado por Raúl Dávalos, entonces su mejor amigo, decidió buscar novia,

encausando su vida en los parámetros de la burguesía provincial, proponiéndose consolidar más tarde tal proyecto al plasmarlo en una familia “respetable”, socialmente integrada, autosuficiente.

Cuando apareció Cecilia, una muchacha sin demasiados atractivos pero de “buena familia” y talante conservador, Juan Cruz creyó adecuado acallar anteriores entusiasmos y encarrilar su destino en un noviazgo formal con aquella jovencita de quince años, con la cual proyectó desde el comienzo casarse, en un futuro más o menos cercano.

Juan Cruz conoció a Cecilia en septiembre. Se le declaró, fue aceptado y al intentar besarla se maravilló cuando ella, sonrojándose, exclamó:

–Pero yo no sé besar…

Resultaba perfecto. Cumpliría además el ideal del macho santiagueño, llevando a su alcoba nupcial a una jovenzuela impúber.

Con el paso de los meses, la relación fue madurando, hasta convertirse en algo público y aceptado por ambas familias. Como suele suceder en ese periodo de la evolución biológica, dos años bastaron para el florecimiento de Cecilia quien, a los 18 años, terminaba su ciclo secundario, iniciaba una carrera universitaria y se destacaba en el mundillo “chic” de Santiago del Estero por su elegancia, junto al refinamiento de sus modales. Todo sobre el subyacente aval de su origen distinguido.

Luego de haber renunciado a casarse con ella resignándose a soportar hasta el fin la “colimba”, el noviazgo ya casi rutinario de Juan Cruz y Cecilia, entrando en su cuarto año de duración,

comenzaría a resquebrajarse. En tal circunstancia ocurrió la aparición de Laura.

Cecilia se tornó definitivamente un factor molesto. Otra vez, como fuera desde su infancia, Juan Cruz hallaba guión para su vida en algún tema musical:

“Please release me, let me go,

“For I don't love you anymore.

“To live a lie would be a sin.

“Release me and let me love again.

“I have found a new love, dear.

“And I will always want her near.

“Her lips are warm where yours are cold.

“Release me, darling, let me go”.

Sugería Engelbert Humperdinck en su mente mientras caminaba tratando de imaginar lo que se iba aproximando.

Mucho tiempo después, cuando ya todo había sucedido, meditando una y otra vez sobre aquello, como lo hacen quienes han sido sobrepasados y arrastrados por acontecimientos

inmensos sin darles tiempo para captar sus más hondos sentidos, Juan Cruz recordaba que en el periodo previo a su brevísimo noviazgo con Laura, había salido con una bonita muchacha de ojos claros, llamada Griselda. Iba a ser una transición, hacia lo que presentía como algo extraordinario e irrepetible, desde el tedioso páramo sentimental por el que desde 1970 en adelante atravesaba.

Cecilia misma había provisto de argumentos sólidos para su moral cristiana, al cometer durante aquel pasaje de su noviazgo, acciones que Juan Cruz consideraría desleales. Estando él de guardia los sábados, comenzó a salir a bailar con sus amigas y amigos habitualmente. La comprensible necesidad social de una muchacha de 19 años constituiría en cambio, para Juan Cruz, un signo de alarma, que terminaría de disolver sus ya bastante desgastados propósitos de continuidad en el vínculo. Tanto que al terminar su servicio militar –mediados de marzo de 1971– él ya había resuelto finalizar aquel noviazgo. Únicamente vacilaba respecto de la oportunidad.

Lo de Griselda fue algo blando y superficial, un agradable juego de afectos sencillos con una niña dulce, ingenua, que sólo tenía un cuerpecito hermoso y una cara muy linda para ofrecer, como un ejercicio de los sentidos, que desperezándose con los nuevos sentimientos, se preparaban a recibir lo verdaderamente grande, que se avecinaba. Juan Cruz dejó de encontrarse con Griselda por decisión propia una tarde cualquiera, tan casualmente como se había acercado a ella. La muchacha tampoco acudió a él por algún tiempo, seguramente con el ánimo de afrontar lo que percibía como una pulseada afectiva, en la cual tarde o temprano –si se adopta un pensamiento lógico– uno de los dos debería ceder. Esto no

ocurrió, Juan Cruz sencillamente se olvidaría de ella y, de no ser por un cruce fugaz que se daría más tarde, jamás hubiese vuelto a registrarla siquiera en sus pensamientos. Tal vez el mayor mérito de aquel efímero devaneo, fue dotar al espíritu de Juan Cruz de la confianza que necesitaba para dar un corte definitivo a su noviazgo. Había conocido a Griselda durante lo que parecía una más de tantas “suspensiones” de relación con Cecilia. Pero esta vez Juan Cruz no volvió a llamarla por teléfono para concertar otro reinicio, como lo había hecho siempre en tales circunstancias. Y cuando al fin la joven estudiante universitaria lo llamó, se mantuvo fríamente seguro en su decisión de terminar, definitivamente.

6

Gabriella Ferri: Ti regalo gli occhi miei

Laura ayudaba a lavar los platos a su madre y a Romelia, la empleada. Los invitados se habían ido y Rita, la hermana mayor, tuvo que atender a su hijita de meses, por lo cual no podría colaborar con ellas. Enseguida se sumó la empleada de

Rita, para escurrir y secar la vajilla; las tres mujeres se pusieron a parlotear entre el estruendo de los cubiertos de metal y demás enseres al entrechocarse cada tanto. Rememoraban o analizaban uno u otro detalle de la reciente fiesta. Laura se mantuvo al margen esta vez. Habían festejado el cumpleaños de su padre. Un Licenciado en Antropología, muy prestigioso en esta región. Sin saber por qué la muchacha, de diecisiete años, sentía en su ánimo una angustia suave.

Tenía una pista. De repente –unas horas atrás– en medio de la fiesta, había descubierto que súbitamente le provocaba rechazo aquel ambiente pretencioso. Aún habiendo crecido en él desde su nacimiento. Los prejuicios discriminatorios, los cumplidos hipócritas, la exhibición de títulos y posesiones, enmarcados en cierto simulacro de refinamiento bajo el que emergía constantemente la frivolidad, llegaban de pronto a molestarla. Cotidianamente vivía el contraste de la doble personalidad familiar, esmerándose para ostentar en público un status económico inexistente, junto a logros académicos no siempre genuinos. Por otra parte, más o menos iguales a la mayoría de quienes, en la provinciana sociedad santiagueña, constituían las "clases altas". Cuando en la intimidad solían atravesar situaciones difíciles tras el propósito de adquirir objetos demasiado caros para sus recursos, y sustentar una conducta en muchos casos primitiva o grosera al sentirse a resguardo del público. La casa que habitaban era un testimonio tangible de aquella presuntuosidad pertinaz. Inmensa, dotada en todos sus ambientes con muebles caros y decoración suntuosa, ocupaba casi una manzana y poseía al fondo un parque con pileta de natación. Dado que el estatus de las "clases altas" exigía tener una finca en las afueras para vacaciones o fines de semana, los González Abreu poseían un

“campito” de tres hectáreas, también con pileta y un pequeño chalet, en la localidad vecina de El Zanjón.

–¿Qué te pasa, Laura? –oyó que le preguntaba, repentinamente, su madre. Contestó casi por reflejo:

–Nada, mami… me agarró un poco de sueño…

–Vos no me engañas –insistió su madre, sonriendo– vos estabas pensando en algo –. Luego, con acento que intentaba sonar cómplice, agregó: –…a ver… ¿no será que te estás enamorando de ese chico que te sacó varias veces a bailar? Según creo es el hijo del doctor Beltrán… Te diré que es un muy buen partido, así que si te gusta, creo que todos te vamos a apoyar…

–¡No mami, no me gusta!... –protestó Laura–¿Por qué me subestimas? ¿Cómo crees que me va a gustar un tonto de ese tipo?...

–¡Ay, qué pretenciosa! ¿A quién esperas? ¿Crees que te va a venir a buscar un Príncipe Azul? –se burló la madre.

–No… Príncipe Azul no… quizá, en cambio, algún Romeo… – contestó ella en el mismo tono de jauja.

–Mmm… mejor que no te vayas a enamorar de un “Romeo” aventurero… no vaya a ser que termines muriendo por él: como le ocurrió a la Julieta de Shakespeare…

Esa noche, al acostarse, Laura se sintió arrepentida de sus reflexiones. Las consideró injustas, crueles hacia su familia. ¿Con qué derecho criticaba sus padres? ¿Acaso no le daban todo lo que necesitaba y más, mucho más que tantas otras niñas, incluyendo a gran parte de sus propias compañeras de la Normal? Eso les costaba sacrificios, posiblemente renuncias a

objetivos personales o placeres. Su padre trabajaba mañana y tarde, como profesor de la Universidad Católica y también en colegios secundarios. Se daba tiempo, además, para ejercer la presidencia de la biblioteca Sarmiento. ¿Hubiera procurado tantas horas de cátedra si sus tres hijos no existieran? Siempre había dicho que anhelaba dedicarse a la investigación. Laura se sintió dolida por su mordacidad anterior, y lloró.

Al día siguiente todos se levantaron casi al mediodía. Fueron a la finca. En el Jeep de su padre y el automóvil de su cuñado, entraban todos. Allí pasaron un lindo día domingo, almorzando frugalmente y tomando mate con tortilla, moroncitos y chipaco adquirido a pobladores del lugar, por la tarde. Hacia el anochecer, volvieron.

El lunes por la mañana, desayunando con su padre y su madre a las 7:30, Laura repentinamente y sin causa aparente les pidió perdón.

–¿Por qué? –exclamó sorprendido el padre.

–Por no quererlos y valorarlos como se merecen… –contestó la joven.

El licenciado González Abreu, enorme en su traje gris, acicalado ya para iniciar su jornada laboral, se conmovió y, levantándose, abrazó a su hija menor. Luego le daría un beso en la frente, antes de salir.

7

Agustin Pereyra Lucena - Consolação

Durante el periodo referido aquí (1970-1972), la ciudad de Santiago del Estero está habitada por unas 50.000 familias (algo más de 120.000 personas). De ellas, el 10 por ciento vive en el centro de la ciudad y está conformada por las clases de mayores ingresos. Estas controlan el poder político y social.

El resto habita en diferentes barrios, cada vez más pobres cuanto más lejos del centro han logrado ubicarse. Sólo algunos espacios relativamente alejados, como una franja del Sur de la ciudad, sobre la Avenida Belgrano, o un poco menos, El Zanjón –a unos 15 kilómetros– han sido elegidos por miembros de las clases pudientes para edificar viviendas residenciales o fincas de fin de semana.

En los barrios, el 10 por ciento de su población es muy pobre, el 50 por ciento subsiste mayoritariamente por ingresos provenientes de empleos subalternos en la administración pública y el 30 por ciento restante son empleados de comercio.

Del 10 por ciento dominante, más de la mitad ocupan puestos jerárquicos de la Administración Pública. El resto son comerciantes. Los profesionales universitarios –mayormente médicos, abogados, escribanos y contadores–, superponen su actividad privada con algún cargo en la Administración Pública.

En lo cultural la población ciudadana vive todavía una especie de autismo aldeano, que comienza a ser fisurado,

lentamente, por la televisión. Prevalece, sin embargo, una mentalidad medieval, “actualizada” a través de pátinas sucesivas de conservadorismo liberal decimonónico. Un catolicismo en todo semejante al de la España franquista reina, de un modo agobiante y absoluto. En los barrios, predomina completamente el peronismo y su imaginario nacionalista de derecha. El folklore y el tango son patrimonio casi exclusivo de los barrios, cuando en el centro se escucha Jazz, Bossa Nova y clásicos europeos, entre los mayores, mientras que los jóvenes bailan con The Beatles, o rock estadounidense. Los jóvenes de los barrios bailan con Los Iracundos, Palito Ortega, Leonardo Favio, Los Ángeles Negros y grupos locales de cumbia.

El tipo racial predominante oscila entre lo latino y aborigen, constituyendo alrededor de un 95 % de la población. Las características predominantes en hombres y mujeres es un tipo de tez trigueña, cabellos castaños oscuros, ojos marrones, estatura media –promedio en hombres, 1,70, en mujeres 1,60 – de cuerpos esbeltos. Un 2 por ciento se compone de árabes y el 3 por ciento restante se divide entre centroeuropeos, aborígenes más puros, y otras etnias apenas representadas. Por cierto este esquema no alcanza para comprender las numerosas variedades étnicas que habitan la ciudad de Santiago, donde pueden hallarse desde rubios y rubias de cabellos muy claros, con ojos azules, en un extremo del abanico, hasta personas con tez muy oscura y ojos negros. El color es también un indicador social, puesto que los más blancos suelen formar parte de la clase que habita el centro, mientras en los barrios es normal el tono oscuro de la piel. Aunque no resulta extraña la presencia de rubios entre las clases más humildes y personas de piel oscura entre los más ricos.

Las clases pudientes se reúnen en dos confiterías céntricas: la Ideal y Siroco, y dos clubes: el Jockey Club y el Lawn Tennis. El Club Sirio Libanés, donde también se reúnen bastantes familias del centro, sólo convoca a fiestas abiertas excepcionalmente. Sus instalaciones, bastante lujosas, son frecuentadas normalmente por descendientes de árabes. Apenas un par de años antes entraron en la aceptación social los “boliches” donde, imitando los de otras ciudades más grandes, se baila a media luz. Los que existen en 1971 son cuatro: Help, La Jaula, Safari, Vinicius.

Las clases populares, en cambio, se divierten en clubes de fútbol o básquet, que organizan bailes cada fin de semana en sus instalaciones. Los más importantes de entonces llegan a siete: Red Star BBC, Huaico Hondo BBC, Comercio BBC, Gimnasia y Esgrima BBC, Villa Constantina BBC, Central Córdoba y Mitre. Sin la regularidad de estos, muchas bibliotecas populares o clubes más pequeños organizan también bailes, generalmente contratando conjuntos locales.

Mientras que de los espacios festivos céntricos el único capaz de albergar una concurrencia masiva es el Lawn Tennis, los clubes de barrio han sido pensados para mucha gente: algunos de ellos tienen capacidad para unas mil personas.

Espacios sociales de diversión vigentes durante muchos años, como el Club Bancario o el Parque de Grandes Espectáculos han caído recientemente en desuso. El Río Dulce Grill, gigantesca pista de baile con un monumental escenario, construida casi encima del río por un empresario hotelero, fue pionera en el intento de generar un espacio abierto para los barrios en las cercanías del centro. Tuvo una vigencia relativa entre 1965 y 1970, más o menos.

Existe una férrea delimitación clasista de los espacios públicos: el centro –salvo la zona del Mercado Armonía–, constituye el dominio exclusivo de las clases pudientes, que se manejan allí a sus anchas. Raramente los miembros de familias barriales se aventuran en el centro de la ciudad, salvo para algún trámite administrativo o alguna compra especial. Recíprocamente, resulta muy extraño ver a alguien de las clases altas visitando los barrios. Hay jóvenes del centro –especialmente las mujeres– que jamás en absoluto han pisado las calles de ningún barrio de la ciudad. Muchas de ellas o ellos conocen Buenos Aires y Mar del Plata. Algunos viajan allí habitualmente, o en sus vacaciones.

Los jóvenes del centro que estudian carreras universitarias lo hacen en Córdoba o Tucumán. En Santiago se ha abierto sólo una universidad católica, a fines de los 60, pero ofrece muy pocas carreras. La Facultad de Ingeniería Forestal, de creación reciente, es una especie de delegación del Estado nacional, y su estudiantado, que pronto se convertiría en un importante factor de cambio ideológico, proviene en un gran porcentaje de otras provincias argentinas. Pocos jóvenes de los barrios estudian carreras universitarias. De entre ellos, quienes pueden costearse los aranceles se inscriben en la Universidad Católica. También Ingeniería Forestal capta, a inicios de los 70, algunos estudiantes de estos sectores.

La arquitectura del centro de Santiago está dominada por las Iglesias, todas de estilos más o menos góticos. La Catedral es la de mayor tamaño y está al frente de la plaza principal, donde también se levanta el Cabildo, ocupado entonces por la Policía Provincial. Otras grandes capillas son La Merced, San Francisco y Las Franciscanas, Belén, Santo Domingo, y San Roque –esta última la única más o menos alejada de la plaza

céntrica, ya que las demás se han levantado todas en un recuadro de no más de 10 cuadras de lado.

Perduran en el centro muchos edificios de los siglos XVIII y XIX, algunos construidos con adobe, de techos altos, anchas galerías y patios espaciosos. En los barrios prevalece, sobre un relativo caos estético, la casa cuadrada, chata, de ladrillos, también con galerías, jardines y a veces muchísimo espacio ocupado por los patios, donde es frecuente hallar árboles gigantescos. Muchas de ellas colindan con pequeñas zonas montuosas. Mientras en el centro todas las calles son pavimentadas –existen todavía algunas pocas con adoquines– en los barrios son de tierra, y sólo pavimentadas algunas avenidas, siempre las que conducen al centro.

No hay muchos automóviles en el Santiago de entonces, y casi todos son propiedad de alguna familia céntrica. En los barrios mayormente se ven algunas camionetas, usadas para repartos, o camiones –frecuentemente propiedad del Estado o empresas, que los dejan en manos de sus choferes–, y algunas motocicletas, aunque tampoco de un modo abundante. El vehículo popular por excelencia es la bicicleta. Todavía algunas familias de barrio poseen pequeños carruajes con sus caballos.

8

George Harrison: My Sweet Lord

Juan Cruz terminó su servicio militar fortalecido en varios aspectos. Primero, el de su voluntad. Después del arrebato compeliéndolo a huir de cualquier modo del rigor y el enclaustramiento durante semanas conviviendo sólo con hombres, en su mayor parte brutales, resolvió enfrentar el desafío con dignidad. Esto lo había favorecido finalmente en su carácter. Por provenir de una familia nacionalista, en la cual oyó desde su infancia valorar en grado sumo el servicio a la Patria, el joven sentía una satisfacción moral, como la de quien ha atravesado una prueba imprescindible, e importante, luego de la cual se obtiene una especie de *convalidación de la hombría*, con el sentido que dan a esto los argentinos.

En el aspecto físico, los periódicos ejercicios gimnásticos y de combate pulieron su cuerpo, quitando la gratitud superflua. Se había convertido en un muchacho esbelto, bronceado por la intemperie; su presencia emanaba seguridad y fortaleza. También había aprendido a manejar armas de guerra, conducir vehículos pesados, resistir duras carreras sobre terrenos arenosos o irregulares sin claudicar, hasta una meta lejana. Situado en un puesto administrativo, más tarde, aprendería también el engorroso oficio de “escribiente”. Es decir, la inscripción de miles y miles de datos, nominales y numéricos, en otros miles de renglones sobre miles de páginas de registros y biblioratos, clasificándolos por orden alfabético, por días, meses, horas y años. Habilidad que a cualquier joven resultaba muy útil para conseguir trabajo en tiempos sin computadoras ni mecanismos para efectuar registros contables, estadísticos, o de cualquier otro tipo.

Por otra parte, durante ese intenso período de un año, pese a sus obligaciones militares había podido trabajar y hacer más amplios sus horizontes económicos. Así es que, en el año 1971, Juan Cruz emergía de su conscripción como periodista especializado en música de un diario, y disc-jockey del boliche más importante del Santiago.

Un elemento adicional y no poco valioso era que, por una serie de contingencias y por propio impulso, había vuelto a la lectura, aprovechando todos los ratos vacíos que le dispensaba el servicio. En ese período fue que descubrió a Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y, estando en el calabozo por indisciplina, la colección completa de la revista “Planeta” que dirigían Louis Pauwels y Jacques Bergier. Estas desordenadas y eclécticas influencias activaron de un modo extraordinario su imaginación. Suavemente, su conciencia se fue afirmando en la decisión de comprender la dinámica del mundo y de los hombres, y, dado su carácter, tomar participación activa en ese devenir.

Durante todo aquel año 1970 Juan Cruz ocupaba las horas de franco nada más que en leer. Se encerraba a la siesta con varios libros e iba estudiando sistemáticamente la Historia de la Humanidad. El entusiasmo lo llevaba con frecuencia a saltar hacia temas contemporáneos. Así, leyó de un tirón toda la Historia de la Revolución Vietnamita, la Revolución China y la Revolución Rusa. Igualmente completó sus estudios de la Segunda Guerra Mundial, iniciados de a pequeños tramos en su adolescencia. Mezclaba estas lecturas con las de cuentos: de Germán Rozenmacher, Hermann Hesse, y novelas de Dostoievsky. Leía sin parar desde las 2 de la tarde hasta las 20:00, aproximadamente, hora en que se bañaba y partía en

colectivo hacia la casa de su novia Cecilia, para visitarla hasta las once de la noche.

A partir de las hondas crisis vividas en su adolescencia, y la constatación de que con ellas producía dolores y preocupaciones en quienes lo amaban, Juan Cruz había decidido, alrededor de sus 19 años, “planificar el futuro”. Estaba dispuesto a hacer grandes concesiones a la sociedad y la familia, en el sentido de convertirse para siempre en un “buen chico”, que ofreciera cierta estabilidad y respetabilidad, esencialmente económica, a su futura esposa y sus hijos, y alguna gratificación social a su padre, sus abuelos, sus tíos y toda la extensa parentela. Para ello se abrían únicamente dos caminos: el estudio o el trabajo (ya se lo habían repetido hasta horadarle el cerebro). Bastante conocedor de su propia idiosincrasia, Juan Cruz sabía que no soportaría la sujeción a las normas idiotas, hipócritas y por añadidura deformantes de escuelas o universidades. Quedaba, entonces, para él, solamente el otro rumbo. Cuando a un muchacho de clase media en el Norte argentino se le ocurre “trabajar”, lo más probable es que busque un puesto en la administración pública o intente instalar algún negocio. La estrecha relación de toda su vida con la burocracia le había hecho temerla (por otra parte, no tenía ningún título, de modo que debería resignarse a lugares de segunda o tercera categoría); así que Juan Cruz se tuvo que orientar hacia la solución independiente.

Ya a los 18 años había tomado la determinación de tocar la guitarra eléctrica en un conjunto *sólo hasta los veinte*, por una cantidad de razones que estaban aún para él bastante difusas, pero que en el fondo representaban también un aporte sacrificial a esa voluntad de convertirse, desde entonces, en “un hombre responsable”. Poco a poco, en lo que duró su período

de servicio, fue ahorrando lo que podía de su dinero, buscando apoyos para lo que se proponía y planificando concienzudamente el negocio que pensaba instalar apenas le fuera dada la baja. En ese afán lo ayudaban y alentaban Cecilia y su madre, quienes consideraban ir algo en la parada. Durante muchas tardes del invierno y la primavera trajinaron el tema en todos sus aspectos. Juan Cruz dibujó infinidad de croquis con la ubicación de muebles, decoración, cortinados para el local (confitería, café o venta de discos y libros, aún no se sabía), que se había vuelto un anhelo compartido. Finalmente, al llegar los primeros calores del verano, ya habían decidido que el negocio al parecer más rentable con la menor inversión, era el de *disquería*. Hacia allí orientó sus afanes Juan Cruz, entonces.

9

Buenos Aires 8: Adios Nonino

Juan Cruz había alquilado un gran local para poner su negocio. Estableció además una especie de acuerdo, nacido junto a una mesa de confitería, para trabajar en sociedad con Panchín.

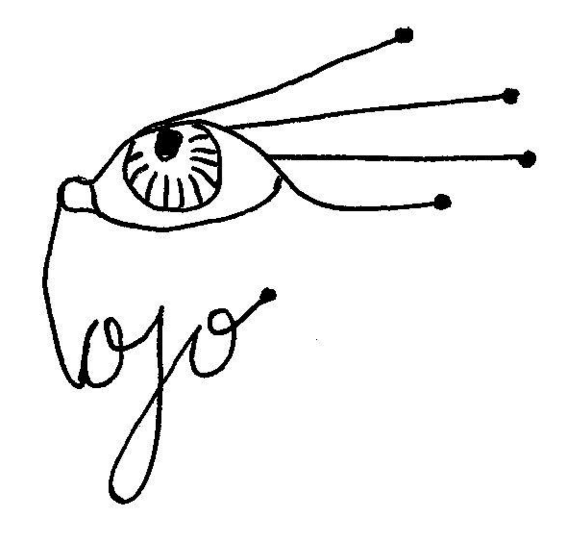
No acababa de digerir a Panchín, pese a que le caía simpático; había algo en él, de pusilánime y avieso, que se lo impedía. Reprimía esas opiniones, aún en sus pensamientos, pues sospechaba que, al ser tan subjetivas, podían nacer, muy posiblemente, en sus propias deformaciones de joven criado en

un hogar incompleto, machista y conservador. Trataba de ver sólo el lado bueno: el carácter elástico y bonachón de su amigo –se decía– complementaba a las mil maravillas al suyo, duro hasta llegar a ser hiriente como un arma de pedernal algunas veces. La personalidad de Panchín, quien contaba con cuatro o cinco años más que Juan Cruz, era la de un refinado y maduro hombre de mundo. Descendiente de una familia que había dotado de próceres a la historia santiagueña, Panchín era un exponente de esa displicencia lindante con la deslealtad, que caracterizaba a muchos individuos de un sector social cuyas sucesivas generaciones han transcurrido entre las blanduras del reconocimiento público y un elevado nivel pecuniario. Paradójicamente (o quizá no tanto), por esos tiempos Panchín se había adherido al Partido Comunista –cosa que le traería problemas con Juan Cruz más tarde. Al tiempo de establecer la sociedad, Juan Cruz no sabía claramente su inclinación política, ni en realidad le interesaba, pues por entonces, sus inquietudes en este sentido sólo tendían a observar con creciente interés aquellas propuestas ideológicas que ostentaran alguna originalidad (casi una cuestión estética) y la adhesión sentimental hacia el peronismo, cuestión que a él le parecía tan natural como respirar o ver al sol pintar las hojas de los árboles por la mañana. En su rol, Panchín no intentaba captar para su bando a Juan Cruz, al menos de un modo manifiesto. Sólo se enzarzaba muchas veces, con su novia, en largas disquisiciones político-socio-filosóficas que a Juan Cruz lo dejaban con la sensación de ser un lego entre iniciados. Ambos hacían gala, más o menos encubierta, de su afiatado manejo de la terminología marxista-leninista. Así como de su conocimiento de los “clásicos”, especialmente del período soviético. Tal cuestión lo estimularía a leer algunos libros elementales, como *Qué hacer*, de Lenin, aunque sin apuro y en los pocos ratos

libres, puesto que Juan Cruz tenía entonces demasiadas tareas para atender, en lo relacionado con su negocio en construcción.

El salón era demasiado grande, aunque esto agradaba a Juan Cruz. Había constituido originalmente dos locales, cuya división interior fuera derribada cuando sus propietarios decidieran usarlo por un tiempo como sala de conferencias. Pertenecía al Obispado, y la doctora de Bohórquez –su apoderada– había dejado bien claro que "deberían" haber cobrado un alquiler doble, pero no lo hacían sólo en razón de los buenos antecedentes de Juan Cruz como militante católico. Apenas firmado el contrato, y para no desperdiciar el tiempo de alquiler, Juan Cruz y Panchín resolvieron hacer un viaje a Buenos Aires, para comprar mercadería. El acuerdo entre estos dos consistía en lo siguiente: Juan Cruz pondría el capital mayor y el 80% del alquiler; Panchín, a quien se le adjudicaría un rincón donde instalar su oficina, realizaría allí sus actividades de "representante artístico", de cuyas ganancias entregaría a su socio un mínimo porcentaje. También aportaría una cierta cantidad de *posters* y libros, cuyo producido se dividiría por igual. Respecto de la atención del local, el compromiso era que ambos socios compartirían la responsabilidad. Algo, como se verá, bastante difuso.

Después de barajar varios nombres, Juan Cruz bautizó a su negocio "Ojo" en homenaje a los tres españoles que él consideraba en esos tiempos los artistas más grandes del siglo: Neruda, Picasso y Casals, diseñó el siguiente logotipo:



Luego lo mandaría a imprimir en sus tarjetas y lo haría pintar en la vidriera del local.

10

The Osmonds: He Ain't Heavy He's My Brother

Laura había tenido su inicio en “el amor” con Gabriel, un muchacho de 19 años, estudiante de Derecho y “de buena familia”. Ella acababa de cumplir los quince y no le permitían salir demasiado, así que tal amor se limitó a algunos besos a escondidas y la concurrencia en común a todas las fiestas y cumpleaños de sus numerosas relaciones. Un incidente gracioso se produjo al regreso de una de aquellas fiestas. Eran las once de la noche. Ella y Gabriel se habían separado del grupo, quedándose atrás; Gabriel la llevó junto a un árbol y comenzó a besarla. En ese mismo instante, apareció un policía, que de inmediato los llevó a la comisaría. Luego del susto, cuando su padre fue a buscarlos, una media hora después, el asunto sirvió para *semi* legalizar la relación, pues sus padres veían como un buen partido al muchacho. Aquello sin embargo no duró más de seis o siete meses, al cabo de los cuales ella decidió confesarle que no sentía nada de lo esperado con él.

Poco después empezó a salir con Machi, quien finalmente se le declaró. Ella lo aceptó, luego de tomarse una semana para pensarlo. Machi era un corpulento muchacho de 21 años, estudiante de medicina. Jugador de rugby, tenía el aspecto exacto de un jugador de rugby. Rubio, musculoso, alto, de miembros gruesos y fuertes, su rostro daba la bonachona y firme impresión de franqueza que poseen los jóvenes yanquis (al menos en su versión ideal). Esto encantaba al padre de Laura, que sentía veneración por todo lo que fuera o pareciera norteamericano. El ser rubio le daba a la gente un punto adicional en su apreciación. Laura tenía para sí que su padre –aunque nunca lo había confesado abiertamente– sustentaba un sentimiento de inferioridad por ser muy morocho. En la mayoría de sus conversaciones se filtraba de algún modo la admiración reverencial que sentía por todo tipo de europeos,

cuya culminación brillante veía en la nación norteamericana. Tal vez en un secreto intento por “mejorar su raza” se había casado con una hija de piamonteses. La madre de Laura era una mujer muy rubia, de brillantes y pequeñitos ojos verdes, poseedora de aquellos típicos rasgos pesados que se hallan en muchas comarcas del noroeste en Europa. Pero ninguno de los tres hijos, para desconsuelo del padre, había salido de su color. Al parecer la raza morena es muy poderosa.

Por su parte Laura se sentía muy satisfecha de cómo era. Tenía conciencia de ser muy hermosa –por el espejo, y las miradas de los demás. Aunque esto no la envanecía, le daba una gran seguridad, que finalmente, como sucede en quienes se sienten fuertes, solía trocar en sencillez. Su cuerpo alto, de formas clásicas, su tez, morena y tersa, la belleza de sus facciones, la armonía de sus movimientos y su destreza para los deportes, la convertían en una de las muchachas más populares y codiciadas de la sociedad. Laura poseía por añadidura una deslumbrante sonrisa.

Machi, el muchacho con quien iba a entablar un noviazgo de casi dos años, pertenecía a una de las familias más tradicionales de la provincia. Esto, claro, entusiasmó a los padres de Laura, quienes cautelosamente comenzaron a tejer proyectos para el futuro de la pareja.

El noviazgo se desarrolló dentro de una rutina blanda, en el tiempo que duró. El venía de Córdoba, donde estudiaba Medicina, una o dos veces por mes. Durante aquellos fines de semana salían, con otros amigos, a bailes o boliches. Nunca hasta más de las doce de la noche –excepcionalmente, salían sin acompañantes, pero sólo si era de día. Hasta que todo entró en un terreno ambiguo, de indiferencia o hastío, Laura no podía

definirlo bien, donde ella empezó a no querer verlo, a temer sus venidas, por la incomodidad de verse obligada a inventar excusas para no salir, o llanamente a rechazarlo.

La sensibilidad de la muchacha había sufrido en esa etapa una serie de transformaciones, que al mismo tiempo la sorprendían y la atemorizaban. De repente perdía interés por los afanes cotidianos y los entretenimientos de sus amigos, y se descubría buscando la soledad del parque, conmovida por hallar una pequeña oruga en cierta hoja de parra, o llorando a causa de una filosófica conversación con sus dos perros *collies*. Laura sentía en su alma el hambre de *algo* superior, que no sabía cómo había comenzado en ella ni de donde salía, pero que la empujaba a una ansiosa persecución de lo sublime, y la alejaba de aquello que hasta ayer le pareciera interesante y hoy se le presentaba como vulgar. Dentro de ese contexto se inscribía su paulatina decepción por Machi. Ahora le resultaba sencillamente insoportable aquel muchachón simpático, simplón y bondadoso, pero que no hacía otra cosa que pedirle besos, tratar de manosearla o, si esto se le negaba, hablar de partidos de rugby. Como máximas variantes conversacionales podía ofrecer información sobre ropa, vehículos motorizados, nuevos bailes, lugares de vacaciones; también el análisis meticuloso de las últimas concertaciones sentimentales, rupturas de noviazgos de los conocidos, o sus infidelidades.

Finalmente, una noche Laura le dijo que no quería seguir más con aquél noviazgo. Como él insistiera (“no podemos tirar así un año y medio por la borda”), ella aseguró que lo había meditado muy bien, y estaba realmente convencida de que debían romper. Pese a ello, él prometió llamarla por teléfono cada vez que regresara de Córdoba, para averiguar si había cambiado de idea.

11

Susana Rinaldi: Juanito Laguna se baña en el río

En Buenos Aires, Juan Cruz y Panchín se comportaron deliberadamente como provincianos. Compraron ropa lujosa, caminaron kilómetros de ida y vuelta siguiendo a chicas bonitas, salieron de noche. Su mayor éxito fue concertar un encuentro con dos bailarinas principiantes del Teatro Colón, conocidas de Panchín y muy bonitas. Sin embargo, esa noche, Juan Cruz defeccionó. Habían quedado en buscar a las jóvenes en el local donde ensayaban. Era una casa antigua en el barrio de Retiro. Los hicieron esperar en el recibidor durante unos quince minutos, mientras se cambiaban. Después aparecieron acompañadas de un muchacho bastante afeminado. Eran dos chicas altas, bonitas, con los rostros sin pintar.

Ni falta les hacía. A Juan Cruz le tocó una rubia de piernas largas y duras, que calzaba una minifalda negra. La noche prometía: Panchín no paraba de hablar.

Fueron a comer pizza en un boliche paquete. Pronto el cacorro se despidió. Afuera hacía frío, contrastando con la calidez del lugar; las ventanas con *vitraux* expresionistas brillaban bajo una pátina de vapor. Más de pronto Juan Cruz sintió la necesidad de irse. La muñeca que lo acompañaba se

había entusiasmado con él, y no era tonta: conversaba con soltura sobre buen cine y música contemporánea. Pero Juan Cruz no quería permanecer con ella. En otras oportunidades le sucedería eso; el estar con una mujer hermosa, racionalmente codiciable, pero anhelar alejarse sin saber por qué, como si el subconsciente le estuviera advirtiendo de quién sabe qué oculto peligro en la relación, o como el temor atávico de dejarse llevar hacia el pecado de la lujuria.

Alegando que le dolía mucho la cabeza Juan Cruz se levantó, ante la sorpresa de los otros, y regresó al hotel. Después justificaría su deserción ante un escéptico Panchín, explicándole que la chica era demasiado alta para su gusto, aunque él mismo no lo creía. En el camino de vuelta se había dado con la revelación de que en realidad le estaba siendo *anticipadamente fiel* a Laura. ¿Por qué?... ¿Quién le aseguraba que, llegado el momento, ella lo aceptaría?... No había recibido, en las dos o tres veces que se vieran, un signo definitivo... Por otra parte, aún no se había decidido del todo a romper para siempre con Cecilia. Pero ya se había desatado esa corriente de energía que se establece entre los enamorados (aunque aún él no lo sabía), esa sólida unión espiritual, más fuerte que cualquier tipo de materia, y que actúa con más precisión que el mejor cable coaxil. Aunque los separaran miles de kilómetros Laura estaba a su lado con una fuerza extraordinaria. (Una de las noches que se reunieron, en el primer entrepiso del Grand Hotel, Juan Cruz había discutido con Cecilia por causa de Laura; las mujeres tienen una intuición aguda para esas cosas, pensó, o bien realmente mis ojos me traicionan, por más esfuerzos que haga para no develar mis sentimientos, *“¿te crees que no me he dado cuenta de la forma en que la mirabas, a esa pendeja?”* habían estado

conversando en rueda ante una mesita, era la primera vez que su novia se interesaba por una de esas reuniones; Cecilia se había sentado a su frente, asumiendo una actitud de mina canchera, provocativa, fumando con gestos despectivos y enseñando sus largas piernas de un modo estudiadamente relajador; Laura estaba a la derecha de Juan Cruz, con dos chicas entre ella y él, en el mismo y ancho sillón tapizado de peluche, y él no podía –es cierto– evitar que sus ojos volvieran una y otra vez hacia allí, para encontrarse por unos segundos con esas dos gemas marrones que le acariciaban el alma y ese rostro plácido, perfecto; "*cada dos minutos la estabas mirando, a esa changuita boba*", le regañaba Cecilia mientras bajaban las escaleras y aunque protestó con falsa indignación, Juan Cruz coincidió en lo más íntimo con la apreciación de su novia, aunque no con sus adjetivos).

El viaje a Buenos Aires fue divertido, pues Panchín era un tipo de lo más ocurrente. Esta característica se veía magnificada por el hecho de estar en ciudad ajena, donde el absoluto anonimato permitía una liberación temporaria de las pautas limitativas de su pequeña sociedad original.

Pararon en un hotel de la calle Florida y se dedicaron a recorrer negocios mayoristas, para comprar discos y libros, y también a visitar artistas de todo tipo. Panchín deseaba inaugurar "su temporada" con un espectáculo de cierto nivel, con el cual pensaba dar impulso a su negocio de representaciones artísticas. Su gran problema era la falta de capital; así pues, lo único que podía ofrecer consistía en pasaje y alojamiento asegurados –por cuenta del Gran Hotel–, y una vez en Santiago, compartir las ganancias.

Con tan riesgosa propuesta, era muy difícil que alguien de nota aceptara viajar, aunque Panchín contara con bastantes relaciones en el ambiente y aplicara aguzado al máximo su poder de seducción. Por lo demás, los porteños ven a Santiago del Estero de parecido modo a como un francés debe mirar a Angola, y difícilmente se sienten motivados por el paseo en sí mismo. Visitaron a varios de los artistas de quienes Panchín poseía la dirección y Juan Cruz pudo contemplar una fauna sorprendentemente variada, que incluía a personajes como Walter Vidarte, Ana María Piccio y Víctor Laplace; los músicos Claudio Gabis –de Manal–, que por esos tiempos andaba totalmente volado, y el recientemente incorporado a la "progresiva" Roque Narvaja; Mercedes Sosa le dijo por teléfono a Panchín que ya tenía compromisos hasta fin de año; Víctor Heredia, igualmente se excusó. Finalmente, el pertinaz promotor consiguió entusiasmar a un tal Lito Escarso, pianista de segunda línea, quien viajaría con su mujer, que cantaba.

Al segundo día de llegados ya habían hecho las compras de mercaderías. Un tenebroso judío del Once, poseedor de un local inmenso y sucio, atiborrado de discos, del cual sólo se veía hacia la calle un frente pequeño, con fachada de mercería, les había otorgado el mejor precio. Juan Cruz y Panchín, sin experiencia en el tema, habían acudido antes a una de las más grandes casas mayoristas de Buenos Aires. El empleado que los atendía los condujo amablemente hacia el director, pero les susurró que no fueran a cerrar trato antes de hablar con él. Antes de despedirlos, el hombre les dijo, deslizando subrepticiamente una tarjeta en la mano de Juan Cruz: "este hombre les hará mucho mejores precios... muéstrenle la tarjeta: de otra forma, no los va a atender".

Efectivamente, el judío –un individuo gordo y moreno– les hizo el 45% de descuento, mientras que en la gran casa de música les habían ofrecido apenas el 30. Juan Cruz quedó impresionado por la magnitud de aquel local clandestino. Era un inmenso salón subterráneo, al cual se llegaba por la trastienda de la mercería; en él, trabajaban una docena de empleados y uno podía hallar cualquier disco. El judío operaba sólo al por mayor, pero su local estaba repleto de compradores. Juan Cruz solamente debía pagar su compra y esperar el envío. Seleccionó ayudado por Panchín una buena cantidad de discos. Luego recibió su boleta. Aquella compra le dejaba casi sin efectivo, pero le alegró hacerla, pues le pesaba andar teniendo tanto dinero en el bolsillo. Panchín adquirió, más adelante y en otro local, posters, con las figuras de Robert Redford, The Beatles, Brigitte Bardot, Einstein, Ursula Andress, Chaplin y Raquel Welch desnuda, con un negro que la sostenía de atrás. Era su aporte a la provisión del negocio.

Durante los tres días siguientes se dedicaron a pasear, visitar familiares –incluyendo a la madre de Juan Cruz–, visitar alguna confitería y comprar ropa a crédito. Juan Cruz se apropió de un maxi-sobretodo de Pierre Cardin –por ese entonces recién instalado en Buenos Aires– y un par de botas de badana doble, forrada, lujosas. Panchín adquirió igualmente su sobretodo Pierre Cardin y un par de zapatos abotinados, de charol rojo con reflejos dorados, demasiado estridentes para el gusto de su socio. Aunque este se guardó de expresarlo. Luego ambos eligieron camisas y corbatas. Al fin, se quedaron sin un peso, aparte del pasaje de vuelta; razón por la que, para obtener su último almuerzo en la metrópoli, debieron soportar a dos tías solteronas, a quienes hasta entonces Panchín había evitado visitar.

Eran verdaderamente imbancables. Estiradas, prejuiciosas, tenían una sirvienta –santiagueña, “*por supuesto*”– vestida con delantal celeste y rosa, de gorro, a quien llamaban usando una pomposa campanilla. Aquel detalle dolió a Juan Cruz. Pero cuando las viejas le preguntaron cual era su ideología política, no se atrevió a confesarse peronista. Por contestar algo, afirmó en voz baja: “me inclino a ser socialista” (Panchín se manifestaba “socialista”, definición que por experiencia Juan Cruz percibía como menos peligrosa entre las clases oligárquicas *). Pero al parecer esto tampoco cuadró a la vieja, pues dijo, poniendo cara de mal olor:

–¡Ay, mijo! ¡Cómo un chico tan lindo y educado como vos va a ser socialista! ¡Permitime que no te crea!

Panchín le cerró un ojo y Juan Cruz rectificó:

–Bueno, en realidad, lo dije por decir algo...yo no entiendo mucho de política.

–¡Me parecía!– exclamó triunfal, la vieja. –No te preocupes. Pero hubiera sido que me dijeses que eres peronista. Como tantos de tus comprovincianos…– Qué iba a hacer. Había que comer algo, ese día. En realidad, fue un almuerzo pantagruélico.

Con el estómago reventando fueron a tomar el tren. Panchín lo despertó a las tres de la mañana, para preguntarle algo, y Juan Cruz lo maldijo, pues el hambre remozado, ya no lo dejó dormir. No tenían un miserable centavo, así que en una duermevela inquieta soportaron el resto del viaje. Finalmente llegaron a la estación de La Banda en aquel estado que perseguían los yogas, aunque a ellos les producía más bien

melancolía, pues no se habían propuesto tal ejercicio de elevación.

* A los 10 años de edad, en la Academia de Bellas Artes, Juan Cruz había padecido una áspera reprimenda de su profesor de Escultura. Por cantar, mientras modelaba la arcilla, la marcha peronista. El profesor, miembro de la franja aristocrática de la sociedad santiagueña, lo había expulsado del aula cuando, rebelándose por la represión, el niño continuara silbando, de un modo apenas audible, la marchita, al retirarse un poco el *gorila*.

12

Led Zepelin: Whole Lotta Love

Acostado, Juan Cruz planeó la manera como iba a declarársele a Laura. Lo haría la noche del recital. Le resultaba más natural pensarlo en imágenes, así que en seguida proyectó en su mente el local. Era un amplio entrepiso, el "Salón Imperio" del Grand Hotel, que se comunicaba por una sinuosa escalera alfombrada con el entrepiso de abajo y "La Jaula", *whiskería*. Vio el escenario y el grupo de *rock pesado* actuando, entre luces y humo. El entrepiso estaba repleto de gente. Se vio a sí mismo con el buzo púrpura de cuello alto, pantalón de terciopelo marrón y botas. Laura le había pedido que la acompañara hasta abajo para telefonear; volvían por la escalera caracol. Al llegar a un descanso, él le puso una mano en el hombro con delicadeza y le dijo:

–Laurita, quiero decirte algo...

–¿Qué –preguntó ella, deteniéndose.

–¡Te amo!...

Con un gracioso giro de pájaro ella volvió la cabeza, y se quedó mirándolo con sus ojos como almendras, muy abiertos... entonces, él acercó sus labios y la besó.

Los brazos en la nuca, echado sobre su cama en la habitación, mientras al lado roncaba su abuelo, Juan Cruz sonrió. Así tenían que suceder las cosas. Sentía una gran seguridad.

Otra vez repitió la escena, cada vez más nítida, en su imaginación:

–Laurita, quiero decirte algo...

–¿Qué –preguntó ella, deteniéndose.

Desde su postura grácil, un escalón más arriba, Laura lo miraba, expectante. Entonces él la besó.

Y otra vez:

–Laura… escuchame… por favor…

Y ella se detiene, se da vuelta… Y él se siente extraordinariamente feliz, por verla tan nítida, en su imaginación.

13

Ike & Tina Turner: Proud Mary

La noche del pianista Lito Escarso, no sucedió nada especial con Laura. Ella y Alita estuvieron sólo unos veinte minutos –habían simulado una reunión de estudio, con su buena amiga, para escaparse un rato. Alita la acompañó hasta su casa, apenas a siete cuadras de allí, por el centro. Al rato, volvió. Le entregó a Juan Cruz un bombón.

–Te lo manda Laurita. Para que no te enojes por lo que te dijo...

–¿Qué me dijo? se asombró Juan Cruz.

–Eso de que "a todas les dirás lo mismo"...

Juan Cruz se rió. "¿Ya te vas?..." había preguntado a Laura, cuando se retiraban. Y luego había afirmado: "y yo que me ilusionaba tanto con invitarte a bailar conmigo en La Jaula, esta noche..." No tomó demasiado en cuenta lo que le contestaba, pues le pareció una broma. Pero ella había creído necesario disculparse. Esta deliciosa ingenuidad le agradó mucho.

Aquel día, en cambio, había sido definitorio para el endeble noviazgo de Juan Cruz y Cecilia. Por la mañana, como un augurio vago, ocurrieron algunas circunstancias que impresionaron su imaginación.

Estaban en el inmenso living de la casa de Panchín, con don Sofanor Herrera, abogado y padre de su amigo. Debía ir a buscar un piano, que el doctor había conseguido en préstamo de su hermana.

La madre de Panchín era una "fanática de la limpieza". Se paseaba todo el día en deshabillé, de gorra, la cara encremada, con un plumero en la mano, cuidando que ni una mota se posara en los muebles relucientes y el piso de parquet. Como un fantasma flaco, bermejo, estaba siempre allí cuando uno entraba, para ponerle al frente un par de patines de felpa.

–Ponete los patines mijito, el piso está recién encerado– le decía a Juan Cruz apenas abría la puerta.

Así que todos debían andar por la casa caminando como patos, bajo la vigilancia de la vieja.

Juan Cruz había entablado una agradable conversación con el doctor, mientras esperaban que Panchín se vistiera. Ambos fumaban habanos, que Juan Cruz conseguía a muy buen precio, de contrabando. El viejo –bajito, con aspecto de abogado próspero– paladeaba su habano mientras narraba una historia verde al muchacho. No se qué movimientos hizo el viejo con la mano, lo cierto es que se le escapó un trozo de ceniza, grueso, y fue a caer sobre el piso encerado. Asombrosamente, en el acto apareció la vieja, agitando una escoba y una palita de plástico:

–¡Sofanor!– le gritó– ¡Mira lo que estás haciendo con ese cigarro! ¡El piso recién encerado! ¡Vos siempre actuando como un salvaje incivilizado! –y junto con eso le acercó, bruscamente, un cenicero con ancha pata de madera.

El abogado se quedó pálido. Tan velozmente como apareciera, la mujer se fue. Entonces el hombre tuvo una salida cómica. Con ademán violento, tiró el pucho del habano encendido al suelo, y sacándose el patín, lo pisoteó hasta despedazarlo, con su zapato impecablemente lustrado. Sobre el encerado piso de parquet se formó una horrible mancha, negra y gris… satisfecho, como si hubiese efectuado un acto justiciero, el viejo tomó del brazo a Juan Cruz diciéndole:

–Vamos, mijo– Y a los gritos–: ¡Diganlé a Panchín que lo esperamos en el Jockey Club!

El doctor Sofanor Herrera habló con su hermana, una mujer remilgada y pletórica de circunloquios, como la mayoría de las viejas de antiguas familias santiagueñas. Con dolor inocultable condescendió a prestar su piano, nuevecito, que habían comprado hacía poco para sustituir al de cola pues les ocupaba mucho espacio, según explicó.

–¡Por favor, chicos!– repetía la vieja– ¡Cuídenmelo mucho! ¡Trasládenlo despacito, que no se vaya a rayar!...

Había que subirlo al segundo entrepiso; como el ascensor no era lo suficiente espacioso y la escalera menos, decidieron hacerlo por fuera, enganchando el piano con dos gruesas cuerdas, que varios empleados tiraban desde el segundo piso. Al primer tirón, demasiado brusco, el piano se suspendió en el aire, como un péndulo; ¡luego fue a dar, con gran fuerza, contra la pared! Un lastimoso gruñido musical escapó del vapuleado

instrumento. El doctor Herrera se agarró la cabeza y empezó a zapatear. “¡Que lo parió”, repetía. Panchín lo miró a Juan Cruz con sus ojitos azules y lanzó una risa ahogada por el rincón de la boca. Habían detenido el tránsito para la operación. En la esquina se formaba un corrillo de curiosos. A los tumbos, por fin el piano llegó, trabajosamente, al segundo entrepiso, adonde fue introducido con cierto esfuerzo, por una ancha ventana.

Cerca de las once, bajó de su habitación la pareja de Lito Escarso. Era una mujer relativamente joven, con grandes humos de diva. Ella cantaría, acompañada por su marido. Juan Cruz se ocupaba de las luces de La Jaula, pues paralelamente se realizaría allí un desfile de modelos. Sin saludar, la mujer se dirigió con rudeza a Juan Cruz:

–Escúcheme... ¿usted es el encargado de la promoción del espectáculo? Juan Cruz la miró.

–Bueno... lo gestionamos entre los dos, con Panchín...

–¡Es una vergüenza lo que hicieron en el diario! ¡Publicaron mal los datos de mi biografía! ¡Exijo que se pida una rectificación! ¿Cómo es posible que se manosee así a la gente?...

Juan Cruz no sabía aún si la mujer hablaba en serio.

–¿Cuál es el problema? –preguntó.

– ¿Cómo cuál es el problema! ¡Confundieron las fechas! ¡Ustedes deberían haberse ocupado de controlar ésto! ¡Dicen que yo actué con el maestro Piro en el 65! ¡Y eso fue en el 63! ¡Que nací en Zarate! ¡Y nací en San Nicolás! ¡Hay que sacar urgentemente una aclaración! ¡La opinión pública merece una aclaración!

¡La opinión pública! ¿Quién se creía que era esta porteña? –pensó Juan Cruz– En Santiago no la conocía nadie. A su marido... bueno, más o menos... Panchín le había dicho que tendría éxito entre los vejestorios, pero él había escuchado uno de sus discos y le había parecido detestable. Uno de los tantos pianistas que aparecen de cuando en cuando, a endulcorarlo todo, al estilo del mariconazo de Liberace, pero sin su histrionismo.

Juan Cruz no quiso generar un incidente.

–No se preocupe, señora... –dijo– haremos lo que esté a nuestro alcance, para que la opinión pública no se quede con los datos equivocados...

–¡Ocúpese inmediatamente de eso, por favor!– ordenó la mujer, y se retiró con aires de grandeza.

El joven provinciano se reía por dentro. Porteños... presuntuosos como pavos, y en el fondo ingenuos…, reflexionó. Decidió olvidar el asunto.

Eran las dos de la tarde y Juan Cruz aún trajinaba con los últimos detalles del “Salón Imperio”. Cecilia había venido hacia una media hora, y no ayudaba en lo más mínimo. Se le había dado por hacer el papel de niña tremenda, en los últimos días. Como él no la tomaba en cuenta (no voluntariamente, sino a causa de sus tareas) ella airada, le dijo:

–Me voy. Parece que aquí ni corto ni pincho. Si quieres, acompáñame.

–Hasta abajo nomás, Cecilia. ¡Hay mucho que hacer– se disculpó Juan Cruz.

–Claro, ahora, ni acompañarme quieres, ¿Te da vergüenza que te vean conmigo por la calle?

–¿A dónde vas? ¡Yo quiero bajar en el ascensor! exclamó Cecilia. Juan Cruz había enfilado hacia la escalera.

–¡Por favor, Cecilia! ¡Estoy hasta aquí de tareas! ¡El ascensor puede demorar! ¡Son solamente dos pisos, vamos por la escalera!...

Ella no contestó nada, y se plantó frente a la puerta del ascensor.

–Bueno, te espero abajo– le dijo Juan Cruz.

Pero ella tenía razón. En el ascensor llegó primera. Cuando Juan Cruz alcanzó la planta baja, Cecilia ya no estaba. Le preguntó al conserje si la había visto.

–Su novia ya se ha ido– contestó el hombre–: dejó dicho que “si quiere” la llame.

Bien, pensó Juan Cruz. Ahora quedo libre de toda culpa. Se puede ir a la putísima madre que la parió. Volvió arriba y continuó con el trabajo. A partir de aquella tarde, nunca más la llamó.

Joan Manuel Serrat: Poema de amor

Sucedió con naturalidad; algunos días después de su ruptura con Cecilia ella lo llamó por teléfono, y luego de un largo diálogo, Juan Cruz le dijo con toda la benevolencia posible que debían separar sus caminos, definitivamente; los días pasaron a partir de entonces lánguidos y pacíficos, Juan Cruz alejó también del pensamiento y de la tangibilidad a Griselda; una tarde llegaron con Panchín en el autito anaranjado a la oficina de su padre; Laura, que conversaba con una amiga en la puerta de su casa los vio desde una media cuadra, y vino con su caminar que semejaba la danza de un barquito de vela sobre un mar levemente cadencioso, Panchín dijo "¡Qué bien está esa pendeja!" y Juan Cruz "esa pendeja va a ser mía muy pronto", en lo que pareció una balandronada pero ni él supo cómo le había salido, suscitando en Panchín esta respuesta sobradora: "já, já, já, ¡te conozco, Porfirio Rubirosa!", que a Juan Cruz avergonzó un poco, pues pensó haber sido muy tonto al dejar traslucir lo que íntimamente sentía; esa tarde, luego de la reunión, la invitó a salir; "el sábado no, le dijo ella, mi papá no me deja", y ante su insistencia, "llámame por teléfono, te voy a confirmar si podemos encontrarnos el domingo a la siesta", Juan Cruz la llamó el sábado a la tarde y Laura atendió el teléfono, para decirle que sí, que iría acompañada por Alita el domingo (mañana), a eso de las dos de la tarde.

La vio venir sonriente, hacia él, esquivando las mesitas de cristal en medio del centelleo de las luces, rojas y azules. Alita la acompañaba. Habían sido casi puntuales: eran las 14:05. El boliche estaba lleno; las primeras sombras de bailarines

jóvenes se contoneaban en la pista, bajo los parlantes que repetían música de cinta. Juan Cruz sonrió, levantándose en el mismo lugar. Laura llegó hasta él y se dejó besar en la mejilla. "Sos besador, vos", le había dicho, hace unos días; "con vos no puedo evitarlo", había contestado él. Juan Cruz era apenas un poco más alto de lo normal, pero su cuerpo poseía una contextura que transmitía una magnética impresión de fortaleza. Elegante, con un rostro bello aunque no hasta el punto de quitarle virilidad. Laura se corrió un poco para que besara también a su amiga. En ese momento, como por casualidad, apareció el Niño Troeba. Esto era lo convenido: el Niño le iba a hacer de pierna*. Alita estaba al tanto. Todo se manejaba sin embargo, como si no hubiese acuerdo previo. Sin muchas palabras, se sentaron cada cual con su pareja. Aún no eran más que "amigos", pero los cuatro advertían hacia donde se iban a dirigir los sucesos. La voz de Juan Cruz era grave, razón por la cual tenía que hablar casi al oído de su compañera (situación que por otra parte él aprovechaba muy bien).*

–¿Qué música te gusta?

–Bueno, a mí me gusta toda la música... incluso el tango y el folclore... Claro, tengo preferencias... me gustan, por ejemplo, Paul Mc Cartney, Joan Báez.

–¿Y Bob Dylan? (él sabía que a ella le encantaba "Lady-lady-lay").

–¡Me encanta! –dijo Laura– especialmente "Lady-lady-lay".

–¿Quieres que lo ponga, para vos?

–Claro! contestó ella, entonces Juan Cruz se levantó y fue hacia la cabina. Era el momento para el cual tenía preparada una cinta de una hora con música lenta, que empezaba, precisa y deliberadamente con "Lady-lady-lay".

Ya en la cabina, puso "Workin together" de Ike & Tina Turner para mediar y bajó al mínimo la intensidad de las luces. Todo estaba saliendo como lo pensara. En la pista, algunas parejas fueron reemplazadas por las que acudían buscando bailar enlazados.

Apenas se había sentado al lado cuando se acercaron dos muchachos, dos jovencitos que él conocía, con aire de "niños bián", para invitarlas a bailar. ¿Qué pensarían esos imbéciles? dijo que no –por cierto–. El muchachito insistía, "canchero", pero ella le dio la espalda y empezó una conversación cualquiera con Juan Cruz. Alita tampoco entró en el juego de los audaces, que debieron retirarse lo más disimuladamente que pudieron.

Juan Cruz se desentendió de todo, excepto la música. La conversación tenía tal dulzura, se había vuelto tan fácil, que hubieran podido prolongarla una vida –pensó él. Tomaban vodka con jugo de pomelo y una rodaja de limón: "el destornillador". Las coincidencias que hallaban en sus gustos e ideas les resultaban asombrosas. Desde los parlantes sonaba "He Ain't Heavy, He's My Brother" por The Osmonds; Juan Cruz había calculado con exactitud el tiempo. Durante la primera media hora de cinta, quería preparar el terreno. Se le declararía cuando faltaran pocos minutos para llegar al tema con el cual iba a invitarla a bailar.

–Quiero confesarte algo, muy íntimo... –empezó Juan Cruz. Laura comprendió que él se le iba a declarar.

–No voy a decirte muchas palabras –continuó–, a mí me gusta ser sincero, cuando se trata de cosas importantes...

Ella lo miraba en silencio. Aretha Franklin empezó a desgranar "Rezo una pequeña plegaria por ti".

– Laura, quiero que seas mi novia.

–Temía que me dijeras eso...–murmuró.

–¿Por qué?

–Porque no podría contestarte ahora. Tendrías que darme un tiempo para pensar.

–¿Qué es lo que tienes que pensar?

–Si acepto.... No es una decisión sencilla.

–¿No te gusto?

–Sí... pero el noviazgo es muy importante, vos mismo lo has dicho. Me gustas, es cierto, Pero... ¿y si me equivoco?

–En la vida se corre siempre el peligro de equivocarse.

–Pero el noviazgo es tal vez lo más importante que una mujer emprende en su vida...

–Laura… las decisiones más importantes de la historia se han tomado en instantes... vos no sabes, ni podrás saber de mí, mucho más de lo que te dicta el corazón... lo demás, lo intelectivo, puede ser sólo apariencia, como en una fotografía o una novela de televisión... y aunque pasen muchos días y nos veamos muchas más veces (ojalá siempre), no vas a saber, esencialmente, mucho más que ahora; pues, como yo quiero

que me digas que sí, quiero que seas mi novia, voy a tratar de ser siempre amable y simpático, para caerte bien... entonces lo que llamas tiempo de reflexión será sólo una pérdida; en vez de estarnos amando como el corazón dicta, estaremos padeciendo, en la frialdad de la distancia... ¡El tiempo jamás vuelve!.. Sólo intimando conmigo a través del amor podrás saber cómo soy, realmente y si realmente nuestro amor vivirá para siempre... recuerda ésto: ¡cada minuto es único!... Aprovechémoslo, para amarnos con honestidad…

Ella meditó, callada, durante un largo momento. Después exclamó:

–Juan Cruz.

–Qué.

–Quiero que me prometas una cosa.

–Qué cosa...

–Que si te digo que sí, no me vas a besar... *todavía…*

Él no pudo evitar una sonrisa en la oscuridad, tomándola de la mano le susurró al oído:

–Vamos a bailar...

–No me has dicho si prometes... –se inquietó ella, mientras caminaban hacia la pista sin soltarse las manos. La respuesta del joven se diluyó entre los sones profundos del piano.

Joan Manuel Serrat recitaba los primeros versos de "Balada de Otoño". El cuerpo de Laura se plegó al de Juan Cruz como si hubiese sido hecho para ello desde su gestación. Él afirmo su mejilla sobre la de ella; sintió con placer indescriptible la caricia de su pelo maravillosamente suave,

sintió –ésto era algo extremadamente importante para él– en su vibrar la sensación de un placer simétrico al que vivía su corazón... “detrás de los cristales llueve y llueve...”, cantaba Serrat. Los envolvió esa melancolía dulce del amor. “...sobre los chopos medio deshojados, sobre los pardos tejados, sobre los campos llueve…” Entonces Juan Cruz la besó y a pesar de su pedido anterior, ella lo besó también.

Bailaron suavemente, acercando sus caras con firmeza lenta, con absoluta consciencia de la *expansión del tiempo*, de la fusión de sus electrones, modificando la materia de orgánica de sus cuerpos hasta anular los límites, estimulando el intercambio de neutrinos y transformándolos en permeables volutas integradas, cual si fuesen de humo, uniéndose, en los labios, en el rozar de las rodillas y el pecho, en las puntas de los dedos, con dulzor intenso, caminando sobre nubes mientras se besaban, cerrando, despacio, los párpados, sin dejar de percibir ni uno solo de los matices de aquellos preciosos instantes, en los parlantes Serrat decía “*el sol se escondió en la arena*”; al lado se aprestaban otras parejitas adolescentes, que existían y no, deslizándose en un melodioso carrousel rojoazulado, verdemullido, azulhumo, liláceoamor, olor a tabaco suave y whisky, cuerpo limpio, colonia, cabellos con perfumes de dieciocho años... Reflejos en la humareda, palabras susurradas y paz, maravillosa paz del amor, cerrar los ojos y confiar, por primera vez, confiar, navegar confiado por un lago en calma, la tibieza de Laura en las mejillas, el pubis y la espalda, el corazón... maravillosa paz del amor... Juan Cruz no había sentido antes una sensación de seguridad tan plena. Si “existe la felicidad –pensó–…ésta es”.

El Niño Troeba era todo dulzuras con Alita. Juan Cruz no pudo evitar el recuerdo de su infancia sobre el gusto del Niño por violar gallinas. Las mataba en tal acto. Ahuyentó presto esas ideas. No era momento para ellas. Le propuso a Laura subir a la terraza del Hotel.

La Jaula era el boliche con mayor tecnología de Santiago. Y el Grand Hotel el más moderno y lujoso. Juan Cruz lo conocía palmo a palmo, había trabajado los últimos cinco años allí.

De la mano, atravesaron la multitud de jóvenes... en un travelling de sus ojos él descubrió en uno de los grupos a Griselda, se instaló en su cerebro, por un instante, el rostro ofendido de la muchacha, pero, como a la imagen del Niño Troeba culiando una gallina, la expulsó también. Miró hacia otro lado, luego llevó a Laura hasta la cabina de disc-jockey: allí cambió la cinta por otra de una hora, que iba subiendo el ritmo hasta llegar a “Sally la lunga”, Three Dog Night y Credence Clearwater Revival para estabilizarse allí, y, siempre de la mano, subieron luego con el ascensor hasta la última planta. Era un día grisáceo del invierno. A Juan Cruz le parecía, sin embargo, mejor que si hubiera sido de pleno sol.

Desde la terraza sobre el décimo piso, redonda como un plato volador orlado por antenas y una gigantesca pantalla de refracción, se veía a izquierda y derecha, echada entre las nubes a la ciudad de Santiago. La melancolía del paisaje sirvió para acentuar, como un fondo contrastante, la serena felicidad de aquellos jóvenes. Durante mucho rato se estuvieron allí, en silencio, en comunión. Construyendo frases que pronto olvidarían. Mientras grababan para la Eternidad el amor y sus besos.

Cuando ella tuvo que irse él la acompañó hasta la esquina de su casa.

Juan Cruz llevaba un sacón negro, de corderoy. Ella calzaba pulóver color canela cuello alto y una ajustada minifalda marrón, que permitía lucir a sus hermosas piernas, enfundadas en medias de seda, igualmente marrones, aunque un poco más claras. Cubría su fino torso con un saquito de badana negra, lustrada.

–Tómame del brazo –pidió suavemente él–: ahora sos mi novia. Y yo estoy orgulloso de vos. Quiero que todos nos vean caminar juntos por la ciudad.

15

Jimi Hendrix: Power of Soul

Arocena era un ex-convicto a quien el padre de Juan Cruz había sacado anticipadamente de la cárcel. Individuo gigantesco y violento, guardaba una lealtad incondicional hacia la familia de su benefactor. Había sido suficiente que un juez intentara enjuiciar a Julián Castañeda una vez, para que Arocena le hiciera volar el estudio con una bomba de fabricación propia. Julián aseguraba que él ni siquiera estaba

enterado. Aún más, en secreto, reconvino ásperamente a Arocena por lo que había hecho.

Un día, Juan Cruz, lo encontró en la calle y le preguntó si sabía de alguien que pudiera pintar el local de Ojo.

–¡Yo te lo hago, Juancrucito! –se entusiasmó Arocena.

Era algo sencillo, Juan Cruz quería solamente pintar de blanco las paredes, con fluido de látex.

–¡No te hagas problemas! ¡Te lo hago yo! –decía Arocena.

–¿Cuánto me va a salir la mano de obra? –quiso saber Juan Cruz.

…¡Cómo te voy a cobrar a vos!... Comprá la pintura nomás, yo te lo hago.

Arocena estaba sin empleo y a Juan Cruz le constaba su necesidad apremiante de dinero. Se había casado hacía poco y tenía ya una hijita de meses.

–No, no... nada de sentimentalismos heroicos, es tu trabajo, me tienes que cobrar –afirmó Juan Cruz. Arocena afectó meditar un poco y luego murmuró:

–Hermano, dame lo que vos quieras.

–No Ramón, déjate de joder... yo no tengo idea de cuánto se cobra por un trabajo así –insistió Juan Cruz–: decime vos un precio.

–Bueno Juancrucito, mira... para qué vamos a andar con vueltas... Ddame ciento cincuenta pesos nomás…

Aunque no estaba enterado de las tarifas, Juan Cruz se dio cuenta de que le cobraba menos de lo establecido.

–Te voy a dar doscientos –le dijo–.

–¡Gracias Juan Cruz! vociferó Arocena. Si quieres, dame a mí la plata para la pintura, la llave del local, y hoy mismo empiezo.

Al día siguiente, cuando fue a inspeccionar su local, Juan Cruz encontró allí a un muchachito flaco, de unos catorce años, rasqueteando con aburrimiento la pared. Arocena lo había subcontratado, para que limpie las paredes y luego las pinte: él, solamente dirigiría la obra. “Qué personaje”, pensó Juan Cruz. No le preguntó al muchachito cuánto le pagaba su director, pero imaginó que no sería mucho. Sintió compasión por él, y una vez que el local estuvo acondicionado, en un rapto de generosidad le propuso que trabajara en su negocio como cadete. Félix –tal era su nombre– pareció reflexionar un poco antes de acceder.

Cuando lo supo, Panchín se quiso arrancar los pelos. Félix era un lustrabotas, negro, crinudo, feísimo y desaseado, que hurgaba su nariz perpetuamente y apenas contestaba con monosílabos –si le hablaban: por su parte jamás tomaba la iniciativa de hacerlo. No disponían de presupuesto más que para un empleado, quien debía efectuar desde la limpieza hasta una eventual atención de los clientes.

–¿Cómo vas a hacer atender a los clientes con éste tipo?– vociferaba Panchín, sin preocuparse porque Félix lo estuviera escuchando–: ¿Si viene alguien a buscar, por ejemplo, un long-play del Modern Jazz Quartet, qué va a hacer éste?... e

inmediatamente y dirigiéndose a Felix: “a ver... búscame un long–play de the Modern Jazz Quartet... a ver, suponé que yo sea un cliente que quiera comprar un long-play del Modern Jazz Quartet…, búscalo… ¿dónde está?”

Félix lo miró sin que su fisonomía pétrea se modificara en un ápice, y contrastando con las dramatizaciones de su rubio reclamante permaneció absolutamente inmóvil.

–¿Lo ves? ¿Lo ves? –exclamaba Panchín, volviéndose otra vez a Juan Cruz– ¡Este no sabe nada de nada!... ¡Cómo lo vas a tomar, Juan Cruz! ¡Nos va a correr a la gente!

Juan Cruz trató de explicar que se trataba de una obra de caridad.

–¡Pero Juan Cruz, con caridad no vas a hacer funcionar el negocio!... como voy a recibir yo a mis amigos, intelectuales, artistas, como Mercedes Sosa, Víctor Laplace, con éste simio sentado ahí!

En efecto, Félix no daba precisamente un toque de distinción. Más bien, su presencia parecía un chiste, cruel y extemporáneo. Con ese cabello semejante al de un pecarí, la expresión abúlica y unas alpargatas rotas, sucias, bigotudas, se presentaba a la vista como si sobre una pasarela de modelos lujosas se hubiese sentado a un mendigo.

–Vos dices que sos socialista... –argumentó Juan Cruz. Bueno, vamos a darle ocupación a un representante del proletariado.

–Este no es un proletario: es un lúmpen– gruñó Panchín, pero finalmente y de muy mala gana, terminó por aceptar que Félix se quedara, sólo por una semana, “a prueba”. Ese mismo

día Juan Cruz fue a Suixtil y le compró a crédito un equipo de vestir: pantalón nuevecito, camisa, corbata, un par de zapatos y medias. Se lo entregó diciéndole:

–Aquí tienes; para que vengas a trabajar bien vestido.

Al día siguiente, sin embargo, Félix apareció con el mismo pantalón, mediacanilla, rotoso y la camisa mugrienta de siempre.

–¿Y la ropa que te compré? le recriminó Juan Cruz: ¿por qué no te la has puesto?

–La'i guardao para ir al baile– contestó con naturalidad el chango.

Al cabo de una semana quedó claramente demostrado que Félix no servía para ese trabajo. Perezoso, indiferente, jamás tomaba iniciativa alguna; para que hiciera la más pequeña tarea, debían indicársela expresamente. Y la hacía mal. Se pasaba las horas sentado, mirando estúpidamente al vacío mientras Juan Cruz se desdoblaba para atender al mismo tiempo a la limpieza y el orden, a él, y a los clientes. Esto sirvió como justificación para enviarlo muy pronto y sin remordimientos de regreso a su anterior parada de lustrabotas.

Entonces Panchín y Juan Cruz se pusieron a la tarea de buscar una empleada. Panchín sostenía que para estar a la altura del negocio, debía ser una chica más o menos educada, pero esencialmente linda. Ya tenía una candidata –una muchacha de veintitrés años, modelo. La llevaron a trabajar, a prueba. A Juan Cruz no le agradó. Le parecía demasiado flaca, y muy "vieja". Para no volver a disentir, decidieron salir ambos, en busca de una chica que los satisficiera por igual.

Panchín tenía el dato de una muchachita –según él deliciosa– que fuera elegida aquel año Reina del Trigo, en Fernández. Vivía en La Banda. Hacia allí se dirigieron, en el autito anaranjado del socio de Juan Cruz. En el camino, poco antes de llegar, divisaron a una llamativa muchacha rubia que esperaba el colectivo, sola.

–¿Y si la invitamos a esa? –dijo Panchín.

–Meta– contestó Juan Cruz. Panchín realizó un increíble giro de 180 grados con el auto y frenó casi encima de la chica. Descendieron ambos, pero solamente Panchín se acercó. Ella, como es natural, se había asustado ante semejante embestida.

–Hola… –le dijo Panchín– te queremos hablar…

La elegante rubia retrocedía, poniéndose en guardia…:

–Por favor, vayasé– pidió, mientras levantaba las manos con desagrado.

–Escúchame, no te asustes... te queremos proponer un trabajo apropiado para una chica hermosa como vos... decía Panchín. Pero la chica no se confiaba.

Se generó entonces una graciosa escena, con la chica escapando y Panchín persiguiéndola, tratando de convencerla, alrededor del auto... Juan Cruz observaba sin ser tomado en cuenta.

–Escúchame, nena, que te conviene... –alegaba Panchín.

–¡Vayasé, dejemé en paz! –chillaba la muchacha mientras huía.

–¡Bueno, vete a la mierda!... –se enojó Panchín y subió al auto dando un portazo.

–¡Qué boluda! le comentó a Juan Cruz, de nuevo en camino– no sabe la oportunidad que se ha perdido.

–No es tu día Panchín– lo cargó Juan Cruz.

Cuando llegaron a la casa de la Dorita –así se llamaba la Reina del Trigo–, los atendió una anciana y les dijo que su nieta no estaba. Se fueron, dejándole la dirección del negocio en un papelito, donde además le decían que si tenía interés en trabajar, debía presentarse a las nueve de la mañana siguiente.

La Dorita se apersonó, puntual. Al verla, Juan Cruz quedó pasmado.

Era realmente muy hermosa. No había manera de perderse algún detalle de su figura: calzaba pollera cortísima y una blusa celeste, transparente. Sus piernas poseían curvaturas casi increíbles en su sensualidad; de torso fino, sus pechitos, como limones maduros, tensaban al máximo las sisas de bajo los brazos; de cabellos muy rubios, ostentaba unos lindos ojitos celestes, que al mirar la hacían insospechable del más mínimo destello de inteligencia. Quizá el único cuestionamiento posible de hacérsele, era el de ser demasiado bonita, demasiado perfecta, en su aspecto formal. Con esa nariz respingadita, esa boca amorosa y pequeña, daba la impresión de no ser una muchacha de carne y hueso, sino alguna de esas muñecas de alto precio que adquieren ciertos padres para sus niñas ricas.

Con un poco de conversar, Juan Cruz comprobó que esos ojos no mentían. Dorita era una preciosa chica. Nada más. En compensación, poseía un carácter paciente, dócil, virtudes generalmente difíciles de hallar en muchachas de sus características. Pronto sabría de las innumerables tristezas familiares que habían forjado dicha personalidad. Por su parte,

enseguida decidió tomarla como empleada. Le dijo sin embargo que, por deferencia, debería consultar a su socio.

Panchín pronto llegó, y estuvo totalmente de acuerdo. Era lo que él buscaba: una muñequita lujosa, como al dedillo para ese coqueto lugar. Así fue que la Dorita quedó contratada.

–Noto algunas pequeñas diferencias de aspecto entre la Dorita y Félix –bromeó el padre de Juan Cruz, apenas la vio.

El viernes 11 de junio a las siete de la tarde, Juan Cruz inauguró el negocio. Panchín apareció cuando estaba terminando la ceremonia religiosa. Laura había llegado, con la prima de Juan Cruz, antes que el resto de la gente. Durante el día, antes de ir a cambiarse, se había ocupado también de los múltiples detalles previos. En los cinco días que llevaban noviando, ellos se habían encontrado, aunque fuese por media hora cada vez.

Fue una ceremonia sencilla, luego de la cual se sirvieron canapés y vinitos. Laura volvió a su casa luego, acompañada por sus amigas.

Arco Iris: Zamba

No es fácil describir la felicidad. Al igual que los dolores profundos, solamente los seres que sustentan en sí mismos tales efectos son cabales conocedores, o al menos, perceptores, de esas intensas combinaciones de sentimientos que se desenvuelven, yendo, viniendo, moviéndose de aquí para allá por adentro, como silenciosos integrantes de un ballet magnífico y de cuyos nombres apenas puede decirse algo inteligible, pues trátase de vivencias que no poseen denominaciones en el lenguaje humano. Al parecer hay un momento de la vida de cada individuo en el cual puede presentarse. Al parecer, se trata de estar preparado –espiritual y racionalmente– para reconocerla. Esa extraordinaria combinación de circunstancias favorables con presencias particulares no es solamente un catálogo de placeres: por el contrario, debe integrar en su devenir –como en una buena obra de arte– la concurrencia de los matices oscuros, que dan ciertas notas de dolor, ciertas tristezas o melancolías, para poder dotarnos de sostén para esas vivencias, que en su conjunto suelen ser denominadas con propiedad *un tiempo feliz*.

Sin embargo, como toda experiencia humana, carece de los medios para prolongar o detener su vigencia, más allá del período natural que la combinación de los sucesos en el tiempo de nuestra conciencia limitada provee, con su aparente transcurrir. Tal impotencia tiene quizá sus expresiones más patéticas en la honda tristeza inmanente a los cuadros de ciertos pintores, que, como Durero o los hiperrealistas, intentaron captar un instante de ese inasible devenir, para plasmar su

aspecto en una figuración perfecta y sustentar de ese modo la ilusión de poseerla; dichos cuadros nos producen la sensación de un cadáver disecado, objeto sutilmente perverso, por la esencial violencia que entraña hacia la dinámica originaria de los organismos y los sucesos.

Al parecer se trata de vivir la felicidad, cuando se presenta, con la mayor conciencia posible, absorbiendo cada instante de su ocurrir con los sentidos abiertos, pero sin esforzarse en transformar tal circunstancia en algo permanente pues los esfuerzos que hacemos en dicho sentido, a más de inútiles, sirven sólo para cargarnos de lastres en momentos en que debemos permanecer libres, para volar, entre la dicha, como los más livianos pájaros, sin pensar en otra cosa que en el instante preciso –y precioso– que estamos viviendo.

Al parecer la felicidad venía para Juan Cruz por intermedio de Laura –o al menos, con su presencia en el centro, como elemento imprescindible. Jamás le había sucedido el encontrar un ser, con quien aparte del objetivo encanto físico, tuviera tal coincidencia de percepción, tal comunión de carácter. La soledad humana es una verdad tan irrefutable, algo tan dolorosamente constante en lo más íntimo, a partir del momento en que rompemos la unidad original sostenida por única vez en el vientre de nuestra madre, que toda la vida no es, al parecer, sino la búsqueda doliente de un método, o circunstancias, que nos permitan restituir aunque más no sean provisorias semejanzas de tal unidad, para abrir, de ese modo, una puerta, a la mazmorra penumbrosa donde viven confinados nuestros mejores sentimientos, pues el abrirla nos donaría la única manera de constatar, con alguna certeza, la veracidad de nuestras instituciones: a saber, el testimonio de otro, semejante, que las apruebe y las comparta.

Este sentimiento integral de comprensión profunda llegó a Juan Cruz con la presencia de Laura. A poco de encontrarse entendieron que la naturaleza había modelado sus organismos y sus pensamientos del mismo modo en que el maestro Rubens gestaba la arquitectura de valores en sus cuadros. * Desde el temprano descubrimiento de gustos sistemáticamente afines, hasta la increíble coordinación espontánea de sus acciones ante circunstancias inesperadas, pasando por la transmisión telepática de sensaciones o ideas, ambas personalidades fueron formando en poco tiempo un conjunto, del cual emanaba tal sensación de complementariedad, que mucha gente, en especial algunos adultos sensibles, no podían evitar el decirles aquella frase remanida pero, como la mayoría de los dichos populares, tan ajustada al hecho: "ustedes parecen haber nacido el uno para el otro".

No les faltaba a Laura y a Juan Cruz preparación para comprender la magnitud de aquella coincidencia. Es por esto que puede afirmarse, con toda seguridad, que los sentimientos y sucesos protagonizados por ellos a partir del momento en que se encontraron por primera vez, conformaron en conjunto y por un intenso período esa inaprensible armonización espiritual y cósmica que intentamos denominar con la palabra *felicidad*.

* Escribe Maurice Busset en su tratado sobre las técnicas del cuadro: "*La luz de Rubens emana de sus oposiciones entre las carnes rubicundas y los fondos a propósito obscurecidos*; los cuerpos reciben de frente una viva claridad, siempre igual; las manchas luminosas que ellos forman, distribuidas de modo armonioso por la superficie del cuadro, *son exaltadas por dos o tres amplias zonas de rojo, siempre de la misma mezcla* de bermellón y laca; estas dos notas, rojo y carne, evocan al instante a nuestros ojos la luz dorada

del gran colorista. Algunos acentos de gris azulado, no más de dos o tres por cuadro, llegando, a veces, hasta el azul oscuro, dan a los claros principales la oposición necesaria para hacerles rendir toda su luminosidad (subrayado del autor). *La technique moderne du tableau*, Éditions Hachette, 1924.

17

Pacific Gas & Electric: Are You Ready

Ahora –después que todo, incluyendo lo atroz, sucediera– recordaba Juan Cruz que una noche había tenido lo que él consideraba como una premonición. *Volvía rutinariamente de su visita a Cecilia. Eran las doce y media de la noche, una noche fresca, un poco nublada. Había caminado las once cuadras que separaban la casa de su novia con la placita Independencia, para luego dirigirse a la esquina de las calles Roca y Alsina, lugar donde debía esperar el colectivo. El caminar solo le había hecho bien. Había pensado con tranquilidad y esa desazón que sentía por el fracaso evidente de su noviazgo se había aquietado, convirtiéndose poco a poco en un sentimiento neutro, parecido a la resignación. A la vez, el ejercicio del pensamiento desataba en su interior una agradable armonización de ciertos matices psíquicos que lo situaban, espiritualmente, en una especie de valle interior, donde se sentía muy cómodo. En este estadio del alma se le*

ocurrió preguntarse de repente si, puesto lo evidente ya de que Cecilia no era la mujer que él necesitaba... ¿cuál, o mejor, cómo *sería esa mujer ideal?*

La mujer ideal, se dijo, y la respuesta casi le sobresaltó al desprenderse de su más íntimo ser con nítida precisión, debe ser morena (¿por qué morena?, no lo sabía, pero así se lo dictaba su yo profundo), tener la paciencia, la ternura y la inteligencia de la Mamaviejita, condensadas en el cuerpo vibrante e ingenuo de una doncella. Todo ésto, claro, bajo el presupuesto irrenunciable de que debía ser hermosa. Y se le representó sutil una figura hermosa, caminando como entre las nubes hacia él.

Gratificado con esa imago *idílica que había creado su mente, subió al colectivo en un estado inusual de paz, para irse a dormir tranquilo en su casa.*

Al comparar dos meses más tarde tal figuración con la personalidad concreta de Laura, Juan Cruz imaginó que Dios lo había agraciado con una especie de anticipación de lo que le iba a conceder después; se sintió muy conmovido por ello.

Almendra: Muchacha (ojos de papel)

Un sábado por la mañana, Juan Cruz estaba solo en su negocio. Eran las once y media; Laura se había ido hacía poco.

Vio entrar a un muchacho elegante, como de su edad, y se levantó a atenderlo.

–Hola –saludó– ¿qué deseas?

–Hola –contesto el muchacho– Solamente quería curiosear...– De voz cálida, talante humilde como el de muchos provincianos, contrastando con ello denotaba por sus modales, la ropa cara armonizada con gusto y su aspecto, su pertenencia a la burguesía adinerada.

–Aquí puedes hallar discos de todo tipo –argumentó Juan Cruz–: menos esa basura comercial como la de Palito Ortega o “14 Voltops”.

–Pero eso debe ser lo que más se vende...

–Claro, eso es lo que más se vende... a pesar de ello, me niego a traer esas porquerías... creo que vender eso es estafar y hacerle mal a la gente.

–Me parece muy bien que haya un boliche así en Santiago... era necesario. Es la primera vez que alguien se anima a poner aquí un negocio de este nivel. Pero, ¿no tienes miedo? Al fracaso comercial, digo.

–Y sí –reconoció Juan Cruz– no es nada fácil mantenerse vendiendo otra música. La basura comercial, lamentablemente, es mucho más popular que Eduardo Falú o Duke Ellington, o Miles Davis, o Crosby, Stills, Nash & Young, o Pink Floyd. De cada diez personas que entran aquí, siete –o más– preguntan por “Los MH positivos”, “14 Voltops Volumen II”, “Los Náufragos” o “Música en Libertad”... lo conoces, ese estúpido disco de colores que han sacado los yanquis de CBS, fíjate vos... un disco de colores... colorinches... como un chupetín, un

chupetín gigante, para amodorrar los oídos, los cerebros y la visión... Nada de pensar, ni contemplar algo con criterio estético: solo chupar, evitar el compromiso de la selección, y satisfacer la propia indolencia y los genitales. Eso es lo que más compra la gente.

–En todo esto hay un manejo de las grandes empresas multinacionales –dijo el joven visitante–; manipular a la gente en ese sentido, a través de los medios de difusión. La llevan a comprar lo que ellos quieren vender, que a su vez es un producto elaborado en base a estudios de mercado, del cual han surgido *cuáles* son los chupetines, como dices vos, que la mayoría quiere chupar. Es decir, se alienta a no reflexionar, a no participar del hecho artístico, sino a tragarse sin cuestionamiento eso, que viene ya pre-digerido... o sea, para decirlo brutalmente y no como metáfora: un vómito...

La conversación se desenvolvía de un modo muy sereno. A Juan Cruz le agradó aquel muchacho. En su bi percepción estético-sentimental, encarnaba un prototipo de joven noble y viril, de rasgos acentuadamente hispanos, que emocionalmente apreciaba (en los varones de su familia) desde la infancia. El long-play que sonaba por medio del amplificador terminó. Juan Cruz se dirigió hacia allí, para sustituirlo.

–¿Qué quieres escuchar... cómo te llamas?... preguntó Juan Cruz de continuo.

–No se... pone lo que te guste a vos... Me llamo Santiago Vieyra.

–No amigo... vos sos el invitado... tienes que elegir –dijo Juan Cruz –Además –agregó, en broma–, aquí “el cliente, siempre tiene razón”.

–No te ilusiones hacia mí como cliente... casi siempre ando cortado. –replicó Santiago.

–Era una broma –aclaró Juan Cruz. Mira, a mí me importa que la gente escuche buena música, más que vender.

–No, pero sí te voy a comprar algo –afirmó Santiago, al parecer arrepentido.

–Bueno, dejemos eso... ¿qué quieres escuchar?

–¿Tienes algo de Lionel Hampton?... –preguntó, tímidamente, Santiago Díaz.

–Claro contestó Juan Cruz. Mientras colocaba el long-play, pensó que ahora le gustaba más aquel muchacho.

Luego de escuchar hablaron largamente sobre imperialismo, cultura y liberación (en su sentido político). Aquellos temas que desde hacía un tiempo no muy largo habían empezado a imantar a Juan Cruz y cuya terminología recién estaba aprendiendo a balbucir, pero como amante de las formas perfectas le interesaba sobremanera: “lucha de clases”, “dependencia”, “geopolítica”, “plusvalía”, “Black-power”, “chauvinismo”, “bonapartismo”, “conciencia revolucionaria”... para él eran, todavía, sólo un atractivo universo semántico, que además de cierta distinción de “iniciado” proveía a quienes lo utilizaban la agradable sensación de comprender la realidad. Pese a la histórica militancia peronista de sus tíos, su padre y su abuelo, Juan Cruz no había aprendido aún a conectar con una racionalidad coherente esos oscuros impulsos que lo llevaban a interesarse por lo social, ni menos, a engarzarla en una práctica política concreta.

Cuando llegó la hora de cerrar –cerca de las 12,30– el nuevo amigo compró un libro de Alejo Carpentier y la “Zamba” de Arco Iris en disco simple. La conversación se había vuelto tan interesante que Santiago acompañó a Juan Cruz hasta la parada, y allí esperó junto a él su colectivo. Al verlo aparecer, Santiago le dijo a Juan Cruz que sin duda no se verían por un tiempo, pues él estudiaba en Tucumán, pero, apenas volviese, lo iría a visitar. Se despidieron como si se hubiesen conocido de toda la vida. *

18

Pink Floyd - The Gold It's in the...

Juan Cruz llegó a su casa en el momento en que su abuelo y su abuela se disponían a almorzar. Su padre no estaba. Saludó distraídamente y se sentó a esperar que la empleada sirviera. Por alguna causa estalló una discusión, aunque en tono contenido. Su abuelo recriminaba algo a la Mamaviejita, sobre la forma en que se manejaba la empleada, o el orden de los platos en la comida. Pero el tema era un pretexto para que ambos canalizaran sus rencores de años. Finalmente, tomaron asiento cada uno en su lugar, distanciados, hoscos, y empezaron a comer en silencio. Durante todo el almuerzo ninguno de los dos se dirigió la palabra de nuevo. Cuando hablaban, lo hacían con Juan Cruz, sólo para preguntar algo que él contestaba con frases muy breves. De un modo patético el joven percibía en los rostros de los ancianos los signos indelebles de un matrimonio desafortunado, de la frustración

sentimental, los desencuentros, los resentimientos. Estaban como agobiados *in-aeternum* por aquella realidad tremenda de haber llegado a la senilidad conviviendo sin amarse –o mejor dicho, habiendo dejado de amarse pocos años después de casados–. Habían incubado más bien –según lo creía– un sentimiento muy cercano al odio en esa experiencia. El pensamiento de Juan Cruz se había ido deslizando, por un carril paralelo, hacia el recuerdo de Laura, que de a poco iba anegando la plenitud de su conciencia. Y de repente cayó en la cuenta de su propia felicidad. Una noción aguda, monstruosa si se quiere, pues lo distanció de tal manera de esos ancianos sufrientes, que le pareció no tener nada vinculante con ellos. Era inmensa, egoísticamente feliz. La hosca tristeza de sus abuelos no hacía más que magnificar, por contraste, su espléndida felicidad.

Después de comer salió. Debía grabar algunas cintas para la noche del sábado. El día estaba tenuemente gris. Todo le parecía sereno y bello en esa siesta a Juan Cruz. Por la noche iba a encontrarse, de nuevo, con Laura.

* Santiago y Juan Cruz trabarían con el tiempo una intensa relación de amistad y camaradería. Esa afinidad entre ambos se fraguaría aún más por la posterior militancia de ambos en el PRT-ERP. Infortunadamente, poco después de haberse recibido de arquitecto, Santiago fue secuestrado por un grupo de tareas de la dictadura militar, en 1977. Y permaneció, para siempre, desaparecido.

19

Jethro Tull: Bourée

–Tengo como unas ganas de llorar –dijo Laura– El resplandor naranja del atardecer perfilaba los cipreses, en la placita Independencia.

–Sin embargo, no te resulta difícil sonreír –afirmó Juan Cruz.

–¿Cómo puedo explicarte?... No es que esté triste… No sé... al contrario, me siento bien... ¡siempre me sucede... Pero aunque me siento bien, muy bien incluso, hay ciertos momentos, situaciones hermosas, en las que sin embargo, me dan ganas de llorar... ¡Yo tengo mucha alegría de vivir! y esto es como atrás de esa alegría, no sé... ¡bah!... ¡no puedo explicarlo!... – Laura se apartó con impaciencia un largo mechón de su pelo finísimo y lacio.

–Creo que me sucede algo parecido. Una vez, cuando tenía tres años, en Campo Verde, repentinamente me dieron ganas de llorar. Mi tío Jaime me explicó que eso se llama melancolía. Pero, ¿melancolía, por qué?... ¿Por qué puede tener melancolía un chico de tres años? Yo creo que en el mundo hay mucho sufrimiento –Juan Cruz aventuró su teoría–, y el sufrimiento del mundo, de algún modo, lo percibimos todos los seres humanos. Por eso, aunque ahora nosotros estemos alegres, aunque seamos felices, basta que nos encontremos en un poco de silencio y soledad para que captemos, como un latido oculto y poderoso, el latido del mundo–. Laura estaba admirada.

Comenzó a sentir que aquello que intuyera y había buscado, estaba en Juan Cruz. Por primera vez podía hablar de cuestiones tan profundas con alguien, a la vez tan atractivo. Su novio. Juan Cruz era su novio. –Desde el origen de la humanidad, ha habido sufrimiento. ¿Y qué es el sufrimiento? La carencia de algo. Necesitar algo y no poder obtenerlo. Mira Laurita, nosotros somos dichosos. ¿Queremos tener una camisa, o vos una pollera? No hay problemas, voy y compro la camisa, o vos la pollera. ¿Queremos satisfacer nuestro hambre? Ya mismo vamos a un bolichón, nos sentamos, pedimos y el mozo nos trae un suculento bife, una hamburguesa o lo que pidamos, y encima tomamos un porrón helado como si nada; y si nos quedamos con ganas pedimos otro y listo. ¿Necesitamos amor? Juan Cruz la miró profundamente a los ojos y Laura se estremeció. Por gracia de Dios, eso es ahora lo que nos sobra.

–A mí no me sobra– contestó Laura–.

Juan Cruz la tomó de la nuca y acercó la cara:

–No, digo, es una metáfora...

Sintió entre los dedos la sensación deleitable de los cabellos sedosos, como si una lluvia tibia cobijara su mano. Se besaron largamente.

–Este amor es lo más hermoso que me ha ocurrido en la vida…

–A mí también...

Laura apoyó la cabeza en el hombro de Juan Cruz, que había envuelto con un brazo su espalda, tomándola con delicadeza de la cintura.

–Bueno. Entonces fíjate, nosotros tenemos a nuestro alcance todo lo que hace falta –básicamente– para ser felices. Pero ¿y los que no lo tienen? ¿Cuánta gente no tiene para comer, cuánta gente pasa frío, cuántas familias duermen bajo los puentes, cuantos niñitos descalzos, deambulan, en medio del frío del invierno, por las calles de Santiago? ¿Cuántos seres viven pobres y despreciados, sin amor?... – Juan Cruz se había conmovido, no pudo dejar de hacer una pausa. –Dios mío, yo no puedo ser feliz totalmente, si hay tantos de mis hermanos que sufren...

Laura lo miró, conmovida también. Al fin inquirió, dubitativa:

–¿Vos crees que nosotros tenemos alguna culpa en eso?

–Sí. Todos tenemos culpa. Algunos más que otros, pero todos. Hay una causa principal en el dolor de la humanidad. Se llama injusticia. Y de la injusticia, por acción u omisión, todos somos culpables. Hasta el último de los seres humanos.

Jethro Tull: Nothing Is Easy

Juan Cruz y Laura caminaron tomados de la mano por el sendero angosto en medio de los árboles. Gigantescos, los eucaliptos filtraban la luz del sol intenso, proyectando sobre los novios haces simétricos, que cortaban otra atmósfera en la cual flotaba como una niebla, de luz más tenue, fosforescente; las sombras de los eucaliptos marcaban franjas oscuras en el suelo. Sentían al universo palpitar de consuno con sus latidos; de un modo extraordinariamente específico, se sentían integrados, la una al otro, el uno a la otra, cual si ambos fuesen a la vez un solo cuerpo y estuviesen conectados además, a todo lo existente, lejanos bocinazos de los automóviles, el murmullo de la brisa entre las frondas, los pájaros cantores, el sol. Cada uno sabía que podía estar seguro en el otro, confiar, cerrar los ojos y entregarse al sueño en sus brazos sin temer. Se habían hallado. Y la presencia del otro a la par, en todos los casos los complementaba, les daba paz.

Hacía tres años y medio, en 1967, habían matado al Che Guevara en Bolivia. Un militar –Ovando– le había descerrajado un tiro a sangre fría, luego de que lo capturaran malherido. Igual que al Chacho Peñaloza. “Igual que a Jesucristo”, había pensado Juan Cruz. Ese mismo año –él lo supo a través de su tío– un militante de la juventud peronista había sido detenido y torturado bárbaramente por militares argentinos.

En 1968 los estudiantes, encendiendo una llama que pronto se propagaría por casi toda Europa, se insurrecionaban en París.

En 1969 la Argentina se conmocionó a causa de las impresionantes demostraciones de insurrecionalismo popular,

que en sucesión encadenaba fueron llamadas el Rosariazo, el Cordobazo y el Tucumanazo.

1970 fue el año de la gran ofensiva norteamericana sobre Vietnam. Los democráticos Estados Unidos de Norteamérica lanzaron sobre el pequeño pueblo vietnamita tal maquinaria de armamentos y soldados, desplegaron tal vesanía, que lograron superar su propio record de violencia demencial, obtenido antes con sus famosas bombas atómicas en Nagasaki e Hiroshima. Jamás en la perversa historia de las guerras se había tenido noticias de ferocidad mayor, agravada por el hecho de que sus víctimas eran un pueblo pobrísimo y pequeño.

Onganía no soporta el desgaste producido por el Cordobazo. En 1970 es desplazado por Lanusse, comandante del ejército, quien pone en su lugar al general Levingston, trayéndolo de los Estados Unidos. La represión, pese a ser selectiva, se torna cada vez mayor, hasta llegar a ser inocultable.

Los movimientos guerrilleros se desarrollan y generan acciones de creciente envergadura. En 1970 la organización de Montoneros copa el regimiento de La Calera, en 1971 el Ejército Revolucionario del Pueblo copa el Batallón 141 de Córdoba. Además de estas dos vertientes principales, han surgido otras agrupaciones guerrilleras: las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), las FAL (Fuerzas Argentinas de Liberación), junto a otras más pequeñas, como los GPL (Grupos Populares de Liberación de Córdoba y Rosario, o el FLN (brazo armado del Frente Revolucionario Peronista), cuya acción se desarrollaba casi únicamente en el Norte del país, hasta las fronteras con Bolivia. Perón los alentaba, y escribía desde Madrid:

“La guerra revolucionaria es un fenómeno mundial con que la juventud ha puesto en marcha la revolución detenida...” *

En 1971, otro poderoso movimiento de rebeldía popular pone fin al gobierno de Córdoba y muy pronto el general Lanusse decide asumir personalmente la presidencia de la Nación además de la jefatura máxima del ejército. El “Viborazo” (llamado así porque Uriburu, gobernador de Córdoba, impuesto por los militares luego del Cordobazo, había declarado al asumir que “iba a cortar de un solo tajo la cabeza a la **víbora** marxista–leninista”. En las manifestaciones triunfantes, luego de incendiar media ciudad y poner en jaque a las fuerzas represivas, se enarbolaban carteles que decían “la víbora ha derrotado a la Juanita”, pues a una vinchuca negra y hedionda, conocida como “Juanita”, se la llama también, popularmente, “uriburu”). Esta insurrección popular fue seguida de una gran intensificación de las acciones guerrilleras en Argentina. Entonces, el general Lanusse se vio obligado a prometer un llamado a elecciones.

Todos estos hechos se acumulaban confusamente en la consciencia de Juan Cruz. Se sentía llamado a participar, pero no sabía en qué forma. En el año 1970 había tomado parte en un retiro espiritual, que además del encuentro religioso se había convertido casi en un seminario sobre política. La concurrencia de jóvenes muy lúcidos, entre los que se contaban universitarios filomarxistas, militares nacionalistas, empresarios social cristianos y sacerdotes francamente fascistas, convirtió a aquel retiro en una experiencia invalorable para Juan Cruz, quien participó, casi siempre como oyente, en innumerables debates políticos. Pero el tal retiro no le dejó

claro un camino a seguir. Comprendía que estaba en una nación en crisis; es más: en un mundo en crisis, y que la causa de esas crisis era la injusticia. A su vez, la causa de la injusticia era la dominación y la explotación de los poderosos sobre los más débiles. Desde las primeras lecciones de catecismo había aprendido que un buen cristiano tenía la obligación de luchar contra la injusticia. Ergo, había que luchar contra los poderosos. Pero... ¿cómo?... ¿Con qué medios?

* Juan Domingo Perón, “Guerra Revolucionaria”, artículo publicado en el anuario de la revista Las Bases de octubre de 1969.

21

Deep Purple: Highway Star

El recital de rock fue un éxito pero trajo a su final un conflicto por el dinero. Habían contratado a un conjunto cordobés, a quienes debía proveerse, además de la paga, de alojamiento y comida. En total, entre músicos y plomos, eran como quince personas. El Vermin Group –a Juan Cruz le había parecido un nombre más apropiado para un circo que para un grupo de rock pesado– a la postre resultó un número magnífico. Todo estaba bien afinado y escenificado. Tocaban con un estilo asombrosamente parecido a Deep Purple, y su

sonido tenía en verdad poco que envidiar a los ingleses. Juan Cruz quedó pasmado por el nivel de los cordobeses. Su aspecto –flacos, con ropas extravagantes, cabellos hasta los omóplatos y barbas– bajo las luces de color y el humo creaban un clima excitante que realzaba aquella música áspera, rítmica, cuyo hechizo empujó literalmente a un muchacho del público, poseído al máximo, a que saltara al escenario y se contorsionara en trance durante el tiempo que duró el recital, acompañando con gesticulaciones como ensalmos al extraordinario cantante, al *boss-guitar*, al bajo, al organista. La multitud de adolescentes colmaba el segundo entrepiso del Grand Hotel. Laura había ayudado durante la tarde a preparar el local; pero no pudo quedarse más que unos minutos en el espectáculo, debido a la rigurosa restricción horaria impuesta por su padre.

El problema se suscitó al día siguiente, Panchín declaró que no había ganancias, pues lo recaudado era exactamente lo necesario para pagar el alojamiento, comida y pasaje del conjunto. Y como lo relativo al consumo de sándwiches y bebidas era patrimonio del Grand Hotel... la caja del dinero por entradas había quedado vacía. Informó tal situación a dos o tres chicas y desapareció. Unas horas después no había forma de encontrarlo en toda la ciudad.

Entonces las enardecidas muchachas de 5to. Año B normal, que esperaban con justicia haber obtenido un gran aporte de fondos para su viaje de fin de año, al verse burladas se abalanzaban sobre Juan Cruz. Lo consideraban co-responsable del fraude, aunque él tratara de explicarles que Panchín había asumido totalmente el control administrativo de ese recital. Molesto y avergonzado, Juan Cruz juraba que buscaría a Panchín y lo traería en el menor tiempo a comparecer, pero

pese a su buena voluntad recibía sólo velados denuestos de las adolescentes airadas. Entonces fue que recibió un signo muy valioso del modo cómo entendía su novia Laura al amor. Mientras todas las muchachas –incluyendo la prima de Juan Cruz– lo atacaban, ella se había ido apartando paulatinamente del grupo, para ubicarse muy cerca de él; su cuerpo había ido tomando la actitud de una pantera, tensando los músculos para el salto. Y de pronto, comenzó a defenderlo con extraordinaria vehemencia, sin importarle ponerse en contra de quienes habían sido las compañeras de toda su vida. Tanto Juan Cruz como las muchachas se quedaron sorprendidas... él sintió un grato calor en su corazón... esa muchacha lo amaba... era una sensación nueva, de adhesión total, que antes no había conocido... una muchacha que hacía poco ni lo conocía, lo defendía ahora incondicionalmente (tal debe ser el carácter propio del verdadero amor, pensó). Finalmente, las otras chicas se retiraron, indignadas y vencidas, pero prometiendo vindictas. Sólo Laura se quedó con Juan Cruz. Desde la puerta, una de sus compañeras la miró con dureza y dijo: –Sos una vendida.

–No por dinero– contestó ella, en baja voz.

22

Led Zeppelin: Immigrant Song

Dorita se convirtió en una de las atracciones mayores para el sector masculino de la clientela. Esto no le caía muy bien a Juan Cruz, por lo cual le solicitó recato. En realidad la muchacha no pertenecía a la clase de las provocativas por vocación. Perseguida por el fatalismo de un cuerpo sensual, despertaba impulsiones genitales, aun sin proponérselo. De carácter conservador, cándido hasta ser casi infantil, soñaba un amor providencial con algún príncipe azul, que la sacara al mismo tiempo de la indigencia y la doncellez. Se excitaba hasta el chucho leyendo a hurtadillas toda novela erótica que descubría en el stock del negocio, aunque estuviese obstinada firmemente en no llevar a la práctica los conocimientos allí adquiridos antes de un formal matrimonio.

Pero la moda de las minifaldas signó definitivamente a la muchacha. Sus piernas vertiginosas concitaban en su derredor todo un enjambre de estremecidos circunstantes, a quienes soportaba, sin renunciar al halago, con algo de resignación, pues sospechaba que ninguno de aquellos hubiese invertido un minuto de su tiempo en alternar con ella luego de lograr, si le fuese dado, el codiciable acceso a su caverna vaginal.

Había uno que la asediaba con particular pertinacia. Era un hombre casado, bastante atractivo, de unos treinta y dos años, propietario además de un boliche de moda. Indirectamente el asunto beneficiaba a Juan Cruz. Las veces que iba a tomar algo allí no le permitían pagar, por orden del enamorado quien era además un buen comprador de discos bailables.

El mes de junio fue favorable en todo sentido. “Ojo” funcionaba bien, en sus dieciocho días hábiles de existencia había dejado el margen pecuniario que se precisaba para pagar

el alquiler, renovar mercaderías y cumplir con el banco. El 70% del capital invertido provenía de un préstamo, solicitado al Banco de la Provincia por el padre de Juan Cruz. Se suponía que iba a ser pagado totalmente con las ganancias del negocio.

La *diskería* –dominados por el esnobismo en uso, la habían denominado así– se convirtió apenas al abrir en un lugar de moda. Concurría mucha gente a su local, sea para mirar libros, escuchar música, o como ya dijimos, ofuscarse con las rosáceas piernas de la Dorita; los menos a comprar. Pero, en la multitud, con esas menos, aún alcanzaba.

Laura venía todas las veces que podía a Ojo, y enviaba a sus amigos.

Una noche pudieron salir solos, gracias a un cumpleaños de quince. Convinieron con el padre de Alita, –más comprensivo que el de Laura– una combinación: diría que iban al cumpleaños en su compañía, y él se encargaría de volverlas sanas y salvas una vez terminada la fiesta. En realidad, el padre se quedaría en su casa hasta que lo llamaron por teléfono para que los pase a buscar, a la hora del regreso.

Laura llegó al boliche del Grand Hotel cerca de las once. Juan Cruz no la había visto hasta entonces vestida de noche. Se había enfundado en un largo vestido de tonalidades ocres veteado de marrón, que marcaba sus formas de un modo conmocionante, cosa que se descubría sólo al quitarse ella el tapado de piel. Juan Cruz no pudo evitar el narcisista deseo de exhibirla; por eso nada más la invitó a caminar hasta Siroco, la confitería de moda, a esa hora repleta de jóvenes. Pero al llegar allí sintió escrúpulos y no quiso ocupar una mesa por evitar que ella se quitara el tapado. Los pechos de Laura poseían gran pujanza y junto a sus caderas tan destacadas, podrían incitar, en

los observadores, peligrosos pensamientos de posesión. Recién se dio cuenta que en su insensata búsqueda de la admiración colectiva, no habría un límite claro para impedir que ésta, sobrepasando el placer de la estética, se deslizara hacia la lisa y vulgar lascivia. También cayó en la cuenta de que por primera vez sentía este tipo de inquietudes y prevenciones, antes en casos semejantes –pero con otras chicas– había gozado despreocupadamente con el poder perverso que da la constatación de la envidia y la lujuria impotente de los demás varones. En cambio ahora nacía en él un deseo muy íntimo por preservar de la mirada pública aquellos aspectos más atrayentes de la belleza de Laura. Este sentimiento iría acrecentándose en el corto plazo, hasta alcanzar en algún momento un nivel excesivo.

La noche transcurrió sin inconvenientes, permanecieron juntos, se amaron y escucharon música; en un ambiente amistoso, distendido, se sintieron una vez más felices. A las tres de la mañana avisaron al papá de Alita para que los pasara a buscar.

23

Vinicius de Moraes - Samba da Bênção

Fue a mediados de julio que Juan Cruz cometió el primer error y la acuarela que venía hasta allí perfecta se manchó. Habían convenido con Laura que la acompañaría a una fiestita de cumpleaños que se haría frente a su casa. Uno de los chicos

de su grupito de amigos la había organizado, dándole un carácter íntimo y aunque Juan Cruz no tenía invitación Laura le había asegurado que lo introduciría. Era una jugada audaz, pues con sólo cruzar la vereda, los padres de ella podrían sorprenderlos. No aprobaban la nueva relación sentimental de su hija. Esto, por fuerza, ponía igualmente en incómoda situación al dueño de casa. Irreflexivamente, Laura había insistido y él aceptó. Quedaron en encontrarse a una hora determinada, en el negocio. Como quiera que fuese a Juan Cruz tampoco le agradaba mucho ir allí. No simpatizaba con ese grupo de chicos, contemporáneos de edad con su novia, que formaban su entorno permanente y a quienes ella parecía atender hasta en cuestiones muy personales. “Son mis amigos de infancia, como mis hermanos”, los justificaba; “sí” replicaba el novio, “pero no se justifica tanta intimidad, pues sea como fuese, son varones y vos mujer”.

El Pasaje Figueroa, donde todas estas familias vivían, era apenas una cuadra con casas más o menos semejantes, más menos opulentas o al menos “bien puestas”. Su entorno, arbolado, recoleto, acogía a las mismas familias desde mucho tiempo atrás. En tal ámbito apacible se habían criado desde niños dos o tres generaciones. Incluyendo esta de Laura y sus amigas y amigos. La vecindad y aprecio mutuo había creado casi una hermandad, que se manifestaba en gestos afectivos o solidarios permanentes.

Juan Cruz sentía envidia y celos de esos muchachos. Ellos tenían acceso cotidiano a una intimidad que a él se le negaba. Para consolarse, se decía a sí mismo: “son unos mariconcitos... niñitos de mamá”.

Esa tarde, una tarde de viernes, luego de cerrar el negocio, como el auto de la familia estaba en el taller, Juan Cruz fue a buscarlos en el de Panchín para llevarlos hasta su casa. Junto al padre iba su esposa, y dos hijos pequeños. Apenas emprendió el camino, vio que por la vereda de enfrente caminaba Laura, flanqueada por dos de sus amigos. Se detuvo.

–¡Ibamos a buscarte!– le dijo ella, asomando la cabeza por la ventanilla y metiéndola un poco por encima de su padre. Juan Cruz estaba muy molesto.

–¿Qué sucede? –preguntó.

–Ellos son mis amigos –contestó ella inesperadamente. Los muchachos, cuyos rostros se le antojaron burlones, pasaron en el acto sus manos por frente a la cara del padre, que para desesperación de Juan Cruz había adquirido una expresión irónica. La situación le pareció en extremo ridícula. Al borde del estallido inquirió de nuevo y con impaciencia:

–¿Qué es lo que sucede? –Laura empezó a reírse, al parecer por los nervios. Esto molestó aún más a Juan Cruz.

–Mira Juan Cruz... el chico del cumpleaños ha dicho...bueno…–los padres no quieren... pueden haber problemas, con mis padres... no te enojes, ellos son amigos...

–Decilo de una vez... casi gritó Juan Cruz.

–¡Vos no vas a poder venir conmigo al cumpleaños!

“No vas a poder venir conmigo”. Había dicho. Por tanto, ella iría, aún sin él.

–Y vos no puedes dejar de ir –masculló Juan Cruz, sordamente. Ella bajó los ojos.

–No. Es mi amigo de la infancia...

Juan Cruz quiso arrancar de golpe, mas para su desdicha el auto, por el brusco acelerón, se detuvo; Laura seguía riéndose, lo cual enardeció aún más a Juan Cruz, que veía de reojo, también, la sonrisita de su papá; finalmente, logró encender el motor, puso la primera y salió disparado.

–Despacio chango –le advirtió su padre, a todas vistas divertido por la situación.

Decidió en el acto que iba a "desquitarse". Dejó a la familia en su casa y regresó al centro. Fue directamente a buscar a Cecilia en la facultad.

La Fatalidad o la Providencia determinan el curso de los sucesos que han de ser inevitables y para ellas ninguna combinación de circunstancias es extraña; así, cuando ciertos acontecimientos deben sobrevenir, siguen un cauce que se presenta como natural, hasta tal punto que ni el mismo protagonista –como sucedía con Juan Cruz en este caso– puede interpretar la forma como han de desarrollarse, ni encuentra motivos que lo lleven a eludirlos concretamente.

En el momento preciso en que Juan Cruz estacionaba al frente, Cecilia salía con un grupo de compañeras de la facultad. Disimuló su sorpresa cuando Juan Cruz le hizo señas y se dirigió hacia el auto sin vacilar. Llevaba un vestido muy corto de color verde con flores negras, le entallaba el torso un saquito negro tipo masculino, de terciopelo. Sus largas piernas ondulaban sombreadas dentro de un can-can gris. Ya no usaba anteojos; los había sustituido por lentes de contacto luego de la operación de cirugía que convirtiera a su nariz en respingona.

–Te invito– le dijo él, ya con el coche en movimiento.

–¿A dónde?

–No sé, vamos a tomar un whisky por ahí. Cecilia se quedó callada. No comprendía lo que pasaba, pero decidió velozmente aprovecharse de la circunstancia. Había pasado un mes y medio desde aquella tarde en que, cansada de esperar, lo llamara por teléfono para preguntarle si continuarían su noviazgo, convencida de recibir una respuesta afirmativa, pero él había dicho “no, aún con dolor, pese a todo lo vivido, debemos terminar”. Todavía no acababa de digerir la sorpresa de enterarse de su cansancio cuando le contaron que se había metido de novio con Laura, esa changuita de diecisiete años, con la cual se mostraba por todos lados ahora, como si anduviera “tremendamente” enamorado. Entonces, por segunda vez, había sufrido. Mucho.

–Dejo mis carpetas, le aviso a mi mami y voy con vos– le dijo, cuando casi llegaban a su casa. ¿A dónde vamos a ir?

–No sé. A algún boliche. Puede ser a Baden. No demores en cambiarte, estás muy linda así– urgió él.

–No, no, dijo ella, y atravesó corriendo el portón de rejas.

Tiró las carpetas sobre la mesa del living–comedor, y corrió al tocador a perfumarse el pelo, frente al espejo; desde allí habló en voz alta:

–Me voy, mami... Juan Cruz me invitó a salir–, dijo; su madre se quedó pensando.

Fueron a Baden-Baden, discoteca del admirador de Dorita, que quedaba en las afueras de la ciudad. Bailaron apretados. Tomaron whisky, naranja con ruhm. Conversaron. Nada de eso era nuevo para Juan Cruz. Conocía al carácter y el cuerpo de

Cecilia como a la palma de su mano. Sin embargo, esa noche ella estaba especialmente sensual. O tal vez fuese que, por lo incipiente de su noviazgo con Laura, él no había llegado a gozar con ella de las intimidades que, en cambio, Cecilia le prodigaba habitualmente. El habló mucho, pero no soltó prenda de lo que sucedía ni le hizo una propuesta formal. Ni siquiera se tomó el trabajo de mentirle que había roto con Laurita. Simplemente evitaba el tema, cuando se presentaba.

Terminaron refregándose furiosamente en el asiento trasero del auto, estacionado bajo la oscuridad de unos árboles, a las dos de la madrugada. El le bajó el can-can y la bombacha y se introdujo reptando entre sus piernas desnudas. En el momento en que, tembloroso de excitación, buscaba con pertinacia el acoplamiento, ella consideró oportuno chantajearlo:

–No. ¡No!– exclamó. Unicamente me voy a entregar a vos si me prometes que te vas a casar conmigo, y que no la vas a ver más a esa changuita.

El, con el pene afiebrado y desnudo, continuó moviéndose sobre la vulva orlada por aquel vello fino que ya conocía.

–¡Prometeme! ¡Prometeme!– protestó ella. Pero él eyaculó como un volcán, entre sus piernas.

Luego de un rato, ella se apartó y se acomodó la ropa. Luego le pidió que la llevara a su casa.

–Si va a ser siempre así, mejor no nos veamos más– le dijo en el camino. Juan Cruz manejaba callado entre la neblina. Pero cuando se bajó del auto, luego de despedirse, pareció arrepentida; regresó, y luego de besarlo con suavidad en la frente, le dijo:

–Juan Cruz... pensalo, y si cambias de idea, no vaciles en llamarme.

El regresó, preocupado, al Grand Hotel. Había asegurado a Panchín que devolvería el auto a eso de las diez y media de la noche. Eran las tres de la mañana. De nuevo, el sentimiento de fatalidad lo agobiaba. No por el posible enojo de su amigo. Panchín era un tipo de carácter débil, que en todo caso rezongaría. Juan Cruz estaba en falta consigo mismo, había violado sus propios códigos más íntimos.

Preguntó acerca de Panchín por si acaso. Como imaginaba, se había ido, luego de cenar con su novia y esperarlo hasta cerca de la una –según le puntualizó el conserje del Hotel. Dalma vivía lejos del centro, así que estaba seguro de que debían haberlo puteado de lo lindo. Por las dudas, dio unas vueltas alrededor de la plaza, mirando a los contados noctámbulos que bostezaban en las confiterías. Finalmente, dejó el auto estacionado frente a la casa de Panchín, y regresó caminando hasta el hotel, donde depositó las llaves.

¿Por qué había hecho todo ésto? Nada había ganado. Por el contrario, se sentía sucio. Como un borracho escupiendo sobre una hermosa flor, como un cerdo masticando una margarita. La memoria del semen, derramado sobre las piernas de Cecilia y el tapizado del auto, el pañuelo con el cual lo limpiara y que llevaba aún apelmazado en el bolsillo, le atormentaban como un símbolo imborrable de su perversidad. Caminó y llegó a su casa perturbado por estos pensamientos. ¿Por qué actuaba con esos impulsos? ¿Por qué no era capaz de comprender? Ella era una chiquilla de diecisiete años. Sus padres se oponían a su noviazgo con él, que ya tenía veintiuno. No era por su edad que

se oponían, sino por su merecida fama de muchacho-terrible. Todo en él, futuro y pretérito era desordenado y poco convencional, desde una perspectiva burguesa. Era natural –si lo pensaba desde esa perspectiva– que aquella familia, seguramente burguesa como los padres de su novia, no quisiera comprometerse apañando un encuentro con él en su casa. ¿Por qué no había sido capaz de verlo desde esa posición? Por el contrario, el rechazo lo había enceguecido. Si aún a él le hubiese resultado muy incómoda la situación en el susodicho cumpleañitos. Expectante y tenso ante la posible aparición de alguno de sus “suegros” en cualquier momento, hubiera debido estar dispuesto a fingir o a borrarse. ¿Y en mérito a qué soportar tanta incomodidad? Ella, por su parte, no podía haber dejado de concurrir sin despertar reprobaciones y sospechas. Aquel vecindario –una cuadra, en realidad, un recoleto y acicalado pasaje– era como una gran familia (o al menos, afectaban serlo). Por conveniencia y elección, había decidido cerrarse a los de afuera, conformando una más o menos pulida y discreta hermandad. Desconfiaban de los extraños, apartándolos de sus domesticidades con disimulo pero también firmeza. En definitiva, una recua de tontos, con más o menos buena posición y algún título, pero no por ello menos convencidos de formar una *élite*. Pese a ello, se dijo Juan Cruz, por más estúpidos que sean, tienen derecho a hacerlo. Como cualquiera. Cualquiera tiene derecho a ser estúpido si no daña a nadie. Laura formaba parte de esa tradición; en un rato no podía romper con ella, pues ahí se había criado y aprendido todo lo que sabía. Debería haber intentado comprenderla. Pero no. Como muchas veces de las que debió arrepentirse, había actuado. Por reflejo. Por uno de esos rencorosos reflejos que le crearan tal vez una niñez sin madre, las persecuciones políticas a su familia, o el miedo a la traición que le infundían las

sistemáticas injurias hacia la mujer que le diera a luz, escuchadas desde la infancia. Unidas a aquella pérfida tradición transmitida subliminalmente por la mezquina cultura del machismo santiagueño, según la cual, toda mujer, por el solo hecho de serlo, constituye una prostituta en potencia. No, no debería haber actuado así. Su brutal reacción perjudicaba a dos mujeres. Había degradado a su ex novia, Cecilia, poniendo al mismo tiempo en ridículo a su novia presente, a quien amaba. Lo habían visto en Baden-Baden; seguramente no pasaría mucho tiempo sin que se difundiera su "picardía". Así era Santiago. ¡Qué pelotudo! ¡Qué pelotudo! Estiró la mano para tomar el teléfono, que había llevado al lado de su cama, pero se detuvo al sentir la dureza fría del tubo. Nuevamente estaba a punto de cometer una locura, llamándola a esta hora. Miró el reloj: las cuatro de la mañana. ¿Qué diría el padre de Laura, si por casualidad atendía él? Mas de nuevo, llevado por una fuerza que no pudo ni quiso controlar, levantó el tubo y marcó su número. Oyó los ronroneos insistentes del teléfono de los González Abreu, a cada uno de ellos pensó en colgar, pero no lo hizo. Por fin, atendió. Ella.

–¿Sí? –escuchó su voz en sordina, somnolienta.

–Soy yo– dijo él.

–¡Ay! Juan Cruz! ¿Qué te pasa? ¡A esta hora!

–Quiero saber si nos vamos a ver mañana.

–¡Mañana! ¡Más luego, querrás decir!

–Bueno, ¿nos vamos a encontrar, más luego?

–Pero sí... no sé a qué hora, estoy embotada por el sueño... yo voy a ir por tu negocio... ¡Ay Juan Cruz! ¿Estás borracho? ¿De dónde me hablas? ¡Anda a dormir!

–Ya estoy acostado– contestó él y de repente, quiso saber: has bailado, en el cumpleaños?

–¡Pero no! ¿Cómo se te ocurre?

–¡Tirame un beso! –pidió entonces.

Se oyó el chasquido a través del tubo. Después Laura dijo:

–Dentro de un rato vamos a conversar, chiquito –y colgó.

Al día siguiente, a eso de las diez, Laura se presentó en **Ojo** diskería.

–¿Estuvo linda la fiesta? –preguntó él–.

–Más o menos. Me fui temprano a casa. Como a las once.

–¿Bailaste?

–¿Por quién me tomas? Los chicos ya saben que estoy de novia y no puedo bailar. Pero ¿no te lo dije anoche?

–El estar de novia no te impide que vayas a fiestas, al parecer... –se quejó Juan Cruz.

–¡Ay negrito! (ella se dirigía así a él: “Negrito”, “Bichito”, de un modo cariñoso). ¿Por qué buscas peleas? Ya sabes que no podía dejar de ir... Ya te lo dije... con esos chicos somos como hermanos.

24

César Isella: América Latina

El capitán García Funes regresó a la biblioteca de su casa, donde lo esperaban Juan Cruz y Laura, traía una bandeja de plata en las manos; sobre ella, dos frascos cogotudos y varios vasos.

–Disculpe niña lo mal servido –exclamó, dirigiéndose a Laura–. Pero con la excusa del viaje a Villa La Punta con los hijos, mi mujer me ha dejado sin la servidumbre. Menos mal que han venido ustedes a visitarme. Ya me estaba volviendo un oso, tantos días aquí solo, y en el cuartel entre tanto bárbaro.

Rengueaba. De un balazo que recibiera en la rodilla hacía dieciséis años, cuando –según le contara a Juan Cruz un suboficial–, se había atrincherado al frente de una compañía, en Córdoba, para defender al gobierno del general Perón. Laura y Juan Cruz habían decidido llegarse a su casa una de esas tarde de domingo en que no sabían qué hacer. A Juan Cruz ya no le

gustaban las confiterías y Laura le seguía la corriente por estar juntos. De repente, él se acordó del capitán. Realmente, no fue sólo una casualidad. Juan Cruz se debatía en su interior por comprender qué sucedía en su país. El pueblo estaba en pie de lucha, los militares combatían a una guerrilla cada vez más popular y eficiente, y a cada día los sucesos se iban convirtiendo en más intensos; el enfrentamiento entre Lanusse y Perón galvanizaba a la opinión pública y se cruzaban apuestas, con gran pasión, entre si el viejo líder volvería o no al país. Una inquietud creciente cabalgaba, asordinada, en el pecho de Juan Cruz. Se sentía impotente. Sentía que su patria se estaba desgarrando y quería hacer algo, participar de algún modo.

Había conocido a García Funes durante el servicio militar. Resultó ser medio pariente de Cecilia. Pero por otras causas, una atracción mutua surgió entre ellos. El capitán –un nacionalista católico– percibió muy pronto las cualidades de Juan Cruz, de quien pensó que podría llegar a ser un formidable soldado (incluso le sugirió que siguiese la carrera para oficial). A su vez, el muchacho se halló con un militar inteligentísimo y valiente, con las virtudes que su formación familiar le había enseñado a anhelar. Durante el tiempo del servicio pudo comprobar que no había un solo oficial que se le asemejara, lo cual sirvió para acentuar su admiración. A García Funes lo habían pasado a retiro luego del golpe del 55. Pese a su vuelta al servicio activo, ya no podía ascender. Juan Cruz necesitaba saberlo todo, en aquel tiempo; y en esa búsqueda a tientas, a veces angustiante y dolorosa, había acudido a ese capitán medio agriado por la frustración, como después acudiría a otros hombres y otras puertas que no siempre se abrirían, o que cuando lo hicieran, sería para su mal.

–Mi capitán– dijo Juan Cruz –¿Qué opina usted de la situación política del país?

–Mire muchacho– contesto García Funes –es muy compleja– pero inmediatamente se atajó: –No crea que yo me quiero lavar las manos de opinar. Por opinar demasiado y no solamente con palabras estoy aquí –dijo. Usted lo sabe.

“Nada más que con el tiempo uno se va haciendo cada vez más escéptico”.

García Funes era un hombre de unos cuarenta y cinco años, prematuramente canoso pero de gran fortaleza física y mirada extraordinariamente vivaz.

–Es que la vida lo desengaña a uno.

“Vea, yo en el ‘55 era peronista, usted lo sabe. Como muchos de mis camaradas, arriesgué la vida por defender a Perón. ¿É1 qué hizo? Tomó el buque y se fue al Paraguay. Escapó. Y a mí fue como si me partieran por la mitad. Sabe... los civiles a veces no lo comprenden: ningún militar escapa a la lucha. Si hace eso, muere como militar. ¡Y nosotros arriesgando la vida por él! Me echaron, pero a partir de entonces también dejé de ser peronista.

“Y ahora estos muchachos, los Montoneros, ‘las formaciones especiales’ como él les llama, salen con la consigna: ‘La vida por Perón’; ‘Juventud maravillosa’, les dice él, muy cómodo de su finca en Madrid. Pero acuérdense bien lo que les digo, chicos: Perón es falso. Después que los utilice, él los va a liquidar. Me juego la cabeza a que Perón no digiere a este movimiento. Es un fenómeno nuevo. Y como militar les digo, que a los militares les enferma lo nuevo, lo que no se puede clasificar. La juventud en armas. Tienen mucha

inteligencia, muchos son profesionales, otros universitarios. No son manejables. Es cierto que hay varios de ellos que fueron dirigentes católicos, muchachos nacionalistas de rancia cuna. Pero también hay mucho comunismo. Y cuando se introduce el comunismo, todo se echa a perder.

–Volviendo al tema del general, mi capitán, ¿no le concedería que la famosa “fuga” podría haber sido sólo una retirada estratégica?– interrumpió Juan Cruz, cuando el militar se tomó un respiro.

–Ninguna retirada parcial dura dieciséis años.

–“Para Dios mil años es un día” dice el Antiguo Testamento, ¿lo recuerda? –retrucó en el acto Juan Cruz.

–Usted es muy inteligente, Castañeda. Pero no. Los argentinos no somos dioses, y tanto la política como la guerra se hacen en este mundo, que tiene tiempos estratégicos. Tiempos adecuados, y limitados. Perón es un oportunista.

El joven no quiso insistir en el tema, por prudencia. Durante unos instantes, sorbieron sus licores (los hombres aguardiente, la muchacha anís) en respetuoso silencio. Los últimos fulgores de la tarde se filtraban apenas a través de los cristales biselados, alumbrando la sala con un agradable resplandor crepuscular, que difuminaba los objetos.

–Los problemas nuestros arrancan en el siglo pasado– recomenzó de repente el capitán. Más precisamente a mediados del siglo pasado. Cuando Mitre impone su política.

Observó un momento a Laura, y luego dijo, dirigiéndose a ella:

–Yo conozco a su padre, niña, y lo respeto mucho como investigador, pero disiento en sus apreciaciones sobre la historia.

–Para mí el tal Mitre –y perdóneme que lo diga así– fue un traidor a la patria. Lo mismo que su secuaz, el aventurero sanjuanino Sarmiento.

(Las palabras revolvieron ecos en el corazón de Juan Cruz; había escuchado estas sentencias en boca de su abuelo, muchas veces, en la infancia: "ese viejo sotreta de Sarmiento, ese traidor de Mitre", ¿de dónde le venía ese conocimiento a su abuelo? no era un intelectual. Pero claro, él había vivido de muy cerca la historia, a través de sus ascendientes federales). El capitán continuó.

–Mitre destruyó a las fuerzas que luchaban por construir un proyecto nacional. Las aniquiló, pero no porque fuera buen militar, sino porque tenía todo el apoyo económico de los ingleses y los brasileños.

"Después, con un ejército en parte mercenario, en parte organizado por la fuerza, fue junto a los otros cipayos de Uruguay y Brasil a destruir Paraguay. Lo que llaman la guerra de la Triple Alianza. Los historiadores nacionales lo llaman, más acertadamente, "la triple infamia". Usted tiene que leer esto, Castañeda– dijo, levantándose y palmeando una colección encuadernada en los anaqueles. Luego sacó un tomo y se lo alcanzó: José María Rosa, *Historia Argentina*. Juan Cruz recordó que él había vendido esa misma colección por dinerillos al profesor Alén Lascano, y luego gastó ese dinero en las confiterías. "Que idiota", se culpó.

–Y esto también –exclamó el capitán García Funes, alcanzándole otro libro.

Civilización y Barbarie en la Historia de la Cultura Argentina, leyó Juan Cruz – Fermín Chávez. Le pasó el libro a Laura.

–Así, nuestro prócer, personero de los ingleses, luego de destruir el futuro de su propia patria, se fue alegremente a destruir el futuro de Paraguay. Y lo consiguió. Mejor dicho, lo consiguieron las libras esterlinas de los ingleses. Paraguay era el estado sudamericano más pujante del siglo anterior, comparable en escala a los Estados Unidos. Tenía industria, moneda fuerte y organización social. Mire usted lo que quedó, luego del favor de Mitre. Un pueblo que jamás se recuperó de esa derrota.

El capitán García Funes reflexionó en silencio unos instantes. Los jóvenes estaban pendientes de él, sus palabras los habían conmovido. Suavemente, Laura tomó de la mano a Juan Cruz, y él sintió que ella estaba emocionada, como él.

–Después, el juna gran maula realizó su obra maestra. Consolidó el poder en manos de la oligarquía apátrida que lo rodeaba. Y con la ayuda de Sarmiento, colonizó para siempre la mente y el alma de los argentinos.

25

Wilson Pickett - Don't Knock My Love

Dorita estaba sentada con sus piernas de diosa apuntando a la calle y tenía en sus manos la última de Corín Tellado, cuando llegaron el padre de Juan Cruz, su esposa y sus hijitos. La saludaron afectuosamente (el padre de Juan Cruz era siempre, formalmente, afectuoso).

–Su hijo ha salido, don Castañeda, regresará enseguida.

Se quedaron allí curioseando los discos. En ese momento llegó Laura. Como sucedía cuando ella llegaba, todo pareció cobrar nueva vida.

–¡Guau! dijo Laura, pellizcando con las dos manos los costados del padre de Juan Cruz, que estaba de espaldas.

–¡Buenas tardes, Laurita!– dijo él, dándose vuelta. De inmediato se formó una animada tertulia alrededor de ella. Laura había tomado en sus brazos a Amalita, la última hija de Julián Castañeda y Berta, que naciera hacía seis meses. La pequeña se había abrazado a su cuello. Dorita observaba todo esto desde su pequeña silla a dos o tres pasos de distancia, como si fuese una película. En eso llegó Juan Cruz. Besó suavemente en los labios a la muchacha. Después todos salieron juntos. Antes de irse, Juan Cruz le dijo:

–Vuelvo dentro de media hora, más o menos, Dorita. Si alguien me busca, decile eso. Eran las siete y media.

Esa noche, Dorita tenía que ir a una fiesta de empresarios al Grand Hotel. La habían contratado –como siempre– para que mostrara sus lindas piernas y su carita europea– con la excusa de entregar una medallita acá, un pequeño trofeo allá–, a los ricachones "colaborando con el maestro de ceremonias". Una cena que el Rotary Club ofrecía a la Confederación Empresaria del Norte.

Cuando volvió Juan Cruz la encontró llorando. Alarmado, le preguntó:

–¿Qué te pasa, Dorita? –acercó una silla y se sentó a su lado. Las lágrimas le corrían, incontenibles, vidriando los ojos azules.

–Nada. Nada. Estoy mal –dijo la muchacha. Estoy mal.

–Pero, ¿por qué? Digo, si me puedes contar. Tal vez pueda ayudar en algo.

–Es muy difícil –dijo– No lo vas a entender... ¡y te vas a enojar!

Dorita redobló sus llantos, que esta vez la sacudieron, con el rostro entre las manos. Juan Cruz veía ahora sólo su pelo rubio, como el oro, y extremadamente fino, en bucles armados a fuerza de ruleros.

–Si no me dices nada, es claro que no voy a entender –dijo él.

Ella se quedó en silencio, por un rato. Logró contener sus lágrimas. Se quitó la pintura azul, de los ojos, con un pañuelito.

–Tendríamos que hablar mucho –murmuró Dorita, cautelosamente.

–Bueno, bueno –contestó Juan Cruz– si quieres cerramos ya, y vamos a algún lado, a charlar.

–Esta noche tengo un trabajo en el Grand Hotel. Pero sólo por dos horas. Si vos puedes, después...

–¿A qué hora te desocupas? preguntó Juan Cruz.

–¡A las once!–contestó Dorita.

–¡Perfecto! –dijo Juan Cruz–, Voy a estar en La Jaula, ahí nomás. Sólo tienes que abrir una puerta y bajar cuatro escalones.

–Ya sé –dijo ella –¿no te molesto mucho?

–¡No! –contestó Juan Cruz– Yo tengo que ir a La Jaula.

Con el pretexto de visitar la cabina del disc-jockey, Juan Cruz espió la fiesta de los empresarios. Cincuenta gordos, con sus mujeres rubias, sentados alrededor de una mesa. Y Dorita en short al lado del individuo con frac que hacía de locutor. Patética. La habían obligado a disfrazarse de patinadora, y a colocarse estúpidas orejas de conejita y un pompón en la cola. Sostenía no sé qué objeto decorado entre las manos, con sonrisa idiota.

Juan Cruz se sentó en un lugar cualquier a esperarla y escuchar música. Suárez se acercó y le trajo un whisky. No hacía falta buscar un lugar apartado. Era un miércoles y La Jaula estaba desierta. Las luces estaban al mínimo, para no gastar mucha energía.

El tiempo pasaba rápidamente para Juan Cruz si pensaba o estaba escuchando música. Vio aparecer a Dorita cuando aún no la esperaba, tanteando para acertar los escalones en la oscuridad. La dejó que caminara hasta la barra, sólo para observarla bajo la media luz. Era deliciosa. Casi perfecta. Para serlo, le faltaba que jamás hubiese aprendido a hablar. Vio que Suárez, con gestos amables dialogaba con ella, señalando con el mentón hacia donde él estaba.

–Cuál es el problema tan grave que te aqueja– preguntó él en voz baja, luego de que le hubieran traído, también a ella, un whisky. La muchacha se había sentado cerca de Juan Cruz, en la medialuna que formaba el sillón, su perfil respingado se suavizaba con la luz tenue, un mechón sobre la frente comba distribuía una agradable zona de claror hacia las cejas delgadas.

Ella no contestó de inmediato. Desde los poderosos baffles, Louis Armstrong repetía con extraordinaria nitidez, aunque a bajo volumen, “What a wonderful world”; “bajo, violines”, pensó él.

–No tiene solución –murmuró Dorita.

–¿El fallecimiento de alguien querido? –tanteo él, luego de un cauteloso silencio.

–No, no, no se trata de eso.

–Sólo la muerte no tiene solución– dijo Juan Cruz.

–¡Esto es algo imposible!– exclamó ella, y rompió a llorar de repente. Juan Cruz la tomó fraternamente del hombro con su brazo izquierdo.

–¡Vamos!... ¡Qué pasa! ¡por favor decímelo!

–¡Estoy enamorada– dijo Dorita, limpiándose los mocos.

–¡Bahhh– exclamó Juan Cruz, sin poderlo evitar, y con una sonrisa: ¡Estar enamorada no es para llorar! ¡Al contrario, es lo más hermoso del mundo!... (El rostro de Laura, sonriente, y su figura grácil caminaron hacia él en la imaginación desde un corredor soleado, constelado de hojas). ¡Tienes que ponerte contenta, no llorar!

–Pero esto es imposible... –repitió Dorita, volviendo a hacer pucheros.

–No llores más, por favor. Vamos a buscarle una solución. Veamos: ¿es casado él?

–No. Pero está comprometido.

–El amor siempre gana. Si él no está casado, y vos lo amas de verdad, no debes perder la esperanza. ¡Debes luchar! ¡Tarde o temprano lo puedes conseguir! –filosofó él, sin arriesgarse demasiado. ¿Quién es? ¿Es de La Banda?

–No. De aquí.

–¿Lo conozco yo?...

–Sí.

–Vamos –repitió Juan Cruz, con curiosidad– prometo guardar el secreto... Decímelo… ¿Quién es él?

Dorita calló sólo unos segundos.

–Vos…– contestó después, bajando los ojos.

Juan Cruz se quedó mudo, genuinamente sorprendido. Era la primera vez que una mujer se le declaraba. En la tradición del

Norte Argentino, tal circunstancia era prácticamente una utopía. Las mujeres podían hacer saber indirectamente, con gestos o miradas, sus sentimientos, pero no decirle a un muchacho, directamente, “estoy enamorada de vos”: (salvo que ya fuera su novio). Se quedó quieto, envarado, incómodo. Tal situación no había sido prevista, nunca, en sus cálculos. Cuando se repuso un poco, atinó a decir:

–No debes sufrir... todo tiene solución... Cuántos muchachos mil veces mejores que yo, abogados, ingenieros, quisieran merecer tu amor... ya me vas a olvidar... vos crees estar enamorada...

–Has visto... ¡yo te decía que era imposible! exclamó ella, puchereando de nuevo.

–¡Por favor! ¡no llores! –dijo él, y agregó, vagamente: ¡Nada es imposible, si amas de verdad! ¡El amor lo soluciona todo!... –

Se despidió de la muchacha con un apresurado beso en su mejilla.

26

Steppenwolf: Born to be wild

El sábado siguiente Juan Cruz cometería el segundo error. Por la mañana, se habían encontrado con Laura en la confitería Siroco, y ella le había dicho que esa noche no podría salir. Sus padres no la autorizaban. Cerca del mediodía la acompañó hasta la esquina de su casa y volvió para cerrar el negocio.

Había venido mucha gente al local –le comentó Dorita– y se había vendido bastante bien. Luego de cerrar, caminaron juntos hasta la esquina. Allí Dorita debía doblar, para tomar el colectivo que la llevaría a La Banda.

–¿Qué vas a hacer esta noche? –dijo Juan Cruz, y en el acto se arrepintió. De nuevo la fatalidad. "Por favor, no" pensaba en su subconsciente. Pero reconocía el *kairós*, todo estaba en marcha, de nuevo.

–Nada... no tengo ganas de salir...

–¿Y si te invito yo? – ¡No podía evitarlo! ¡Estaba hablando sin proponérselo!

–No me hagas bromas, Juan Cruz– se quejó Dorita, pero con un matiz de esperanza en la voz.

–No es broma. Te invito –pronunció lacónicamente Juan Cruz.

–Bueno, dijo ella.

Como a las once y media de la noche lo pasaron a buscar, en auto, con otra pareja. Nuevamente fueron a Baden-Baden. Su lugar de pecado. Se dijo que nunca iría allí con Laura. Por la tarde había intentado convencerse que no había malicia en su invitación, que lo hacía por un sentimiento parecido a la

compasión. Pero los argumentos sonaban huecos, aún para sí mismo. Las gambas de Dorita –se dijo–. Su culito, sus tetitas duras. ¡Sos un hijo de puta!...

Bailaron. Dorita se pegaba a él con todo su cuerpo. Juan Cruz sentía como un fuego su pubis bajo la pollera fina, justo a la altura de sus testículos. Intentó besarla, en la boca. Ella se negó.

–¡Juan Cruz por favor, no! –musitó– Vos tienes novia!...

–Hábil –pensó Juan Cruz– me quiere ir ablandando de a poco. Me refriega un rato, sólo para excitarme y luego decirme: “si quieres esta manzana... haz tal cosa si quieres conseguir algo”. Pero antes de dejar con Laura, me mato. Y menos para cambiarla por esta pobrecita. Cuando vino la tanda de temas rápidos la invitó a sentarse.

Ella pasó todo el tiempo intentando llevar la conversación para el lado de Laura, Juan Cruz evitándola. Cerca de las dos de la mañana, no soportó más aquello, y pidió que lo llevaran a su casa. Dos cuadras antes, se bajó. Estaba helando, pero quería caminar.

–¡Qué boludo! se repetía en la cabeza, echando vapor por la nariz y la boca al respirar bajo las luces de neón del boulevard.

¡Qué boludo!

27

The Jackson 5: I'll Be There and Feelin' Alright

La relación con Laura continuó sin altibajos durante ese mes de julio. Una vaga insatisfacción, aunque no confesada, hendía oculta los sentimientos de Juan Cruz, porque tampoco veía avances. Se encontraban muchas veces en la semana, pero por breves lapsos, casi siempre rodeados de gente, en el negocio o en grupos en la confitería. Incluso Juan Cruz creyó percibir que ella alentaba esta falta de intimidad perpetua. Adicionalmente, a él no le agradaba el grupo de seis o siete chicos, de la edad de ella, todos de su cuadra, a quienes llamaba sus “hermanos”. No porque fueran antipáticos; por el contrario, aparte de una leve pedantería –propia de su clase social y su edad– eran excelentes muchachos, ocurrentes y solidarios. Pero le molestaba el hecho de que fueran varones. Más adelante, esto haría crisis, una mañana en el parque. Pero no nos adelantemos a la historia.

¿De qué sirve tratar de prevenir los sucesos? Todo parecía venirse abajo, pese a los buenos augurios, el cuidado en el afecto, el planeamiento. Juan Cruz había ido a ver “Simón el Bribón” al cine Petit, y después se habían encontrado. Sólo por unos minutos. Antes, Juan Cruz había caminado entre el resplandor del sol tibio del invierno, como flotando, en ese estado de suma sensibilidad en que quedaba muchas veces al ver en el cine una película que desanudaba su conciencia. Cuatro cuadras hasta el negocio. Y allí encontrarse con Laura. Se encerró y puso en el plato un disco de Eric Burdon. A poco la sintió entrar, y aún antes de mirarla supo que algo raro pasaba. Sin embargo, la abrazó. Ella se quedó parada, a su lado, tiesa. Juan Cruz se aferraba con terror inconfesado a la felicidad previa, al contentamiento de ese día de sol, la película

y la conciencia del amor que vivía. Laura estaba inmóvil. Ninguno de los dos hablaba.

El la tenía envuelta en su brazo por la cintura. Cintura estrecha, caderas de ánfora, piernas anchas y armoniosas. Laura era perfecta. Con la mano levantó un poco la remera colorada, y trató de acariciar su ombligo terso, pero ella se lo impidió. "¿Qué pasa?", dijo él con miedo. No quería que se sucedieran los momentos, no quería que continuara desarrollándose esta escena, se esforzaba hasta la desesperación en algún movimiento psíquico que detuviera ese instante, como en la moviola, y se rectificara el rumbo de los sucesos. "Juan Cruz, tenemos que hablar", dijo ella. Entonces Juan Cruz supo que Laura lo iba a dejar.

28

Ike & Tina Turner - Workin' Together

Laura dijo que su padre se había enterado y se oponía al noviazgo. Cuál era la causa. Laura era muy chica, y Juan Cruz tenía mala fama. Había sido expulsado de tres escuelas, y no manifestaba intención de estudiar nada. "No fui expulsado… yo me fui", replicó Juan Cruz, "además, tengo un negocio que vale más de un millón de pesos. No puede decir que soy insolvente". A eso también el padre de Laura tenía respuestas. No le agradaban los comerciantes. El hubiera preferido un chico humilde –así dijo, "un chico humilde"– pero que estudie

y se labre un porvenir en la sociedad. Prestigio. Era lo que el padre de Laura le interesaba. No había vuelta que darle. Cuando Juan Cruz intentó armar una nueva defensa, Laura le respondió con fastidio en la voz: “Por favor, Juan Cruz no insistas...” Luego se fue, pidiéndole que no la acompañara. Juan Cruz quedó solo, encerrado entre vidrieras, aquel hermoso día soleado de invierno. Eran las cuatro de la tarde. No supo qué hacer. Puso un disco de Otis Reding, y se mantuvo allí quieto, sin pensar en nada.

“I’m depending on you”, decía Otis Reding. Juan Cruz pensó que ese tipo estaba muerto. El hecho de que alguien estuviese muerto le agregaba valor a una obra artística y en el caso de un testimonio grabado, como éste, un toque sobrecogedor. Juan Cruz se sumía en una sensación de irrealidad cuando pensaba que esos matices de esa voz, intactos en el surco grabado, eran exactamente los de alguien que no estaba más. Había quedado su voz. Algo extraordinario. Qué quedará de mí cuando me muera, pensó. Pero a qué pesar en muerte, ahora, a los veintiún años. Aunque... ¿no consistían renovadas muertes los alejamientos, las separaciones, el sueño? Un dolor como una torcedura le aquejó, repentino, pues pensó en Laura. ¿No había muerto ella para él? “No vamos a vernos más”, había dicho. ¿No había muerto él para ella? Todos los caminos llevaban a Laura. Cualquier fuese la reflexión que iniciara, fatalmente se conectaba de algún modo con la dolorosa separación de hoy. Era tan fácil. Así, en un solo instante, se terminaba todo. Tanta felicidad, tanta comunión. No podía decirse que había acabado, aunque quería hacerlo. Quería aceptarlo, quería pensar “bueno, todo termina alguna vez”, pero no podía. Ninguna mujer había logrado eso de él.

Ese dolor terrible en el pecho, esa angustia física. “Laura...” pensó, “¡oh, Dios!...” Tuvo ganas de llorar. Pero se contuvo.

Se puso a escuchar el segundo long-play de Almendra. La luz que entraba por las cortinas se fue poniendo más débil y por fin, casi desapareció.

29

Maurice Jarre: Obsession

Laura lo dejó un domingo por la tarde. El martes, a eso de las seis, fue a buscar unas carpetas, que antes guardara allí. Juan Cruz había enviado a Dorita en busca de un paquete pequeño con mercadería. Pidió a Laura que esperase a que regresara, para acompañarla. A regañadientes, aceptó. Dorita volvió enseguida y él la dejó a cargo del negocio.

Era un día gris. Caminaron juntos, pero sin tocarse, en silencio.

Ninguno de los dos sabía que decir. Cuando llegaron a la parroquia de La Merced, Juan Cruz la invitó a entrar para hacer una oración.

–Entra vos, yo te espero– le dijo Laura.

–¿Por qué no quieres entrar? Siempre me acompañas –se extrañó él; en realidad sentía pánico de que al ingresar en la iglesia, ella se fuera.

–Entrá vos, Juan Cruz, te esperaré –dijo ella, captando su temor.

–Por favor, espérame dos minutos – pidió él.

–Perdé cuidado– murmuró Laura.

A saltos subió los escalones, en los últimos reclinatorios se arrodilló. Rezó un Pésame, un Padrenuestro, un Avemaría, un Gloria. De nuevo sintió terror de salir y no encontrarla. Se prosternaba como clavado al reclinatorio de madera negra, por aquel miedo. La gran capilla medieval lo envolvía como una madre con sus bóvedas. Lo hacía sentir una especie de serenidad, a pesar de su pena.

–Virgen... –pidió– Virgen Santísima... Por favor, dame una señal... Si debemos terminar, que sea de una vez. Si ella no está cuando yo salgo, te ruego que me des la fuerza para aceptar que todo ha terminado. Pero si de un modo u otro, vamos a seguir... ¡que me espere!...

"¡Por favor que me espere!" agregó sin poderlo evitar, mientras se persignaba. Salió casi corriendo. Allí estaba. Bajo un pequeño arbolito, medio metro hacia la derecha de la escalera sobre la vereda de La Merced. El corazón se le agitó de alegría. Aunque ella se mantuvo firme en la supuesta irrevocabilidad de su decisión, él no perdió la esperanza. Y al despedirse, junto a otro arbolito de la calle Mendoza, le pidió que le permitiera llamarla por teléfono esa noche, para conversar. Laura accedió.

30

Wilson Pickett: Land of 1000 Dances

Juan Cruz llamó a Laura esa noche, sin conseguir más que ahondar su pena. Hablaron de cosas intrascendentes; ella le contó que habían cambiado la goma del auto de su padre. "Los chicos" la habían ayudado. El sintió una punzada en el pecho. Todo le dolía. Tenía el alma escaldada.

La agonía se prolongó una semana. El sábado, por la tarde, ella le dijo que tal vez podría salir con él un rato, si su padre iba a una reunión. A las nueve menos cuarto la llamó; ella le dijo que fuera, que su padre estaba por salir. Llegó a tiempo para ver la espalda del hombre grueso que se alejaba, y su sombrero hongo. Conversaron en la puerta. Ella estaba indiferente y distraída. El padre había ido caminando porque era cerca, pero al parecer cambió de idea, y apareció de repente en la esquina, a una cuadra.

–¡Vete! ¡Volvé más luego! –dijo Laura.

El tuvo que dar una vuelta a la manzana; la impaciencia lo obligó a volver demasiado pronto. Pero allí estaba Laura.

–Se había olvidado la cigarrera– explicó.

Juan Cruz habló mucho, demasiado. Ella le había dicho que no podría salir, pese a todo, y él hacía desesperados esfuerzos dialécticos para reconquistar su amor. Juan Cruz había ido de traje azul oscuro y corbata negra con lunares blancos. Su rostro pálido parecía fosforecer en la penumbra enmarcado en el cabello negro, corto y echado hacia atrás, en bucles. De repente ella lo interrumpió con brusquedad. Dijo algo que a él le pareció estúpidamente cursi, pero por sobre eso –y fue lo que más le dolió– más estúpidamente aún, cruel:

–¡Basta, Juan Cruz! ¡Me indigna que me mendiguen amor!

Juan Cruz se quedó mudo. Sintió que una ola de rencor le subía por el pecho. Se contuvo, pero apretando los dientes, dijo:

–Está bien. Entonces me voy.

Y dando media vuelta se alejó, dejando a la muchacha sorprendida por la celeridad de su reacción. Así era Juan Cruz. Un individuo cuya violencia se manifestaba –como toda violencia en estado puro– veloz y refleja. De tal modo, también producía efectos demoledores.

Anduvo deambulando un rato por el centro sin saber qué hacer. Noche de sábado. En Siroco chicas y muchachos de su edad tejían las concertaciones previas para irse, en grupos, a bailar. Había muchas chicas bonitas. Santiago es pródigo en ese tipo de mujer, española, tan sugerente y sensual, muy femenina. Pero a Juan Cruz todas le parecían bobas. Bobas pintadas.

Tomó un colectivo y se fue a La Banda. Le dijeron que había un baile en el Centro Recreativo. En la puerta, un hombre

canoso recibía las entradas. Cuando se la requirió, Juan Cruz, le dijo, mirándolo con asco:

–¿*A mí* pretende cobrarme entrada?

–Disculpe– dijo el hombre, desconcertado, y lo dejó pasar.

¿Por qué hizo eso? Eran balandronadas de su adolescencia. Especular con su aspecto de "joven de sociedad". Aunque el tipo no lo conocía, por las dudas, se achicaba. No fallaba, en esta provincia colonial. Pero, ¿por qué lo hizo? El quería cambiar. Quería ser un muchacho sencillo, como indicaba a la tradición que lo eran quienes aspiraban a imitar a Cristo.

¡Imitar a Cristo!, pensó: *¡qué lejos estoy!... voy como un sonámbulo sin poder calmar las compulsiones groseras de este cuerpo animal.*

Apenas entró, entre la muchedumbre divisó, a la distancia, a Dorita. Piernas de nácar. Por un pequeño envaramiento que adoptó, se dio cuenta de que ella también lo había visto. Estaba con otra chica y dos muchachos. Cauto, decidió no acercarse, sino invitarla a bailar, si cabía. Observó un rato, y le pareció que la actitud del muchacho que la acompañaba no era la de un novio. Aspiraba a ello, seguramente, pero no pasaba nada, al momento. Estaba en calculando eso, cuando apareció el Negrito Fuster.

–¿Qué andas haciendo? –le preguntó Juan Cruz.

–Nada. No sabía adónde ir–. El Negrito Fuster era novio de una de las mejores amigas de Laura.

–Yo también

–¿Y la Laurita? –preguntó el Negrito.

–Ahí anda –eludió Juan Cruz. –Mirá, me parece que dentro de un ratito podemos tener dos minas a disposición. ¿Me haces pierna?

–Y... no sé –vaciló el Negrito.

–¡Vaamos, chango! ¿A qué has venido aquí? ¿A boludear?

–Y buhé –masculló el otro, poco convencido. –Espérame aquí: yo manejo la cosa– dijo Juan Cruz.

Dando una amplia vuelta se acercó a su objetivo. Dorita lo había seguido con la mirada. Después de darle un beso en la mejilla, preguntó, indicando al muchacho que estaba a su lado:

–¿Es tu novio?

–¡No, no! contestó Dorita– solo es un amigo... pero... ¿no te sientas?

–Quisiera bailar –le dijo, y volviendo la mirada con rapidez a su amigo: No sé, si a vos no te molesta...

–No, qué le va a molestar –contestó Dorita, levantándose. Llevaba un vestido verde claro, con flores, un cinto de la misma tela en la cintura fina, culminando en pollera acampanada y cortísima que causaba impacto. La apretó contra él. Cuando terminó el tema le dijo, sin ambages:

–Librate de esos plomos. Vamos a otro lado. Estoy con un chango muy distinguido, para tu amiga.

–Ay –vaciló ella– Esos chicos han venido con nosotros. ¿Cómo podría hacer?

–Decile que tienes un familiar enfermo. Cualquier cosa. Habla con tu amiga.

Bailaron una pieza más. Luego Juan Cruz urgió.

–Vamos. No demoren mucho. Las esperamos en la puerta.

La acompañó hasta la mesa y volvió con el Negrito. Antes de salir, las vieron dirigirse al baño con su amiga.

Aparecieron todas sonrojadas. La amiga era también bonita. El Negrito Fuster se entusiasmó. Fueron a un boliche nuevo, a medialuz, que no habían visitado antes.

Abominación. Vana tarea. Caza de viento. Locura y necedad.* ¿Qué sacó de esa nueva salida con Dorita? La besó. Le tocó las piernas. Pero su corazón seguía sin calma. O aún peor. Ahora se culpaba –con razón– también de abusar cruelmente de la disponibilidad de Dorita. Para peor, el Negrito Fuster estaba arrepentido. Había chapado de lo lindo con la otra muchacha, pero durante todo el camino de regreso a Santiago, lo abrumó con sus *mea culpa*. Finalmente terminaría contándole todo a su novia, y su novia a Laura.

* Eclesiastés.

31

Percy Sledge: When a Man Loves a Woman

Se despertó a las once de la mañana. Almorzó en silencio, con sus abuelos. Como a la una, decidió caminar hasta el negocio. Quería escuchar música. El cielo gris estaba como si lo hubieran lamido con un pincel de marta. Insensiblemente, el camino lo fue llevando por donde él no había proyectado ir. Una zona despoblada. Innecesariamente emprendió un rodeo gigantesco, por las afueras de la ciudad. Mientras caminaba, su espíritu se iba elevando a un estado particular, como de melancólica apatía. Se sintió integrado con la triste ciudad silenciosa del domingo. Volvió por la zona residencial, y en un tiempo que debe de haber sido largo pero a él le impresionó como breve llegó al negocio. No tuvo voluntad para entrar. Había caído en un estado de pasiva extaticidad. Dando vueltas por el centro, vio una cartelera, en el cine Splendid: “La hija de Ryan”. Entró.

Un maestro llegaba a un pueblo, en los acantilados de Irlanda. Robert Mitchum. Se enamoraba de una muchacha, como veinte años menor que él. Ryan, su padre, era un líder del Sinn Fein. Contento por la relación de su hija con el maestro –también irlandés–, aprobó el matrimonio. Vida pacífica. De repente, cambian el jefe del odiado cantón militar inglés en el pueblo. Un capitán, joven y huraño. Rengo. Secuela de la guerra, que aún se bate con los alemanes, desde 1914. Ella, la mujer del maestro, la hija de Ryan, lo ve en el boliche de su padre. Queda intensamente impresionada. Se enamora. Un gran dolor se desprende de los ojos de aquel bello hombre, como viniendo desde su médula. Se ve el majestuoso paisaje, los árboles y el acantilado, y el capitán de uniforme rengueando junto al mar, en la madrugada. Se ve a la hija de Ryan, en camisón, escapar por la ventana pensando que su esposo está

dormido. Se la ve caminar con su camisón azulado en cámara lenta hacia él, se los ve abrazarse, con amor desgarrado. Se ve a Robert Mitchum, levantarse, mirarlos por la ventana, humedecerse sus ojos con lágrimas. Una escena que parte por la mitad a Juan Cruz. Después, llevada por su amor, la mujer traiciona a su propio pueblo, y avisa al inglés de un cargamento de armas para el Sinn Fein enviado por los alemanes, que ha de llegar en balsas. Los revolucionarios han ido en carros y otros vehículos, masivamente, a recoger las cajas antes que amanezca. Un operativo preparado con sigilo. Cuando están cargando los cajones repletos de municiones y fusiles, cae el ejército inglés. Decomisa todo y lleva algunos presos. Gran desaliento en el pueblo. La traición se sabe, Ryan, en otra escena patética, repudia públicamente a su hija. La rapan. La escupen. La expulsan del pueblo. El único que la perdona, es su maduro esposo. La película termina cuando se van, llevando sus cosas en una carpeta, entre nubes rojizas y tonalidades marrones, ocres y sepias (Rembrandt).

La película llevó a niveles insoportables la angustia en el corazón de Juan Cruz. Casi corrió hasta su negocio, abrió la puerta tropezando, y, para que nadie lo viera, se encerró en el baño. Se miró en el espejo. Tenía los ojos abismados. El llanto le salió de las entrañas, como una carcajada contenida, áspera, horriblemente dolorosa.

Carpenters: Top of The World

A partir de allí su corazón quedó tranquilo. Descargado de la angustia, podía pensar en Laura con absoluta tranquilidad, en los escasos minutos que le dejaba libres su negocio. El martes por la mañana ella apareció, de repente, con otra compañera. Había dejado allí una carpeta –dijo. Pero no la encontraron por ningún lado. La atendió con gran cortesía e indiferencia. Le asombraba a él mismo no sentir *nada*... era como si la crisis del domingo lo hubiera vaciado. Le pidió a Dorita que la ayudara a buscar su carpeta y él se retiró en la oficina. Enseguida Laura asomó la cabeza, para despedirse. Juan Cruz la saludó con la mano y se concentró en sus anotaciones administrativas.

Esa misma tarde ella volvió, vestida sencillamente con una camisa celeste, de lana, pollera de jean y mocasines.

–¿No encontraste aún tu carpeta? –preguntó Juan Cruz, apenas la vio. Ni siquiera se besaban en la mejilla. Dorita los observaba de reojo, con preocupada curiosidad. Intuía lo que estaba sucediendo, aunque él no le hubiese dicho una palabra.

–Sí– dijo ella– Sólo que tenía tantas ganas de venir.

–Ah.

–¿Me permites quedarme a escuchar música?– preguntó. El la miró con reprobación.

–¿Piensas que soy tan guaso como para impedírtelo? – se habían acercado al equipo, alejándose de Dorita.

–¿Solamente por educación me lo vas a permitir? –dijo ella.

–¡Laura... qué pasa!... Vamos a ser directos... Es mejor dijo Juan Cruz.

–No aguanto más –contestó ella.

–¿Qué es lo que no aguantas? –preguntó Juan Cruz, con el corazón comenzando a galopar de alegría, porque en algún rincón le quedaba todavía una duda.

–Te quiero, Juan Cruz– dijo ella, y se largó a llorar. El la abrazó.

–Vamos a la oficina –le susurró. Dorita simulaba escribir algo, de espaldas.

En la oficina, ella se calmó. Se tomaron de las dos manos, sentados, el uno frente al otro. Con los ojos enrojecidos y húmedos, ella le sonrió. No había penas en el mundo, ya. Eran felices. Inmensamente felices.

–He pensado –dijo ella–. Todos estos días. He intentado sacarte de mi cabeza, de mi cuerpo. Pero no. Estás ahí. Estoy enamorada de vos, Juan Cruz. Quiero a mi padre y a mi madre... muchísimo. Sé que los voy a hacer sufrir. Pero no puedo renunciar al amor. Por única vez en mi vida, estoy enamorada. Ahora es seguro. Yo tenía algunas dudas. Ya se han ido. En estos días se han ido. Y te quiero. Esto lo tengo bien en claro. Si alguna vez nos dejamos, va a ser porque se muera alguno de los dos.

–Estas demasiado influida por la película– dijo Juan Cruz. Laura había visto poco antes de conocerle, “Romeo y Julieta” de Franco Zeffirelli. Le contó que había llorado como una niña, y que la historia había marcado su alma. Juan Cruz había comprado en Buenos Aires el long play con la música, para

regalárselo en su cumpleaños. Ella no lo sabía, pues lo mantenía escondido hasta que llegara esa fecha, dos meses después. Juan Cruz tenía un temor muy racional a la cursilería, y evitaba llevar hacia esos extremos la conversación.

–Yo te amo hasta la muerte– afirmó Laura, pese a ello.

–Por favor– dijo Juan Cruz– hablar de muerte a los diecisiete años, es un poco absurdo.

Ella se quedó callada. Juan Cruz la abrazó.

–Yo también te quiero– dijo, luego de un rato. Pero no hasta la muerte... sino hasta la vida... la vida larga, que vamos a vivir juntos, pues a partir de ahora no nos vamos a separar más.

Después de besarla con suavidad en su frente ancha prosiguió:

–Tus padres me van a aceptar a la larga –Juan Cruz recordaba la experiencia de Cecilia, aunque se guardó de manifestarla. Vamos a actuar con cautela. Yo voy a hacer méritos. Cuando me conozcan; ya vas a ver, se van a dar cuenta de que no soy como les han dicho.

–Sí –dijo Laura– Vamos a lograr eso, juntos.

Dorita interrumpió llamando discretamente a Juan Cruz.

–¿Si? –contestó él en voz alta.

–Son las ocho y media... ¿puedo retirarme?

–Sí, mija –replicó Juan Cruz– anda nomás! ¡Hasta mañana... y discúlpame!

Solos en el negocio, se besaron mucho. Después, ella recibió una reprimenda en su casa, por llegar tarde. Pero no le importó, y se durmió feliz.

33

Johnny Mathis: Misty

–No me toques los pechos, Juan Cruz –dijo ella. Esa noche de primavera, habían salido con Pedro Rojo, un amigo de ella. La había esperado en una esquina, hasta verla llegar con él, un muchacho simplote y bonachón. No dejó de dolerle que los padres de Laura les permitieran salir solos –a ese reproche Laura había respondido: "no seas tonto Juan Cruz, yo siento hacia Pedro un afecto casi como por uno de mis perros". Fueron a pie, hasta el Lawn Tennis Club. Allí Pedro se quedaría en una fiesta, hasta que ellos lo pasaran a buscar. Juan Cruz y Laura fueron a Safari, el monumental boliche que había abierto no hacía mucho Lito Prieto. Juan Cruz llevó a su novia

hacia arriba, donde se encontraba mayor intimidad. Por la ancha escalera de algarrobo bruñido admiró las hermosas piernas de Laura. Ya arriba, eligió un rincón, el más oscuro; pidió pomelo con ron para ella y una botella de whisky para él.

–Son muy hermosos tus pechos, Laura –murmuró Juan Cruz– ¿Cómo podría resistirme a acariciarlos?

–La gente nos mira –protestó ella. El sintió alivio de que sólo esa fuera la causa.

–No nos mira nadie –dijo–.

–Vos te crees –insistió, aunque sin convicción, ella.

–¿Con esta oscuridad, vos crees que alguien va a ver lo que pasa aquí? Además, todos están haciendo lo mismo que nosotros.

Volvió a besarla, enlazando su cintura con el brazo de tal modo, que le permitía aferrar en sentido ascendente con la mano izquierda uno de sus pechos, voluminoso y duro. Con la mano derecha empezó a explorar entre sus piernas tersas.

–No, no –gimió ella.

–Laura, quiero decirte una cosa –murmuró él, junto a su boca.

Todo nuestro cuerpo es bello, apto para el amor... no tiene nada de malo, pues para ello lo ha hecho Dios. Es tanto un acto sexual el beso en los labios, como el acariciarnos por entero. En el buen amor, no hay zonas prohibidas.

La besó de nuevo, del mismo modo, y esta vez no hubo quejas. Sintió bajo su mano la textura filigranada de su bombachita, y la humedad del pubis, caliente. Se acariciaron

sin temor durante mucho tiempo. Y conversaron de la vida, de música, de política.

Juan Cruz era muy celoso. A la mañana siguiente le hizo reproches, pues, según él, Laura había apoyado, durante todo el viaje, su pierna en la del muchacho que iba al lado, en el asiento trasero del auto en que regresaron. Poco a poco, ella se fue adecuando a sus prejuicios, fue dejando de lado intimidades que le habían sido caras, y cuidándose de no producir ningún hecho que lo encrespara. Parecía no molestarla. Como mujer del Norte, toda su vida había sido una preparación para poner su ser enteramente al servicio del hombre que amara. El momento había llegado y ella lo tomaba de un modo tan natural como lo haría con el bañarse en verano o, en un determinado tiempo, ir a la escuela.

Una mañana Laura le pidió que la acompañara a elegir ropa. Se acercaba el 21 de setiembre, los habían invitado a una fiesta en la Sociedad Sirio Libanesa y ella quería estrenar. Fueron a una boutique muy fina, donde su madre tenía crédito.

Laura se probó dos o tres vestidos, y Juan Cruz eligió finalmente para ella uno de hilo, color sepia muy claro; consistía en realidad un conjunto, compuesto por una parte superior con forma de chaquetita entallada, con ancho cuello de camisa, y mangas cortas bombé; el talle tenía un cintito que engarzaba exactamente con el comienzo de la pollera, acampanada y corta. En el cuello y en los ruedos llevaba, bordados, delicados detalles con flores naranja y hojas.

Iban a salir cuando Juan Cruz vio una bikini verde; le pidió que se la probara. Ella la tomó –le dijeron que era un artículo único– y se introdujo en el probador.

Juan Cruz, impaciente preguntó:

–¿Y?...

–Creo que me anda bien contestó ella de adentro.

–¿Puedo entrar? inquirió Juan Cruz a la dueña de la boutique.

–Si ella se lo permite... dijo la mujer.

–¿Puedo entrar? –repitió él, dirigiéndose a ella a través de la cortina.

–¡Me da vergüenza!... contestó Laura. Pero enseguida agregó:

–Bueno sí, entrá.

Juan Cruz no había visto en su vida un cuerpo más hermoso que aquel, ni en películas. Se quedó cortado, mirándola. Un tanto incómoda, ella preguntó:

–¿Qué tal me queda?

Le quedaba hermoso. La bikini verde combinaba a las maravillas con su cuerpo moreno, un cuerpo que Juan Cruz no dudaba, hubiese acaparado las preferencias de Praxíteles, de haberlo conocido. Llevaron la bikini verde.

Juan Cruz la pasó a buscar por la casa de Marcela Sadam, su amiga, y fueron a la fiesta. Allí tuvo oportunidad de comparar

acabadamente a su nueva novia con Cecilia. El inmenso local estaba lleno de jóvenes, en sus dos pisos y la terraza. Cuando bajaban las escaleras viniendo de allí se encontraron de frente con Cecilia. Iba vestida de negro, muy lujosa y constelada de joyas, llevaba un vaso largo en la mano. Después se cruzaron una y otra vez con ella. Era evidente que la muchacha se había propuesto alentar la comparación. Se mostraba, actuaba como una mujer de mundo, yendo y viniendo, y aparecía muy alegre. Juan Cruz miró a las dos jóvenes: aquella era fina, sinuosa, oscura y mundana; esta era llana, ingenua y luminosa. Se le antojó que los vestidos que cada una llevaba, eran un símbolo de esa diferencia entre sus personalidades. En el momento en que Cecilia pasaba ante ellos, como a veinte metros de distancia, con su vestido negro, Juan Cruz decidió definitivamente cuál opción elegía. Mientras le pasaba la mano por su fina cintura, Laura percibió con nitidez sus pensamientos; con suavidad, apoyó la cabeza en su hombro. Cecilia, que los miraba, comprendió también. Pero Laura la miró con benevolencia. No alentaba hacia ella el más mínimo rencor. Tampoco celos.

The Guess Who - American Woman

Al “Bebe” Bardamu lo había conocido durante aquel retiro espiritual que hicieran el invierno anterior, en La Guarida. Iba a ser un tipo clave para él. Junto con Luis María, fueron quienes habían sacudido la conciencia de Juan Cruz durante esos tres días intensos.

Luis María –hijo de un mayor del ejército, a quien Juan Cruz quería y admiraba–, le había dicho:

–El único camino para el país es una revolución socialista. Caminaban por entre las frondas del parque, en un breve descanso antes de las oraciones.

–Y la revolución no se hace por vía parlamentaria, como sostienen estos partidos reformistas, el PC, el PSP, etcétera –Luis María reflexionaba en voz alta. –El único camino para hacer la revolución es la lucha armada. Después escucharía, en el cuartel, la conversación de dos suboficiales: “El mayor Jiménez está muy preocupado –cuchicheaba uno de ellos, el sargento Batán– porque le ha salido un hijo comunista”.

“Sí –contestaba el otro, el suboficial mayor Cáceres– se dice que hace poco tuvieron una discusión. Dice que el mayor le preguntó qué haría si tuviese que enfrentarse, en un combate, con su propio padre. Dice que el chango le contestó: “te enfrento, papá. Primero está la revolución”. Entonces dice que el mayor le contestó: “entonces yo mismo te pego un tiro en la cabeza, porque sos un malnacido”.

El mayor Jiménez era otro de los militares pasados a retiro en el 55. El Bebe Bardamu, a diferencia de Luis María, evitaba hacer proselitismo. Silencioso, discreto, jamás intentaba sobreponer sus ideas a las de los demás. También era peronista revolucionario –eso Juan Cruz lo supo después– pero constituía esa clase de tipos que dubitan siempre, sin alentar certidumbres definitivas, armados de un pragmático escepticismo. El prestó a Juan Cruz un libro que le impresionó mucho: *Carta abierta a Buenos Aires violento*.

En la primavera de 1970 el soldado Castañeda, arrestado por desobedecerla a un sargento, devoró ese y otro libro –*La ciudad y los perros*– que le había recomendado, a su pedido, el Bebe Bardamu. La palabra tenía un alto poder movilizador para Juan Cruz. Adiestrado desde la infancia por su padre y la tradición de la familia, que descreían de cualquier idea si no producía algún tipo de consecuencia activa, inmediatamente de leído un texto que lo impresionaba, Juan Cruz reflexionaba sobre el modo de aplicarlo a la práctica.

“Yo me acuerdo bien, Buenos Aires (vos también te acordás aunque todo haya seguido después su ritmo infernal y en apariencia indiferente)” –leía Juan Cruz, trepado en la cucheta de arriba, una tarde primaveral de 1970–, “que en enero de 1969 un chico checoeslovaco de 19 años se quemó vivo en la plaza Wenceslao, de Praga, porque no encontraba otro modo de repudiar la intervención soviética. Se llamaba Palach, Jean Palach.” Y más adelante:

“Tal vez no sea heroico haber muerto como murieron ellos, pero tampoco es heroico estar vivos si simplemente se trata de estar”. Y todavía más adelante:

“Una excusa vieja date cuenta basta con el poster del Che para sentirse heroico para reconocer la necesidad de justicia para alardear de rebelde y para quedarse tranquilitos en casa escuchando a Bob Dylan o a Joan Báez o a Nacha Guevara que también protestan y que pueden oírse sin correr el menor riesgo y además estando tan en la onda.

“Pero el Che era un tipo de buena fe.

“Ya sé Gloria ya sé lo que discuto no es lo que él fue sino lo que es o mejor dicho el objeto en que lo han transformado.

“Quienes lo han transformado y en qué.

“Quiénes no sé tal vez tipos más vivos que nosotros que se dieron cuenta de que dejar que se transformara en una especie de icono era la mejor manera de neutralizarlo o tal vez nosotros mismos de puro idiotas o de puro acomplejados que lo necesitábamos para tapar con su imagen o con lo que se escribió sobre él todo nuestro vacío y todas nuestras carencias; lo han cosificado el Che ahora es una cosa algo así como un lindo mural con que tapamos el enorme agujero de nuestra inacción.

“O de nuestra cobardía. Vos lo dijiste.”

Así escribía Gudiño Kieffer en 1970, grabando en la cabeza de un Juan Cruz de veinte años esas ideas.

Y ahora, en 1971, él escuchaba a Bob Dylan, Joan Báez y no a Nacha Guevara porque jamás le gustó su voz, tenía un buen negocio, un pasar tranquilo, una novia linda y de “buena familia”... mientras en el mundo los mejores jóvenes de su edad se movilizaban en contra de la guerra de Viet-Nam, a

favor de los revolucionarios de Angola, y aquí mismo muchos tomaban las armas por una patria más justa.

Por pudor, él no tenía una foto del Che en su pieza, pero como la mayoría de los jóvenes lo admiraba. Sin embargo, no quería ser cobarde. Le golpeaba la caracterización de Gudiño Kieffer.

–Cada uno tiene un papel en el proceso revolucionario –trataba de tranquilizarlo el Bebe Bardamu– no necesariamente todos tenemos que tomar las armas.

Provisoriamente, Juan Cruz se adhirió a esta formulación, aunque en los hechos, él no militaba en ningún sector. Es decir, no hacía nada, políticamente hablando. Pero también esto tenía su razón de ser, pues él aún no llegaba a comprender del todo aquello que sus amigos llamaban “la realidad política”.

El día en que Juan Cruz Castañeda cumplió años –22– amaneció soleado. Faltaba una semana para la primavera, pero en Santiago, ésta empezaba a apuntar ya desde el mes de agosto. Dorita no lo felicitó, pues ni siquiera estaba enterada de cuál era el día en que él cumplía años. Y ni su padre, ni su abuelo ni su abuela tenían inclinación a esas efusividades, así que el día pasó como cualquier otro. Sin embargo, él sabía –y también esperaba– que Laura se iba a acordar. Su insólita ausencia durante toda la mañana y lo que había pasado de la tarde, lo interpretó como una prueba de que ella estaba preparando algo. Cerca de la hora del cierre, estaba de espaldas a la calle, poniendo un disco en el plato del amplificador, cuando sintió manos femeninas que lo envolvían de atrás y le tapaban los ojos.

“Laura”, pensó, pero al instante se dio cuenta de que no era ella. Los dedos eran demasiado largos y leves, el perfume era otro.

“Sorpresa” le susurró una voz en la oreja; él supo quién era, y cuando se dio vuelta Cecilia le puso un paquete en las manos mientras le aplicaba un largo beso en la boca. El se puso muy incómodo; Laura podía aparecer en ese momento, y Dorita estaba mirando. Abrió el paquete, cargado de moños. Un perfume. Muy caro. Otro envoltorio: con una corbata. Y una tarjeta: “Que la vida te dé el discernimiento necesario para entender cuál es la verdadera senda de la felicidad. Con fidelidad invariable. Cecilia” Sugerente. Se lo debía de haber escrito su madre. Pero Juan Cruz solamente pensaba en el lío que se iba a armar si aparecía Laura. No pudo disimular su incomodidad, por lo que Cecilia manifestó enseguida:

–Bueno, ya he cumplido. Me voy, pues me parece que te estoy comprometiendo.

–No, no... –replicó él sin convicción.

En los seis metros que separaban el equipo amplificador de la puerta pudo apreciar las largas piernas de Cecilia surgiendo del corto vestido azul, y sus nalgas en forma de pera. Lo apuntó en su mente como un déficit. Durante su noviazgo con Cecilia se había concentrado solamente en los pechos y la parte delantera. Casi no había acariciado sus nalgas.

Dorita lo observaba desde su silla, con la eterna novela pederástica en las manos, sin animarse a hacer algo. Pertenecía a la clase de personas que demoran un siglo en tomar una decisión, aunque todo su cuerpo lo anuncie. Se notaba que

luchaba en su interior con la idea de levantarse y felicitar a Juan Cruz, de cuyo cumpleaños se acababa de enterar.

Juan Cruz atravesó los veinte metros de largo del local, para esconder el perfume entre los libros de la oficina, pasando por delante de ella, sin que la muchacha pudiese ensayar el más mínimo movimiento, pese a que los ojos parecían querer salírsele de sus leves parpaditos pintados.

–Juan Cruz –murmuró penosamente, cuando él volvió a emerger. En ese momento apareció Laura. Los objetos se distorsionaron en el acto, como en un gran angular, yendo a concentrar sus formas, alargadas por el esfuerzo, en ella.

–¡Japi birsday-tú yú!... ¡Alegría! ¡Mishkila! ¡Songocorosongo! –cantó ella, avanzando con su–sonrisa plena y su perenne danzar. Llevaba remera roja, de hilo, y pollera de jean, azul. Y un pullover negro atado al cuello. –¡Cierre los ojos!– dijo, cuando se paró ante él. ¡Adivine que es! –luego, poniéndole un paquete en las manos.

–¡Una petaca de cognac!.... –aventuró él, en broma.

–¡No! ¡aplazado! bromeó también ella ¡puede abrir!...

Antes de desenvolver del todo el paquete Juan Cruz tenía la decepcionante convicción de que se trataba de un perfume. Odiaba que le regalaran perfumes para su cumpleaños. Cecilia le había regalado perfumes, cintos, corbatas, pañuelos, en todos sus cumpleaños. Percibió que en el envoltorio había algo más. Una corbata, ¡Maldita sea mi suerte!, pensó. Pero solamente esbozó una sonrisa y dijo, con expresiva “sinceridad”.

–¡Gracias, mi amor!

–¡Hay algo más! exclamó ella, luego de que se hubiesen besado.

–¡Todavía!

–Sí –dijo ella–, ¡te invito a cenar!... ¡Elegí el lugar!

–Y... vamos a algún barcito que no sea muy caro... –titubeó Juan Cruz.

–¡No, no! ¡Vamos a uno bien caro! –exclamó ella.

En ese momento repararon en Dorita. Estaba allí, muy quieta en su sillita, a solo dos pasos de distancia.

–Vamos a cerrar, Dorita, le dijo Juan Cruz.

–Bueno... murmuró ella, y metió su librito en la cartera, levantándose como con pereza. Cuando salía, pareció acordarse de repente; se volvió hacia Juan Cruz y le dijo, en un hilo de voz:

–Feliz cumpleaños. Y le dio un breve beso en la mejilla.

–Cómo... ¿aún no te había felicitado? –preguntó Laura, mientras caminaban.

–No, ella no sabía que era mi cumpleaños– dijo él.

–¿Qué te han regalado hoy? –quiso saber la muchacha.

–Nada, mintió Juan Cruz. El tuyo es el único regalo que he recibido. Y también el único que me interesaba recibir (en esto último era sincero).

35

Nino Rota: Romeo And Juliet

El 10 de octubre de 1971 Laura Julieta González Abreu cumplió 18 años. Ese día –domingo– Juan Cruz fue temprano a su casa, seguro de que ni su padre ni su madre estarían. Pero se llevó una decepción, pues habían llevado a Laura con ellos. Romelia, su empleada, una mujer mayor, lo hizo pasar al inmenso y reluciente living.

–Déjelo ahí, niño –le indicó, señalando una mesita de mármol–. Yo le voy a avisar, apenas vuelva.

Le había preparado una caja, de cartón ocre y cubierta de celofán duro, color marrón, que contenía una tarjeta, el LP con la banda original de la película “Romeo y Julieta”, y una gran rosa, roja.

Por la tarde se llevaría otra pequeña decepción, pues ella le dijo que no esperaba que en el disco hubiera tantos diálogos, en inglés, que no entendía para nada.

Como quiera que sea, fue un buen día. Por la noche, fueron a cenar y luego a un boliche hasta las dos de la mañana.

El control sobre Laura se había ido aflojando, en parte por su voluntad de aferrarse a ese noviazgo con obstinación, en parte a la contemporización de sus padres. Ante los hechos consumados, éstos evaluaban a Juan Cruz –quien aparentaba

una posición más o menos próspera– como lo menos malo de lo indeseable.

El padre de Laura había visitado una vez el negocio, y como se encontrara en ese momento sonando un long play de Janis Joplin, y al hombre le gustó, Juan Cruz tuvo que vendérselo a su requerimiento, para agradarle, pese a ser de su propiedad privada, hecho del cual no cesó luego de lamentarse pues el tal long play era ya in-con-seguible.

36

Antonio Carlos Jobim – Corcovado

El último día de clase de su último año de secundaria –una mañana tibia de noviembre– tuvieron aquel incidente mencionado antes. Ella había venido, en caravana con un gran grupo de chicas y muchachos, hasta el frente del negocio; allí, se había separado, yendo a su encuentro. Tenía el guardapolvo lleno de firmas.

–Soy maestra –le había dicho, luego de besarlo. Después habían ido al parque.

–Estoy dolido con vos –comentó Juan Cruz– con tu comportamiento. Laura no esperaba eso. Cauta, preguntó:

–¿Qué hice?

–Es una vergüenza el modo como has venido hasta mi negocio, por la calle y a los gritos, en medio de todos esos muchachos.

–Había también chicas –protestó ella, tímidamente.

–Sí. Parecían todas unas locas, Y seguro que han bailado, en la escuela. ¿Han bailado?

–Bueno... se ha hecho una ronda...

–¡Has visto! ¿Y vos has bailado?

–Solamente he saltado un poco, Juan Cruz, con todos... ¡es el último día de clase, y tal vez nunca nos volvamos a encontrar, después de haber vivido cinco años de compañerismo!...

–¡Todas son así!… –estalló Juan Cruz– ¡Ninguna mujer es fiel! ¡Nunca les falta una oportunidad para andar refregándose con tipos!...

Laura estaba perpleja. Se quedó en silencio, con expresión hosca, por un buen rato.

De repente, Juan Cruz comprendió que no creía eso. ¿Por qué lo había dicho? ¿Por qué agredía de esa forma a su novia? Se daba cuenta con absoluta seguridad de que nada de lo dicho tenía el propósito de acusarla, que lo que él trataba de canalizar era un oscuro dolor, que llevaba dentro, pero no tenía relación directa con la conducta de ella. Sino que lo angustiaba hasta el abismo ante el contraste de la alegría de Laura y aquellos chicos, frente a su corazón atormentado.

–¡Perdóname Laura... –balbuceó– quiero...

Mas no pudo seguir; se puso a sollozar.

Laura en el acto olvidó su agresión y lo abrazó, apretando la cabeza de él contra su pecho. Aún lo sacudió unos instantes el llanto, hasta que se contuvo. Y allí, sobre su pecho, se calmó.

Poco después –una noche de sábado– sucedió otro hecho que tal vez pudiera relacionarse con éste. Habían ido a bailar a un boliche, "Help". Se hallaban sentados y Laura quiso bailar. "No tengo ganas" contestó Juan Cruz. "Pero no hemos bailado en toda la noche", se quejó ella. Es que, a diferencia de su novio, para Laura, que había salido muy poco, poder ir a bailar era todo un acontecimiento.

"No me gusta esa música", dijo Juan Cruz. Desde los parlantes "Kike" Villanueva gritaba "¡Movete, movete, chiquita movete". "¡Pero es para divertirse, bichito! ¡Sé bueno!". "¿Soy un tarado acaso yo? ¿Un tipo me va a ordenar "movete, movete", y yo voy a ir como un boludo a saltar sobre la pista? ¿Como esos payasos, con esa horrible música comercial? Eso lo hacen sólo los estúpidos, los descerebrados. Es indigno", dijo con asco, Juan Cruz.

"¡Pero mi amor, mi tesoro... dame el gustito... hacelo por mí... ¡Oro!"– ella le decía muchas veces así: "oro" (por tesoro), "sonco" (corazón en quichua) "soncorocosoro" (una aleación inventada por ella), era muy cariñosa– "¡Mi sol! ¡Inti! ¡Mi reluciente amor!" exageró ella, por hacerlo reír.

"Bueno, vamos", dijo al fin él, de mala gana. Pero ya en la pista bailó tan mal, con tal gesto de repugnancia, mirando hacia otro lado y moviéndose a destiempo, que ella, harta de intentar animarlo se resignó a que a la tercera pieza se fueran a sentar. Allí, se quedó silenciosa y triste, viendo a los que se divertían

en la pista. Él, como si hubiere sido malamente ofendido, no dijo una palabra en el resto del tiempo que permanecieron allí. Al fin, ella le pidió que la acompañara hasta su casa.

A la altura de la 24 y Catamarca se largó a lloviznar. Decidieron refugiarse, hasta que pasara, en el pequeño atrio de la capilla de La Montonera. La capillita adonde Juan Felipe Ibarra traía para escuchar misa a sus gauchos. Como era muy pequeñita, la tropa se agolpaba afuera, sobre sus caballos, y el cura celebraba en ese atrio –donde ahora ellos estaban–.

De repente Laura comenzó a llorar. Un llanto tan triste… callado, sin reproches… que Juan Cruz sintió un estremecimiento interior. "¿Por qué Juan Cruz?" gimió ella. Los relámpagos azulados alumbraban de a ratos los rasgos serenos de la muchacha. "¿Qué te he hecho yo, Juan Cruz?... ¿qué te he hecho yo?" Juan Cruz sintió que una angustia dolorosa le agarraba el corazón.

Cierto. ¿Por qué había actuado así? "Dios mío, soy un hijo de puta, perdóname, o no, castígame, te lo ruego, no me perdones; pero no me castigues haciendo que ella me deje, por favor, pues me moriría. Hazme que pierda algo, que sufra, no sé..." pensó en silencio. Pero no dijo nada. *¡No me sale nada! ¡Soy incapaz de pedirle disculpas! ¡Qué jodido soy!...*, pensó.

Llovía a trazos gruesos bajo las luces de neón, entre los árboles. Y el rostro de Laura devolvía reflejos azulados sobre sus lágrimas.

37

Jimi Hendrix Experience: Foxey Lady

–Mientras lo reviste la imaginación es un ente deseable –dijo su padre– que nos atrae y nos incita a correr en su busca. Despojado de ella, reducido a su mera condición de persona física, nos deja indiferentes. Somos nosotros, en suma quienes las dotamos del poder de seducción.

–Al proyectar en ella nuestra energía psíquica– terció el doctor Acosta. Hablaban de la mujer como objeto de amor.

–Exacto.

–Pero vos, viejo, con el verso de la proyección te las comés a todas– agregó el psiquiatra, sin transición. Así era él. No resistía por mucho tiempo la tentación de introducir notas de humorismo en el tema, por serio que fuese. Era un individuo enorme, rengo de una pierna, donde llevaba un pesado aparato ortopédico, siempre impecable, de traje, corbata y un sombrero hongo que resultaba ridículamente pequeño sobre su cabeza de sandía y su inmensa calva. Para completar la fuerte impresión que producía, llevaba unas gruesas gafas de vidrios anchos sobre su nariz de halcón; a través de ellas miraban unos ojos insoportablemente agudos.

Mientras se reían sonó el teléfono. Atendió Julián Castañeda.

–Dirección de Medios Educativos e Información Cultural–, dijo.

–Escúchalo –gruñó el doctor Acosta, haciendo un gesto marrajo e indicando con la cabeza hacia el padre de Juan Cruz–, hace voz de bolero. Seguro que es una mina.

–Para vos– le dijo Julián Castañeda a Juan Cruz. Acosta lo observó con interés cuando tomó el tubo. Pero a él no le importó en absoluto y se puso a conversar tranquilamente con Laura. Incómodo, su padre buscó un tema cualquiera para desviar la atención del médico. Pero Juan Manuel seguía firme en su observación del muchacho. Por fin terminó el diálogo susurrante de los novios.

–Me voy –dijo Juan Cruz.

–Linda mamita te has elegido –pibe ¿eh?– opinó el doctor Acosta.

–Ahá– contestó Juan Cruz, ambiguamente– Chau, me voy.

–Está enamorado– dijo Acosta cuando se alejó.

–Me preocupa– contestó Julián.

–¡Por qué! ¡Viejo! ¡Vos sos un amargado!

–Está en la edad de hacer estupideces– se empecinó el padre.

El licenciado González Abreu, padre de Laura, había sido profesor de Julián Castañeda, padre de Juan Cruz, en la Universidad Nacional de Tucumán. En tal carácter, había desestimado un enjundioso trabajo presentado por el entonces

muy joven Julián, sobre El Matadero, de Esteban Echeverría. El también joven profesor –apenas ocho o diez años mayor que su alumno, quien por entonces tenía veinte años– cuestionaba un abordaje "ideologizado" de la obra literaria clásica. Por cierto, Castañeda, adscripto entonces a una fuerte corriente nacionalista, chocaba con sus conceptos la opuesta concepción liberal, alberdiana, de su profesor.

Estos choques se irían profundizando más tarde, cuando, ya Castañeda actuando como funcionario en el ámbito estatal, se encontrase, una y otra vez, con la oposición del también funcionario González Abreu. Ya por entonces Castañeda constituía una celebridad local que enorgullecía al peronismo. Mientras, por el contrario, González Abreu, era reconocido como una de las más importantes figuras públicas de la Unión Democrática, en el ámbito de la Cultura santiagueña.

De allí venían, realmente, las prevenciones que sustentaban los progenitores respecto de una relación destinada a entrelazar –según ellos percibían–, lo irreconciliable: una contienda visceral y trascendente, no sólo entre sus convicciones personales, sino entre dos proyectos culturales, económicos, políticos, sociales, que había ensangrentado a la Nación Argentina, desde los albores mismos de su Independencia.

–¡Ay, lo quiero! dijo Laura. Marcela Sadam la escuchaba, sentada en el sillón de enfrente, con sus grandes piernas abiertas, una de ellas sobre el posabrazos. Estas eran las actitudes que le habían hecho fama de “yirita” –injustificadamente, según Laura–. Nunca he sentido algo así por un muchacho.

–Te comprendo –dijo Marcela –Juan Cruz es un churro bárbaro, y además, es tan inteligente, tan refinado– a Marcela también le gustaba Juan Cruz. Pero se alegraba honestamente de que fuera el novio de Laura. Juan Cruz había simpatizado instantáneamente con esa muchacha sensual y desprejuiciada, pero, además, muy sensible, con un espíritu que él caracterizó, pese al rol desprejuiciado que exhibía, como romántico. Por otra parte, Juan Cruz –aplicando su recién adquirido concepto de las clases sociales a la relación entre su novia y Marcela–, había notado que pese a los esfuerzos de Alita por conquistar la intimidad de Laura, ésta no la tomaba en cuenta para sus preferencias. En cambio, tenía un grupito de dos o tres chicas –la principal, Marcela– con las cuales eran muy compinches. Es que –pensó Juan Cruz –aunque a simple vista no se perciba mucho la diferencia, al tiempo de conocerlas, se descubre que Alita pertenece a otra clase, un poco inferior. Existe una atracción, no deliberada, entre la gente de clase “alta”; tienen ciertos códigos, cierto lenguaje común, afinidades. Laurita no es la excepción. Marcela era una muchacha de origen árabe, sus padres tenían una muy buena posición.

–Pero algunas veces él me desconcierta, me hace sufrir. Laura se quedó pensativa unos segundos, antes de continuar. Me agrede sin razón... o cae en largos silencios… ¡es como si sufriera algo, que yo no comprendo del todo!

– No te olvides que Juan Cruz se ha criado sin madre– afirmó Marcela tienes que ser muy cariñosa con él.

–¡Cierto! una vez me dijo que quería que yo le diera de mamar, porque él nunca había mamado. Yo creía que se estaba haciendo el pícaro, para hacerme sacar las tetas, y le dije que se dejara de embromar. No insistió, pero yo me quedé con remordimientos, pues después reflexioné que lo había dicho con un tono muy sincero.

–¡Sí! !Tienes que darle con el gusto! –dijo Marcela; ¡él te quiere! ¡yo me di cuenta apenas los he visto juntos! ¡Es incapaz de hacerte daño! ¡Pero –también necesita tu amor incondicional! ¡Necesita que le cures, con tu cariño, todas esas heridas que él lleva adentro! ¡Si vos lo amas sinceramente tienes que ser su novia, su madre y su hermana! No te le niegues! ¡El amor no niega nada!

–Así pienso yo también– exclamó Laurita, entusiasmada ¡Yo lo amo! ¡Quisiera dar la vida por él!

Para la finalización de las clases, los compañeros y compañeras del curso de Laura organizaron un picnic, junto al río. Ella le preguntó a Juan Cruz si quería que llevara puesta una malla. El le contestó que sí, pero no la bikini, sino una enteriza. La bikini quería reservársela para cuando fueran solos.

Eran como las diez de la mañana y hacía calor. El cielo estaba nublado.

–¡Ay, me da vergüenza! –dijo Laura– yo nunca ando con malla en público.

Juan Cruz la observó. La malla negra con flores grandes, verdes y rojas, era recatada, pero el cuerpo de Laura poseía gran sugestión.

–Vamos a caminar por el río –dijo él–. Se alejaron por el ancho cauce. A lo lejos, a la izquierda, se sobreponían las dos estructuras de hierro, el Puente Negro, el Puente Carretero. A la derecha, sólo nubes, horizontes y árboles. A la distancia se elevó una bandada de pájaros. Juan Cruz se arrodilló en el agua. Soplaba una suave brisa estival. Se sintieron hondamente, serenamente felices. Tomados de las dos manos, se quedaron allí, en silencio durante mucho tiempo. Hasta que los llamaron a comer.

Esa tarde en el río Juan Cruz perdió la cadenita con el crucifijo de oro y rubí, que le regalara su abuela cuando cumplió 18 años. Era una joya que había pertenecido a los Reynafé –su familia materna– desde hacían 250 años. Quedó muy preocupado por el asunto.

–Vamos a ir mañana por la mañana a buscarlo –Laura se sentía responsable, sin una razón evidente.

–Sí, pero también puede ir alguien a bañarse allí y encontrarlo...

–Bueno, vayamos temprano...

–Tendríamos que ir muy temprano… acordate que ahí va gente a pasear... y esos andan apenas amanece...

–Y bueno... vamos a las seis...

–¿Vos te animas a ir a esa hora?

–¡Claro! No me cuesta levantarme temprano.

A las seis de la mañana se encontraron en "**Ojo**, diskería". Laura había traído una linterna, Cruzaron el centro de Santiago, siempre tan bullicioso, esta vez desierto y calmo, y tomaron la Libertad hacia la costanera. Los centenarios árboles del Parque Aguirre eran irregulares bloques de sombras, destacándose apenas entre sí, yuxtapuestos en la oscuridad. Ambos habían venido de remera, y hacía frío. Sin causa aparente comenzaron a reír, y se tomaron de la mano. Al llegar al río caminaron un rato por la orilla, tratando de recordar los lugares adonde estuvieran la tarde anterior. El señaló que durante un buen rato se habían metido entre un macizo de valdas muy crecidas, en uno de esos huecos que siempre había en la vegetación, para escapar de las miradas. Lo ubicaron enseguida.

–Aquí debe estar –dijo Laura.

Juan Cruz empezó a peinar el tupido césped del suelo con el haz de luz. La búsqueda era muy difícil; la tierra estaba tapada por un colchón de gramilla salvaje.

–¡Aquí está! –dijo Laura.

–¡No te creo! –exclamó Juan Cruz–. Ella estaba parada, con las manos atrás y una sonrisa triunfal en la cara.

–¡Dame un beso!–le dijo.

El se acercó y le dio un beso largo en la boca.

–¡Aquí está! –repitió ella, deslizando el gran crucifijo con su pesada cadena entre las manos de Juan Cruz.

"Es un milagro" pensó él. Antes de dormirse, había rezado cerca de una hora para que lo encontrasen. Una preocupación

angustiosa lo había sobrecogido, ante la idea de que aquél extravío fuese una señal de que habían perdido también la protección de Dios. Pero no. Habían hallado el crucifijo. Todo estaba bien. Dios los protegía, aún. ¿Sería una advertencia?

Caminaron abrazados hasta la muy cercana barranca del río y allí se quedaron, acurrucados la una en el otro, conscientes del transcurso de todos los segundos, del aletear de la brisa fresca, del murmullo del río y el despertar de los innumerables bichitos de la costa, hasta que salió el sol.

Entonces Juan Cruz descubrió con asombro que al igual que él ella amaba el amanecer. Circunstancia que le hizo sentir extrañamente, quizá tontamente dichoso, pues no había hallado antes entre sus amigas, sus novias o amigos de la ciudad alguien que no se irritara si debía levantarse temprano. Juan Cruz había hecho este hallazgo durante el servicio militar, se había sorprendido al principio de que no le molestaba levantarse a las cinco de la mañana, para luego irse apegando cada vez más al hábito de saltar de la cama temprano, tomar unos mates y salir a la madrugada, aunque no tuviese obligación. Después, reintegrado a la vida civil, había adoptado de nuevo las costumbres blandas de sus amigos, esto es, no salir antes de las nueve de la mañana -o más. Esa alborada, cuando fueron con Laurita al río en busca del crucifijo, fue para él como un misterioso renacer. Y empezaron a partir de entonces, sin necesidad de discutirlo, a encontrarse muchas veces en las madrugadas.

SEGUNDA PARTE

Laura se construía con éter en la esencia de la atmósfera vital urbana. Aquellos momentos permanecerían, junto a los conciertos de rock, la ilusión de un mundo cada vez más hermoso y libre para todos, la felicidad del amor, el aire limpio de la mañana junto al río, los inviernos amables en la hora de siesta.

1

Almendra: Cometa azul

–Por favor, dejame besarte el pupo –dijo Juan Cruz.

–¿No hay nadie? –consultó ella, mirando para todos lados.

–No, Dorita va a demorar. Vení aquí, sobre el escritorio.

Ella accedió. Conducida de la mano por Juan Cruz, se echó de espaldas en la mesa del escritorio y dejó que su novio le subiera con suavidad la remera. Juan Cruz, agachado, empezó a besarle el ombligo con unción. Después fue corriendo poco a poco los labios hacia arriba.

–¡Ahí nomás, Juan Cruz –protestó ella– ¡Puede entrar alguien!

–¿Hay alguien aquí? –gritó desde el salón una cascada voz femenina.

–¡Por favor atendé vos! –pidió Juan Cruz a Laura– ¡Yo no puedo!

¡Ay! –dijo ella saltando de la mesa ¡Ya voy!

Juan Cruz y Laurita Julieta fueron a ver “Love Story”, que venía con mucha propaganda, en el cine Petit Palais. Ya desde antes de entrar él iba dispuesto a burlarse del asunto, más que nada porque la crítica intelectual había tachado a la película de cursi. Lo cual –se percató enseguida– no dejaba de ser otra especie de liviandad, aunque de signo opuesto.

Laurita lloró copiosamente, y al salir no podía secar la humedad de sus mejillas. Por respeto, Juan Cruz no hizo comentario alguno, pero cuando se le pasó dijo:

–No lo tomes tan en serio. Esas cosas no pasan en la realidad.

–¿Por qué no? –dijo ella.

–Bueno... tal vez suceda algo lejanamente parecido, una vez de cada millón... pero no así, no todo tan armadito, tan hechito para conmover...

–¿A nosotros no nos puede pasar esto? Yo me he sentido tan identificada con Ali Mc Graw (para mejor Laura tenía cierto parecido con la actriz).

–No, Laury... nosotros no tenemos nada que ver con esos yanquis... sácatelo de la cabeza –sostuvo Juan Cruz. Y luego, para desviar la conversación:

–Fíjate que a mí me gustó más la primera, la de Serrat, aunque era bastante estúpida, pero al menos tenía lindas canciones... –luego de pensarlo, se rectificó– bueno, un poco cursis también, pero al menos agradables... (sin embargo, los edulcorados temas de Serrat le conmovían íntimamente, porque lo afirmaban en la conciencia de su amor por Laura).

–Todo esto es demasiado rosa, demasiado bonito... con esas cosas quieren los yanquis que nos llenemos la cabeza...

De tal modo Juan Cruz se negaba a sí mismo la plenitud del amor, al menos racionalmente, pues toda una formación estética que le había gestado como condición para aceptar la belleza la necesidad de exigir la presencia del dolor, algún rasgo siniestro o el fracaso en alguna de sus formas, se lo impedía. Así que su mentalidad se resistía denodadamente a la aprobación de la felicidad plena, límpida, por reputarla una desviación del gusto, y se empeñaba en ensombrecerla, de algún modo, cuando se le aparecía en su vida por primera vez y de un modo sostenido.

2

Carpenters - One Love

Una tarde Laura vino diciéndole que estaba preocupada, pues se había descubierto una dureza en uno de los pechos. Juan Cruz le pidió que se los mostrara, y ella no se negó. Entonces entraron en un pasillo que tenía el local atrás, y que conducía al baño, y allí Laura se levantó la remera. “Despréndete el corpiño”, le dijo Juan Cruz con la voz más profesional que pudo fingir. Ella lo hizo. Y se lo levantó también. Juan Cruz sintió un vahido. Dos tetas hermosas, redondas y duras, emergieron de repente. Pese a todo, disimuló. “¿Por aquí es?” preguntó, tanteando con suma cautela, con la punta de los dedos, uno de los pechos. “No por aquí”, dijo ella, guiándolo también suavemente con su mano. “A ver...” decía Juan Cruz “no distingo nada” y seguía tocando. Cuando consideró que había sido suficiente para no caer en el exceso grosero, le dijo “Yo no encuentro nada. Debe ser una falsa alarma”. Notó que el rostro de Laura estaba encendido, y él mismo se encontró altamente excitado. Pero no la besó. Volvieron al gran salón y se quedaron allí, reflexivos, enamorados. Hasta que alguien entró a buscar un disco de Julio Sosa.

Para la Fiesta de Gala en su Noche de Egresadas, Laura lució un vestido azul oscuro, combinado con negro, que enfundaba su cuerpo hasta terminar con una falda semi corta. Ajustado, había sido hecho de tela estirable; debajo, color azul eléctrico y de forro tela color negro de encaje, con una decoración de encaje floral. Se completaba hacia arriba con un cuello tipo barco, hecho a base de encaje. El diseño de la falda era ajustada, por detrás exhibía unos aros de metal como cadenas, con espalda descubierta; sus mangas estaban hechas a base de tela tipo encaje color negro. El diseño de la falda

llegaba hasta más arriba de la rodilla y terminaba con un encaje oscuro, ondeado.

Juan Cruz había encargado a Domingo Cordero, un sastre conocido, que le confeccionara un saco blanco de hilo, de dos botones. Lo usaría esa noche por única vez, con un pantalón de sarga oscuro, corbata roja y zapatos negros de charol. Como su noviazgo no era aún oficial –debido a la reticencia del padre de Laura–, él compraría una tarjeta que lo habilitaba para ocupar un sitio en la mesa de su prima, también egresada.

*En la puerta principal debió detenerse algunos minutos, para atender la conversación del profesor Verdugo, vicerrector de la Escuela Normal. (*El mismo que, cuando era alumno de aquí *–recordó Juan Cruz–* me prohibiera ingresar sin la solicitud de reincorporación, cuando me echaron por amonestaciones: yo no me había atrevido a contárselo a mi padre, por lo cual tampoco le iba a hacer firmar tal solicitud; me tiré un lance, quise entrar pero este mismo Verdugo, ya vicerrector entonces, me dijo: o presentas la solicitud firmada o no entras más. Tal circunstancia precipitaría mi interrupción de la escuela secundaria; y algo más grave: como no me atreví a volver a casa y enfrentar la ira de mi padre, decidí huir, viajando a Buenos Aires, para permanecer allá "perdido", casi siete meses, hasta que la Policía Federal me detectó y mi padre fue a buscarme en el escondite, la casa de mi madre, separada de él ocho años atrás.*) Todo era diferente ahora con el profesor Verdugo. Su amabilidad hacia Juan Cruz le resultaba fastidiosa al muchacho. Poco sociable, cualquier conversación larga que no hubiese buscado lo impacientaba. Considerando tener algo en común (*cosa en parte genuina: ambos gustaban del jazz, lo habían descubierto en fiestas donde Juan Cruz con

su conjunto actuara, aceptando tocar temas que una y otra vez Verdugo pedía*)*: *se agregaba ahora el hecho de tener este joven* el único *negocio de discos de toda la provincia donde se vendían discos de Stan Getz, Louis Armstrong, John Coltrane, Miles Davis, Billie Holiday, Charlie Parker, Charles Mingus, Duke Ellington, Dizzy Gillespie, Count Basie, Thelonious Monk, el Mono Villegas y otros grandes del Jazz. Providencialmente llegaron su prima y su tío Manuel, para salvarlo. Disculpándose por interrumpir la "interesante conversación", ingresó con ellos.*

Era una noche fresca del verano; el cielo estaba estrellado. En el patio de la bandera, se habían dispuesto largas mesas, más o menos para diez personas cada una, una al lado de otra, formando herradura junto a los paredones de la escuela, para dejar la franja del medio disponible como pista de baile.

Todo transcurrió serenamente. Juan Cruz tomó bastante alcohol, estaba acostumbrado a ello: especialmente un copetín delicioso, sidra y champán. Cuando arrancó el baile, habían convenido que él saldría a la pista con Alita, la compañera de curso siempre dispuesta a hacerle de "cómplice" a Laura. Una vez en la pista, entre la multitud, cambiarían de pareja. Ella bailaba con un joven desconocido: al parecer estaba al tanto, pues apenas los divisó soltó a Laura y aceptó dócilmente seguir danzando con Alita. Cuando llegaban los descansos, regresaba cada uno a su mesa y al abrirse otra vez la tanda de música bailable, repetían la maniobra. Hasta que como a la una y media de la madrugada –demasiado temprano para el gusto de Juan Cruz– la familia de González Abreu decidió retirarse. Poco después lo harían también el Tío Manuel con su esposa, su prima y el resto de esa familia.

Juan Cruz se quedó allí, tomando whisky con Verdugo y hablando de Jazz, hasta que terminó la fiesta. Verdugo se ofreció a "acercarlo" con su auto, hasta su casa. Él declinó la invitación: prefería caminar.

Aunque la distancia no era corta –unas treinta cuadras–, se conocía. Sus caminatas solitarias constituían para él algo imprescindible: le servían para pensar *sin interrupciones. Especialmente en las madrugadas, cuando todos dormían. Por una especie de obsesión minuciosa gustaba de repetir con detalles todo lo sucedido. De esta manera, entre la brisa fresca, llegó a su casa como a las cinco. Y se acostó en la habitación que compartía con su abuelo, sonriendo, por sus ronquidos. Y feliz.*

3

Sérgio Mendes & Brasil '66: Fool On The Hill

En junio, el mismo mes que empezara su noviazgo con Laura, Juan Cruz había recibido la última carta de Chito Zarazaga, desde España. En ella le decía que debido a la muerte de sus padres, viajaría a la Argentina y pasaría a buscarlo.

Chito Zarazaga era un pianista, que Juan Cruz había conocido durante el período en que trabajara como músico en Tucumán. Eso había sido en 1968. Se perdieron de vista. Muy luego, a fines del '69, había recibido una postal, que Chito enviaba a su nombre con la dirección de la Federación de

Básquet, pues no poseía la suya. Con letra chiquita, le contaba que vivía en Gibraltar, trabajaba como músico y le iba muy bien. Había comprado un órgano y una furgoneta, en la que trasladaba los equipos. Se quejaba de los guitarristas, y afirmaba que si Juan Cruz hubiera estado con él, podría haber andado muy bien.

Juan Cruz le contestó una carta breve, y al poco tiempo recibió otra de Chito. En cuatro páginas éste le narraba sus avatares en España, sus primeros trabajos como barrendero de calles, junto a los "moros" en Gibraltar, hasta que consiguiese juntar dinero para comprarse un órgano eléctrico. Después, todo había ido hacia adelante; en la actualidad, Chito era propietario de buenos amplificadores y había formado un trío, con un guitarrista y batería –¡ahí está la guita!– se entusiasmaba el tucumano– y en las Islas Canarias. Pero se quejaba del guitarrista. Según él lo había cambiado tres veces, pero nunca había conseguido uno con quien se llevara tan bien, en lo musical, como Juan Cruz. ¡Si él se animara a venir! ¡Sería muy lindo!

A Juan Cruz le pareció extraño que no se consiguiese un buen guitarrista en Europa, tanto más cuanto él era consciente de no haber alcanzado un nivel muy alto, en lo personal. Sospechó que podía haber otro factor. Chito había mostrado, durante el tiempo que compartieron en Tucumán, ciertas tendencias homosexuales. Y aunque nunca hubo alguna insinuación abierta, lo había sorprendido varias veces mirándolo con dulzura, a través de esos ojos de vaca que tenía. Los otros muchachos del conjunto lo cargaban, por su afeminamiento –esto también lo tuvo en cuenta Juan Cruz – aunque sin hacer precisiones. "¿Y si este me quiere llevar para que lo pinche?", empezó a dudar. "Tal vez lo que le tiene

melancólico no es la falta de un guitarrista sino de una buena verga”. Como quiera que sea, le contestó que sí, que le interesaba el viaje, pero como aún no había hecho el servicio militar, debían esperar por lo menos un año y medio. Esto postergaba lo suficiente el compromiso como para permitirle pensar con tranquilidad, sin alejarlo definitivamente.

“Total”, se decía Juan Cruz, “si aquel es marcha atrás no tengo por qué ceder a sus pretensiones, cuando se tire el lance”. Pero tampoco sería muy cómodo convivir luego de aquel primer incidente, si las cosas se daban así. Sin embargo, eran más las ventajas que los riesgos en aquel viaje, de cualquier forma que se lo mirara. De entrada Chito había ofrecido pagarle el pasaje y comprarle una guitarra eléctrica a crédito, una vez en España. “Después me irás pagando como puedas”, afirmaba ambiguamente en una carta. Y luego, para entusiasmarlo más: “aquí te podrás comprar una guitarra Fender”. Con esto daba justo en el clavo, pues no podía haber aspiración mayor para un guitarrista de 20 años, en aquel tiempo, que acceder a una Fender legítima.

Pasó el tiempo. Se mantuvieron en contacto. Chito continuó pintando color de rosa la vida de Europa y Juan Cruz desconfiando, aunque sin decirlo. Hasta la carta de junio. A decir verdad, no fue buena la oportunidad. Enamorado de Laura hasta los tuétanos, emprendiendo un negocio que lo entusiasmaba, Juan Cruz ni la tomó en cuenta. Pero su padre, que no digería del todo su relación con Laura –Juan Cruz nunca supo a ciencia cierta por qué, aunque sospechó de una cierta rivalidad con el licenciado González Abreu– ni tenía mucha fe en sus dotes como negociante, le aconsejaba que no desperdiciara la oportunidad de emprender aquel viaje. Así, estaba vacilando el día en que Chito llamó por teléfono para

preguntar, desde Buenos Aires, si podía reservar los pasajes. Para peor, había llamado justo en esos días en que Juan Cruz estaba peleado con Laura. Con algunas dudas lo contestó que sí, más que nada para conformar a su padre. Cuando llegó la carta desde Tucumán, a fines de setiembre, anunciando que Chito pasaría a buscarlo en diez días, no se atrevió a negarse por carta. "Ya se va a arreglar todo, conversando", se decía. Ya no tenía intención de ir, ni a Europa ni a ningún otro lado. Estaba bien en Santiago.

Chito llegó una tarde tibia a finales de octubre. Era un individuo extraño –un monito hispánico, pensó Juan Cruz; medio pelado en la coronilla, echaba el pelo hacia adelante, tratando de disimular la inmensa frente con esos rulitos desparejos y escasos; su boca se torcía en gesto ridículo, mostrando unos dientes separados, gigantescos. Tenía un aire a Jerry Lewis, pero no a un Jerry Lewis normal, sino a Jerry Lewis cuando hace las muecas. Calzaba sus pies grandes, zambos, con zapatos gordos, de pesadas suelas, y vestía con desaliño irremediable. Su padre, que era cónsul de Chile en Tucumán, había fallecido, hacía unos seis meses atrás. Su madre no había soportado al parecer la partida del anciano, y a las dos semanas murió también. La oportunidad había sido propicia para que Chito viniera, liquidase los bienes de la familia y con parte del dinero comprara billetes de barco para él y Juan Cruz. Prometía, nuevamente, "apenas llegaran a España", una buena guitarra. Chito venía en tren de prometerlo todo. Mientras hablaba, Juan Cruz veía con su imaginación el camarote, las dos cuchetas, Chito en calzoncillos insinuándosele o intentando acariciarlo. Sintió su pierna peluda apoyársele en la piel y le dio asco. De cualquier manera, ya

había decidido en su fuero íntimo no ir. El tema era cómo decírselo al fulano, ahora que ya venía con los pasajes.

Su padre participaba en la conversación y opinaba de un modo muy favorable hacia la oportunidad. “Tienes que aprovechar, muchacho, si no lo haces ahora, que sos joven y sin compromisos (esto último le parecía a Juan Cruz que lo decía con toda malicia) , este viaje no lo vas a hacer nunca más”. Chito asentía con su eterna mueca que no era una sonrisa, aunque lo pareciera, pero algo debía estar sospechando, pues observaba a Juan Cruz de un modo excesivamente escrutador.

Juan Cruz lo invitó a cenar al Lawn Tennis. “Voy a ablandarlo con unos vinitos, para que el golpe le caiga más liviano”, pensaba. En el ínterin Chito había conocido a Laura; su aspecto luego de ello, iba adquiriendo un talante decididamente taciturno, casi hostil. En el camino Juan Cruz hablaba de todo un poco, incesante, tratando de llevar la atención del pianista lo más lejos posible del tema “Europa”.

Después de una abundante cena, bajo los eucaliptos del Lawn Tennis Club y un poco achispados por el tintillo tres cuartos, no hubo forma de dilatar el asunto. Juan Cruz ya había tomado coraje para sincerarse, así que por fin lo dijo:

–Chito... perdóname... No voy a viajar con vos... La mueca de Chito se torció un poco más hasta abajo, aunque no dijo nada. Se vio que ya lo estaba esperando. Intentó sin demasiada fuerza convencerlo, pero finalmente desistió. Sin embargo, se advertía que estaba bastante amargado. Chito era muy sensible, había captado muy pronto que la verdadera razón del desestimiento del viaje era que Juan Cruz estaba enamorado.

Volvieron casi sin hablar hasta el hotel. Chito estaba notablemente furioso, aunque se contenía. Se despidieron con frialdad. Al otro día, el pianista afeminado se fue, no sin antes visitar al padre de Juan Cruz y manifestarle que su hijo había actuado hacia él con total irresponsabilidad. Opinión que Julián Castañeda no dejó de compartir.

4

Eric Burdon & War - They Can't Take Away Our Music (Peace, Freedom Song - Tribute)

El 3 de noviembre de 1971, aproximadamente a las 7 de la mañana, en Ferreyra, Córdoba, sucede un combate entre guerrilleros de las FAP y las FAR, asediados por fuerzas policiales.

Allí mueren, luchando, Juan Carlos Baffi, militante de las FAR y Raúl Juan Peressini de las FAP. Luego de caer en manos de los represores, malheridos, son asesinados por la policía provincial, Carlos Enrique Olmedo y Agustín Villagra, ambos de las FAR.

La dictadura militar había puesto en marcha la ocupación del complejo industrial Fiat, rodeando las plantas Materfer y Concord el 26 de octubre. Había quitado la personería a Sitram-Sitrac y desencadenado persecuciones y allanamientos: todo por orden del Gral. Alcides López Aufranc.

La Fiat, por su parte, dentro de ese contexto represivo, había despedido 246 trabajadores, los más aguerridos: cuerpo de delegados y activistas. Surge de ese modo el planeamiento de la operación guerrillera: detener a un alto funcionario de la Fiat y reclamar, a cambio de su libertad, la devolución de la personería sindical, la reincorporación de los despedidos y el cese de la ocupación militar.

El retraso imprevisto de llegar el ejecutivo al lugar donde esperaban los guerrilleros, torna insegura la operación. Pero lo mismo se mantiene. Un empleado de la estación de servicio Esso avisa a la policía de su presencia "sospechosa". A partir de esta delación, las fuerzas represoras atacan, provocando la muerte de los combatientes.

Fue un golpe muy duro para las organizaciones juveniles armadas. "No sólo por la pérdida en calidad político militante de los compañeros muertos, sino porque a partir de allí se produjeron nuevas bajas, algunas mortales como la de Miguel Ángel Castilla y detenciones como las de María Antonia Berger, Eduardo I. Rivas o Teófilo E. Arrascaeta, con la consiguiente caída de armas, documentos, casas, etcétera", se informa en un comunicado.

En esos días Juan Cruz continuaba con aquél voraz proceso de lecturas que había iniciados unos tres años antes, cuando descubriese abrumado cuánto le faltaba conocer sobre "la realidad" y la historia, sobre política, arte, historia, filosofía… Desde 1968 compraba, cuando podía, todo libro que le parecía necesario. La biblioteca de su padre estaba sumamente provista, además. La regularidad adquirida durante los tres años de noviazgo con Cecilia, hallaban continuidad ahora, en

su nueva relación amorosa. Desde la mañana temprano, antes de salir, cuando leía las noticias y luego alguna revista política o capítulos de un libro, hasta el mediodía. Llevaba un libro a la cama, cuando se retiraba a hacer la digestión durante la siesta. Ahora estaba completando la Historia de la Revolución China. Esa mañana de octubre, asoció con ese libro una reseña periodística de El Siglo:

Ayer 25 de octubre de 1971, se aprobó una resolución de las Naciones Unidas reconociendo a la República Popular de China como "el único representante legítimo de China ante las Naciones Unidas" y expulsó "a los representantes de Chiang Kai-shek del puesto que ocupan ilegalmente en las Naciones Unidas", leyó.

Luego la síntesis histórica:

> La victoria comunista en la Guerra Civil China en 1949 marcó el comienzo de la división de China en dos Estados que ha continuado hasta la actualidad. Mientras los comunistas liderados por Mao Tse Tung tomaban el poder en la China continental, las fuerzas fascistas de Chiang Kai-shek se replegaron a la isla de Taiwán, desde donde esperaban poder organizarse para reconquistar el continente. El apoyo de Estados Unidos permitió al Gobierno de Chiang Kai-shek conservar su control sobre la isla de Taiwán, las Islas Pescadores (Penghu) y los pequeños archipiélagos de Matsu (Mazu) y Quemoy (Jinmen) frente a la costa de la provincia china de Fujian. A pesar de lo reducido de este territorio, la República de China (fascistoide) conservó el asiento correspondiente a China en la Organización de las Naciones Unidas y siguió siendo reconocida como el Gobierno legítimo de

China por muchos países occidentales, en especial por Estados Unidos.

Durante los años 70, la mayor parte del mundo pasó a reconocer a la República Popular China, incluso Estados Unidos, el cual finalmente aceptó que el asiento de China en las Naciones Unidas pasara a la República Popular, durante la presidencia de Richard Nixon, con el fin de "contrapesar internacionalmente a la URSS", en el contexto de la Guerra Fría", narraba un comentarista internacional en aquella página de El Siglo del 26 de octubre de 1971.

5

Richie Havens: I Can't Make it Anymore

Para la noche de Navidad, los González Abreu estaban invitados a cenar en la casa de unos amigos. La familia de un médico prestigioso. Como ellos, aristocráticos, con ínfulas de cultos y cosmopolitas. Laura le había dicho a Juan Cruz que después de las doce podía ir a visitarla. Se las arreglarían para estar juntos sin hacer mucha alharaca. Pero a las doce Juan Cruz ya estaba totalmente machado. Con una euforia agresiva tomó el colectivo frente a su casa, y se bajó en la esquina donde debía buscar a su novia. Sólo debió cruzar la calle desierta: el gran caserón ocupaba por completo la ochava y algo más. "Si, un momentito", le contestaron cuando preguntó por ella. Enseguida apareció Laura, sigilosa, y lo introdujo a un

pequeño salón de estar, muy cerca de la puerta. Le preguntó si quería tomar algo. “Sí, una sidra puede ser”, dijo él. Velozmente se fue y reapareció, con la botella en la mano. “Ay, abrila, yo no puedo”, le pidió. A Juan Cruz le molestó, de entrada, que lo atendiera en el recibidor, como un pordiosero u otro indeseable, a quien se sirve el plato de comida lo más cerca posible de la calle. Para peor, Laura se fue y lo dejó solo. Pampi Solá, el locutor de televisión, conversaba allí mismo, con dos mujeres treintañeras. Juan Cruz destapó con furia la botella de sidra, que lanzó un estampido y cuando empezó a brotar el chorro espumante, en vez de contenerlo, lo sacudió para todos lados, gritando:

–¡Alegría!... ¡alegría! ¡aquí está el glorioso ganador del Grand Prix Love!... –el chorro hizo desastres en la mesa con mantel de puntilla, donde Juan Cruz se había sentado, y en la alfombra del suelo.

Pampi y las mujeres lo miraron como si fuese un marciano.

–Esas cosas se hacen cuando se está superando los 27 de gradación etílica– aleccionó el joven locutor a sus amigas.

“Anda a hacerte coger, mariconazo”, pensó Juan Cruz. Esa noche estaba decidido a pudrirlo todo. Ya verían quién era él. ¿Qué se creían esos hijos de puta? ¡Atenderlo en el recibidor! Y su novia, Laura no valía un montón de bosta...

–¿Quieres que te traiga un platito de kipi? ¿O algún sanguchito?: –preguntó Laura en ese momento, apareciendo de nuevo.

–Así, no quiero un carajo... ni tampoco te quiero a vos –le replicó Juan Cruz sordamente.

–¿Qué te pasa bichito? exclamó ella, sorprendida.

–¡Qué bichito ni la mierda! –dijo Juan Cruz. ¿Qué soy yo, un sirviente para que me tengas aquí? ¿Por qué no me haces pasar al salón con los invitados?...

–Pero mi amor... mis padres se pondrían incómodos... ya sabes que ellos no aprueban nuestro noviazgo...

–¿Entonces para qué carajo me has hecho venir? –Quería verte... pasar la Navidad con vos.

–Entonces vámonos a la mierda de aquí. Si no puedo estar en igualdad de condiciones con todos, no me interesa quedarme. Vamos al Lawn Tennis, o a otro lado.

–Mi amor... no puedo... no creo que mis padres me dejen salir...

–¿Ves? Sos igual que ellos... de la misma calaña... ¡todos iguales, bosta relamida, bosta del “Rotary Club”!

Pampi Solá y las dos mujeres habían dejado de conversar para concentrarse en el espectáculo.

–¡Bichito, por favor disimulá!

– ¡No me digas bichito, carajo! ¡No me vengas a pedir que disimule, yo no disimulo nada, me importa una verga el disimulo! ¡Yo soy como soy, no como toda esa bosta aparentadora a que estás acostumbrada vos!

–Calma, Juan Cruz, por favor... ¿Sabes qué vamos a hacer? ¿Sabes qué voy a hacer? ¡Le voy a pedir permiso a mi papá, para ir un rato al Lawn Tennis! A lo mejor me deja y vamos a estar tranquilos, los dos! –dijo Laura con acento desesperado.

Y antes de recibir respuesta desapareció de nuevo, por la puerta del salón.

Al rato volvió con una expresión desolada.

–No hay caso. Mi padre no quiere por nada dejarme ir. No quiere que vaya sola con vos.

–Bueno, entonces me voy –replicó Juan Cruz, tambaleando al bajar de la mesa con violencia. Entre ida y venida de Laura se había liquidado la botella de sidra.

–No, como te vas a ir, mi amor –rogó Laura– yo te pedí que vengas porque quiero estar con vos... ¿Por qué no nos quedamos aquí, tranquilitos?

–Bueno, entonces, vamos adentro –exclamó Juan Cruz, estaba empecinado.

Tomando del brazo a Laura, repentinamente enfiló hacia el salón, y en unos instantes se había introducido de lleno en él. Los circunstantes, unas treinta personas que rodeaban la gran mesa, se quedaron callados de golpe al verlo aparecer. Eran, casi todos, gente mayor.

–Su atención por favor... damas y caballeros! –exclamó Juan Cruz, ubicándose sin soltar el brazo de Laura, parado junto a la cabecera– ¡Voy a ocupar sólo unos instantes vuestra atención!

Alguien lanzó una risita. El padre de Laura estaba muy pálido. Su madre hacía señas a Laury, para que se soltara de la mano de Juan Cruz.

–Yo soy Juan Cruz Castañeda Reynafé, como tal vez algunos han imaginado ya –prosiguió el muchacho– novio de

la señorita, acá, la distinguida Laurita Julieta González Abreu Rossi.

“Quiero poner a vuestra inapreciable consideración, un problema, de fácil tratamiento...

“Mi involuntario suegro, el preclaro lingüista y antropólogo, licenciado César Ramón González Abreu, somete nuestro noviazgo a una inusual discriminación. Con incomprensible pertinacia, pretende subalternizar este amor a una dudosa cuestión de méritos académicos.

“¿Es que se puede vejar de tal modo, así impunemente, al amor? En el siglo de los viajes interplanetaríos, de la liberación femenina, del Concilio Ecuménico Segundo, ¿es posible aún tal tiranía sobre los sentimientos de una hija? Digo yo, no será que el licenciado González Abreu tiene sobre su hija, una marcada vocación esclavista, aunque no confesada... que le impide...”

–Por favor, joven, retiresé –interrumpió el que debía ser dueño de casa.

Pero ya González Abreu, su fornida esposa y el hermano de Laura se levantaban, indignados y avergonzados.

–Vamos Laura –dijo el hermano, tomándola del brazo.

–¡Por favor, licenciado! rogó el dueño de casa.

–¡No Bernardo! ¡Te agradezco... pero no podemos quedarnos ni un minuto más, permaneciendo aquí este payaso!

–¡No se vaya, licenciado –dijo Juan Cruz, que al hacer una reverencia casi se cayó de boca– ¿Es que no le agrada escuchar verdades?...

El dueño de casa y su familia acompañaron hasta el auto a González Abreu, que no sabía cómo hacer para escabullirse más rápido, mientras Juan Cruz se ubicaba del otro lado del vehículo, aferrando a través de la ventanilla la mano de Laura.

–No se va a ir, licenciado, si no deja conmigo a su hija… ¡Pierda cuidado, yo la voy a proteger mejor que usted! –vociferaba Juan Cruz.

–Por favor joven retírese –repetía González Abreu, con el motor en marcha. Los amigos del licenciado a fuer de embarazados no sabían que hacer con el cuerpo; miraban a uno y otro lado, al fin, uno de ellos, anciano, se acercó a Juan Cruz.

–¡No me toques, viejo putazo! –le gritó Juan Cruz– ¡De aquí no se va a mover! ¡Si se va, le arranco el brazo a la hija!

–¡Por favor Juan Cruz! –exclamó Laura– ¡por favor! ¡Estás borracho! ¡Vete!... ¡vete , por favor!

–¡Ah, perra! –gritó Juan Cruz, soltando la mano de su novia como si se tratase de una víbora– ¡Traidora! ¡Falsa! ¿Así me mentías amor? ¡Te sacaste el antifaz, mascarita! ¡Ve con tu padre! ¡Ve con los cerdos! ¡Deja al amor, que muera! ¡Mientras tanto, tú festejas! ¡Tú, baila la danza de los siete velos en el entierro de mi corazón! ¡Ah, Jesús, cuánta razón tenías! “No tiréis perlas a los cerdos”! ¡Vete falsaria, mala novia! ¡So! ¡Arre! ¡No te quiero ver más! ¡Arranque ya, el jefe de la piara! ¡Ea! ¡Vamos!

El Ford Falcon salió con un rugido y se perdió en la noche. Juan Cruz caminó en sentido contrario, sin darse vuelta. Cruzando el parque por los caminos de tierra, llegó al Lawn Tennis, con los zapatos embarrados. Al primero que encontró al entrar en el salón fue al Cabezón Guzmán Cepeda. Cuando

éste lo abrazó para desearle feliz navidad, no pudo evitar ponerse a llorar.

–¿Qué te pasa, hermano?

–¡Esa hija de puta de Laura! –gemía Juan Cruz.

–¡Qué te ha hecho, esa pérfida! –el Cabezón se daba cuenta de que Juan Cruz estaba hasta la tusa, y le seguía la corriente.

–¡Me ha dejado solo! –dijo Juan Cruz, moqueando.

–¡No te hagas problema, loco! ¡*La cosecha de mujeres nunca se acaba*! ¡Vení conmigo, aquí estoy con unas tucumanas, vamos a brindar y después iremos a bailar a Help! ¡Y se acabó el problema, hoy estamos obligados a gozar! –dijo el Cabezón, y lo llevó del brazo hasta su mesa.

Pero resulta que Juan Cruz se puso a hablar de la miseria del pueblo, de la guerra de Viet Nam, de la mortalidad infantil en Biafra, y a echar en cara a todos su insensibilidad ante los problemas del mundo. Los amigos del Cabezón estaban cada vez más incómodos. Entonces lo mandaron a buscar al mozo que "demoraba"; al regresar, encontró la mesa vacía.

Obstinado como pocos, Juan Cruz decidió ir a buscarlos a Help. "Se deben haber olvidado de mí", pensaba, entre brumas, "tal vez no había lugar en el auto". En el momento en que 1legó al portón arrancaba un Renault 6, con cuatro chicas dentro. Juan Cruz abrió la puerta de atrás.

–Permiso, chicas –dijo, introduciéndose a los empujones– Gracias. Cerró la puerta y quedó instalado, apretujado con las dos que iban en el asiento trasero. Todas lo miraban despavoridas.

–¡Por favor, bájate! –le espetó la que manejaba. Una rubia. Juan Cruz se dio cuenta de que dos de las que iban adelante eran hermanas, por sus caras parecidas.

–¡Eh, llevenmé! ¡No quiero embromarlas, chicas, solamente quiero que me acerquen hasta Help!

Las muchachas deliberaron y se ve que prefirieron no provocar escándalos, pues la que manejaba expresó:

–¡Bueno! pero te bajas en Help, ¿eh?

–¡Si, sí! –dijo él– por el camino trató de hilvanar una conversación amable, pero sólo le salían sandeces. Las chicas estaban atemorizadas, no sabían cómo achicarse para desapretarse de él. Juan Cruz se bamboleaba, sentía que un hilillo húmedo le caía de la boca manchándole la solapa del saco azul, sin poderlo evitar. Bajó del auto a los tropezones y entró a Help. Pero allí no estaban ni el Cabezón ni las tucumanas. Dio unas cuentas vueltas, tanteando y dando pisotones a las parejas; pronto cayó derrumbado, en una banqueta al lado de la pista. Miró desde abajo las nalgas de las muchachas que bailaban teñidas por las luces coloridas que salían de bajo del piso, como en un caleidoscopio, hasta que se durmió. Sintió que lo sacudían. Era Jorge Lamadrid, el dueño.

–Levántate, Juan Cruz –oyó que decía– Vamos a cerrar. Ya no hay nadie.

Sin protestar, salió a la madrugada fría. Miró el reloj. Las seis y media. Aún estaba muy mareado. Le dolía el pecho y una angustia insoportable se había adueñado de su corazón. Al llegar a la Alsina y Moreno vio un teléfono público, negro, bajo el alero de una farmacia. Trabajosamente, buscó en el

bolsillo interior del saco una ficha, apoyándose contra la pared. Al fin, la halló. La puso. Marcó.

–¿Sí? –una voz dulce y ronca. Laurita.

Juan Cruz no pudo decir nada. La emoción le había cortado la voz.

–¿Sí? ¿Quién habla? repitió Laurita. Y sin esperar respuesta: –¡Juan Cruz!

–¡Laura! –dijo él, recién entonces– ¡Laura!

–¡Qué pasa, Juan Cruz, qué pasa! ¿dónde estás?

–¡Laura!... –repitió él– ¡Laura, perdóname, por favor! ¡Perdóname!...

–¡Pero si no es nada, mi amor! –susurró ella, con ternura–, ¡no es nada! ¡Acostate ahora, descansa! ¿Si? ¡Mañana... u hoy, hoy por la tarde, nos vamos a encontrar y vamos a salir, tranquilos... ¿quieres?... Te busco a las seis de la tarde, por el negocio, ¿quieres?

–¿Me perdonas mi amor? –repetía Juan Cruz, totalmente descentrado.

–Pero sí... o mejor dicho, no tengo nada que perdonarte, mi tesoro... “el amor es no tener nunca que pedir perdón” –dijo ella, repitiendo el cándido eslogan, que pese a ello le sonó a Juan Cruz cual música de sikhus.

–Gracias mi amor... –dijo Juan Cruz– te quiero...

–¡Te quiero, te quiero! –dijo ella– ¡Te quiero más que a mi vida!

Entonces la espalda de Juan Cruz se fue deslizando contra la pared, hasta quedar sentado en el suelo, el auricular sobre la oreja con el cable estirado en su máxima extensión. De pura alegría, eyaculó un poquito en el traje nuevo.

–¿Hola? ¿Hola? ¿Juan Cruz? –repetía Laura.

El no podía contestar. Sin darse cuenta, se durmió.

Cuando despertó eran las once de la mañana. El auricular pendía al lado de él. El sol le daba en la cara, enceguecedor. Pasaba de vez en cuando alguna persona, mirándolo. Avergonzado, se levantó, colgó el tubo del teléfono. Tomó el primer taxi que apareció y se fue a su casa.

6

Marcos Valle - *Samba de verão*

El 25 de diciembre, a la hora del crepúsculo, salieron a caminar por las calles con olor a humedad, a flores de paraíso, a tierra, a verano. Tomaron por la Nueve de Julio hasta la Buenos Aires; allí doblaron. Laura llevaba un vestido blanco de tela liviana, con falda corta, acampanada, terminada en frunce y un festón leve sobrevolando sobre los muslos combados. Corría una brisa fresca, Juan Cruz se había puesto sobre los hombros un liviano pulóver colorado; iba vestido con remera

de hilo blanco, pantalón negro de arpillera y zapatos naturales sin medias. Laura había traído también, por las dudas, un saquito de macramé tejido, color rosado, con hombros bombé, que llevaba cruzado sobre el brazo izquierdo.

La luz de los faroles antiguos se reflejaba en el fino vello de los brazos de Laura, y sobre el que llevaba dentro del asa formada por el brazo velloso de Juan Cruz –la mano en el bolsillo– causaba un filete dorado señalando la forma como cabeza de cisne que adquiría la mano al posarse sobre la muñeca y parte de la tela del bolsillo, el índice tomando el volumen del puño e indicando suavemente hacia abajo y adelante, los otros tres casi juntos, en armoniosa gradación descendente, hacia atrás. Cuando iban llegando a la Placita de las Chismosas se encontraron con el Cabezón Guzmán Cepeda, quien le dijo a Laura: “Pórtate bien, no me lo hagas sufrir al muchacho”, ante lo cual Laura rió y Juan Cruz procuró seguir pronto el paseo para no suscitar recuerdos aún levemente incómodos, pese a que, en el estado espiritual en que ambos iban, de beatitud ingrávida, nada podía turbar el poderoso puente de sentimientos benignos que se había establecido. No hablaban, mas su caminar por la Plaza Libertad, entre paseantes que iban y venían, árboles eternos, jugar de niños, esa luz difuminada de los faroles azules contra el negro del cielo, tamizada por el rocío, que parecía sobrevolar armonizando valores, pues cuando eran pálidos se teñían con declinaciones grisáceas y cuando oscuros, de resplandores, eliminando así cualquier brusquedad en los matices, establecidos en esa noche dentro de la gama del azul y el lila, era un lenguaje más eficiente que los convencionales de la razón humana, e infinitamente más unifícador.

No hubo incidentes la noche de Año Nuevo. Acobardado por lo sucedido, el padre simuló creer que Laura iría a pasar “un rato con sus amigos” luego de los pitos. Es cierto que la había agobiado con recriminaciones todos los días que pasaron luego del escándalo de la Nochebuena. Laura, con gran tozudez, sólo callaba; era su nueva táctica, diferente de la que había llevado hasta entonces, de intentar convencer a sus padres y sus hermanos para que aceptaran su amor. Bajaba la cabeza y callaba, hasta que su padre se cansaba de hablar. Entonces, si como casi siempre éste le preguntaba:

–¿Y qué me dices? ¿Vas a seguir viendo a ese aventurero? –ella contestaba, sencillamente:

–Sí papá.

Por primera vez en la historia de su vida, Laura desobedecía. Y lo hacía con una serenidad, con una seguridad tan absoluta, que perturbaba a sus progenitores.

Ella y su novio estaban empeñados en obligarlos a reconocer públicamente el noviazgo. O por lo menos, a que los dejaran verse tranquilos. Por ello, esa noche de año nuevo, Juan Cruz pasó a buscarla a Laura por su casa, después de las doce de la noche. Y por primera vez, salieron solos.

No sucedió, por cierto, nada que pudiera justificar la resistencia de los padres. Juan Cruz estaba tan borracho como en la Nochebuena, es verdad, pero sus años de entrenamiento y la ausencia de un factor desequilibrante en el plano emocional le permitían manejarse con absoluta seguridad, fueron a misa; después caminaron un rato por las calles repletas de gentes que salían a festejar, la mayor parte de ellos eufóricos a fuerza de tragos. Saludaron a muchos amigos. Luego fueron a escuchar

música en La Jaula. Bailaron un poco, y Juan Cruz se durmió más tarde en los brazos de Laura, sobre un mullido sofá del entrepiso del Grand Hotel. Como a las cinco, ella lo despertó con un beso en la boca y le dijo:

–Amanece, mi amor. Volvamos a casa.

Él la acompañó hasta la puerta de su casa; allí se despidieron con un abrazo. De tal modo, por demás feliz, comenzó el año 1972 para Juan Cruz y Laura.

7

Herb Alpert & the Tijuana Brass: A Taste of Honey

Dorita lo miró con cara preocupada.

– Anduvo un agente, recién. Dejó esto.

Juan Cruz leyó la citación. Decía: “...deberá presentarse en esta Seccional Primera antes de la hora 10 del día...”

En el momento en que leía, pasó la solterona Tabak con tres de las chicas del internado, mirándolo con reprobación. Juan Cruz esquivó las miradas. Tuvo una leve sospecha de que por ese lado podría venir el asunto, pero lo desechó.

“No... no se atreverían... al escándalo...”

De pronto apareció un agente de policía.

–¿El señor Castañeda? –preguntó.

–Sí, yo soy –dijo Juan Cruz.

–Me mandan para que lo acompañe hasta la seccional –dijo el policía, con la gorra en la mano. Juan Cruz miró su reloj: las diez y veinte.

–Vaya nomás, enseguida voy yo –le dijo al agente.

–Por favor señor... que sea enseguida... –pidió el policía.

–No se preocupe. Mientras caminaba las escasas cuadras que había entre "Ojo" y la seccional trataba de imaginar qué sería. "Decile a Laura que me espere, si viene", le había encargado a Dorita. Estaba casi seguro que el tipo de las cortinas lo había denunciado, por no haberle pagado las últimas cuotas.

–Espere ahí –le indicó un policía de civil, parco. Pasó más de media hora. La salita donde lo habían introducido, sucia, con las paredes descascaradas, lo deprimía. Y la mirada que le había hecho el oficial, un muchacho de aproximadamente su misma edad, le hacía pensar que nada bueno lo esperaba. "Por lo menos un mal rato", pensó. Por fin, de mala manera, el tipo le dijo que pasara y se sentase. Reconoció el *rencor de clase* en la mirada del otro, por encima de la máquina de escribir. Lo conocía, de vista. En Santiago casi todo el mundo se conoce de vista.

"Te tengo agarrado, *niño bien*", parecía decir con la mirada el otro. Juan Cruz hubiera querido explicarle que no tenía nada en contra de él, incluso que provenía de su misma clase, que el hecho de tener un aspecto refinado no significaba que estuviera

entre sus enemigos. Sólo calló, pues hubiese sido inútil. Pero por un reflejo, sintió también repulsión por el otro.

–¿Qué has andado haciendo ayer por la noche? –dijo el policía bruscamente. Juan Cruz sintió un ramalazo frío en la columna. Pese a ello, tuvo la suficiente tranquilidad para repreguntar:

–Por favor, quisiera saber de qué se me acusa.

–Violación de domicilio –espetó el otro.

–¿Violación de domicilio? –reiteró Juan Cruz.

–¿Y de quién?...

–¡No te hagas el boludo, nenito de mamá! ¡Estás bien jodido! ¡Más vale que digas la verdad! –le escupió el policía (“no te digo... por si fuera poco que esas yiras me hayan denunciado, justo me viene a tocar un resentido”, pensó Juan Cruz).

En ese momento entró un agente.

Lo buscan al joven Castañeda –dijo. Juan Cruz miró hacia atrás, por la ventana de la oficina. “Dios me ama”, pensó al instante. Allí estaba Laura, con Marcela, mirándole expectante. Hermosa era poca palabra para denominarla. En aquel marco sórdido, parecía más deslumbrante su hermosura. Y Marcela, bella también y bien vestida, actuaba como dignísima “dama de compañía”.

–Permiso –dijo Juan Cruz levantándose.

–¡Rápido! –contestó el otro, con asco.

Tranquilizó a su novia, diciéndole que todo se iba a aclarar muy pronto, pero le pidió que avisara a su padre, por las dudas, para que viniera lo más pronto posible, con un abogado. Tuvo que preguntarle al oficial si iba demorar mucho, pues ellas querían esperarlo. Cuando le contestó que iba a quedar detenido, los ojos de Laura se llenaron de lágrimas.

–¡No es nada!... –le dijo él– Vayan tranquilas y avísenle a mi papá.

–Te vamos a traer comida... ¿qué quieres? –preguntó Laura.

–Un sanguche de milanesa y una gaseosa –contestó Juan Cruz.

El oficial se había cohibido en presencia de las chicas. No se atrevió a llamarlo y mandó a un agente para que lo hiciera. Laura y Marcela lo abrazaban y lo besaban como si estuviesen por deportarlo a Tierra del Fuego.

No había terminado de entrar a la oficina cuando volvieron a llamarlo, para decirle que lo buscaban. Estaba muy solicitado ese día, pensó. Lo llevaron a
una piecita lateral, penumbrosa... y se asombró de encontrar allí a Guzmán Cepeda.

–¡Cabezón! –dijo, luego de cerciorarse de que el agente se había ido –¿a vos también te han traído?. (Aunque algo en la actitud del otro le indicó que no estaba allí en iguales condiciones que él).

–No... –dudó el otro.

–¿Como no? ¿Y qué haces aquí?

–Juan Cruz... por favor... yo trabajo en la policía... –dijo el Cabezón.

–Nunca me lo habías dicho.

–No me lo habías preguntado...

Juan Cruz torció un poco el gesto.

–Juancrucito –urgió el otro– No vayas a decir nada de mí... si me bates, me echan... imagínate, un oficial, metido en este lío...

La cuestión le dejó un cierto regusto amargo; pero prometió no mencionar por nada el nombre del cabezón. No iba hacerlo, aunque el otro no se lo pidiera, pero menos aún si lo había prometido. El agente lo acompañó, de nuevo, al despacho del sumariante.

Cuando se sentó nuevamente ante su escritorio, comprendió que el odio del otro hacía él se había redoblado. “Peor para él”, pensó.

–Bueno –dijo el oficial. Aquí hay una denuncia de la señorita Sarife Tabak, de cuarenta y ocho años... (“vieja cajetuda”, pensó Juan Cruz), regente del albergue Diocesano para señoritas, acompañada por las señoritas... (y leyó tres nombres que Juan Cruz jamás había oído “esas culiadas deben ser las que iban con la vieja, hoy”, pensó él... de diecisiete, diecinueve y dieciocho años de edad, quienes sostienen que anoche, aproximadamente a las 23,30 horas, usted penetró en el domicilio de ese pensionado de señoritas, clandestinamente, acompañado por otro joven con fines inconfesables... ¿Qué va a hacer?...

–¿Cómo “qué voy a hacer”? –preguntó Juan Cruz.

–Claro –afirmó el otro, que sospechosamente lo había empezado a tratar de “usted” –¿va a declarar o va a esperar a que venga su abogado?

Juan Cruz lo pensó un instante. “Si espero al abogado capaz que me hacen quedar hasta mañana”. Se dijo. Y en voz alta, luego:

–Voy a declarar.

La noche anterior, cuando venía de acompañar a Laura, se había encontrado con el Cabezón.

–Vamos a tomar un porroncito –le había dicho. Al final se habían tomado como cinco.

Alegres, volvían por la calle del negocio, pues Juan Cruz quería apagar la luz. Arriba había un pensionado de señoritas, que se conectaba por un pasillo contiguo con “Ojo”. Cuando estaba tratando de meter la llave en la cerradura, escucharon que, desde allí le gritaban.

–¡Juan Cruz! ¡iiiúuuju! –eran las chicas, en la terraza.

–¿Y esas pendejas? –preguntó el Cabezón – ¡están bastante buenas!

–¡Juan Cruz! ¡Tesoro! ¡Tírame un beso! –seguían las otras. Eran cuatro o cinco, en camisón o en malla, no se distinguía muy bien.

–Son las minitas del pensionado– dijo Juan Cruz a su amigo, en voz baja –vienen del interior, o de otras provincias, a estudiar, y aquí se liberan... o se hacen las cancheritas... ¿quieres que les demos una lección?– y después habló a las

chicas, parándose en medio de la vereda–: ¡ Hola chicas! ¿Quieren que subamos?

–¡Sííííí!– contestaron ellas, a coro, y se mataban de risa. No sabían con quién estaban tratando. Y menos aun imaginaban que Juan Cruz tenía una llave de la puerta que conectaba el negocio con la pensión Diocesana.

–Vamos a entrar –le dijo Juan Cruz al Cabezón.

–Y cómo vamos a hacer –preguntó el otro.

–Yo tengo la llave –dijo Juan Cruz.

–¡Ehhh! ¡qué banana! –exclamó el Cabezón entusiasmado al máximo.

Con los zapatos en la mano, subieron las escaleras en la oscuridad. Al llegar a una puerta, equivocaron el rumbo y se metieron en el primer piso, pero ya allí no quisieron volver pues escucharon desde las habitaciones voces femeninas. En una de ellas, había cuatro chicas. En camisón, en bombacha. De frente, una jovencita estaba con la blusa abierta, sin corpiño, otra sentada el suelo, con las piernas levantadas contra la pared. Se quedaron como clavados en la puerta, observando el espectáculo. Cuando alguna de las chicas los vio, lanzó un chillido infernal y escapó, empujándolo al Cabezón. En vez de volver a la escalera, los dos corrieron hacia las otras habitaciones, con los zapatos en la mano. De todos lados empezaron a brotar alaridos y cabezas de chicas que se asomaban.

–¡Ay! ¡hombres! ¡hombres! –chillaban.

Por fin acertaron a cambiar de dirección, enfilando nuevamente hacia la escalera. Lo gracioso es que todo lo

hacían únicamente, como si estuvieran yuntados. El Cabezón parecía uno de esos ositos de peluches a los que dan cuerda. Vestía traje gris y corbata a rayas blancas. Su cara de serena concentración hizo sonreír a Juan Cruz. Las chicas continuaban gritando.

–¿Qué hacemos? –preguntó el Cabezón, cuando llegaron a la escalera.

–Y –contestó Juan Cruz–, ya estamos jugados. Vamos a seguir subiendo. Así lo hicieron. Al desembocar en la terraza, bajo la luna, se encontraron con un panorama sumamente agradable. Culos. Cuatro culos de gran valor, sostenidos casi en todos los casos por buenas piernas. Las chicas, agachadas, miraban hacia abajo, apoyadas en la baranda. Una sola llevaba camisón cortito. Las otras encerraban sus encantos en tangas. Al parecer había otra escondida, tal vez para fumar, porque el grito de alerta partió de atrás, a la derecha. Las chicas se volvieron y empezaron a gritar como una banda de catas.

–Tranquilas chicas... –dijo Juan Cruz. Pero no había caso. Estaban totalmente locas.

–Tranquilas chicas... –decía el Cabezón, con el bigotito temblando. Por el contrario, las chicas gritaban más y más.

Con el rabo entre las patas recorrieron de vuelta la escalera larguísima, en la oscuridad; cerraron de nuevo la puerta, y volvieron al negocio. Recién allí tomaron conciencia de que ambos iban calzados sólo con las medias.

–Después de todo, no sé para qué carajo nos hemos tomado el trabajo de sacarnos los zapatos –dijo Juan Cruz– Con el quilombo que han hecho estas putas, hubiese dado lo mismo entrar en motocicleta.

Había un dato sintomático: ni la celadora, ni dos de las que ahora hacían la denuncia, habían presenciado lo que sucedió. Estaba seguro.

Esta historia la sintetizó con palabras menos crudas, Juan Cruz en su declaración.

Modificó un detalle: para proteger a su amigo, evitó el dar su nombre.

–¿Así que ellas los invitaron a subir? –preguntó el oficial.

–En efecto.

–Y cómo es que no recuerda el nombre de su amigo?

–Le repito que no es mi amigo. Lo conocí esa noche en una reunión. Volvimos juntos porque mi negocio queda en la misma dirección de su hotel.

–¡No era de aquí! –dijo el policía, suspicaz.

–No –afirmó Juan Cruz–: porteño.

– ¡Qué conveniente! –ironizó el otro. Durante un rato se quedó observándolo, con expresión de desprecio. “La puta con este tipo”, pensó Juan Cruz. Finalmente, el otro habló.

–Decime –preguntó, tuteándolo sorpresivamente de nuevo– ¿y vos no estás de novio?

Juan Cruz lo miró.

–¿Eso tiene que ver con el sumario? –preguntó a su vez.

–No –dijo el otro. Y después, a los gritos: –¡agente! lleve a este hombre al calabozo!

Pasó una tarde abominable entre ladrones, borrachos y delincuentes de todo tipo, en la alcaidía de Los Tribunales. El sanguche de milanesa le había dejado un feo olor a grasa en las manos, y no le habían permitido lavarse. Por carácter transitivo se sentía sucio, en medio de los olores a orín, a sudor, a pata. Rogaba a Dios que su padre se apurara a sacarlo, sólo para bañarse. Por fin, después de un tiempo que le pareció una eternidad, lo llamaron. Se sorprendió al salir y ver que aún no era de noche. Abajo –pues la celda común estaba en un sótano– se había puesto oscuro. En realidad, recién atardecía. Apenas llegó a su casa tomó el teléfono y la llamó a Laurita.

8

Ten Years After - I'd love to change the world

Antes de que terminara el verano de 1972 Juan Cruz decidió desembarazarse, primero, de Panchín y luego de Dorita.

Desde aquel asunto con las chicas de la Escuela Normal y su tío Manuel, Juan Cruz le había tomado a Panchín una cierta inquina. Tal vez lectora o lector, recuerdes, que luego del recital de rock las chicas de 5to. Año Normal casi lo devoran a Juan Cruz porque Panchín se había literalmente esfumado con la plata. Pues bien, Juan Cruz tuvo que rastrear a su socio, y

cuando lo encontró, le costó no poco trabajo persuadirlo para que asistiera a una reunión explicativa. Su tío Manuel, que asesoraba a las niñas, también asistió y tuvo una discusión intensa, que lo llevó al borde de un soponcio, con Panchín. Su tío sufría del corazón y le habían colocado hacía poco marcapasos. Juan Cruz se sintió muy avergonzado por todo aquello, especialmente porque Panchín finalmente no soltó un mango. Y él era co responsable, pues lo había presentado a su tío y las chicas. Por si fuera poco, muy pronto su padre le advirtió que Panchín estaba aprovechando el local compartido para difundir literatura del Partido Comunista. Era cierto, pensó Juan Cruz, su socio traía a cada rato grandes cantidades de libros, de Editorial Cartago, Editorial Anteo, de Marx y Engels, Lenin, “Pequeña Biblioteca Marxista Leninista”, etcétera. Esto le era indiferente a Juan Cruz, no tenía nada contra el comunismo. Por el contrario, sus convicciones evolucionaban cada vez más velozmente en aquel sentido. Pero le molestó no haberse dado cuenta. Le molestó el hecho de que Panchín lo hubiese tomado por estúpido, y no le hubiera avisado, por lo menos, que esos libros eran editados por el Partido Comunista, y que tenerlos implicaba algún riesgo. La gota que desbordó aquello fue que una noche, como a las doce, volviendo de acompañar a Laura, Juan Cruz encontró una reunión imprevista en su local. Reconoció a un pintor comunista, de la edad de su padre, su hija, una fea muchacha clinuda, desaliñada, y a otro viejo dirigente de ese sector, que se habían aposentado a sus anchas en los sillones, junto a otros dos tipos malentrasados, cincuentones. Panchín no estaba, ergo, entregó su llave a estos individuos. Para peor, se habían adueñado por completo de los discos destinados para la venta. Varios *long plays* nuevecitos yacían dispersos fuera de sus fundas, y la aindiada hija del

pintor manoseaba la superficie grabada, colocándolos en el equipo de amplificación. Juan Cruz irrumpió como una furia.

–¿Con qué autorización están ustedes aquí? –dijo sin saludar.

–Panchín nos ha dicho... –empezó a balbucear el pintor.

–¡Se mandan a mudar inmediatamente! –interrumpió, con voz sorda.

–¡Este local es mío, y no lo he abierto para reuniones de desconocidos! –

A Juan Cruz le dolió por dentro tratar tan duramente a hombres que le doblaban o triplicaban en edad, pero no le habían dejado alternativa.

Al día siguiente cuando, hablando a solas con su socio, le pidió que se retirara definitivamente del negocio, el asunto fue motivo para una inesperada autocrítica, de corte psicoanalítico, por parte de Panchín. Quien se confesó inconstante y frustrado en su existencia, y terminó pidiendo disculpas, casi sollozando. Esto dejó muy incómodo a Juan Cruz. Pero pronto lo olvidó. En aquel tiempo, casi todo “le resbalaba”: era suficiente encontrarse con Laura, o tan sólo recobrar su imagen mentalmente, para disolver cualquier dejo de pesadumbre.

9

The Beatles - A Hard Day's Night

Lo de Dorita fue más complicado. Debía sacársela de encima, pues con el famoso asunto de su enamoramiento y los pasos en falso que él había dado, su presencia le resultaba, además de incómoda, peligrosa. Como en esos tiempos el lugar donde se encontraban habitualmente con Laura era el negocio, su presencia, siempre “en el medio” terminaba por resultar molesta. Juan Cruz planeaba hacia su novia acciones más audaces en el plano sexual, y Dorita presente era un obstáculo. Utilizó la excusa real de que el negocio ya no andaba tan bien como al principio (en el asunto mucho tenía que ver la prodigalidad con que pagaba cenas y otros lujos su propietario, pero se guardó de mencionarlo), así que la plata no alcanzaba, realmente, para mantener un sueldo. Era verdaderamente imposible –así se lo dijo, una tarde en que la acompañó a tomar su colectivo hacia La Banda. Pero no había que preocuparse: él le había conseguido una nueva colocación, con Abdul, un turquito que mandaba una escuadra de chicas bonitas a vender libros por las calles. La cosa terminó, igualmente (no podía ser de otra manera), con lágrimas.

10

Santana - Soul Sacrifice

Pese a todo, Dorita aún no desapareció definitivamente luego. Todas las semanas, visitaba a Juan Cruz. Plantaba sus nalgas redonditas en un sillón, durante una buena media hora, mostrando pródigamente sus encantadoras piernas. Vendía libros, se quejaba por el cansancio de los pies, participaba en desfiles de modelos. Se daba maña la muchacha, para sobrevivir. Y también para demostrar a Juan Cruz, obstinada como una discípula de Gandhi, su silencioso amor.

Una tarde calurosa cayó con un atuendo extremadamente excitante. Glú y Germán Fabre se le fueron al humo; apenas disimulaban el erotismo que les provocaba. Se había puesto un short cortísimo, de seda rosada, que dejaba fuera la mitad de sus nalgas y de tan apretado se le introducía en el tajo por delante. En el torso llevaba un top muy breve de color turquesa, que mostraba los pechos por arriba y dejaba el vientre afuera por debajo. El conjunto era un tanto ridículo pero a la vez perturbador. Juan Cruz decidió probar a fondo, esa tarde, hasta qué límites llegaba su afecto hacia él.

Pidió a Dorita que lo esperase hasta la hora de cerrar –de todos modos faltaba poco– y cuando se fueron los muchachos, le dijo:

–Aprovechemos ahora, y vamos a escuchar música los dos solos. La llevó a la oficina de su padre. Allí, en la dirección, sobre el mismo sillón donde se sentaba habitualmente el Dr. Pacheco, la fue desnudando de su liviano atuendo. Estuvieron un rato refregándose con los cuerpos, Juan Cruz totalmente desnudo, ella en bombachita. Un cuerpo demasiado rígido, pensó, demasiado liso, con pelitos rubios en las piernas largas y gruesas, que en perspectiva le recordaban a unas fotos que había visto en la revista Planeta. Tenía las tetas duras como un

par de pelotas de goma; y los pezones eran apenas un puntito rosado en el centro. La muchacha hervía de excitación, pero cuando Juan Cruz empezó a bajarle la bombacha, le dijo:

–¡No!... ¡Vos tienes novia!

A Juan Cruz le sorprendió la salida. Le rogó:

–¡Dorita! ¡Vamos a amarnos! ¡Si lo estamos deseando los dos!...

Pero la muchacha no dio el brazo a torcer:

–Si me prometes que vas a dejar con ella, voy a ser tuya... –sostenía empecinadamente.

Así estuvieron durante un largo rato, sin dejar de refregarse. Finalmente Juan Cruz se dejó ir, y le descargó el semen en medio de sus blancas piernas.

Dorita se levantó, después de unos minutos, con la bombacha apelmazada.

–¿Y ahora qué voy a hacer? dijo.

–Vas a tener que lavar la bombacha –dijo Juan Cruz– al fondo hay una canilla.

–Date vuelta –dijo ella, haciendo ademán de sacarse la bombachita. Pero como Juan Cruz no obedeciera, se dio vuelta ella y le mostró las nalgas, consteladas por puntitos rojos. Juan Cruz la tomó de un brazo y la colocó de frente a él, nuevamente. Observó con detenimiento el vello rubio paja de su pubis. Ella se había puesto encarnada.

–¿Qué tiene de malo? El cuerpo no tiene nada de malo –le dijo, con un poco de desprecio.

–Juan Cruz... ¿vas a dejar con ella? gimió, tontamente, Dorita.

Juan Cruz ladeó el rostro.

–Vestite, por favor, Dorita –le contestó. Ella se puso el pequeño short, el sostén de los pechos y el top turquesa, y se fue al fondo a lavar su bombacha. Cuando volvió, Juan Cruz la acompañó hasta la parada del colectivo. Eran como las once de la noche. Cuando apareció el colectivo a la distancia, Juan Cruz le dijo:

–Por favor, Dorita, ya no vengas. No quiero verte más. Perdóname... no quiero verte más.

Su rostro lloroso a través de la ventanilla, fue, en efecto lo último que de ella vio.

11

Joan Baez - Blessed are

Se encontraban algunas veces muy temprano por la mañana. Iban a caminar hasta el río, y en la orilla, se besaban. Juan Cruz levantaba la pollera de Laura hasta la cintura, para acariciar sus hermosas piernas. Ella no oponía resistencia, hasta que el joven intentaba pasar del límite impuesto por la bombacha.

Poco después coincidieron en que hubiese sido una hipocresía no llegar a una relación sexual plena. Luego de un sereno diálogo, decidieron tenerla. El problema era encontrar dónde. Ella aún hallaba dificultades para salir sola. Él le había propuesto que fueran a la oficina de su padre, pero Laura temía, pues quedaba muy cerca de su casa. Alguien la podía ver salir o entrar.

Decidieron encerrarse en el pasillo de atrás de Ojo –el mismo que conectaba con la Pensión Diocesana– cuando no hubiera gente comprando. La primera vez que lo pusieron en práctica, comprendieron que allí sería imposible. Debido a la estrechez y el peligro constante de que por la misma puerta que Juan Cruz y el Cabezón usaran aquella vez, entrara alguien. A veces la solterona gobernanta venía a traer cajas vacías u otras basuras. Usaba aquel pasillo como depósito.

Entonces fueron a encerrarse en el baño. Con la luz prendida, tratando de ignorar dónde estaban –cosa que finalmente resultó impracticable– Laura se levantó la pollera y Juan Cruz se bajó el pantalón. Por primera vez él vio el pubis maravilloso de su novia, en el vértice del ángulo formado por las piernas melodiosas y morenas. Tuvo pudor y no quiso mirar demasiado. Ella se echó de espaldas, sintiendo el frío del suelo en las nalgas. Juan Cruz se acostó, lo más cuidadosamente que pudo, encima de su cuerpo. Estaba muy nervioso. Se enredaba con la tanga, que había quedado a la altura de las pantorrillas, con la pollera de lona, arrugada bajo el vientre de la muchacha y con su propio pantalón y su cinto. Trató de acomodar el pene para introducirlo en la vagina de la virgen, pero estaba muy blando. Sintió un escalofrío, tuvo pánico; levantó la mirada y se encontró con el inodoro, procaz, por encima de sus cabezas. Se masajeó, primero disimuladamente luego con

desesperación, el miembro, pero no había caso. No se endurecía. Ella se dio cuenta de que algo raro sucedía y le preguntó:

–¿Qué pasa, mi amor? ¿No puedes? –pero en seguida se arrepintió pues vio su cara, triste y avergonzada.

Finalmente decidieron dejarlo para otra vez, “para una oportunidad mejor”. Durante varios días, no se habló del tema. Pero Juan Cruz andaba bastante mal. Se quedaba largos ratos callado, pensativo. Laura se sentía también muy mal, pues, aunque él intentaba disimular, percibía la depresión en que había caído su novio. Hasta que una tarde, mientras tomaban un porrón de cerveza en Bica, anunció que había encontrado una alternativa.

–Tengo la solución –dijo– Lo haremos en casa.

–¿En tu casa? –se asombró Juan Cruz.

–Si –afirmó Laura– mis padres duermen como benditos, en su habitación con aire acondicionado: es casi imposible que escuchen, si nos manejamos con precaución.

–¿Y cuándo lo vamos a hacer? – se interesó, intentado disimular lo posible su ansiedad, Juan Cruz.

–Si quieres, esta misma noche.

–¡Si quiero, me preguntas! –dijo Juan Cruz, conmovido y asombrado… y le dio un furtivo beso en los labios.

Por ridículo que pudiese parecer, la furtividad de las caricias públicas entre jóvenes respondía a las medievales costumbres santiagueñas. Para cuya idiosincrasia, aún entrada la década de

los ’70, un simple beso prolongado en la boca solía representar casi un escándalo.

12

Enrique Guzmán - El amor es una cosa esplendorosa

Combinaron el siguiente plan de acción: a las doce de la noche, exactamente, Juan Cruz llamaría por teléfono. Dando un solo timbrazo, y cortaría. Esa sería la señal. Entonces, ella lo llamaría a la oficina de su padre, que quedaba sólo a dos cuadras, para avisarle si ya podía venir.

Pusieron meticulosamente sus relojes en coincidencia y se despidieron. Juan Cruz volvió a su casa, comió livianamente –una costeleta con ensalada de lechuga– y se bañó con esmero. En su casa, luego de la cena, Laura también se bañó cuidadosamente, se quitó algunos pelitos aislados de las piernas, y refregó todo su cuerpo con crema de jojoba y manzana.

Juan Cruz envolvió un par de zapatillas en un diario, y las colocó en el portaequipajes de la antigua bicicleta de su padre. No le agradaba usar zapatillas; le parecía antiestético. Pero esta vez serían necesarias. Después de mucho tiempo, también, usaría la bicicleta. “Ojalá todo salga bien”, pensó, esforzándose por no temer que otra vez pudiera fallarle la erección. Pedaleando rápido llegó a la oficina de su padre a las doce menos cuarto.

Los quince minutos pasaron como si fuesen un año. Por fin, a las doce en punto, se abalanzó sobre el teléfono. Marcó. Cuando escuchó el primer timbrazo, colgó.

A los pocos segundos su teléfono sonó.

–Hola –dijo, con la garganta cerrada.

–¡Chuiiic! –escuchó Y después: Tesoro. Vení.

Salió a la noche fresca del verano con el corazón galopando. Poseía total conciencia de cada paso que daba, y cuando dobló la esquina, a pocos metros de la casa de Laura tuvo deseos de escapar. No bien llegó a la pesada puerta, ésta se abrió sin ruido, vio el cuerpo de Laura por un instante, con un corto camisón celeste. Después se sintió arrastrado hacia adentro; Laura lo había tomado del brazo y lo introducía de un tirón. Se quedó ciego por la oscuridad. Sintió la boca húmeda de ella que se aplastaba sobre sus labios. “Después, le susurro: “Agarrate de mis caderas”, y guió sus manos, llevándolas a posarse sobre su comba desde atrás. De esa manera, comenzaron a subir las escaleras. Bajo la suavísima tela del camisón, Juan Cruz sentía las formas deliciosas de Laura. Comprendió que iba sin bombacha. Todo su cuerpo se estremeció de placer. En ese momento, supo que no iba a haber problemas: el pene se le había puesto como de fierro.

Se acostaron sin taparse y Laura se sacó el camisón. Por la ventana entraban reflejos de las espaciadas farolas de la calle. En ese claror, Juan Cruz entrevió el cuerpo escultural de su amada, en delicioso contraste con las sábanas blancas. Se desnudó.

Comenzaron a besarse con lentitud.

–No te apures, mi amor –le susurró ella– Puedes quedarte todo el tiempo que quieras... pero vamos a hacerlo bien. Quiero que seas feliz.

La pesada cruz de oro con rubíes fue a quedar exactamente en el valle que se abría entre los pechos de Laura. Al sentirlo, Juan Cruz le preguntó:

–¿Te molesta mi crucifijo?

–No, déjalo ahí –contestó ella–. Que bendiga nuestra unión.

Juan Cruz sintió un vértigo de placer. Percibió bajo su piel cada una de las formas de Laura; fue haciendo, con toda deliberación, el recuento racional: sus labios, sus pechos como naranjas, sus rodillas con la deliciosa comba interna del femoral contra su muslo, sus caderas, el pubis de fino vello. Ayudado por ella se introdujo, con lentitud, en su cuerpo. Después, como un barco que se hace a la mar, comenzó apaciblemente el balanceo unánime del amor. Hasta que los dos perdieron el control racional de sus actos, y se dejaron llevar por aquel mecimiento, como por una vertiente suave, que los precipitó en tibias oleadas de gozo.

Abrazado al cuerpo de Laura, Juan Cruz contempló las múltiples hojas del paraíso copudo que se balanceaba con la brisa junto a la ventana. En ellas, algunas gotas de rocío lanzaban destellos fugaces. Dio gracias a Dios.

Al llegar a su casa vio que la toallita interior de su calzoncillo había quedado manchada con algunas gotas de sangre. Con todo cuidado, lo dobló y lo introdujo en una cajita de madera. Después, se acostó, con el corazón en calma. Enseguida se durmió.

13

Walter Carlos - Brandenburg Concerto No. 3 In G Major

Al día siguiente, apenas al levantarse quemó el calzoncillo. Luego, fue a bañarse. Eran como las 10 de un hermoso día otoñal. Que en Santiago del Estero se presenta siempre como la más dulce estación del año. Apenas verlo, su abuela había ordenado a la empleada que preparase su desayuno. Salió del baño vestido y disfrutó con plenitud de la leche caliente y el chipaco. “Soy feliz”, pensó. “Dos mujeres grandiosas me aman”. Con los ojos humedecidos, miró los ojos de su abuela, que suavemente le sonreía.

Esa mañana, antes de salir, recibió una postal de su madre, invitándolo a pasar con ella unos días en Miramar.

Apenas despertó, Laura salió con un salto de la cama y recogió las sábanas. Estaba oscuro aún. Su madre y su padre dormían. Abajo, dormía Romelia, la anciana empleada, y los perros. A Juan Cruz no le gustaban los perros. Pero ella los quería tanto... “pueden portarse mejor que mucha gente”, le había dicho. Al menos, esos dos. Taras y Anastasia. Una pareja de *collies* pelo largo que eran la envidia de sus vecinos. Laura los había hecho dormir con ella en muchas oportunidades. Juan Cruz se enojaba; “son muy limpios, se los baña día por medio”,

protestó ella. Y no salían, salvo para ir a la finca. Tenían una soberbia casilla, su padre les había instalado allí una estufa, para el invierno, y todo el parque para jugar.

Apretó el botón luminoso del reloj para ver la hora: las cinco y treinta dos. Con razón todos dormían; sigilosamente, terminó de recoger las sábanas, y valiéndose del resplandor de la calle las escondió en el fondo del ropero, sustituyéndolas enseguida por otras. Cuando no hubiera nadie las lavaría. Tal vez esta misma siesta. Sus padres planeaban ir a la finca, como todos los fines de semana. Seguro que si se las hubiese puesto a Romelia para que las lave, no la iba a delatar. Eran compinches. Con ella era con quien más se había encariñado, la vieja. La había visto nacer y la quería como a una hija. Pero no se atrevía a cargarla con tan pesado secreto. Además, le daba vergüenza.

Se acostó de nuevo, entre las sábanas un poco duras, y se sintió incómoda. Le hubiese gustado no tener que ocultar el testimonio de su amor. Pero eso era imposible, en las presentes circunstancias. ¿Por qué lo había hecho?... ¿y si Juan Cruz la dejaba, después? No, no la dejaría. Pero en ese caso... ella ya lo había pensado. Si él la dejaba, Laura se mataría. En este amor le iba la vida.

14

Copenhagen Royal Chapel Choir - DR Simphony Orchestra - Carmina Burana

Era sábado. Esa mañana Juan Cruz y Laurita se vieron solo unos minutos. Ella quería hacer “buena letra” para que la dejaran salir a la noche. Estaba más hermosa que nunca. La entrega total le había hecho bien. Casi nunca se pintaba, y en verdad no le hacía falta. Tenía un bello rostro, de pómulos aindiados y frente anchísima, con una cabellera que caía como una sedosa cortina hasta la mitad de su espalda, lisa y naturalmente brillosa, de color caoba. La mandíbula terminaba en un mentón gracioso semejante a un cuaresmillo, reposada en un cuello largo, potente, cuya autoría hubiese reverenciado seguramente de poder verla el Donatello. Los ojos, almendrados, eran dos gemas marrones, engarzadas en una estructura ósea semejante en sus formas armoniosas a las ánforas inimitables de la dinastía Sung. Las cejas, finas y expresivas, parecían dibujadas por el pincel de Hokusai. La nariz, respingada, pero lo suficientemente grande como para no ser frívola, terminaba redondeándose en su punta. Lo cual le daba un toque muy simpático a aquel rostro. La boca, por fin, era un prodigio de equilibrio. Fina y pequeña, sonreía permanentemente, mostrando unos dientes perfectos, con los incisivos levemente más largos que los demás.

Juan Cruz se quedó toda la siesta de ese día leyendo. Para que nadie lo interrumpiera, fue a encerrarse en la oficina de su padre. Ese libro, *El dios de los lugares ocultos*, de Hal Benett, lo llevó a un estado de angustia existencial que lo deprimió completamente, pero no podía dejar de leerlo. Era la historia de un negro, cuyo padre presencia el linchamiento y castración de su abuelo en manos de blancos del Ku Klux Klan, y más tarde usa al niño como agente de un exótico y remunerativo culto del falo. En su adolescencia, una blanca perversa lo obliga a violarla por entre las cuadrículas de un alambrado. Drogadicto,

se hace amigo de un policía blanco, tan revolcado en la basura de la humanidad estadounidense como él. Desesperado, como recurso para ganar el sustento para sí y su esposa embarazada se engancha en el ejército. Lo envían tres meses a Viet Nam. Lo que experimenta allí lo lleva al fondo del basurero moral. Consigue que le den de baja y lo pensionen por una herida. Al regresar, lo primero que se encuentra en su casa es la cunita con su bebé, que en ese ínterin ha nacido. Su esposa ha salido, seguramente por allí cerca. Entonces, el negro asfixia a su propio hijo con un almohadón. “No quiero que tenga una existencia como la mía”, se justifica. Luego se emborracha con su amigo policía y, atosigados de marihuana, se van con el blanco desclasado a practicar un juego procaz para “divertir” a sus amigos. Consiste en introducir, juntos, sus grandes penes en la vagina de una prostituta, uno por delante, otro por atrás. Están en esto, revolcados en el suelo y babeándose por la droga y la borrachera, cuando llega su esposa. Lacerada por la muerte de su niño, la emprende a papirotazos con una revista sobre la cabeza del negro, mientras llora con los alaridos. La concurrencia aplaude.

Juan Cruz no soportó más la lectura y salió a caminar. Por costumbre tomó la calle de su negocio, y se arrepintió, pues en la vereda esperaba Ulrich Kleinmann. Flaco, de rasgos agudos. Juan Cruz notó que estaba más bebido que de costumbre. Era un alemán, traído por sus padres en la infancia para escapar de los rusos. Se hacía llamar ingeniero, aunque no lo era. Un fabulador. Le había hecho importar a Juan Cruz un LP carísimo, “Carmina Burana”, para finalmente no comprárselo. Era pesado y monotemático. Con un tema que actualizaba hasta el hartazgo: su mujer. Se había casado con una santiagueña, de “la sociedad” local, y el matrimonio –según él– era un fracaso.

Hablaba pestes de ella, la madre, la familia, en fin, todo lo relacionado con la circunstancia. Por si esto fuera poco, Kleinmann también era racista. Renegaba de los negros, los indios, los judíos, "Como si me lo hubieran puesto a propósito, después del libro", pensó Juan Cruz.

Le parecía extraño que aquel tipo se hubiera interesado por él. Por lo general, era muy huraño. Solía verlo, a veces, en la confitería Ideal o en la Sociedad Española, siempre solo, tomando su trago. Nomás verlo había pensado –y lo seguía sosteniendo– que se trataba de un paranoico. Tenía la mirada típica. Era un alcohólico solapado. Se tambaleaba un poco al caminar, sus manos temblaban, pero conseguía darse un aspecto de sobriedad. "Se me completó la tarde", pensó Juan Cruz. Luego de una charla vacua, el tipo lo invitó a la Sociedad Española. "A tomar una ginebrita", dijo. No pudo dejar de aceptar. Pero pidió whisky. El otro no protestó. Le parecía caro. A semejanza de muchos gringos, era sumamente tacaño. Por otra parte, debía ganar un sueldo miserable, como dibujante de Catastro de la Municipalidad y seguramente se lo reservaba para chupárselo solo. Apenas debía alcanzarle, con el modo en que bebía. Pronto el tipo se largó a la consabida enumeración de las maldades de su mujer. "¿Sabe lo que me ha hecho esta desgraciada, anoche?". Juan Cruz se preguntaba por qué carajo no se divorciaba, y terminaba todo. "La sociedad te condena aquí, si sos divorciado" había contestado una vez el flaco alemán, a una cauta pregunta en este sentido. "Bueno, por qué no te vas a la mierda", no se atrevió a contestarle, aunque lo pensase. Juan Cruz lo miró. No era feo. Más aún, se podía decir que era agraciado, con un cierto parecido a Helmut Berger. Hay algo de perverso en esta raza –reflexionó Juan Cruz–, no podía definirlo, pero de algún modo, emanaba del

conjunto de aquellos rasgos finos, agudos, un tufo siniestro. El tipo estaba efusivo en exceso, ofrecía tragos de un modo inusual. Juan Cruz se preguntaba qué estaría por pedir. Precipitó el desenlace declarando que ya tenía que irse.

–Por favor, un minuto más, Castañeda... pidió al otro...quiero hablar con usted... un minuto más, por favor...

El alemán era un hombre como de treinta y cinco años. Juan Cruz esperó a que se despachara.

–Nosotros somos amigos, ¿no es cierto? –dijo el otro, poniéndole una mano tísica en el hombro. “Zas”, pensó Juan Cruz, “aquí viene el mangazo”.

Pero la cosa se destapó hacia un lugar totalmente inesperado:

–Esa muchacha... que trabaja con usted... –articuló el tipo con su voz aguardentosa, pero se quedó cortado luego, como si no hallara las palabras. Sin mostrar cómo lo había sorprendido, Juan esperó.

–Esa chica, tan bonita... la de ojos azules., –continuó Ulrich Kleinmann, por fin.

–Sí, Dorita –lo ayudó Juan Cruz, pues de otra forma el tipo no terminaría nunca. ¿Qué pasa con ella?

–Eso, Dorita... –dijo el tipo– ¡Qué muchacha tan bonita! –agregó, tal vez creyendo haber hecho un hallazgo poético con la rima– ¡Qué agradable!... ¡Podría ser una perfecta alemana!...

–Sí es muy linda –dijo Juan Cruz, mientras pensaba: “Así que era esto, gringo hijo de puta... baboso... racista... no te

gustan las morenas ¿eh?, te gustan las minitas con aspecto de alemanas, hijo de gran puta”.

–Muy linda... –repitió el tipo, recreando la figura de Dorita en su cabeza seguramente llena de brumas– muy linda. ¡Mire Castañeda, le voy a hacer una confesión que no la hice a nadie!

“Cagamos”, pensó Juan Cruz, “se puso intimista”.

–Le voy a confesar algo... –repitió el tipo– ¡Bueno! ¡Le voy a hablar claro: estoy enamorado!

“Pero miralo vos a este hijuna gran perra”, pensó Juan Cruz. “Enamorado... y de Dorita, por lo que veo… con razón hablaba tan mal de su pobre mujer…”

–Esa chica se ha ganado mi corazón... mire, si ella quisiera, yo me separaría para casarme con ella–, afirmó el alemán.

–Bueno, hablelé. A lo mejor acepta –dijo Juan Cruz, tratando de abreviar el trámite.

–¡Ese es el tema! ¡No la veo más! ¿Qué, no trabaja más en su negocio?...

–No, me vi obligado a despedirla.

–¡Por qué! ¿Se portaba mal?

–No. Falta de dinero –dijo Juan Cruz. Ya se estaba hartando de esa necia charla.

–¡Pobrecita! –exclamó el tipo– Y digamé Castañeda... ¿usted no la ve más?

–Sí a veces la veo.

–Y digamé –repitió, engolando la voz de un modo execrable –¿usted... no me la podría presentar?

–Como no... si hay alguna oportunidad –respondió Juan Cruz, ya molesto.

–Escúcheme –se atrevió aún más el otro– y no me la podría hablar, decirle que yo daría cualquier cosa por ella, y hacemos una cita...

“La reputísima madre que lo parió a este tipo...” pensó Juan Cruz... “con razón iba todos los días a hincharme las pelotas en el negocio... no era esa porquería de Carmina Burana lo que le interesaba, sino Dorita... el condenado cagón no se atrevió a hablarla y ahora quiere que se 1a hable yo...”

–No Kleinmann, no se equivoque... lo interrumpió duramente. Si le interesa la muchacha, hablelé usted... yo no soy celestina de nadie ... Y ahora, para terminar esto de un modo amigable, no sigamos con el tema. Me tengo que ir. Gracias por el whisky y adiós.

A Juan cruz le daba más asco la incapacidad del tipo para hablar por sí solo a una mujer, que su condición de casado. La cobardía de un hombre en cualquier campo, era algo que él no podía tolerar. Indignado, se dio vuelta y caminó hacia la salida, dejando al otro abatido, frente a su vaso largo.

15

Joan Manoel Serrat - La mujer que yo quiero

Mientras manejaba por la ancha Avenida Aguirre, Juan Cruz pensaba que no debía faltarle nada para ser feliz. Si uno no es demasiado ambicioso, claro, y depende seguramente de los factores en donde se identifique a la felicidad. ¿Cuál era el factor principal para él? El amor, sin duda. En esos días había leído *El arte de amar*, de Erich Fromm, y encontraba que todos los caracteres del sentimiento más elevado que podía gestar el ser humano, según lo descrito por Fromm, los encontraba en Laura. Se rectificaba enseguida cuando empezaba a pensar así; el escepticismo intelectual de su padre –particularmente si se aplicaba a los otros– le había generado un superyo despiadado, lúcido, siempre al acecho para despojar toda presunción subjetiva, degradándolo al ramplón nivel de lo cotidiano.

“Yo, cuando voy a entrevistarme con alguien importante, me lo imagino desnudo”, decía el ingeniero Braceras, amigo de su padre: “de tal modo le pierdo el excelso respeto que me puede imponer con su investidura, y lo puedo tratar de igual a igual. ¿Te lo imaginás a Winston Churchill, desnudo?”, remataba. Pero he aquí que despojando de vestiduras a Laura aparecía ante uno alguien infinitamente bello, superior a la idea que nos hubiésemos formado con su cuerpo vestido. ¿Qué había de inferirse en estos casos? Para Juan Cruz era la comprobación de que hay en el mundo seres cuyo valor verdadero es mucho mayor que el aparente, y esto solo bastaba ya para justificar su amor.

Dobló por la Alsina y la figura tétrica de la cárcel le hizo cambiar de pensamientos. El negocio no andaba bien. No se sabía si era porque se vendía poco, o él era demasiado, excesivamente pródigo en sus gastos. Lo más probable era esto último. Nunca había servido para los negocios. Era inteligente y activo, gestaba de muy poco, enseguida, grandes ganancias,

pero del mismo modo las derrochaba. Carecía de una facultad esencial para progresar en el proceso de acumular dinero: la voluntad de riqueza. O, formulado de otra manera, la convicción de que aquel proceso era de verdad importante. Esa tenacidad de ir juntando día a día pesito tras pesito, cuidándolo, calculando mil posibilidades de inversión para elegir cada vez la más beneficiosa –que por lo general siempre es también la más perjudicial para algún otro, porque en el comercio para que alguien gane, debe haber otros que pierdan– esa dureza de corazón presente en todos quienes, pese (o tal vez gracias) a sus cabezotas cuadradas para cualquier actividad intelectual de otro tipo se hicieron inmensamente ricos, en Santiago y en todo el mundo.

Ahí estaba Laura, en la puerta, con Marcela Sadam. Bien. Eran las cinco en punto. Ni ella ni él fallaban, nunca. Era otro signo de perfección.

Laura subió al auto y fueron juntos por la costanera, a buscar algún lugar soledoso del río. Bajaron por un camino de tierra, a la altura de la calle Urquiza, aquel sitio les agradó. Junto a una cortina de moro-moros se quitaron las ropas; Juan Cruz exhibió unas bermudas doradas y Laura la bikini verde. El sol caía prematuramente. Es que en el paseo se les había ido una hora. ¡Qué rápido transcurría el tiempo cuando estaban juntos! Pronto tendrían que volver. Él debía entregar el auto, pues su padre quería salir con la familia.

En el lugar que eligieran, había un islote flotando, como a cincuenta metros en medio del río. Hacia allí se dirigió Laura. La miró trepar el montículo de tierra, manchándose las plantas de los pies, las rodillas; admiró sus formas perfectas. Ella se echó en la arenilla para tomar los últimos rayos del sol. Desde

esa posición lo llamó. El declinó ir. Prefería mirarla, un rato. Cuando las rojas nubes del horizonte principiaron a tornarse grises, cruzó. Se echó en la arena, junto a ella. Comenzó a besarla; enseguida se excitaron los dos. Juan Cruz quitó la pieza superior y los senos emergieron triunfales aplastándose amorosamente contra su pecho. Trató, luego de un rato, de sacar también la pieza que protegía los genitales de su novia, pero ella se negó.

–¿Por qué? –preguntó él.

–Aquí no– insistió. Durante un rato siguieron besándose; luego reposaron, abrazados, Juan Cruz sintió frío. A Laura empezaron a picarla los mosquitos.

–Ya tenemos que irnos –dijo ella.

–¿Por qué, por los mosquitos?

–No... tengo que estar antes de la cena, para que no me reten.

Juan Cruz renegó de que el tiempo pasara tan rápido y de tener que verse con tantas limitaciones. De nuevo ella lo sorprendería con su audacia, al decirle:

–¿Y por qué no nos bañamos los dos solos y tranquilos, en la pileta de mi casa?

–¿En la pileta de tu casa? –preguntó él –¿Cómo vamos a hacer?

–Cuando todos duerman. Igual que la otra vez.

–Pero... si escuchan ruidos... o si te buscan y no estás...

–No te preocupes, muchas veces yo me quedo de noche en el verano, a bañarme y jugar con los perros. Van a creer que estoy sola con ellos. Además, la pileta queda bastante lejos de la casa...

De nuevo utilizaron el sistema del teléfono. De nuevo Juan Cruz, en zapatillas, atravesó la casa guiado por su novia, esta vez rumbo al patio interior.

Junto a la pileta, se desnudaron totalmente. Bajo la luna llena, el cuerpo de Laura semejaba el de una diosa mítica, con su cabello húmedo bruñido en destellos de reflejos plateados, sus pechos erectos como esculpidos en una cálida piedra, constelándose de gotas, sus piernas poderosas moviéndose como delfines bajo el agua. Juan Cruz estuvo seguro de que nunca había vivido una felicidad mayor. El murmullo de la brisa atravesando la hojarasca de los altos olmos... figuras y paisaje hermoseados por la luna... los perros jugando sobre el mojado césped... el cuerpo de Laura tensándose entre sus manos, contra su propio cuerpo, bajo el agua... el sabor leve de esos labios que se abrían bajo su boca... Ninguno de sus sentidos estaba huérfano, esa noche.

16

Three Dog Night: One

Los tres primeros meses de 1972 fueron un tiempo plenamente feliz para Juan Cruz y Laura. Armonizados sus hábitos físicos, conectadas por un lazo vibrante sus almas, sus

vidas se desarrollaban de un modo plácido, haciendo de cada amanecer una puerta que los introducía en renovadas alegrías.

Iban al río, los fines de semana y se quedaban allí hasta el anochecer. De costumbres diurnas los dos, por opción, llevaban una vida inversa a la mayoría de los jóvenes de su edad. No les interesaban los boliches ni las fiestas; preferían salir a caminar o a pasear en auto, los sábados a la tarde por lejanos parajes silenciosos, o encontrarse los domingos a las siete de la mañana para ir al río.

El río es otra dimensión del universo. Transcurre llevando lo que entorpece el equilibrio de los sentimientos y deja el alma lisa.

–Mira, esas dos garzas van a posarse allí.

Las nubes por encima del horizonte, abigarradas y azules, se levantan dejando entre ellas y el comienzo del río y la vegetación una franja de luz dorada.

–Voy a buscar una cerveza al bar.

–Te quiero.

Volviendo con la cerveza helada en alto bajo el sol, con el agua hasta el cuello y por momentos barbotándola suavemente entre sus labios sinuosos la miraba tendida sobre aquella elipse arenada de la playa, su cuerpo en escorzo, la bikini verde en la misma frecuencia de la herradura vegetal que la abrazaba y cubría desde atrás.

Hasta donde podía percibirse con los ojos el celeste del cielo. "A quién podría habérsele ocurrido combinar en un cuadro ese celeste con esos verdes", pensó.

Mas en su relación había armonía.

"Qué es armonía", pensó y las definiciones que recibiera primero en el Conservatorio Rossini, luego en la escuela de Música, por fin en la Academia de Bellas Artes sobrevolaron con vaguedad su conciencia, pero con esa innata ingenuidad que conservaba se desembarazó de ellas para adherirse a lo que sentía: "puede llamarse armonía a la combinación de elementos que nos produce paz en el espíritu, aunque ella contradiga las normas racionales, tanto sea en lo que se refiere a sonidos, yuxtaposición de colores, luces y sombras, elementos objetivos".

Laura lo vio venir –una cabecita flotando en el agua y una mano en el aire con la botella marrón– pero solamente le sonrió, sabía que a él le agradaba contemplarla desde lejos, solo trató de no posar, y empezó a pensar "te amo, te amo, te amo". Sentía la piel tensa y leve por la combinación del sol y el agua dulzona del río.

–Por qué combinación –dijo sin proponérselo Juan Cruz, a quien la propia conjetura tampoco satisfizo– eso implica "separación", pues para combinar dos cosas, claro, deben "ser dos".

–¿Qué mi amor? –preguntó Laura, que en el silencio murmurante del lugar había oído sus palabras.

–No, decía, estaba reflexionando en voz alta, que en las manifestaciones de la naturaleza no podría hablarse de "combinación" pues para combinar dos cosas deben estar separadas, y lo cierto es que el cielo y un árbol no están separados, sino que nosotros los vemos separados, ¿entiendes?

A Laura le pareció interesante su perspectiva aunque no dijo nada, sólo sonrió, de cuclillas sobre la arena.

–Quiero decirte que no debería, sabes, que no debería, o al menos es lo que uno intuye, pero lo cierto que muchas veces no es así, o mejor dicho yo no estoy seguro de que sea así, y me da por las pelotas que no sea así porque me pone triste, desesperadamente triste...

–Estás loquito vos, vení...

El apuró su andar en el agua y llegó hasta ella.

–Quitémonos las mallas, total aquí nadie nos ve –dijo Laura.

Lo hicieron y durante un rato se besaron, parados, desnudos bajo el sol, y jugaron a besarse con la boca llena de cerveza, que les chorreó por el cuello y los pechos haciéndolos reír a carcajadas, y más luego se metieron en el agua durante un largo rato, quedándose dormidos la una junto al otro en una zona escampadita al lado de la orilla tras un seto. Juan Cruz despertó primero y vio que un mosquito estaba picando en la mejilla de Laura. Lo espantó sin despertarla. El horizonte se había cortado con un borbollón de rojo en la distancia y por encima de ellos planeaban con placidez unas garzas.

17

Percy Sledge - Warm And Tender Love

Qué era el amor, con qué parámetros podía medirse, con cuáles signos reconocerlo... A esta altura, estaba cierto ya que no consistía sólo en la posesión sexual... pero vacilaba a veces, porque todo en la relación de pareja aparentaba conducir finalmente a ese objeto... meter el miembro en la vagina y refregarse un poco, hasta sentir cosquillitas, uno que otro espasmo. Después quedar vacío, el cuerpo de la mujer y todo alrededor desacralizado, solo de nuevo con la propia angustia. Demasiado parecido a los perros para no inquietarse. Excepto la angustia, claro. O no claro. También sus miradas se parecen a las nuestras, algunas veces.

A diferencia del período con Cecilia, Juan Cruz ya no compartía estas reflexiones con nadie. A los 22 años, le resultaba difícil expresar con claridad lo que deseaba; sus pensamientos habían adquirido mayor complejidad de lo que le era posible decir, en especial por ese modo particular de pensar que tenía él, combinando palabras y frases con multitud de imágenes, organizadas para seguir la acción que buscaba dilucidar, y ciertos sonidos orientadores para su fin. Como ese sistema de pensamiento era multidimensional, entonces, no le resultaba fácil reducirlo al ordenamiento de un lenguaje oral.

Sin embargo, no dudaba de que esto fuera amor. O quizá sí. Quizá el hecho de que lo estuviera pensando, ahora, en sí implicaba cierta duda. Pero no se puede estar seguro de nada en el mundo. Quien se siente absolutamente seguro de algo en este mundo es un soberbio. Quien se siente seguro de todo es un imbécil. Sin embargo, cómo distaba la sencilla resolución que daba a los problemas en sus pensamientos, especialmente si, como ahora, estaba en calma, del modo en que a veces actuaba. Muchas veces creyó estar endemoniado, o llevar algún estigma nefasto en la sangre, desde antes de su nacimiento, pues hacía

lo contrario precisamente de lo que debía –y sabía que debía, y lo quería– hacer. Esas crisis sobrevenidas luego de grandes errores, de monumentales errores, lo sumían en largos lapsos de depresión, en los cuales el mundo perdía su interés, las gentes se convertían en enemigos, y él se sentía tan indefendible como un gusano sobre una hoja de parra. Miedo. No tenía miedo de nada exterior; ese era su problema, y sólo tenía miedo, en aquellos lapsos, de él mismo. Se sentía sucio, malvado, por sobre su capacidad de control, no comprendía qué tipo de monstruo era, no hallaba el lugar donde ubicarse dentro de la esfera zoológica. Tales sentimientos lo llevaban a aislarse, con cierta frecuencia y a llorar otras, buscando –como sabía que debía hacer ante las personas– alguna causa, que casi en ningún caso era verdadera.

Laura llegó mirándolo a través de la ventana.

–Pareces un monstruo con esa mirada –le dijo.

–Soy un monstruo –contestó él.

–Mi monstruito… –susurró ella, besándole la oreja.

Por primera vez le molestó que ella llegara; había interrumpido sus pensamientos. “Siempre llega inoportunamente alguien a interrumpir mis pensamientos”, se dijo. “Es que siempre estoy pensando –se sorprendió después– desde la infancia”. “Claro, eso es... mis pensamientos son tan largos, que por fuerza, si debo vivir entre mis semejantes, tienen que ser interrumpidos por alguien en algún momento... ¿Qué me lleva a estar sumido en este meditabundo caos permanente, esta desazón que llevo desde la infancia, en mi interior?”, se preguntó.

–Estás ido, Juan Cruz pronunció la voz ronca de Laura.

–Sí, mi amor, ya vamos –dijo él, haciendo amago de incorporarse.

–¿No ves? Ni escuchas lo que digo. Digo que estas “ido”... “ido”.

–Estoy solo –exclamó sorpresivamente él.

Laura se le quedó mirando. Después con una sonrisa, se puso frente a él y le dijo:

–Ya no.

Con una mano le acarició el pelo. Luego se agachó y le besó los ojos. El introdujo los brazos debajo de su pollera y tomándola de las nalgas como suaves peras, le apretó fuertemente, contra su pecho.

18

Herb Alpert - This Guy's in Love with You

Laura se fue en el jeep con los dos perros a la casa del ciego Nemesio Díaz. Le llevaba comida envasada para un tiempo y una damajuana de jugo de naranja, que le gustaba. Nemesio era un anciano; vivía solo. Su linaje era tradicional, pero sus lejanos parientes lo habían olvidado; ellos estaban mayormente en Buenos Aires y en Tucumán. El viejo se había quedado a morir, en una quinta ruinosa que poseía, muy cerca de la de los González Abreu, en El Zanjón.

Nemesio era un viejo muy especial. Vidente natural, muchas veces anticipaba lo que iba a suceder, sin equivocarse. “El tiempo es un horizonte circular”, le dijo una vez.

También le había dicho:

–No debemos intentar ver lo que nos es negado.

Esto debido a que Laura quería saber cuáles eran las causas por las que Nemesio dijera que su noviazgo con Juan Cruz iba a terminar mal.

–Puedo decirte algo, nada más –había contestado el ciego, en aquella ocasión. Lo demás está oscuro, solamente veo entre sombras almagradas, un dolor.

La casa de Nemesio estaba siempre abierta, el ciego apenas se movía. Sentado en el patio, tomaba el frescor de la tarde bajo unas inmensas arcadas de enredaderas, mirando el monte con esos ojos celestes primorosos que tenía. Tenía 99 años, Laura llevaba la cuenta para regalarle algo en sus cumpleaños. Era de cáncer. Aquella tarde le revelaría asuntos importantes. Por primera vez habló extensamente de su vida anterior –la de Laura– y las razones por las que su noviazgo con Juan Cruz sería a la vez celestial y desgraciado.

–Tu padre y el de él están separados por un sentimiento muy grande –dijo Nemesio–. Ellos han sido hermanos en la otra vida.

–¿Qué vida? –preguntó Laura.

–Mejor dicho hermanas –dijo Nemesio que parecía no escuchar cuando entraba en esos mundos, que él decía ver por momentos–. Hermanas. En sentido pleno. Pues además de estar

unidas por la sangre lo estaban por los hábitos. Ambas eran Benedictinas de clausura.

–¿En qué tiempo fue eso Nemilo?

–¿Qué?

–¿En qué tiempo?

–En el 1622. Año de Nuestro Señor. Ellas vivían en Montserrat, España, en un monasterio que la orden poseía allá. Tu padre había adoptado el nombre de Isabel, por la prima de la Santísima Virgen y el padre de Juan Cruz, Judith, por la que le cortara la cabeza a Nabucodonosor.

Había amor entre ellas. Por eso fue que a la hermana Judit la acosó un sentimiento de culpa hondísimo cuando tuvo que denunciarla a la Inquisición. La denunció, sí, por brujería. Porque Sor Isabel, había cometido el error de dejarse influir por ciertos incunables que conociera en la biblioteca de Cluny, durante un viaje de retiro espiritual que hicieran con la Orden. “No sólo había devorado los antiguos libros de Hermes Trimegisto, sino que había transcripto secretamente capítulos enteros de la filosofía de Proclus, los tratados de Al-Kindi, de Al-Farabí… y tomaba –sin la menor crítica–, como suyas, las extremas reflexiones de Gemiste Plethon, que por esos tiempos generaba bastantes suspicacias en la jerarquía.

“Luego de consultar con su asesor espiritual, Judith denunció a su hermana y el Tribunal de la Inquisición la encarceló. Allí padeció torturas y vejaciones, para obligarla a confesar su relación con ciertos demonios menores, que azuzaban su curiosidad malsana, cosa que finalmente declaró. Como no era un pecado extremo, decidieron darse por satisfechos con los cinco años que la tuvieron presa, y las

torturas que sufrió. Pero la expulsaron de la orden y descargaron sobre ella la excomunión.

“Con el tiempo Isabel se hizo luterana, y se quedó a vivir en Inglaterra hasta su muerte. Nunca pudo comprender ni perdonar lo que le había hecho su hermana”.

–Pero ¿qué tiene que ver eso con nuestro noviazgo con Juan Cruz?– luego de un silencio preguntó Laura.

–Tiene –dijo el ciego– Porque tu padre desconfía profundamente del padre de Juan Cruz, y nunca permitirá que una hija de él se case con la reencarnación de su hermana Judith.

–Cómo, ¿él sabe que don Julián es la reencarnación...?

–No, él no sabe nada, pero su alma intuye.

–Y nosotros con Juan Cruz que éramos en la vida anterior?

–Los he visto –dijo lentamente el ciego–. Juan Cruz era una mujer muy refinada y bella, estaba enamorada de vos. Pero vos, que eras un joven poderoso y agraciado, estabas ya casado y tenías dos hijos...

–¿Qué pasó después? –se inquietó Laura–.

–No puedo decirte más, Laurita, perdóname, m’hija, no puedo, se me oscurece la vista entre nubes purpuradas...

–No importa Nemilo, no importa, dijo Laura.

Pero no le creyó. Laura no creía en la reencarnación, le parecía que Nemesio deliraba, y tanto tiempo solo le llevaba a inventar historias. Como estaba privado de la visión normal, le parecía ver lo que imaginaba, y entonces lo confundía con la

realidad. Era un hombre muy educado; antes de quedarse ciego había sido un estudioso autodidacta, que había terminado acercándose a los espiritistas. Algunos decían que por ese lado le venía la ceguera que lo atacó, inexplicablemente, a los 55 años. Laura creía que al menos esas ideas que transmitía, con seguridad le venían de allí.

En una de esas conversaciones Nemesio le había dicho algo que a Laura le escocía por dentro. Primero se había quedado taciturno, por mucho tiempo. Cuando habló, lo hizo con voz cavernosa.

–El te destruirá –dijo– Tu eres agua, él es fuego. Normalmente el agua suele apagar el fuego, pero el suyo es demasiado intenso.

–¿De qué me hablas, Nemesio?

–De tu vida, debes dejarlo: si no, te destruirá.

–¿Por qué dices esto, amigo?

–Para ustedes no es posible la convivencia aún. Vienen de ramas opuestas, y son demasiado jóvenes para haber aprendido el secreto de la conciliación.

–¿De qué ramas me hablas?

–Tú has nacido de la de Seth. Él es hijo de Caín.

19

Eduardo Falú - Canto a Sudamérica

–Me gusta el Che Guevara –afirmó Juan Cruz. Y quisiera tener el coraje necesario para imitarlo.

–El Che Guevara era comunista.

–¿Y qué?

–Nosotros somos católicos –dijo Laura– un católico no puede ser comunista.

–Yo creo que no tenemos que aferramos a los esquemas. Fijate vos, si nosotros decimos que el Che Guevara, para ser comunista, tiene que parecerse a los comunistas de aquí, entonces no es comunista. Panchín, por ejemplo, es comunista. Y se la pasa en el Lawn Tennis y el Jockey Club. Así son todos los dirigentes comunistas de aquí. Se emocionan con el sufrimiento de "los pueblos del mundo", en abstracto, pero aquí se codean únicamente con las clases altas y la pequeña burguesía acomodada. ¿Y en qué resulta entonces su ideología? Paja. Solamente paja.

–Ay, Juan Cruz no digas malas palabras. Sos muy mal hablado vos.

–Paja no es mala palabra. Si no fuera por la paja, habría mucha mayor infelicidad en el mundo. Pero está la paja corporal y la paja ideológica. Yo rescato la paja corporal (claro, para tipos que no tienen mi suerte) –dijo dándole un beso rápido en la oreja–; pero la que practican los comunistas es paja ideológica. Esa es perversa, porque sirve para apartarlos de su propio pueblo, y convertir la ideología revolucionaria del marxismo-leninismo en un mero entretenimiento de cenáculo.

–Juan Cruz… nosotros, entonces estamos en parecida situación a los del PC.

– Es cierto Laura –murmuró Juan Cruz– tienes razón. Estoy feliz de tenerte a mi lado, ¿sabes? Pues sin vos me debatiría en un bamboleo sin sentido. Fijate lo que me pasa. Todo este año me he estado emocionando, como si fueran mías, con las luchas de los Black Panters. Me he hecho negro de alma, he hurgado las librerías buscando sus textos. Me apasioné por su música, por sus posturas políticas. A través de Eldridge Cleaver empecé a conocer a Frantz Fanon, Marx y Engels, Lenin… ¡y al Che Guevara! ¡Fijate vos, el conocimiento del Che me llega por el interés que me despierta un negro norteamericano!... De pronto me doy cuenta de que no es nada revolucionaria mi postura. Aquí hay varios así. Viene de vez en cuando un tipo, un tal Bértoli, creo, que es un refinado, un procurador o algo así: él se pasa horas escuchando música negra; compra, medio mirando hacia los costados, libros de Stokely Carmichael, Angela Davis… hasta del Che Guevara. Igual que yo. ¿Y qué es eso? Paja. Solamente paja, igual que los del PC, el PSP, el FIP y todos los demás. Paja con matices, pero paja al fin.

–Tendríamos que acercarnos al pueblo, y ver que quiere el pueblo –dijo Laura.

–¿Pero a cuál le llamas pueblo vos?

–A los más pobres. A los trabajadores, a los campesinos... Romelia por ejemplo, es pueblo.

–¿Tu muchacha?

–Sí.

–Yo también pienso así. Y en mi casa, fíjate, tengo a mi abuela que es un símbolo viviente. Cuando yo empezaba a entrar en la adolescencia, mi abuela me avergonzaba. Repentinamente descubrí que mis compañeros de colegio, que los “amigos” cuyo favor yo aspiraba a conquistar, tenían familias diferentes a la mía. Sus madres, sus abuelas, se vestían diferentes... eran rubias, naturales o teñidas, a cada tanto mostraban admiración y conocimiento de la Gran Cultura Europea... Mi abuela no. Era –es– morena, habla en quichua, tiene dificultad con el castellano... ¡una *campesina mersa,* en fin!... Pero a los dieciocho años, cuando redescubrí a mi abuela, la Mamaviejita, empecé a comprender la inmensa fuente de riquezas espirituales que tiene nuestro pueblo, nuestra raza. Con razón –fijate vos que esto puede parecer tonto pero no lo es– a mí, desde chico, me gustaron siempre las morochas. Es que tenía metido en los genes, el amor por nuestra cultura y nuestra raza. Sí, me he metido con alguna rubia, una que otra vez, pero siempre he pensado que cuando elija mujer, la definitiva, la que sea mi compañera de toda la vida, va a ser morocha.

–Así que a mí me has elegido más por ideología que por amor.

–Tal vez.

–Es una broma –dijo Laura.

–Lo mío no... sucede, Laura, que yo no separo el pensamiento de la vida... Para mí, lo que uno cree debe practicarlo. Tal vez por eso es que hago tantas macanas.

“Yo tendría que ser peronista..., de hecho, formalmente, aún lo soy... pero no me gusta en qué ha caído el peronismo... en el

peronismo está el pueblo, es... es cierto, pero también está ya… infiltrado, por el imperialismo... y ellos dicen que los infiltrados somos nosotros, los jóvenes... tipos como López Rega, Osinde... Norma Kennedy... Iñíguez… al lado de Perón. Y él como si nada, de lo más chocho junto a los canallas. ¿Te acuerdas lo que nos decía el capitán García Funes? Yo estoy empezando a coincidir con él. ¿Y a nivel local? ¿Qué tenemos? Un payaso sinvergüenza como Gómez, al frente. Él es el dueño del peronismo. El doctor Gómez. Sin su anuencia no se puede hacer nada. Un tránsfuga, instrumento de los capitalistas más explotadores de Santiago, un tipo que cuando Vandor le quería mover el piso a Perón no vaciló en prenderse con el verso del "Neoperonismo". Pero ahí lo tienes. Al frente del peronismo. Porque, no nos engañemos, el otro sector, de Funes Olmedo, que tiene el apoyo de la tendencia revolucionaria, no tiene nada que hacer con Gómez, Gómez les va a ganar la interna, les va a ganar las elecciones, si se dan... ¿y? ¿Qué tenemos? Que todo sigue igual, o peor, que si el poder lo continuaran teniendo los milicos de Lanusse. Por otra parte… la "tendencia revolucionaria"… lo tiene a un mediopelo tirado de aristócrata, presidente del Lawn Tennis Club, como candidato a gobernador… con el apoyo de Abal Medina… No sé... todo esto es muy complejo..."

–Es un individuo siniestro –dijo Laura, todavía con la imagen de Gómez en la cabeza.

–Si será jodido –dijo Juan Cruz, tomando el hilo nuevamente por ahí– si será jodido, fijate vos, que la Democracia Cristiana (el nuevo condón de los milicos)...

–Juan Cruz, no seas guaso...

–La Democracia Cristiana, que ahora gobierna, le está preparando la victoria de Gómez... están poniendo todo el aparato del estado al servicio de Gómez... y claro, si viene de la misma riñonada de ellos... Gómez es liberal, no peronista. ¡Esos son los infiltrados, y ahora nos manejan!

–Juan Cruz, vos quieres militar en un partido revolucionario.

–Sí, pero no sé en cual. No lo encuentro.

–¡Formemos uno! –exclamó Laura. Juan Cruz se la quedó mirando.

– ¡Sí! ¿Yo y vos? ¿Vamos a formar un partido revolucionario yo y vos? ¿Un partido de dos?

–¿Por qué no? –respondió ella.

–Juan Cruz la abrazó y la besó largamente en la boca.

–El comunismo es intrínsecamente perverso... lo dijo el Papa, no sé qué Papa...

–Y el capitalismo es más perverso. Aunque no lo haya dicho ningún Papa. Me cago en los papas.

–¡Juan Cruz! ¿No sos católico vos?

–Sí, pero no por los papas, sino por Jesucristo. Por San Esteban. Por San Francisco de Asís. Por Charles De Foucault... Camilo Torres… y otros tantos que salvan a la iglesia de la basura institucional en que ha caído. Si yo tuviera que ser católico por el papa Borgia, por ejemplo... fíjate vos. ¡Arreglado estaría!

–Está bien. Tienes razón. Pero no me negarás que el comunismo destruye la libertad.

20

Jefferson Airplane - When The Earth Moves Again

En el mes de abril de 1972 Juan Cruz tuvo que cerrar el negocio. Las ganancias ya no le alcanzaban siquiera para hacer frente al alquiler, y sus deudas lo estaban acuciando. Hacía varios meses que su padre se había tenido que hacer cargo del préstamo del banco, pues no había forma de lograr saldarlo con lo obtenido en el negocio.

Sin pena, una mañana temprano desarmaron los estantes, con su novia, y sacaron lo que restaba de discos y libros, dejando el local pelado. El padre de Laura había comprado un jeep para ir al campo. Sacándole el asiento de atrás, cargaron allí los bultos más grandes y el resto en el Peugeot del padre de Juan Cruz.

–Adiós, querido “Ojo” –murmuró Juan Cruz, parándose solemnemente ante las vidrieras– Tú nos has dado muchos de los momentos más intensos de nuestras vidas. Pero has cumplido tu etapa. Debes morir.

Después, cada uno subió a su vehículo y fueron juntos hasta las oficinas de “Medios Educativos”. Allí descargaron todo, colocando los paquetes en una pieza del fondo. Después, concertaron un desafío. Laura tenía que llevar a su madre a la finca, donde su padre y sus hermanos la esperaban. Iría a buscarla ahora. Juan Cruz, con el auto, la esperaría en la Alsina

y Belgrano. De allí, largarían una carrera: a ver quién llegaba primero hasta el caminito de entrada de la finca.

Cuando vio en el retrovisor el jeep de su novia Juan Cruz encendió el motor y comenzó a acelerar en primera. Laura pensaba sorprenderlo y tomar la delantera aprovechando el impulso con que venía. Pero el semáforo la obligó a parar. Tras esta pausa, Juan Cruz sacó ventaja en el derrape.

Por la ancha avenida Belgrano, el rugido de los dos motores tras los vehículos como bólidos, que avanzaban esquivando autos y peatones, atronaba el espacio. Por ratos Juan Cruz se dejaba aventajar. Laura pasaba haciéndole la "V" con la mano derecha. Cuando las volvía a superar con su Peugeot, veía el rostro despavorido de la vieja –pues el jeep, inglés, tenía el volante a la derecha. La pobre mujer se agarraba como podía a la manija que tenía enfrente y a la puerta. Así, llegaron al camino de tierra. Anduvieron cinco minutos entre la polvareda; finalmente, Juan Cruz las dejó pasar y permitió que llegaran primero.

Vio a su novia Laura saltar del vehículo y acercarse a él, con el pelo emblanquecido por la tierra.

–Me has dejado ganar, loquito –le dijo entre risas.

–No, vos tienes mejor motor –mintió él.

–Me tengo que quedar aquí, mi vida –se lamentó ella. Y agregó: ¡A la tarde nos vemos!

Juan Cruz regresó a velocidad de crucero por la ruta. ¿Qué iba a hacer ahora? De nuevo era un "desocupado". Fatalidad de su destino.

Laura quedó intranquila. Durante el asado, al que habían concurrido también su hermana mayor y el esposo, que vivían en Buenos Aires, casi no participó de la conversación. Luego, se fue aparte, con sus dos perros. Caminó largo rato por la orilla de la acequia, bajo los álamos siseantes, hasta que llegó a un lugar donde estaba segura de hallarse completamente sola.

Ahora la situación se había vuelto más complicada. Cerrado el negocio de Juan Cruz, desaparecía el único asidero que poseían para defender la apariencia de "normalidad" de su noviazgo. Ahora la jauría se les iba a echar encima. "Vago", dirían de Juan Cruz. Como si los estuviera escuchando. Ella había empezado a estudiar en la universidad, más que nada para satisfacerlos. Juan Cruz había celebrado su decisión de inscribirse en Ingeniería Forestal. "Es una profesión que te va a permitir trabajar cerca del pueblo". Pero no estaba segura de llegar al final. Sí, les permitía en el momento mantener un poco a raya a la jauría, por ese flanco; por lo demás, era la facultad más politizada de la provincia. Esta había sido una de las razones de su ingreso allí. Iban a la búsqueda de una militancia, estaba claro. Pero no la hallaban. No eran comunistas, no eran radicales, no eran peronistas. Juan Cruz se entusiasmaba rápido con las ideas –e incluso las llevaba a la acción– pero un escepticismo que parecía provenir desde su corazón le llevaba a decepcionarse pronto de ellas. "Como de la gente", pensó, y tuvo temor, una vez más, que le sucediera lo mismo con ella.

Pedro y Pablo - Marcha de la Bronca

En la última etapa de Ojo, se habían acercado a ellos un grupo de cuatro o cinco muchachos, de origen humilde, pelilargos. Encontrando una receptividad que no esperaban, concurrían día a día a escuchar música y hablar de rock. Le habían ahuyentado a Juan Cruz su clientela tradicional: eran "mersas". Pero a él no le importaba. "De a poco, nos estamos integrando con el verdadero pueblo", le había dicho al comenzar aquella amistad. Ella estaba contenta. Le gustaba más aquella gente que la frívola fauna conocida hasta entonces.

Había aprendido mucho al lado de Juan Cruz. Tenía razón él en no querer bailar aquella noche en "Help". Cómo una se va a poner a sacudirse estúpidamente sólo porque un tipo desde los parlantes le grite: "movete, movete, chiquita movete". Eso es lo que hacía yo, pensó Laura. Qué tonta le debo haber parecido, y después ponerme a llorar a causa de que él quería ayudarme a salir de la mediocridad. Luego, conversando con sus amigos, con Panchín, con el Bebe Bardamu, en reuniones que a veces se habían prolongado hasta las dos o tres de la mañana, en vez de ir a bailar, se le había abierto un inmenso panorama. El regreso de Perón. La lucha revolucionaria. La división en clases de la sociedad. Viet Nam. El poder negro. Mayo del '68. La primavera de Praga. El Cordobazo. Ella no sabía que en el invierno del '55 la Marina de Guerra había descargado las bombas de sus aviones sobre el pueblo argentino –su propio pueblo. Nadie se lo había contado. No figuraba en los programas de historia de 4to. y 5to. año. Tantas cosas le faltaban conocer aún. Había vivido en el limbo de la estupidez. Y estaba saliendo gracias a Juan Cruz. O junto con él, pues había cosas que él también estaba aprendiendo, que no conocía. Lo amaba. Si, lo amaba. "Todo va a andar bien", se dijo.

“Además, aunque haya mil problemas, si estamos juntos, todo va a andar bien para mí. Y para él también. Espero”.

22

Joe Cocker - Didn't You Know You've Got to Cry Sometime

Juan Cruz la desnudó despacio. La luz de la siesta entraba con forma de resplandor por los altos montantes, sobre las puertas largas, marrones, de la sala. Se amaban en una de las dependencias de “Medios Educativos”. Era un edificio del siglo XIX, de altos techos con alfajías, que poseían un parquecito frondoso al fondo e innumerables habitaciones. En una de éstas, al final de la extensa galería, había acomodado Juan Cruz sus pertenencias, montando el equipo amplificador, las estanterías, un escritorio. Mejor que en el negocio, en fin, pues aquí tenía intimidad. Aún en los días de semana, cuando los empleados iban y venían, podía encerrarse allí sin que nadie lo molestase. Su padre era el director. Siempre lo había sido, y manejaba aquello como si le perteneciera. Era común esto en el Norte, en culturas patriarcales que revestían al poder o las jerarquías de un halo de señorío feudal.

Los pechos de Laura aparecieron modelados por las sombras suaves, con gradaciones apenas perceptibles por lo evanescente de la iluminación.

Hombros perfectos, brazos de diosa, aquel cuerpo tenía los elementos que sin duda impresionaban hace cinco mil años a los escultores que legaran al arte universal las bellísimas

estatuas a la fertilidad, tan frecuentes en los templos del Cercano Oriente y la Mesopotamia. Juan Cruz sentía una vez más la impotencia angustiante del artista embelesado ante la naturaleza, ante un instante de ella, un instante perfecto, pero ¡ay! imposible de prolongar. “Tengo que fotografiar este cuerpo”, se dijo Juan Cruz. Pero en el acto pensó que era inútil. Ya se había planteado lo mismo, mil veces, ante una gota de rocío reflejando la ciudad o la terrible hermosura de un viejo árbol quemado, para contestarse mil veces lo mismo. “No. Es imposible congelar la vida”. ¿Pero cómo hacer? ¿Cómo hacer para que la maravilla del cuerpo de Laura, no se esfumara y se pudiera, en una o dos horas más, cuando ella se retirara por esa puerta y no pudiera verla, como ahora, tocarla, siguiendo con la yema de sus dedos cada milímetro de su piel? No había forma. No había caso. La fotografía era una mala sustitución, que por otra parte desaparecía también apenas uno dejaba de mirarla. El cuadro, la película... No. Tampoco servían para capturar la hermosura. “Entonces el infierno consiste en ese perpetuo desear lo que nos es amable”, se dijo Juan Cruz, “este pugnar con las manos estiradas sin poder alcanzar jamás, este sufrir por tener todo a nuestro alrededor para ser feliz pero no poder jamás poseer de verdad nada”.

–¿Qué te pasa? –preguntó Laura– ¡estás llorando!

–Nada –mintió él, por reflejo– No sé por qué de pronto me empecé a acordar de mi madre.

Pero enseguida se arrepintió, aún antes de que ella agregara algo y dijo:

–Laurita, perdóname... no es verdad...estoy acostumbrado a mentir, esta maldita sociedad me ha hecho así... me olvido de que con vos puedo ser sincero...

Ella lo miraba, silenciosa, con el torso desnudo.

–No sé cómo explicarte... es difícil... me he puesto a pensar, y me he dado cuenta, mirándote, de que hagamos lo que hagamos, aunque te desnudes junto a mí... y nos acostemos mil veces, nunca te voy a poseer de verdad, ni vos a mí, siempre, en algún momento, nos volveremos a separar... y seremos dos cuerpos... ¿ves? Eso es... el cuerpo, eso es lo que nos tiene presos, nuestro límite final...

–Juan Cruz. No hables así. No es verdad. Yo soy tuya. Somos uno ya. Ni la muerte nos va a poder separar.

Lo dijo con tanta convicción, con tal serenidad, que pese a lo conocido de una consigna sentimental que él siempre creyó metafórica, sintió paz. Y se dejó estar en calma, apoyando la cabeza, entre sus dos pechos de Mamallajta.

Envueltos en lo que fueran cortinas del negocio, desnudos, permanecieron allí, abrazados, escuchando música, hasta que la oscuridad del retazo de cielo que percibían a través de los montantes les indicó que habían llegado las primeras sombras del anochecer.

23

Ravi Shankar: Evening Raga

Una noche Juan Cruz lo encontró a Panchín parado en la esquina de Jujuy y La Plata. Le preguntó qué hacía. “Voy a una reunión de la multipartidaria”, le dijo. Panchín vestía

impecable traje beige y el sobretodo Pierre Cardin. Juan Cruz se sintió sucio al lado de él. Ahora andaba todo el día de vaqueros y borceguíes, camisa grafa y una vieja campera de cuero negro. Además, se estaba dejando el pelo largo y la barba. “¿Puedo ir con vos?”, preguntó. “Y, si no tienes nada que hacer”, contestó Panchín, a desgano. “No, no tengo nada que hacer”, dijo Juan Cruz.

Es que Panchín desconfiaba de Juan Cruz. Le parecía un tipo raro. No es que le tuviese temor, no; lo conocía bien. Sólo le sucedía con él una extraña sensación de no poder entenderlo jamás, ni ser capaz de generar un sistema de comunicación –era raro; no había pautas comunes de diálogo, algo en común de lo cual agarrarse. Casi como con todos los peronistas, en realidad, pero de un modo cien veces más difícil que con cualquier peronista. Porque Juan Cruz era terriblemente inteligente y endiabladamente astuto. Nada se le escapaba, al muy hijo de puta.

–La reunión es en el PSP –dijo Panchín.

–Qué, ¿son marxistas también? –preguntó Juan Cruz, que andaba en tren de aprenderlo todo.

–No... o mejor dicho sí –contestó Panchín, algo incómodo –practican un tipo de marxismo tibio, desnaturalizado... un marxismo de la segunda internacional. Son reformistas.

–Eso es lo mismo que dicen de ustedes los muchachos de la izquierda combatiente –dijo Juan Cruz. Panchín era, por esos tiempos, Secretario General de la Federación Juvenil Comunista.

–¡Eso no es izquierda, Juan Cruz! –replicó airadamente– ¡Eso es ultra-izquierda! ¡Ultra-izquierda!

–¿Qué diferencia hay entre izquierda, ultra-izquierda y reformismo? –las ansias de saber de Juan Cruz eran cándidamente insaciables.

–Ya lo caracterizó para siempre Lenin en su libro. "El *ultra-izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*". Lo tenemos en nuestra "pequeña biblioteca" –esa misma que a tu papá le molestaba que vendiéramos en Ojo–, chicaneó: si quieres te lo puedo conseguir. Pero simplemente, así para que lo entiendas: el ultra–izquierdismo son aquellas tendencias de la izquierda, que por un afán de satisfacer sus ansias pequeñoburguesas de vanguardismo, se apartan de las masas, llevando adelante consignas para las cuales la clase trabajadora y el pueblo aún no están preparadas, y que terminan casi siempre provocando un agudizamiento de la represión, sin poseer aún el pueblo la organización necesaria para resistirla con éxito. Es decir, que son, a la postre, contrarrevolucionarias. ¿Entiendes?

–Sí –contestó Juan Cruz, aunque no fuera del todo cierto. "Cómo me faltan lecturas... en especial, en lo que se refiere a marxismo..." pensó, y se prometió procurar obtenerlas.

De la reunión participaron nada más que cuatro partidos. El PSP, como anfitrión, con un numeroso elenco, el radicalismo, a través de dos estirados jóvenes de Franja Morada, el Partido Revolucionario Cristiano y el PC, con Panchín y un viejo que apareció a último momento.

–Los del PJ nunca vienen –le murmuró Panchín a Juan Cruz–. Se creen los dueños de las masas. A veces caen los de la Tendencia Revolucionaria, pero mejor es que no vengan, porque cuando vienen hacen quilombo.

Panchín presentó a su joven amigo como “peronista independiente”, lo cual sonó un poco extraño, aunque nadie dijo nada. Un tiempo después alguien del PSP le confió que ellos habían creído que pertenecía a alguno de esos “partidos fantasmas”, satélites del PC, a que ellos son tan afectos de echar mano cuando hay que armar un “frente” de último momento.

A Juan Cruz le agradó la gente del PSP. Esa noche conoció a Alejandro Valor, un joven de unos cuatro o cinco años más que él, y a quien se acercaría mucho. A Guido Tozzi, un brioso dirigente estudiantil universitario. Y de lejos, aunque no dejó de grabar su figura eternamente envuelta en tonos oscuros, a Ondina Crissanti, una bella muchacha morena que jugaría un triste e importante papel en su futuro, aunque él aún no lo intuía.

Durante un tiempo Juan Cruz se ganó unos pesos poniendo música a casamientos y cumpleaños. Esta ocupación le vino de modo casual: cierto día, una vecina lo buscó para preguntarle si él podía ocuparse de la música en el cumpleaños de quince de su sobrina. “Ella quiere como en esos boliches donde hay luces de color y todo eso”, dijo la mujer. Juan Cruz pensó un poco; era arriesgado, nunca lo había hecho por su cuenta. Trabajar en Vértigo, o en La Jaula, donde había poderosos equipos instalados, y un sistema de iluminación muy completa, consistía sólo en introducirse en una cabina y manejar los aparatos. Aquí había que improvisar todo. Era como salir de Fórmula 1 y meterse de golpe en Carreras Cuadreras. Pese a ello, contestó que sí. Necesitaba dinero.

Había guardado, de su época como músico y del negocio, dos equipos. Decidió usar el más ordinario, un Lea de 80 w. En cuatro días armó dos platos comunes, incorporó un pequeño grabador “Gelosso” al amplificador y usando latas de tomate pintadas al aceite construyó tres juegos de luces, que se manejaban pisando perillas de timbre montadas en una tabla. Con este sencillo sistema y la gran cantidad de discos y cintas que poseía, se lanzó a la aventura. Fue un éxito. Laura le buscaba los discos que él pedía, los limpiaba para que no tuvieran ni una mota de polvo, y se los alcanzaba. Se encargaba también de mantener a raya a los pesados que venían a importunar a Juan Cruz.

–Por favor, chicos: estamos trabajando. No me lo molesten al disc-jockey –la escuchaba decir.

A partir de entonces constituyeron un equipo formidable. En esto también fueron precursores, pues por aquel entonces nadie explotaba esa actividad entre las clases medias y altas. Los que se dedicaban a la amplificación profesional, lo hacían con sistemas antiguos y trabajaban casi exclusivamente para actos estatales o bailes. Y, principalmente, eran considerados “mersas”. No acertaban con la música que gustaba a las clases altas, y sus aspectos –generalmente maduros, de modales y gustos proletarios– tampoco encajaban en las fiestas de jóvenes distinguidos. Solían contratarlos, a veces, porque no había otros. Laura y Juan Cruz eran conocidos, jóvenes, bellos, y aunque ninguno de ambos se ocupaba ahora demasiado de su indumentaria, esto no disminuyó su atractivo para estas clases sociales.

Era notable la ductilidad con que Laura se integraba a toda tarea novedosa que emprendía su novio. Vivaz, inteligente, con

gran rapidez aprendía su papel y cómo lo debía desempeñar. Pronto Juan Cruz le dejó el manejo total de las luces –que en poco tiempo aumentaron y se complejizaron, gracias a la prosperidad del negocio– y las relaciones públicas, y él se dedicó por entero a la calidad de la música.

Nuevamente cobraron un prestigio enorme en el seno de esas clases acomodadas que pugnaban por abandonar, pero como una telaraña tejida durante mucho tiempo, los apresaba aún a través de distintos caminos. Tres o cuatro chicos de su edad intentaron, por separado, lanzarse a competir en ese mismo campo, algunos incluso con equipos más poderosos y refinados, pero una y otra vez fracasaban. Juan Cruz y Laura eran llamados para toda fiesta importante que se hacía en sociedad, aunque fuesen quienes cobraban más caro.

Paralelamente, se les había ocurrido otra idea que también fue un éxito. Juntos fueron a hablar con la Comisión Directiva de la Sociedad Italiana. Allí había un sótano inmenso, que no se usaba más que para depositar trastos viejos. Le propusieron a la Comisión tener todos los domingos, a la siesta, un boliche bailable en ese lugar. Organizarían esto con diferentes cursos de escuelas secundarias, que quisieran recaudar fondos para sus viajes. Juan Cruz y Laura pondrían amplificadores, luces y atención de la boletería. Incluso, se ocuparían de limpiar y decorar el local. La Sociedad Italiana pondría uno o dos mozos, de acuerdo a la cantidad de chicos que concurrieran, y, naturalmente, los sandwiches y bebidas que se vendieran. Cómo allí había un bar, esto no sería más que implementar de un modo más amplio lo que ya existía. El aspecto económico se dirimiría así: la Sociedad no cobraba ningún alquiler; su ganancia sería lo que se vendiera del bar. Juan Cruz y Laura tampoco cobrarían por sus servicios, sino que llevarían el

monto total de lo recaudado en boletería –o lo repartirían con los cursos que quisieran trabajar con ellos. Los hombres de la Comisión Directiva aceptaron el acuerdo de muy buen grado.

Con una gran eficiencia, ese mismo día Laurita organizó una reunión con chicas de un 5to año Normal, en casa de una de ellas que vivía en su misma cuadra. Gracias a esto, ni siquiera tuvieron que limpiar el gran sótano: el día antes de la inauguración, una cuadrilla de bonitas chicas y chicos se afanaron toda la tarde, dejándolo reluciente. El acuerdo a que habían llegado, era el siguiente: se repartirían las ganancias de boletería mitad y mitad. Los alumnos aportarían la limpieza del local y la venta de entradas para garantizar un mínimo de cincuenta personas seguras –preferentemente chicas. Juan Cruz y Laura pondrían la amplificación, las luces y su prestigio. Las chicas de la normal hicieron, además, afiches y los pegaron en vidrieras de galerías y boutiques.

Ese primer domingo el sótano de la Sociedad Italiana se atosigó de gente. Gran cantidad de chicos quedaron afuera, espiando por los ventanucos. Ya no se podía entrar. Juan Cruz estaba incómodo y molesto, pues las chicas de la Normal no resolvían ni la cuestión más mínima sin consultarle. La multitud se agolpaba sobre sus espaldas, y a cada rato tenía que pedir a la gente que se corriera; esto sin contar los plomos que se le introducían de cualquier modo, burlando la vigilancia de Laura, para tratar de demostrarle sus conocimientos sobre música contemporánea. Pese a estas incomodidades, culminaron la tarde contentos. La recaudación había sido muy grande; el 50% que correspondía a Laura y Juan Cruz equivalía al sueldo de un mes de un obrero. En el sótano a media luz, que vacío se presentaba gigantesco, entre las sillas en desorden y la basura hicieron el recuento del dinero, y se lo repartieron con

las chicas del 5to. año. Después, Juan Cruz y Laura se fueron a cenar juntos en un restaurante cerca del parque.

–¿Qué vamos a hacer con esta plata? –dijo Juan Cruz.

–Guardarla. Para cuando nos casemos.

–¿Cuando nos casemos? –se asombró él, sonriendo.

–Juan Cruz. Debo decirte algo... Creo que estoy embarazada.

Juan Cruz se puso pálido. Por tal razón, ella apresuradamente agregó:

–Digo "creo", ¿eh?... No hay que asustarse todavía... no me ha venido la menstruación... pero puede ser un retraso... Tendré que hacerme los análisis...

Luego se quedó contrita, como si fuese depositaria de alguna culpa.

24

The Guess Who - These eyes

A poco de profundizarse la observación del ser humano se halla uno con la perversidad. El Bebe Bardamu jugueteando en el agua con las piernas carnosas y blancas de Eugenia Pía, mientras su novia bajaba los ojos en el otro costado de la pileta. “Derrotada”, pensó Juan Cruz. Semejante a una dolorosa de los primitivos. El–Bebe la ha acostumbrado a sus devaneos “inocentemente” libidinosos con las minitas de su entorno y ella –que es fea y mayor en edad que él– se resigna. Pero sufre. Las piernas de Eugenia Pía tienen ese ingrediente de erotismo procaz acrecentado tras el hecho de haber estado largos meses, por el invierno, encerradas bajo pantalones, cancanes o polleras. Entonces han adquirido esa blancura lechosa, en la cual los pocos pelitos negros que escapan por el borde de la bikini adquieren la magnitud de estallidos de provocación, ante una mirada que recibe desde los pies de uñas cuidadosamente pintadas el impulso de formas con sutiles irregularidades redondeadas, que van empujando la mirada hacia el centro, siempre hacia el centro, transparencias apenas azuladas bajo la piel blanca, y la van llevando como en una ruta erótica, por esas piernas cuya carnosidad apenas un punto antes de la gordura, como debe ser, largas y con la blandura necesaria para no sugerir ni asomo de masculinidad pues Eugenia Pía tampoco es abundante “qué fenómeno ese cuerpo”, piensa Juan Cruz: ascendiendo por la bikini atigrada – “mersa”, piensa Juan Cruz–, el ombligo perfecto sobre ese plano vientre nacarado –y en un giro ella muestra alucinante las formas sólidas de los globos blancos de sus nalgas, asomando al parecer por descuido ya que de algún modo la bikini (negra y gris) se ha introducido en el canal que los conecta –un torso pequeño – “como corresponde a una mujer”– alargado, con dos tetitas duras y redondas; una cabeza de Modigliani sobre un cuello elegante, ojos verdes esmeralda, diabólicamente sensuales,

conscientes de su poder, y el cabello negro cual una cortina, reluciente, lacia, cayendo hasta la mitad de su espalda. El Bebe Bardamu se hace el tiburón bajo del agua –viejo truco– se mete bajo de ella y emerge cargándola sobre sus hombros, con sus gambas vertiginosas alrededor del cuello, riendo, riendo. En la orilla, su novia sufre. Eugenia Pía se hace la gatita con el Bebe. "Putita reconvertida en intelectual superada", piensa Juan Cruz. Muchas veces estuvieron en la casa del Bebe hasta muy tarde y ella se ha quedado a dormir con él –como no hay otra, en la misma cama–. El canchero del Bebe tiene en su casa una sola cama de una plaza, y no porque no pueda, si posee dos caserones que recibió por herencia, amueblados y los alquila; no, el muy pícaro, luego de varios meses de preparación a los códigos de su muy selecto grupo –donde todos conocen a Marcuse, Alen Ginsberg, Wilhelm Reich–, se hace amiguito íntimo de las mejores pendejas –psicoanálisis de por medio– y termina durmiendo con ellas. "Lo más interesante", piensa Juan Cruz, "es la naturalidad con que lleva el asunto: son ellas quienes, solitas, se van deslizando entre las colchas tibias del gurú, que efectúa cada uno de esos actos con seriedad sacramental".

"Pero es perversidad", siguió, en sus pensamientos; "el lado sucio de todo este camelo del amiguismo y demás está en el sufrimiento de esa pobre chica, su novia, a quien obliga a soportar estas degradaciones".

Habían ido, en cuatro autos, a la estancia del licenciado Santillán, en Real Sayana. Uno veía emerger de pronto, en medio de la miseria del monte y sus habitantes, en medio del polvo atroz de la campaña, un conjunto de edificios que parecían haber sido transplantados de Long Beach o San Diego, rodeados de árboles evidentemente transplantados

también: cipreses, álamos, casuarinas… debía costar un buen dineral mantenerlos con vida en esta tierra desértica. El licenciado Santillán, pese a su apellido era descendiente de árabes que habían hecho su fortuna en dos generaciones, partiendo de un pequeño boliche de campaña. El patrimonio se había multiplicado en tiempos de “la Libertadora”, extendiéndose a la explotación de obrajes muy pronto prósperos, y culminando recientemente con “instituciones bancarias” en Córdoba y Buenos Aires. El licenciado Santillán “invertía” ahora en el peronismo. Así lo caracterizaba Juan Cruz, pues estaba seguro que ese acercamiento político no era por cuestiones de doctrina – tanto en las huestes de Gómez, con quien mantenía buenas relaciones, como en las de la “Tendencia Revolucionaria”. A esta última pertenecía el Bebe Bardamu y su reducida banda de pequeños burgueses refinados y por esos tiempos Juan Cruz todavía los frecuentaba, sin demasiada continuidad.

Ahora estaban en la pileta climatizada de la estancia. En pleno invierno, gozaban de una temperatura excelente en el agua, y tampoco se privaban del sol, que trascendía iluminando maravillosamente el inmenso cobertizo a través de los vidrios incoloros que componían en su totalidad el techo.

El licenciado Santillán –un individuo petiso, peludo en todo el cuerpo y pelado en la cabeza, aceitoso, de rasgos abotargados–, en malla, estaba sentado a cierta distancia, con tres muchachos y dos chicas de la JP a su alrededor. Pese a los anteojos oscuros, Juan Cruz comprendió hacia dónde se dirigían sus miradas. Se maldijo por haber inducido a su novia a ponerse la bikini verde. Por las mismas razones que Eugenia Pía, el cuerpo de Laura aparecía potenciado extraordinariamente en el invierno, con la agravante de que

Laura era más bella que Eugenia Pía y el carisma de su ingenuidad adolescente la hacía aún más codiciable para el morbo que supuso en un tipo como Santillán. Estas eran las cosas que lo estaban alejando cada vez más del peronismo. "¿Cómo podía ser, se preguntaba Juan Cruz, que tipos como Santillán, que construyeron sus fortunas en base a la miseria y el dolor de miles de familias santiagueñas, sean llamados ahora 'compañeros' por nosotros?". Su tío Jaime, que se postulaba para diputado en estas elecciones –si se concretaban– estaba haciendo su campaña con el apoyo financiero de Santillán. Había tenido "la suerte" de ser maestro, mucho tiempo, en el pueblo de donde provenía el magnate; allí habían cultivado esa amistad mutuamente interesada. Como si una fatalidad lo llevase al encuentro de las ocultas miserias, Juan Cruz había hallado hojeando casualmente unas carpetas que sacó de los cajones bajo de una mesita mientras esperaba un llamado, un proyecto de ley: el primer proyecto que presentaría su tío al "llegar" a la legislatura: "Exención de impuestos a la industria Forestal Santiagueña". Santillán, sin embargo, no descuidaba ningún flanco. Y allí, en ese mismo lugar donde ese día retozaban los niños terribles de la Tendencia Revolucionaria, habían hecho lo mismo algunos oficiales torturadores de la dictadura con bellas muchachas de la "sociedad" santiagueña. El licenciado Santillán se incorporó, ceremoniosamente, como hacen sus cosas quienes se saben poderosos. Simultáneamente, como si hubiesen estado conectados por algún dispositivo, Laura se levantó y envolviéndose en una toalla se deslizó hacia los baños. Santillán había iniciado una circunvolución, que fue a culminar justamente donde conversaban Juan Cruz con el Pacho Aliaga, Ana María Bustos, Lucrecia Hartmann y donde, también, había estado hace unos instantes Laura. El árabe se dejó presentar, permitiendo que le apretaran por algunos

segundos una mano blanda, pero sus ojos fueron sin que pudiera impedirlo hacia los baños. "Este hijo de puta ha venido a ver de cerca a Laura", pensó Juan Cruz. "Ella lo captó: huyó apenas al verlo levantarse".

–Mucho gusto, compañero… ¿a qué se dedica usted? Tiene pinta de artista…–indagó Santillán, tratando de suavizar la intromisión.

A qué se dedicaba él. No se le había ocurrido pensarlo. En los últimos meses había participado en muchas reuniones, con el PSP, la multipartidaria, con SER, organizando el recital. Y ensayos; se habían formado varios conjuntos, el trabajo para ensamblarlos y ponerlos a punto era mucho. Había que ensayar dos veces por semana, al menos. Pero, en verdad, a lo que se había dedicado, con unción, casi con desesperación, todo el tiempo que podía, a veces por días enteros, era a leer. La colección de la revista "Transformaciones", "Primera plana", "Panorama", libros de Erich Fromm, Lenin, John William Cooke, Hernández Arregui, casi todo el primer tomo de El Capital, en fin... casi todo lo que intuía de contenido revolucionario. Había descubierto de repente que no sabía nada así pensaba él– que era un tonto en materia de política y ahora quería saberlo todo, de un golpe. El Pacho Aliaga, incómodo por la falta de respuesta de Juan Cruz, que se había quedado pensando, dijo:

–Juan Cruz es músico, licenciado.

–¡Ah! ¡Músico! –repitió Santillán, que en realidad no debía tener más de treinta años, aunque actuaba como un hombre de sesenta.

–Mi amigo lo dice por benevolencia... –murmuró Juan Cruz, articulando meticulosamente las palabras con su voz grave– en realidad, soy un desocupado...

En ese momento emergió Laura viniendo de los baños, completamente vestida, con pantalón vaquero y pulover oscuro cuello alto.

–Me hacía frío –dijo cuando llegó al corrillo y abrazándose a la cintura de Juan Cruz le dio un sonoro beso en el cuello.

Juan Cruz se dio cuenta de que el licenciado Santillán no se sintió cómodo con las actitudes de la pareja. Apenas respondió a los intentos por prolongar el diálogo que hacían el Pacho y Lucrecia. Luego de unos minutos, se disculpó y fue a buscar otro grupo al cual integrarse. La mirada de reproche que le dirigió el Pacho hizo que Juan Cruz, a modo de disculpa, se dijera por dentro: "Qué le vamos a hacer... no he nacido para chupamedias".

25

Kiss - God of thunder

Cecilia y Cecilia entraron al jardín de la casa de la bruja. Era un pequeño edificio de barrio, como cualquier otro, con baranda delante y canteros floridos. En el garaje había un Fiat 600. Tocaron el timbre. Las atendió una muchacha petisa y cabezona.

–¿Usted es doña Jusha?–preguntó Cecilia Constantini.

–No, ¿de parte de quién la buscaban?

–De la señora Sara –contestó Cecilia, invocando el nombre de su madre.

Cuando la muchacha desapareció en le penumbra interior, Cecilia De los Ríos, la ex novia de Juan Cruz, dijo:

– A mí no me gusta todo esto.

–Quédate tranquila –contestó su amiga– aunque no lo creas, esto es lo más eficaz que hay.

Las hicieron pasar a un pequeño salón de estar, diciéndoles que esperaran allí. Cecilia seguía viendo aquello similar a cualquier casa de barrio. No faltaban el consabido cuadrito del payaso niño con la lágrima, los barquitos a vela... cursi, como la mayoría de esas casas, nada especial. De pronto la recorrió un escalofrío, al advertir una diferencia: no había, en ningún lugar visible, ni imágenes del Corazón de Jesús, ni cruces, ni santos...

–Pasen –dijo la muchacha. A Cecilia le había entrado miedo, ya.

–¡Vamos! –dijo Cecilia Constantini– ¿qué esperas?

La mujer tampoco era nada especial. Vestía con vulgaridad y exceso de fantasías; tenía el pelo teñido de rubio, endurecido con spray.

–Siéntense. Qué les anda pasando, niñitas –preguntó la bruja.

Las paredes estaban cargadas de todo tipo de fetiches extraños: estrellas de metal, rebenques, platos pintados con símbolos negros, cuernos de chivo y de carnero naturales,

barbas de choclo por todos lados. El recinto estaba iluminado únicamente por la luz tenue que brotaba de la mesa del escritorio, tras el cual estaba sentada la bruja. “Se ha hecho un escritorio como de dibujante”, pensó Cecilia. Sobre él abundaban también las estatuillas y raros paquetitos con polvos. La bruja tenía ante sí una cazuela con un líquido aceitoso, y alrededor de ella diseminadas numerosas semillas de chañar, de diferente grandor.

–Andamos con problemas, doña Jusha –dijo Cecilia Constantini, sin atreverse a tomar asiento aún.

–Arrimensé mijitas. ¿Vos sos hija de la Sarita Lambert, no?

–Sí señora. Pero la que tiene el problema es ella, mi amiga.

–Siéntense, hijas –invitó nuevamente la bruja ¿a ver cuál es el problema?

“Esta no es bruja”, pensó Cecilia, “se dice que las brujas saben lo que uno quiere sin que se les diga nada”.

–Es un problema sentimental –continuó, siempre Cecilia Constantini, que era una muchacha muy alta, regordeta y parlanchina a no más poder.

–A ver, a ver mijita –le dijo la bruja, a Cecilia De los Ríos–. Tranquilizate bien, cerra los ojos un poquito, y pensá en él.

Por largos instantes se quedaron las tres en silencio. Cecilia espiaba por entre las pestañas a la bruja. Con expresión reconcentrada, movía los labios, cerrando los párpados mientras con las manos manipulaba como si hurgara en sus texturas, las bolitas de chañar. De repente abrió los ojos y miró a la cazuela con aceite. Lo que vio allí la pareció impresionar.

Recién allí Cecilia notó que tenía los ojos sardios. * “O tal vez sea el reflejo de la luz”, pensó. La bruja habló:

–¡Juan Cruz Castañeda! –dijo. La voz le había cambiado. Se le había puesto sorda– ¡De los Castañeda de Guasayán!...

–¿Lo conoce? –se sorprendió Cecilia con su propia voz, preguntando.

–No. Lo conozco al tatarabuelo –contestó la bruja.

Sin embargo, no parecía tener más de cuarenta, quizá cuarenta y cinco años. “Esta loca desvaría”, pensó Cecilia. Pero había acertado con el nombre de Juan Cruz. A menos que la gorda Cecilia se lo hubiera dicho antes, para impresionarla.

–No debes pensar en Juan Cruz Castañeda –continuó la bruja, con voz cada vez más cavernosa. Él ya está lejos de ti. Y es difícil hacerle el mal ahora. Tiene un objeto muy fuerte que lo protege, un objeto de poder, que lleva siempre consigo.

Cecilia se afirmó en su idea de que esto lo había arreglado la gorda; ella no lo quería mucho a Juan Cruz.

–Pero si lo odias, quédate tranquila. Algo muy grave le va a suceder.

–¿Se va a morir? –preguntó Cecilia.

–No. Pero va a pedir por favor que lo maten.

–¿Por qué?...

–Porque va a perder el objeto, lo va a dejar ir con irresponsabilidad. Y eso le va a traer una herida eterna en donde más la duele: su corazón. Sin embargo, eso no lo va a matar –continuó la bruja, como si no hubiera oído–. Es

demasiado fuerte. Igual que su abuelo y su tatarabuelo. Ese es el castigo que les ha asignado mi señor a los Castañeda, desde los siglos. Sobrevivir.

Cecilia no se atrevió a preguntarle quien era “su señor”, aunque lo imaginó. Otra vez tuvo miedo.

–El odio se está cargando... –decía la bruja– Nadie puede detener al odio, cuando se desata… al menos, en este mundo.

* Sardio: de color ocre, amarillento.

25

Sui Generis-Aprendizaje

Una mañana fría y lluviosa, Juan Cruz volvía de la oficina de su padre, donde se había encerrado a leer. Era cerca del mediodía. En una esquina, bajo de un árbol, encontró parado a Alejandro Valor. Alejandro era esa clase de individuos que no pueden abandonar el formalismo. Se le iluminó la cara cuando vio a Juan Cruz, pero en el acto se dominó y esperó que éste llegara, para estrecharle la mano y esbozar una sonrisa.

Estaban allí conversando, mojándose un poco por la llovizna que filtraba a través de la fronda, cuando de una calle lateral apareció Manoli. Se veía a la ancha avenida, que caía hacia el sur, perderse con sus casitas humildes en el cielo gris, la vía y

hacia el oeste la avenida Libertad, con sus autos. Manoli lo saludó con gran efusividad a Juan Cruz, pese a que apenas se conocían. Tenía el pelo largo, hasta los hombros, cayéndole en ondas espesas.

–¡Qué suerte que te encuentro, Juan Cruz! ¡Qué suerte! –sólo la mirada de Alejandro Valor denotaba su opinión al mirar a Manoli mientras decía esto, pues su talante permanecía impasible.

–¡Qué gran alegría! –continuó exclamando Manoli.

–Aquí te voy a presentar a un compañero del Partido Socialista Popular – "compañero" dijo Juan Cruz, pues por entonces se había entusiasmado un tanto con ese partido, y frecuentaba las reuniones de su juventud.

–¡Hoy tenemos una zapada genial! –se entusiasmaba Manoli, sin dar la menor importancia a la presentación– ¡Ya están todos, casi todos los changos en casa! ¡Eh Juan Cruz, qué bueno sería que vos vayas! ¡Sería hermoso! ¡Vos sos un símbolo viviente de la música contemporánea! ¡hemos armado un equipazo! ¿podrías venir?

Juan Cruz dijo que iría después del almuerzo. Luego Manoli le explicó el camino que debía seguir para llegar a su casa, allí muy cerca nomás.

–Me voy, loco, los changos me han mandado a que compre mortadela y pan –dijo Manoli–, y se despidió haciendo con los dos dedos la "V" de los hippies.

–¿Son un grupo numeroso? –inquirió Alejandro Valor, apenas se fue. –Creo que sí, pero no sé muy bien, porque no los conozco mucho –dijo Juan Cruz.

–Y por lo visto son de extracción humilde.

–Sí, los que yo conozco son de este barrio.

–Villa Constantina. Un barrio de clase trabajadora. Tienes que profundizar esta relación. Juan Cruz –afirmó persuasivo Alejandro Valor, quien veía la posibilidad de expandir allí las bases de su partido. –Ellos te tienen mucho respeto... éste muchacho dijo que eras un símbolo para su generación…

–Es un exceso de afecto –contestó Juan Cruz, quien había sentido un sobresalto incómodo cuando el otro dijera eso. Sin saber por qué, sintió como si lo estuvieran matando en vida, convirtiéndolo en una especie de icono semoviente. Sin embargo, reiteradamente en el futuro iba a recibir esta calificación, de uno u otro grupo, por una u otra causa, sin poder evitarlo y sin dejar jamás de sentir esta especie de congoja íntima cuando alguien le dijera: “sos un símbolo”.

Después de almorzar tres o cuatro empanadas y un plato de sopa bajo la mirada de su abuela, Juan Cruz puso su guitarra eléctrica bajo el brazo y salió rumbo a la zappada. Antes había hablado un rato por teléfono con Laurita. Ella lo llamaba sistemáticamente a las dos de la tarde, para evitar que Juan Cruz pasara un mal rato si llamaba a su casa y por casualidad lo atendía alguien que a él no le agradara. El boulevard entristecido se hundía como un puente a la distancia, entre la neblina. En la encrucijada con la ruta que lleva a Córdoba, empezaban los barrios pobres. Allí bajó Juan Cruz, por una antigua escalera de piedra que debían de haber construido los ingleses pues pertenecía a la estructura del ferrocarril. A lo lejos percibió los fantasmas del edificio donde tomara por

primera vez un tren, con sus abuelos y el tío Jaime, para ir al campo. Ese barrio de casitas humildes, trabajosamente mejoradas a lo largo de los años, era también el barrio de una fracción importante de su infancia: aquella de los corsos, los descubrimientos de la ciudad a los cuatro años, el primer año de escuela primaria; pero también de la época de mayor pobreza de sus padres y la de sus más horribles peleas, durante los dos o tres años previos a la separación. Trató de espantar aquellos pensamientos recuperando en su imaginación el rostro plácido de Laura. Hasta el presente, a los veintidós años, no podía pensar en la separación de su padre y su madre sin que esto le produjera un hondo dolor, una sensación insoportable. Le tenía miedo a esa sensación. Era su punto más débil.

Enseguida llegó a la casa de Manoli Peñalba, que estaba muy cerca de la biblioteca popular Francisco de Aguirre. Era apenas un rancho, con paredes de adobe y techo de paja asentada con barro. Tenía una verjita de quincho, y como suele ser frecuente en esas viviendas, un patio de tierra con mil cosas viejas esparcidas aquí y allá en desorden. De lejos se oía ya el ruido de los instrumentos. Golpeó las manos; al verlo, las chicas y los muchachos celebraron su llegada, lo invitaron a entrar. Manoli, que estaba eufórico, lo presentó formalmente, aunque todos lo conocían. Juan Cruz se sintió incómodo por el afectado respeto con que lo trataban . Bromeó un poco, para aflojar el ambiente. Manoli lo invitó a tomar una guitarra eléctrica y sumarse al grupo. Pero Juan Cruz les pidió que tocaran un rato, ellos. Después de unas palabras sobre los acordes básicos y el ritmo, los muchachos atacaron una improvisación sobre un tema de Jimi Hendrix. En el acto Juan Cruz reconoció la calidad de esos músicos. Mientras tocaban, iba observando los instrumentos y sus ejecutantes. Una batería

completa, nacarada en blanco, con su redoblante, dos platillos *Zildjian*, tam-tam chico y tam-tam grande, charleston de primera y dos bombos: en uno decía: “Los Cleavers” y en otro “Los Brillantes”, con letras de colores. Eran conjuntos “comerciales” de Santiago. Tito, el baterista de Los Cleavers golpeaba con gran precisión. Loro punteaba en una guitarra pequeña; Juan cruz se dio cuenta, por la suavidad con que apretaban las cuerdas los dedos de la mano izquierda, de que debía de ser blandísima. “*Fender*”, se dijo. El bajo, que tocaba el gordo Abraham, era Fender también. Daniel y Elvira cantaban por un par de micrófonos Lea; cuatro columnas poderosas difundían su tarareo de primera voz y tercera alta, que entraba y salía de acuerdo a la inspiración colectiva. El sonido de los instrumentos era de extraordinaria calidad. Cuando terminaron la improvisación, que duró cerca de media hora, Juan Cruz pidió algunos temas, que ellos no se atrevían a tocar. Finalmente, lo complacieron con “Hoy todo el hielo de la ciudad”, de Almendra.

En aquel modestísimo hogar se creaba un tiempo de fantasía; los espíritus se elevaban hasta alturas sublimes con la música como vehículo, y de repente, todo se volvía hermoso; las pobres paredes, los humildes muebles, se modificaban, y el estar allí no hubiese sido abandonado por ninguno de ellos, aún si alguien hubiese ofrecido una excursión por el palacio de Buckingham o el Museo del Louvre. “El privilegio de sentir el arte”, pensó Juan Cruz. “En este momento hay en el mundo pocos que sean tan privilegiados como nosotros. Apenas un puñado. No sólo comprender sino hacer el arte. Crear. No hay goce mayor que ésto”.

Le golpeó en la conciencia la revelación de lo mucho que se podía hacer compartiendo los instrumentos. Cada uno de los

músicos que allí estaba, para ganarse la vida tocaba cumbias o temas de Los Iracundos en grupos comerciales. Había bastado el simple expediente de que pusieran sus instrumentos –con amplificador, si lo tenían– a disposición del conjunto, para que se formara un equipo poderoso, y estuvieran tocando sobre temas de John Mayal, Crosby, Stills, Nash and Young o Stevie Wonder, con un sonido que no tenía nada que envidiarle a los mejores de la Argentina (hacía poco había venido de Buenos Aires Vox Dei y sus equipos eran inferiores a lo que ellos conseguían ensamblar ahora) Juan Cruz salió un momento a reflexionar sobre esto mientras otros músicos seguían tocando. Tres de ellos lo siguieron.

–¿Y? ¿Qué te parece? –preguntó Tito.

–¡Es extraordinario! –dijo Juan Cruz, sinceramente. La mirada de Tito, un moreno bajito, poseía una bondad profunda y ahora estaba anhelante–. Estoy muy impresionado. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que se puede hacer juntando los equipos y los talentos? ¿Es la primera vez que lo hacen?

–Sí –dijo Tito.

Los cuatro conversaban bajo la llovizna sin tomarla en cuenta. Sólo se percataban de que los estaba empapando por un farol callejero reflejándose en ella, mostrándola como una cortina recta, de finos hilos.

“Dios me ha enviado”, pensó Juan Cruz. Y luego, en voz alta: –El sonido es incluso superior al de Vox Dei o el de Almendra. ¿Ustedes se dan cuenta? –Tito asentía; el aire estaba preñado de signos trascendentes, era un momento de extraordinario vuelo espiritual, las conciencias estaban abiertas, los corazones dispuestos para la bondad. –Así, con este simple

hecho, ustedes han implantado el socialismo. Ahora tenemos que organizarlo, para que esta circunstancia, contingente, se convierta en algo que tenga continuidad. ¿Ustedes se animan a hacer algo que permanezca?

"Podemos hacer de esto algo permanente… un movimiento de rock nacional, organizado, por primera vez en Santiago…

–¡Excelente idea! –yo me prendo para continuar en un grupo organizado, respondió Tito.

–Sí, pero no digas que nosotros lo hemos hecho, Juan Cruz pues si no estuvieras vos tal vez no nos hubiéramos animado a darle a esto un sentido –afirmó Manoli.

–Bueno... hablemos de nosotros, entonces –contestó Juan Cruz. Pero, ¿se animan a que nos organicemos?

–Yo sí... –dijo, también, Lucky– ¿Pero cómo tendríamos que hacer? –En primer lugar, ver con que fuerzas contamos –habló Juan Cruz. Era un organizador nato –Es decir, cuántos somos y de qué instrumentos podremos usar con seguridad. Luego, si somos varios, formar dos o tres conjuntos (o el que tenga pasta de solista, que se largue), ensayar... y después, organizar un recital... ¡el primer recital de rock de Santiago del Estero!

Los tres muchachos lo escuchaban con los ojos muy abiertos. Aquel era para ellos un momento extraordinario.

–Para eso, tenemos que hacer una reunión, sin instrumentos... necesitamos una casa; o puede ser aquí nomás...

–¡Yo pongo la casa! –dijo Lucky.

–Bueno, vamos a decirles a los otros –propuso Manoli– ¡a mí me parece copado, loco, muy copado!

Los ocho músicos presentes estuvieron de acuerdo con la idea y convinieron juntarse en la casa de Lucky dos días después, a las siete de la tarde. Con quince minutos de tolerancia.

La reunión del martes fue un éxito mayor de lo que Juan Cruz esperaba. Cerca de treinta músicos, entre los que había cinco o seis mujeres, desbordaron la capacidad del comedorcito de la casa donde Lucky vivía con su papá y su mamá, algunos tuvieron que escuchar apiñándose en las puertas. Laura impresionó a todos con su luminosa simpatía y Juan Cruz se convirtió aquella noche en el líder natural del grupo. No se desperdició el tiempo. Con gran participación de la mayoría se acordaron las bases sobre las que se iban a organizar. Se fijó como primer objetivo preparar un gran recital, que se realizaría aproximadamente luego de un mes. En los días anteriores a la reunión, Clara y Juan Cruz habían elegido un nombre, para proponerlo en la asamblea. SER. ¿Por qué les agradaba? No lo sabían. Por euforia tal vez. Lo cierto es que ni ella ni su novio lo dotaban de ningún significado alegórico, ni era una sigla, como se diría después, especialmente cuando los Servicios de Inteligencia volvieran sus ojos hacia ellos. Simplemente les agradaba su sonoridad, su plenitud de sentidos trascendentes. El nombre fue aceptado por unanimidad. Lo mismo que la propuesta de que, en las publicaciones del flamante grupo, debajo de ese nombre se imprimiera la consigna “Paz, Amor, Libertad”.

Juan Cruz escribía con letra grande y rápida cuando llegó Laura.

–Estoy inspirado –le dijo, cuando ella se sentó.

–¿Qué escribes? –preguntó Laura.

–Espera. Ya estoy terminando. Termino y te lo leo.

Las ideas acudían a una velocidad mucho mayor de la que podía infundir a su mano; esto lo ponía en estado de gran tensión corporal. Laura observó en silencio a su novio. Bajo la luz de una lámpara de dibujante, Juan Cruz escribía apoyando el papel en una mesita, que había instalado aprovechando un espacio que dejaba su biblioteca junto a la pared. La pequeña habitación, destinada a la sirvienta, había sido ocupada hacia unos meses por él, que había instalado allí un angosto catre, dos mesas, su amplificador stereo con los dos baffles que en ese lugar parecían inmensos, pero que servían también para apoyar cosas, y una biblioteca, en la cual no entraban ya más discos y libros. Atravesaba de largo la habitación un par de cordones de plástico, gruesos, sobre rulemanes colgados del techo; por intermedio de ellos, Juan Cruz ponía en funcionamiento el grabador "Phillips" y prendía o apagaba la luz central desde su cama. Por todas las superficies había esparcidas revistas: "Primera Plana", "Panorama", "Cristianismo y Revolución", "Nuevo Hombre". Y libros: "El estado y la revolución, V.I. Lenin", "Guerra de guerrillas, estrategia y táctica, Mao Tse Tung", "Revolución y contrarrevolución en Argentina, J.A. Ramos", "El poder Negro, testimonios de Angela Davis, Stockely, Carmichael, Malcom X y otros". Hacía poco Juan Cruz había comprado los tres tomos de "El Capital", en la edición de lujo del Fondo de Cultura Económica, y también "Agosto de 1914", de Alexander

Sojhenitzin. Gastaba un dineral en libros, y ella lo comprendía. Su padre tenía tal vez la biblioteca más grande de la provincia; ella se había criado desde su infancia en medio de anaqueles repletos y el respeto por la literatura.

Apilados por todas partes, también, discos. Jimi Hendrix, Janis Joplin, Almendra, Ten Years After, Deep Purple, Jehtro Tull, Arco Iris... En la pared, un afiche de Janis Joplin, publicado por la revista "Pelo", una foto del Che Guevara, otra de Marx, otra de Trotsky. Presidiendo todo, una bellísima foto del Cristo Crucificado de la Catedral, tomada de abajo y ampliada a gran tamaño.

–¡Terminé! –dijo Juan Cruz ¿Te lo leo?

–Sí mi amor.

"El país atraviesa por una circunstancia histórica preñada de posibilidades".

La palabra "preñada" produjo un sobresalto en Laura. El no se dio cuenta y siguió:

"Todas las fuerzas sociales se encolumnan en dos campos, nítidamente definidos, violentamente enfrentados".

Y así seguía, en este tono un poco declamatorio, diciendo que para asumir la responsabilidad histórica del momento, un grupo de jóvenes músicos, artistas, estudiantes "y obreros", habían tomado la decisión de crear "Ser". El grupo no tenía filiación partidista, pero se declaraba en contra del imperialismo y la burguesía, a favor del socialismo ("que no debe confundirse con comunismo", aclaraba, sin explicar la diferencia). Aprovechaba para invitar al Recital, que se realizaría el 2 de julio a las dos de la tarde, y convocar a los

músicos que quisieran sumarse, en el lapso intermedio. Finalmente, decía:

“Estamos ante una opción revolucionaria. Nuestra Argentina, cargada de futuro, o pare una nueva sociedad, que prohijará un hombre nuevo, o aborta otra vez, sumiéndonos a todos sus habitantes en la tal vez peor frustración de nuestra historia. La elección es clara, y es entre la vida o la muerte “.

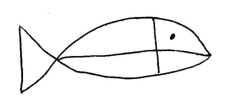
Un estremecimiento sacudió el alma de Laurita. ¿Había pensado él alguna analogía o le había salido del subconsciente? Aquello se parecía a una proyección de su situación personal sobre la política. Pero pronto se dijo no, no debo mezclar las cuestiones personales con la militancia. Es una muestra más de mi individualismo.

–¿Te gusta? –preguntó él.

–Hermoso –contestó ella, y era verdad. Juan Cruz había mezclado el rock con la liberación del Tercer Mundo, elementos del hippismo con la revolución socialista, y una dosis general de doctrina cristiana, pero lo había hecho tan bien que convencía.

–El volante va a llevar, sobreimpreso, el rostro de Jimi Hendrix en contorno. Y abajo, con letras grandes:

SER



Paz, amor, libertad

“¿Qué te parece?”

–¡Bello! –, exclamó Laura.

Un hermano de Tito trabajaba en un banco. Que poseía un mimeógrafo. Sólo debían proveerle el *stencil* grabado y les imprimirían una resma completa de papel obra tamaño oficio. Juan Cruz y Laura compraron el stencil y, con una birome seca, el joven dibujó cuidadosamente los detalles que habían proyectado.

La asamblea aprobó sin modificaciones el texto y sus aditamentos plásticos y a los tres días toda la ciudad estaba empapelada con aquellos afiches, que anunciaban la aparición del nuevo grupo.

17

Zimbo Trio – Nanã

El Bebe Bardamu jugaba con su cámara, una Asahi Pentax de tipo profesional, mientras Juan Cruz hablaba. Sentada en el suelo, Laura escuchaba. En la pared había un LP gigantesco, con grabaciones de la Sinfónica de Holanda, envío de la embajada que Juan Cruz había colocado allí como decoración. El Bebe disparaba una y otra vez su cámara, arrodillándose, echándose en el suelo, mientras Juan Cruz seguía su perorata sobre la búsqueda de una integración entre el rock nacional, el tango y el folclore; creía que la máquina estaba sin película. No

era así. De aquella sesión resultó una fotografía que al mostrársela el Bebe impresionó mucho a Laura. El Che Guevara. Era Juan Cruz, pero al mismo tiempo era el Che Guevara. El Bebe había logrado un enfoque por el cual, el disco negro de la pared unos metros más atrás se superponía en parte con la cabeza de Juan Cruz, perdiéndose luego en una difusa sombra, y sugiriendo una boina; el pelo largo en guedejas desordenadas, la barba con claros aquí y allá, el rostro demacrado de Juan Cruz, la expresión, eran sorprendentemente parecidos a los de la famosa fotografía tomada al comandante guerrillero luego de la muerte de su amigo Camilo Cienfuegos. Laura pidió al Bebe que le hiciese una ampliación del tamaño de una hoja de oficio, para ello compró un sobre con el papel emulsionado; luego, la hizo montar en un bastidor –no marco, pues Juan Cruz se negaba a ser enmarcado.

Esto avivó el interés de Juan Cruz por la fotografía, en el sentido de canalizar aquella obsesión de captar aunque fuera por facetas los instantes fugitivos de lo trascendente. Pidió el Bebe que le diera lecciones del manejo de la cámara y particularmente del revelado y ampliación, con el solo objeto de fotografiar a Laura desnuda. En el laboratorio de su amigo, trabajó una y otra vez con la ampliadora y las drogas, arruinando cartulinas con emulsión, hasta que logró un buen manejo. El Bebe le prestó su Asahi en un verdadero alarde de generosidad, puesto que era una maquina carísima, y Juan Cruz compró dos rollos de los más sensibles, con 32 exposiciones cada uno. Armado de esta forma, con el trípode bajo el brazo, Juan Cruz esperó a su novia encerrado en la oficina de su padre, un domingo a las nueve de la mañana. Laura llegó trayendo una caja de sandwiches y la cartera llena de polvos de maquillaje, a pedido de Juan Cruz. Solían dejar la puerta de

calle abierta, con la hoja apoyada; el último de los dos que se introducía, velozmente cerraba por dentro. De ese modo habían burlado hasta el momento la vigilancia fisgona de los vecinos –al menos, así lo creían–. Apenas llegó la muchacha se pusieron a trabajar. Juan Cruz había dispuesto una serie de elementos –mesas, sillas, cortinas– que sirvieran de complemento y fondos. Laura se desnudó no sin cierta aprensión, pues hasta el momento habían hecho el amor muchas veces pero nunca se había sometido al examen minucioso que implicaría esta sesión. Juan Cruz también estaba nervioso; en realidad la sesión fotográfica expresaba de un modo encubierto, además, su deseo de mirar a su novia, deseo de múltiple significación, estética, erótica, psicológica, que palpitara dolorosamente en su cerebro respecto de las mujeres, desde su infancia, y que fuera sistemáticamente vejado por la cavernaria moral de la sociedad santiagueña. De tal modo, que aquel impulso genuino de su alma se viera convertido en un sentimiento pecaminoso, que debía ocultar como algo vergonzante. Así, lo que debiera ser un capítulo natural de elevado goce estético para los amantes, cual es la serena contemplación del cuerpo amado, se convertía en una operación difícil, de movimientos enervados, que había de ocultarse bajo el pretexto de una sesión de fotografía, para resultar defendible ante el inmenso aparato represivo de la sociedad, pues él había hecho presa hasta de sus propias conciencias.

Durante cerca de una hora Juan Cruz maquilló el cuerpo de su amada, ocultando ciertas formas “no satisfactorias” y realzando otras, sin ninguna experiencia, por lo cual debía retirar una y otra vez el maquillaje. En realidad otro pretexto. Laura no necesitaba ningún maquillaje. Su cuerpo de 18 años, modelado por una vida de alimentación equilibrada y ejercicios

al aire libre, sano, hermoso, no exhibía defecto alguno. Hacía mucho frío; el cuerpo de la niña se había cubierto de puntitos; entonces Juan Cruz prendió todas las estufas de las dos salas. Se dieron cuenta de que era pasado el mediodía por el hambre que les dio; aquellas horas con ella desnuda los habían excitado sexualmente, así que hicieron el amor sobre un par de frazadas extendidas en la mullida alfombra. Luego del almuerzo durmieron una media hora, desnudos, envueltos en aquellas mismas frazadas. Pronto Juan Cruz se vistió y tornó a trabajar con el cuerpo de Laura. Hizo tomas desde todas las perspectivas imaginables. En un momento en que calentó el sol salieron al frondoso jardín del fondo, y allí se fotografiaron juntos, desnudos, usando un trípode y el disparador automático. Finalmente se vistieron y fueron a caminar por el Parque Aguirre, pues, todavía en tren de “justificar” ante la conciencia propia y las ajenas su interés por el cuerpo de Laura, Juan Cruz había determinado tomarle unas cuantas fotografías, “normales”, entre los árboles, junto a las esculturas neoclásicas, como solían hacer las parejas burguesas.

18

La Cofradía de la Flor Solar - Se ama o no se ama

El 29 de mayo Laura lo llamó por teléfono para avisarle que había una gran asamblea en su facultad. Eran las once, aproximadamente. Juan Cruz llegó justo en el momento en que un periodista de radio iba a entrevistar a los dirigentes del Centro de Estudiantes. Uno de ellos, miembro de SER, lo

invitó a acompañarlos. Iban a grabar el reportaje en una confitería cercana. Allí Juan Cruz se enteró de que los estudiantes iban a comenzar una movilización para conmemorar el tercer aniversario del Cordobazo, pero también para dar fuerza a ciertas reivindicaciones, de las cuales la principal era la estatización de la Universidad Católica –que por ese entonces controlaba casi todas las facultades y hacía pingües negocios, pues las carreras más convocantes se habían concentrado allí. Otra de las reivindicaciones, más inmediata, era la rebaja de los aranceles.

Juan Cruz y Laura decidieron quedarse aquel mediodía en la Facultad de Ingeniería Forestal; la asamblea era cada vez más numerosa, se vivía un clima de fervor revolucionario que parecía a punto de gestar, en cualquier momento, hechos trascendentes. Se había entablado entre los tres grupos estudiantiles de los diferentes sectores políticos un torneo de oratoria, que a todos beneficiaba, pues los oradores exponían, en profundidad, sobre los conflictos más candentes de la sociedad argentina de aquel momento. Temas como *Liberación o dependencia*, *Frente amplio* con la burguesía o *Lucha de clases*, *La guerrilla* y *Los presos políticos* de la dictadura de Lanusse, se debatían allí con aportes teóricos y datos estadísticos.

Como a la una de la tarde la concurrencia empezó a ralear; muchos de los estudiantes de Ingeniería Forestal fueron al comedor universitario, especialmente los que eran del interior o de otras provincias. Algunos volvieron a sus casas, la mayoría se quedó deambulando por los alrededores o fue a hacer una siestita en la plaza. La policía exhibía aún a pequeña escala su presencia, haciendo pasadas escudriñadoras en varios patrulleros. Se había llamado a una reunión de todos los

Centros de Estudiantes de las dos universidades a las dos y media, y la TER (Tendencia Estudiantil Revolucionaria, que controlaba el Centro de Ingeniería Forestal), había hecho extensiva la invitación a los partidos políticos. Laura y Juan Cruz optaron por almorzar un par de sanguches de lomo y verduras, en un quiosquito que habían descubierto hacía poco, cerca del parque. El hombre era un verdadero *cordon bleu*: usaba un pan de Viena especial, de sabor exquisito, la verdura siempre rozagante y una carne blandísima.

La asamblea de la tarde fue muy numerosa. Durante horas se discutió el camino a seguir. Se había incorporado un tema explosivo: la Facultad de Ciencias Económicas estaba a punto de cerrar sus puertas, por falta de pago de los aranceles. El Centro de Estudiantes los había considerado excesivos, y había instado a suspender la cuota hasta llegar a un arreglo. De esto hacía ya dos meses, no se logró el arreglo; por el contrario, el rectorado se había endurecido, decretando el "cierre provisorio" de la Facultad, a partir del 1 de junio: en tres días. El presidente del Centro, entonces, había concurrido a la asamblea a solicitar la solidaridad de todos los estudiantes de Santiago, para oponerse a lo que consideraban impiadoso negocio de quienes llamaban "demonios cristianos". Puesto que todos los funcionarios que controlaban la Universidad Católica eran, a la vez, principales dirigentes del Partido Demócrata Cristiano de Santiago del Estero.

Los del Movimiento de Orientación Reformista (PC) coincidieron con los de Franja Morada (radicales) en que debían iniciar una campaña de "esclarecimiento" a través de los medios de difusión, pero no adoptar de inmediato medidas de fuerza, "para no agudizar la represión".

Las tendencias revolucionarias –que junto al PSP manejaban la mayoría de los centros–, defendieron con ardor la tesitura de marchar por las calles hacia la Facultad en cuestión, y si era necesario, tomarla por tiempo indeterminado. Inusitadamente –para Juan Cruz– el PSP apoyó esta postura.

Cada sector se mantenía firme en sus posiciones; esto produjo que las discusiones se hicieran tediosas e interminables, a veces con citas de Marcuse o Mao Tse Tung no siempre necesarias. Entonces los asambleístas empezaron a mostrar su disconformidad, voceando a coro:

"¡Vamos a la calle!" "¡Acción ya mismo"!

" ¡Basta de discusión teórica! ¡Acción, acción"!

Con aire de triunfadores, los dirigentes de los sectores revolucionarios propusieron que se dirimiera este asunto por votación. Así se hizo.

Como era de esperar, triunfó la postura de marchar hasta la facultad, aunque el PC y los radicales consiguieron que no se tomara la facultad, sino solamente se hiciera un mitin frente al edificio, y a partir de él se diera por iniciada la famosa "campaña de esclarecimiento", con futuros actos de protesta, escalonados.

Eran las siete menos cinco y estaba oscureciendo ya. La temperatura había bajado mucho. Juan cruz había llevado sólo una campera de loneta sobre su camisa de Grafa, y Laura, que tampoco venía suficientemente abrigada, no había querido ir hasta su casa a buscar ropa por temor a que la hicieran quedar. Las radios transmitían ya los aprestos de la movilización

estudiantil; iban y venían los patrulleros por toda la ciudad, y en su cuartel la Guardia de Infantería alistaba columnas de gigantescos policías con escudos, cascos y pistolas lanzagases.

Montes, el rector de la universidad, estaba reunido con el Jefe de Policía y un teniente coronel del regimiento local. Informados por los soplones que la policía infiltraba entre los estudiantes, estaban al tanto de la gravedad de la situación. Montes, un dirigente demócrata-cristiano siempre dispuesto a legitimar cualquier gobierno que saciara en algo la voracidad de poder de su grupo, se había manifestado a favor de la intervención del ejército "si la situación se tornaba ingobernable".

Como si se tratara de una fiesta, los estudiantes avanzaban con lentitud, cantando y coreando consignas:

"¡Montes, chupasangre

dejá de especular

con guita de estudiantes!"

A lo largo de la calle Independencia, la gente salía a las puertas de sus casas y los negocios a presenciar el desfile.

"¡Obreros y estudiantes,

unidos adelante!"

En el crepúsculo, las luces no adquirían aún su potencial mayor.

"¡Perón, Evita,

la Patria Socialista!"

Por la Nueve de Julio emergió una columna con carteles de la Federación Juvenil Comunista, que se unió al grueso con sus consignas.

“El pueblo, unido,

jamás será vencido”

En la plaza Libertad, decidieron hacer una parada para dar tiempo a grupos que se dirigían hacia allí desde distintos puntos de la ciudad.

“¡Se va a acabar!

¡Se va a acabar!

¡La dictadura militar!”

Un estudiante del ARU tomó un megáfono y comenzó a arengar en contra de las autoridades de la Universidad Católica (se bromeaba con el nombre de este nucleamiento estudiantil, cuya sigla era anagrama de una palabra quichua muy popular en Santiago).

“¡Se va acabar!

¡Se va a acabar!

¡La dictadura clerical”!

Un grupito descolgado se puso a corear:

“¡Se va a acabar!

¡Se va a acabar!

¡La burocracia sindical”!

Silbidos, chistidos unánimes y abucheos lo ahogaron rápidamente. Estuvieron en la plaza principal cerca de media hora, en la cual no cesaron de llegar contingentes juveniles, pequeños y grandes.

La policía también había comenzado a concentrar sus fuerzas. Desde las veredas que circundaban la plaza seguían con atención los movimientos de los estudiantes. De civil, tres o cuatro fotógrafos apuntaban sus teleobjetivos hacia uno y otro lado de la multitud.

–Mirá –dijo uno de ellos a su compañero– aquí lo tengo enfocado a Castañeda.

El otro tomó la cámara tratando de no moverla de la dirección indicada. El que había hablado precisó:

–Ese de barba, con cara de niño malo...

–Aha... ¿quién es? –preguntó el otro fisgón.

–Creo que es un “capo” montonero... pero lo tienen tapado... anda con un grupo de músicos y poetas... se hace el independiente...

–¿Y la minita que está con él, quién es? –quiso saber el que enfocaba.

–La novia.

–¿También montonera?

– ¡Y qué-te-parece!

Desde la plaza Libertad la manifestación enfiló hacia la Facultad de Ciencias Económicas. Como no poseía edificio propio, funcionaba en un antiguo colegio de monjas, que ocupaba toda una manzana. Allí había sido *interna*, cuando niña, la madre de Juan Cruz. Luego de una breve parada en la Plaza San Martín, frente a la Casa de Gobierno, siguieron hasta el colegio que estaba, exactamente en diagonal, a su frente.

"¡El pueblo, unido,

jamás será vencido!"

La sede del Partido Socialista Popular, que también estaba en diagonal con la Casa de Gobierno, plaza de por medio con el Colegio, era escenario en ese preciso momento de una convención de obreros rurales.

Juan Cruz se había dado una vuelta por allí, y había quedado impresionado, más que por el número –debían ser una ochenta o cien– por la "composición de clase" de los convencionales. Hombres y mujeres curtidos por el sol, de ropaje humilde, contrastaban con la desenvoltura y los jeans de los estudiantes que había en la plaza.

–Esto es lo que nos hace falta –le dijo a Laura–. Obreros.

"Nuestro partido tiene muy buen trabajo entre los rurales", recordó que le había dicho Alejandro Valor. Cuando se concentraron al frente de la facultad, Juan Cruz se acercó a uno de los dirigentes estudiantiles para decirle:

–Che, esta manifestación está muy linda, pero es muy sectorial... Tendríamos que convocar el apoyo del resto de la población, especialmente de los obreros... En este momento, hay una reunión de ellos en el PSP, aquí a dos cuadras. ¿No

podrías vos subir y consultar a la asamblea, si aprobaría que se invite a esa gente para acompañarnos?

–Bueno, podría ser –dijo el otro medio a desgano, y siguió con su trajín.

Pero las arengas y discursos, políticos o no, se sucedían, y Waechter (el presidente del ARU, a quien Juan Cruz hablara) no aparecía sobre el cantero que habían improvisado como escenario. La policía había encerrado a la manifestación: por un lado y otro, verdaderas paredes humanas, con escudos, cascos y bastones, cerraban las dos calles, que haciendo ángulo recto, contenían el acto de protesta. Se debatía qué hacer. Hacía unos minutos, el Jefe de Policía, a través de un altoparlante, había invitado a los estudiantes a dispersarse en grupos de no más de cuatro. Al principio, nadie se movió.

Muy pronto los tímidos –incluyendo a todos los dirigentes de Franja Morada, los de la Juventud Demócrata Cristiana y muchos del PC, Juan Cruz tomó buena nota de ello– comenzaron a acatar la orden, disimuladamente. Los ánimos parecían languidecer. En ese momento, y para sorpresa de Juan Cruz, su ex socio Panchín Herrera subió a la fuente y a los gritos dijo:

– ¡Compañeros! ¡Las fuerzas de la represión nos han cortado todos los caminos! ¡No nos queda más que uno: tomar la facultad! ¡Tomemos la facultad, compañeros, para demostrarles nuestra voluntad de lucha y la organización del movimiento estudiantil!...

Entonces un grupo numeroso comenzó a golpear las grandes hojas de madera del portal hasta que una monja abrió una ventanilla y preguntó qué sucedía.

–¡Por favor, hermana! ¡Abránnos las puertas! ¡Nos ha encerrado la policía! ¡Y están comenzando a tirar gases lacrimógenos!

La hermana pidió unos segundos para consultar a la superiora. Poco después, casi mágicamente, el portal se abrió y los estudiantes entraron en andanada. Mientras se apiñaba con los que iban ingresando, Juan Cruz pudo observar que su ex socio, el secretario de la Federación Juvenil Comunista, se iba deslizando discretamente por la orilla del muro, para dirigirse hacia la Avenida Belgrano. Al parecer no le importaba haber sido él quien propusiera la toma de la Facultad… personalmente, prefería "borrarse"…

Ya adentro, Waechter trepó en una fuente medieval y usando un megáfono comenzó a recomendar, con voz tonante, crear un comité coordinador. Juan Cruz se subió un momento junto a él para pedirle que pusiera a votación su propuesta de invitar a los sindicatos y al congreso del Partido Socialista Popular a solidarizarse con su lucha.

–¡Y proponelo vos! –replicó el rubio dirigente estudiantil –¡Tomá! –exclamó, extendiéndole el megáfono.

Juan Cruz se quedó cortado. Por un momento, no supo cómo empezar. Turbado, apagó la batería del megáfono, luego, al intentar encenderlo nuevamente, este comenzó a lanzar chillidos.

–¡Uuuuhhh! –gritó alguien desde la multitud: –¡¿Qué pasa!? ¡Organicémonos! ¡La policía pronto va a atacar!...

Algo turbado, Juan Cruz pudo comenzar por fin su alocución:

–¡Compañeras y compañeros: en estos momentos se realiza un congreso del Partido Socialista Popular, aquí a una cuadra de distancia! – comenzó Juan Cruz. –Allí hay representantes de toda la provincia, muchos de ellos genuinos obreros rurales.

"También la CGT, en la calle 25 de Mayo, celebra hoy una asamblea extraordinaria… propongo que pidamos su apoyo a este justo movimiento revindicativo de los estudiantes… pues creo que así como se logró en el Cordobazo, la unidad de estudiantes y obreros es imprescindible, para impedir que la burguesía doblegue, una vez más, los esfuerzos valientes pero no siempre suficientes de los oprimidos"…

Desde la asamblea un joven buen mozo, con tonada porteña, pidió la palabra y apoyó a los gritos la propuesta de Juan Cruz. Se ofreció, además, a acompañarlo.

–¡Vayan! ¡vayan! –gritaban numerosas voces. Entonces salieron rápidamente.

El joven se hacía llamar Rody. En el corto camino entre el Colegio de Belén y la Casa Obrera, del PSP –apenas cruzando una plaza– le dijo que era del PRT. Por su condición de obrero metalúrgico, tenía vínculos con sindicalistas del peronismo.

Irrumpieron en el inmenso salón del PSP y se quedaron un tanto inhibidos ante las miradas pétreas de un centenar de personas, casi todos hombres. Dispuestos ante un rectángulo gigantesco formado por tablones cubiertos por manteles, sobre los cuales se diseminaban carpetas y papeles, la mayor parte de los congresales debían superar los cincuenta años de edad. Casi todos de tez oscura, nuevamente impresionó a Juan Cruz su aspecto de trabajadores, con sus pieles gastadas por la intemperie y el sol. Al fondo, sobre una tarima, don Pedro

Lobo, el ya anciano presidente del Partido Socialista Popular, moderaba la reunión.

–¡Qué ocurre, jóvenes! – exclamó, fastidiado.

–Por favor, don Pedro –pidió Juan Cruz. –Soy simpatizante de la Juventud Socialista… permítame hablar con la asamblea…

–¿De qué tema? –quiso saber el anciano.

–La policía nos ha obligado a refugiarnos en el Colegio de Belén, donde funciona la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica…–explicó el joven–. Venimos con mandato de la asamblea de los estudiantes, a informar sobre esto y solicitar el apoyo del Partido, que consideramos importante…

El viejo frunció el ceño. Por un momento pareció que iba a echarlos. Pero luego concedió:

–Está bien… hable… pero sea muy breve…

Tal vez el error fue convocar a los sufridos y avejentados dirigentes con un lenguaje demasiado flamígero. Como todo militante novel Juan Cruz daba amplitud excesiva a ciertos vocablos… vio la cara del viejo Lobo torcerse en una mueca de cada vez mayor reprobación, mas no se desanimó:

–…igual como los patrones los sojuzgan a ustedes, imponiéndoles jornadas de trabajo inhumanas –argumentó, volviéndose hacia los convencionales del campo–, del mismo modo como les pagan salarios miserables por su trabajo valiosísimo, para extraerles la plusvalía, así los chupasangres de la Universidad Católica explotan y extraen la plusvalía a los

estudiantes –los rostros de los rurales se mantenían pétreos, indiferentes.

–¡Modere su lenguaje, jovencito! –le recriminó el viejo Pedro Lobo– ¡Y por favor concrete algo!

–Sí, lo concreto es que venimos a invitar a los obreros y militantes del Partido Socialista Popular, aquí reunidos, para que se sumen a nuestra lucha, enviando una delegación, o, al menos, emitiendo un comunicado público –exclamó abruptamente Juan Cruz.

Por un momento, nadie habló, todos se quedaron mirándolo, en silencio. Luego lo hizo el viejo Lobo:

–Bueno jovencito. La propuesta ya está hecha. La someteremos al análisis de esta convención. Ahora les pido que se retiren, para que podamos continuar sesionando.

Salieron a la vereda fría con una amarga sensación de derrota. Rody preguntó:

–¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos a la CGT?

–No sé si vale la pena –dijo Juan Cruz– Si así nos responden los socialistas... te imaginas, los amarillos de la UOM y la UOCRA, qué nos pueden responder...

–¿Qué es eso?

–Pistolas lanzagases –contestó Rody– han empezado a tirar.

Juan Cruz pensó: “Laura”

–Vamos, volvamos –dijo, y empezó a correr, de regreso a la facultad. A su frente se había armado un barullo similar al de las hormigas cuando les destapan el hormiguero con un palito:

en la puerta se amontonaban los estudiantes pugnando por entrar para ponerse a salvo de los gases, mientras algunos trataban de huir en sentido contrario. Juan Cruz y Rody sorprendieron a los policías del cordón, que los vieron saltar la valla para meterse en medio de la zona de riesgo. Los estudiantes habían sacado bancos, mesas, sillas y pizarrones de las aulas, amontonándolos en medio de la calle; también salvaron ese obstáculo de un salto. Diez o doce policías como seres extraterrestres, con máscaras, guantes y uniformes cubiertos de blindajes se lanzaban contra la multitud; desde muy cerca de la barricada disparaban sus gruesas pistolas lanzagases, apuntando hacia arriba, pausadamente, como si estuviesen realizando una tarea de fumigación en un sembrado. A cada estallido cruzaba el aire una estela de humo y se armaban nuevos revuelos y griteríos de mujeres entre la muchedumbre. A los empujones, Juan Cruz y Rody se introdujeron por la gran puerta atosigada en el patio de la facultad. Allí recibían a los que ingresaban piquetes de jóvenes con pañuelos en las caras, que guiaban el tránsito hacia los jardines del convento:

–¡Usen los pañuelos! ¡Mójenlos y tápense la cara con ellos! –gritaban– ¡En el patio hay canillas! ¡mojen los pañuelos y átense las caras!

Juan Cruz caminó por el veredón en medio de los canteros con sus macizos de plantas, tratando de distinguir entre la niebla a alguien conocido. Los policías habían empezado a tirar hacia adentro sus bombas. Aquí y allá, de repente, se levantaba una columna de humo blanco, muy enseguida del estallido, vejando de un modo siniestro la armonía oscura del antiguo jardín conventual.

–¡Juan Cruz! –oyó que le decían. Preocupado por ubicar a Laura, aún no se había puesto el pañuelo en el rostro; por entre las lágrimas reconoció por la estatura y los ojos azules a Diana.

–¡Laurita está adentro, en un aula! –dijo ella, con la voz apagada por el pañuelo.

Enseguida la encontró y se quedó tranquilo. Un grupo de chicas habían hablado con las monjas que vivían en el convento. Luego de prometerles cuidar las instalaciones, habían conseguido que la madre superiora les diese las llaves de la dirección –donde estaba el teléfono–, las aulas y la capilla.

–Si la policía derriba las puertas, enciérrense todos en la capilla... no se atreverán a profanarla –había dicho la madre.

Sucedía que, apenas los estudiantes terminaron de entrar y trancaron las puertas, un grupo de policías, con un ariete, estaba intentando abrirlas por la fuerza.

Sin embargo, las hojas antiquísimas, cruzadas por dentro con una pesada traba de hierro, apenas se conmovían. Un grupito de muchachos y chicas se habían trepado al techo; desde allí, asomando la cabeza, observaban los esfuerzos de los policías con el ariete, y les lanzaban de vez en cuando algún escupitajo.

Se había creado un “comité de organización”, en el cual había un “encargado de relaciones y prensa”, que resultó ser Rody, el obrero porteño. Desde la oficina del director, se mantendría contacto con la radio, televisión y diarios, además de partidos políticos y otras instituciones, durante el tiempo que durara la ocupación. Febrilmente, se había elaborado un comunicado, en el cual se especificaban los puntos mínimos

exigidos para deponer la actitud de los 300 estudiantes encerrados en el edificio del Colegio de Belén. Los policías seguían atacando las puertas con su ariete. Ominosos crujidos provenían de allí, mientras Rody trataba de comunicarse con el informativo. Cuando lo hizo, el locutor lanzó al aire la noticia de que fuerzas policiales estaban a punto de derribar las puertas venerables del antiquísimo Colegio de Belén. A los cinco minutos, como por arte de magia, el ruido cesó. Una ovación saludó el alejamiento de los policías de la puerta. Los que estaban en el techo, les gritaban:

–¡Hermanos! ¡No tiren contra nosotros! ¡Ustedes son parte del pueblo!

De pronto se detuvo también el lanzamiento de gases. Al parecer iba a haber una tregua. Desde uno de los techos, Juan Cruz y Laura vieron a la policía replegarse. Pero enseguida comprendieron que lo hacían sólo para ubicarse mejor. Se colocaron formando un inmenso círculo con sus carros de asalto y sus Ford Falcon, de tal manera que nadie podría salir ni entrar en la plaza ni en aquella manzana sin atravesar el erizado anillo. Juan Cruz pensó en qué habrían hecho el viejo Lobo y sus secuaces. Desde donde estaban se podía divisar, apenas, por entre los árboles, “La Casa del Pueblo”, con las luces apagadas. En su vereda, se arracimaba un grupo de policías con transmisores portátiles. Al lado, apoyando su espalda en la Iglesia Ortodoxa, un camarógrafo de la televisión apuntaba su objetivo hacia los techos del convento. No se veían curiosos ya. Sólo policías.

Juan Cruz bajó primero, para ayudar a que lo hiciera Laura.

A las doce de la noche se armó un revuelo nuevamente. Desde la calle, por altavoces llamaban a los representantes

estudiantiles a asomarse. Les hablaría el gobernador. Luego de recibir garantías de que la policía no iba a atacar, un grupo se acercó a la puerta, mientras otro quedaba listo para volver a cerrarlas, al primer indicio de agresión.

Allí estaba, en la vereda de enfrente, rodeado de policías. Y también había un militar. Herter. Principal compinche de Montes en la Democracia Cristiana. Juan Cruz pensó hasta qué punto los rostros expresan una verdadera radiografía del alma de los individuos. Se acordó de lo que dijera la madre de Cecilia cuando Lanusse lo nombró gobernador: "...Pensar que la madre de Chichita Leguizamón se negaba a su casamiento con él... Ese aventurero, hijo de un espantapájaros inglés!", decía... "¡Es un ave de rapiña!" Al parecer no se equivocaba. "Pero ahora los Leguizamón están en la miseria, y Herter no ha dejado de hacer buenos negocios... incluyendo éste de conseguir que los milicos lo hagan gobernador". La cara del abogado Herter, efectivamente, era la de un ave rapaz. No dejaba de tener prestancia y cierta belleza masculina, pero había algo de siniestro que trascendía su persona, atravesando los ropajes atildados y la estudiada "dignidad" con que el personaje se movía. "Herter se prestó a que lo usen de condón los milicos –pensó Juan Cruz– pero a través de ese juego él también gana. A partir de ahora va a ser la carta dictatorial de la DC. Mientras Montes conserva la fachada 'democrática'. Asquerosa astucia política".

Cuando todo se aquietó, Herter dio un paso al frente y habló, mirando a los estudiantes con esa franqueza señorial que suelen utilizar los estafadores profesionales.

–Señores –dijo–. Quiero dialogar con los responsables de este acto–. Un murmullo desaprobador recibió sus palabras. Luego, una chica contestó:

–¡Aquí no hay responsables orgánicos! ¡Todos y cada uno, somos responsables!

–Por favor, identifiquesé señorita –dijo el gobernador.

–No hace falta señor gobernador. Usted no me conoce.

–Pero quiero saber con quien estoy hablando. No voy a discutir con alguien anónimo.

–Aquí cualquiera que hable representa al conjunto –dijo Rody–. No hace falta que digamos nuestros nombres, para que la policía nos fiche... Ya le dijimos que aquí no hay responsables, o en todo caso, hay 300 responsables.

El diálogo de quince minutos no obtuvo resultados. Herter pretendía que los estudiantes abandonen incondicionalmente la facultad. Estos en cambio dijeron que no iban a moverse si no se presentaba el rector, Montes, y se comprometía a dar respuestas a sus reivindicaciones. De nuevo se cerraron las puertas, y otra vez, con la policía apostada en su inmenso anillo, cundió un silencio cargado de tensiones.

El cielo estaba completamente negro. Tomados del brazo, caminaban por los jardines del convento buscando vainas de bombas gasíferas, cruzándose con otros, chicas y muchachos, que hacían lo mismo. Aún no se terminaban de disipar las pesadas emanaciones blancas. En la cabeza de Juan Cruz, sonaba la guitarra con distorsionador de Edelmiro Molinari y la

voz de Luis Alberto Spinetta cantaba bajito: “Los elefantes saben donde ir... quieren morir en paz”...

Pidiéndole a Laura que le hiciera base con sus manos, Juan Cruz trepó nuevamente al techo. Enseguida bajó, pálido:

–¡El ejército! –dijo– ¡Ha venido el ejército! ¡Están ahí, los conozco bien! ¡Han instalado ametralladoras punto 50! ¡Están locos! ¡Creen que van a desarrollar una guerra! ¡También hay morteros y tanquetas!

Enseguida corrió la voz, y el miedo se sintió en el aire, pese a que casi nadie lo manifestaba. Se reunió la asamblea, en una sala de conferencia. Los ánimos se habían aplacado, y había muchos ahora que proponían buscar fórmulas de conciliación. Finalmente, se impuso la decisión de abandonar el colegio apenas despuntara el día, para evitar detenciones subrepticias. Pero se mantendría, ante las autoridades, la consigna de “ocupación por tiempo indeterminado”, para negociar. Los dirigentes recomendaron calma, y la situación recuperó una apariencia de distensión.

Cerca de las dos de la madrugada, consiguieron una frazada y se fueron con Laura a recostarse un rato en la capilla. Subieron a la plataforma de madera donde se instalaba el coro, y allí se echaron, abrazados, tratando de darse calor con los cuerpos. La radio había dicho que hacía tres grados bajo cero. Otros habían buscado refugio allí, y trataban de dormir como podían, sobre el suelo de madera. La capilla era bellísima, enteramente construida y ornada en estilo colonial. Juan Cruz sintió temor de estar profanando el templo, pero se convenció pronto de que no era así. “Lo hacemos por una causa justa”, pensó, “o al menos creemos, sinceramente, que es así”. Sintió

la frente combada de su novia junto a sus labios y la besó. “Virgen Santísima”, pensó, “protege nuestro amor”.

Estaba empezando a adormilarse cuando escuchó los gritos que llamaban nuevamente a reunión. Los miembros del comité recorrían el colegio anunciando que vendría alguien destacado, “un mediador”, decían. “Un hombre de confianza, del campo revolucionario”.

Resultó ser el “Puca” Abdulajad. El peronista revolucionario que había ganado la gobernación de Santiago en las elecciones de 1962. Anuladas de inmediato por Arturo Frondizi, bajo presión de los militares.

Media hora después, entre despliegues aparatosos de un lado y otro, se abrió la puerta del convento y emergió, por el largo pasillo a oscuras, la cara de luna del Puca, sonriente, con esa sonrisita sardónica, frecuente en los hombres a la vez poderosos y escépticos sobre el propio prestigio del poder. Entró aplaudido por todos, con su chaqueta de médico y encima de ella una campera pasamontaña, para instalarse frente al altar en la capilla, como si fuera un sacerdote. Los estudiantes callaron, y el Puca empezó a hablar, con marcada tonada santiagueña, en un tono afable, calmo.

El Puca era un dirigente histórico del peronismo, y pertenecía a las filas de los que se habían jugado. Luego de la caída de Perón, en momentos en que la gran mayoría de la dirigencia defeccionaba o se pasaba lisa y llanamente al enemigo, el Puca había sido uno de los pocos santiagueños que colaboró con la Resistencia. Cuando lo torturaron a Jorge Rulli, en 1961, Abdulajad formó parte del grupo que denunció su apresamiento y se presentó a pedir por él. En tiempos de poder casi omnímodo del dictador militar Juan Carlos Onganía, eran

poquísimos los dirigentes peronistas que se atrevían a reivindicar a un militante juvenil. La juventud parecía ser el enemigo principal para la dictadura de entonces, y ese joven, para peor, estaba ligado al surgimiento de los primeros grupos guerrilleros en la Argentina. Rulli narró al autor de este libro que no olvidó a Abdulajad, por una salida graciosa que tuvo en aquella oportunidad. Él estaba torturado, desnudo –sobre una camilla, medio desvanecido aún, cuando dice que sintió una voz provinciana que exclamaba:

–Mirá cómo habían sido las marcas de la picana... –se asombró– ¡parecen *shishis*! (Los "shishis" son una hormiguitas pequeñas, rojas. El vocablo es quichua.)

Ese era Abdulajad.

El turco habló sobre la conveniencia de deponer la actitud intransigente que los estudiantes seguían proclamando. "Yo voy a hablar con ese trásfuga de Montes –así decía él: "trásfuga"–, muchachos, pero no se hagan ilusiones... Los milicos están muy duros, y él los alimenta... No conviene desgastar las fuerzas ahora, que vamos ganando... Mejor busquemos una conciliación... Ustedes acepten una reunión más adelante, para discutir las reivindicaciones, y depongan, muchachos, depongan... háganme caso, ustedes saben que yo no los voy a traicionar. Yo voy a conseguir garantías de que no pongan preso a nadies" (también decía así: "nadies").

Enseguida la dirigencia estudiantil aceptó la propuesta del Puca. Juan Cruz quedó asombrado por el ascendiente que el viejo luchador tenía sobre los jóvenes. Muy poco después de que el Puca se fue, anunciaron por altoparlantes que el rector, Montes, se había hecho presente y quería hablar a los estudiantes.

De nuevo la masa humana se movilizó, para amontonarse en la misma puerta por la que se dialogara con el gobernador. Nuevamente luego de requerir seguridades, la anchísima doble hoja se abrió. Eran las cuatro de la mañana. Cuando se hizo silencio, tomando un megafón, Montes habló.

–Me imagino que la mayoría de ustedes está consciente de la gravedad de los hechos que están produciendo –empezó. Y, así continuó, durante cinco minutos, con un discurso de pretensión doctoral, en el tono agrio que poseía su voz gutural y deliberadamente sentenciosa.

Hasta que uno de los estudiantes lo interrumpió:

–¡No se gaste Montes! ¡A las cinco de la mañana vamos a salir, apenas aclare! –gritó– ¡Pero no lo haremos por lo que usted nos diga, sino por el compromiso que hemos asumido con el doctor Abraham Abdulajad!

Como a una señal, los estudiantes empezaron a corear:

"¡Que se vaya! ¡Que se vaya!".

Montes ya no pudo hablar y las puertas se cerraron.

A las cinco de la mañana, Rody anunció desde una cornisa, haciendo altavoz con las manos, que los estudiantes iban a salir. La policía se había acercado hasta la vereda, formando un cerco amenazante y compacto. De nuevo el ambiente se puso muy tenso. Un comisario ordenó a los estudiantes que fueran saliendo de a uno, para que en un móvil de las "fuerzas del orden" se los trasladara hasta la Jefatura "a los efectos de identificarlos y disponer su inmediata libertad".

Sombrío y distante el obispo Manuel Tato contemplaba la escena desde una de las veredas. A su lado, el Juez Federal y varios periodistas: ésa había sido una condición inamovible que pusieran los estudiantes, a través del Puca, para salir.

Juan Cruz y Laura se negaron a separarse y después de una corta discusión el oficial les permitió viajar juntos, en un camión-jaula cargado de varones. Pero al llegar a la Alcaidía, tres policías femeninas la tomaron del brazo y la llevaron con las otras chicas.

–No te preocupes, enseguida va a salir –le dijeron a Juan Cruz.

Después de una media hora de espera en el patio sucio y frío, comenzaron a identificarlos por orden alfabético antes de dejarlos ir. A Juan Cruz le tocó enseguida. Luego del trámite, en vez de salir, se dirigió a la sección femenina. Allí, una oficial le dijo que Laura ya se había ido a su casa, con su padre "que estaba muy enojado", según la policía.

Apenas llegó a su casa la llamó por teléfono. "La situación está que arde, aquí", le dijo Laura cuchicheando. Quedaron en encontrarse en un rato –ella buscaría la forma de escapar– y enseguida cortaron.

Se encontraron por un rato esa misma tarde, era un día nublado. Ninguno de los dos se había bañado aún. La excitación les duraba. Luego de conversar durante una media hora en la Plaza Absalón Rojas, Juan Cruz acompañó a su novia hasta la esquina de su casa. Y, pese a las horas en vela y el cansancio, caminó luego las treinta cuadras en diagonal que lo separaban de su casa. Al llegar, su abuela preguntó si quería

que le preparase una costeleta con puré. Ella sabía que algo peligroso y extraño estaba sucediéndole a su nieto. Sin embargo, no preguntó nada. Él, de repente, tomó consciencia fugaz de esa maravillosa presencia que había mitigado tantos dolores psíquicos desde sus cinco años. Cuando su madre se fuera.

–Bueno abuela… pero me voy a bañar, primero… –contestó. Se había conmovido. Bajo la ducha, se dio cuenta que se le estaban escapando algunas lágrimas.

Durmió hasta las dos de la tarde del día siguiente. Recién por la noche, luego de haberse encontrado por un breve rato con Laura, fue a ver a Jorge y Manolo, dos miembros fundadores del Grupo SER, que lo habían llamado por teléfono. En la vereda de la biblioteca Francisco de Aguirre, bajo un amarillento farol, conversaron. Ambos jóvenes llevaban los cabellos muy largos. Jorge estaba escandalizado. Fue quien mantuvo todo el tiempo la palabra cantante, por parte de ambos.

–¿Ya has visto esto que salió en el diario El Siglo? –dijo exhibiendo una página que había traído doblada bajo su campera. –Dice que somos un grupo subversivo… “SER”, grupo subversivo que participó en la toma de la facultad… ¡Tenemos que sacar una aclaración! – exigía.

–No te la van a publicar…–respondió Juan Cruz…

–Además, yo no sé con qué representación vos has ido a utilizar nuestro nombre en una acción violenta… –continuó Jorge.

–Los únicos violentos ahí eran los policías… junto a Laura y yo estaba también Cuno… –se defendió Juan Cruz– él no se

opuso a que habláramos en nombre de SER… incluso, él mismo pintó muchos de los letreros con aerosol que hoy aparecen fotografiados en el diario…

–¡Junto a la pintada de SER hay una estrella del ERP, en la foto del diario! –se escandalizó nuevamente Jorge –¡Nosotros no somos guerrilleros! –. Por cierto Juan Cruz eludió decirle que, a las dos pintadas, las había hecho Cuno.

No hubo conciliación posible entre el joven iniciador de la agrupación y sus cuestionadores. Si bien Manolo no dijo ni una palabra, se percibía en él tanto o más miedo que Jorge a que las garras policiales se abatieran, tarde o temprano, sobre el conjunto de los integrantes de SER.

TERCERA PARTE

Volantes contra la oscuridad. Trelew. Hora de los Pueblos. La audacia y el desconcierto. Se resquebraja la pasión. Prevalecen las tinieblas.

1

Aquelarre: Violencia en el parque

–Te leo –dijo Laura, levantando los ojos castaños de la revista que tenía en sus manos.

–Bueno –contestó Juan Cruz, que sostenía también una revista frente a él. Hacían eso casi todos los días. Se encerraban en la piecita de Juan Cruz con una pila de diarios y revistas, a leer, y cuando uno de los dos hallaba algo interesante, lo leía en voz alta.

–La picana fue en estos últimos años un utensilio que conoció la piel de todos los estamentos sociales argentinos, Iglesia, inclusive... –leyó Laura, con voz nítida pese a su ronquera congénita. Gervasio Mecca es un entrerriano de 33 años, en diciembre iba a ser ordenado sacerdote católico en el seminario de Córdoba. El 4 de abril fue detenido en la parroquia de Villa El Libertador, donde ayudaba al cura tercermundista Víctor Acha. Pero él no era tercermundista:

simplemente un aspirante al sacerdocio. En la casa de un ex - seminarista, el montonero Rossi (caído en acción guerrillera), fueron encontradas dos cartas de Mecca. De allí el hilo que condujo a su absurdo cautiverio con atroces torturas...

Juan Cruz dejó la revisa que hojeaba y empezó a caminar por la pequeña pieza.

–...fueron diez días –continuó Laura– (del 4 al 14 de abril). De Córdoba fue conducido encapuchado hasta la comisaría de Vicente López. De ésta a la Cámara Federal y de allí a la cárcel de Devoto. No se lo acusó de nada en especial. Sólo se lo interrogó sobre antiguos miembros de la Juventud Obrera Católica o ex seminaristas supuestamente ligados a la lucha armada. Los curas del Tercer Mundo eran objeto de investigación en medio de sarcasmos y apremios: “¡Curas eran los de antes, no ustedes, que sólo quieren coches y mujeres!... ¡Ustedes están destruyendo la Iglesia, infiltrados en ella!...” Mecca recuerda: “Sentí que me anudaban un cable o alambre a un dedo del pie, e inmediatamente me sacudieron con una descarga eléctrica; así empezó el interrogatorio... me obligaban a inventar lo que desconocía... cada pregunta equivalía a varias aplicaciones de picana en todo el cuerpo... luego comenzaron con los genitales y el ano. Aquello fue insoportable... me decían ¡negro, cantá... no macaniés!... Me desmayé varias veces. Sentí que me aplicaban inyecciones. Alguien dijo ‘Bueno ché, total no es el primero que se me va’... Después un día y otro día. Una tarde, el que me picaneaba me preguntó si sabía qué les pasaba a los testículos con la aplicación de la picana. Como le dije que no, me contestó que se secaban y que eso me iba a pasar a mí si no cantaba. Varias veces me mojaban en cuerpo y daban orden de darle a la máquina otra vez, porque me estaba contradiciendo. Yo no podía recordar

nada, estaba totalmente mareado y extenuado... Después de un largo viaje aparecíamos en la comisaría de Olivos, donde me sacaron el capuchón. Me dijeron que tenía que declarar espontáneamente algo que habían dejado escrito en un papel los que me trajeron. ¡Era la confesión! que me arrancaron con la tortura".

–¿Qué te parece? –preguntó Laura, interrumpiéndose.

–Que el tal Mecca (así se llama, ¿no?) –contestó Juan Cruz– se hace el *gilberto*. Bueno, pero está bien. No les va a ir a decir a los milicos: "métanme en cana, soy montonero".

–¿Sigo? –preguntó Laura.

–Sí seguí.

–Pero luego recuperó la libertad. Los Obispos guardaron silencio ante el hecho. ¿No lo podían creer?... Gervasio Mecca vive con sus 33 años, un recuerdo triste y un rictus amargo en los labios. Quiere ser sacerdote católico a pesar de todo. En diciembre piensa recibir las órdenes sagradas... "Si tuviese la certeza de que lo ocurrido en mi persona –comenta a PRIMERA PLANA– fuese nada más que un caso aislado, dudaría en exponerlo, aunque no lo justificase para nadie. Pero hay una muchedumbre que espera que no callemos, es el grito de la conciencia humana. He podido comprobar que lo que más aterroriza y enceguece a esos verdugos y sus amos es el nuevo rostro de una Iglesia que ya no se deja utilizar apañando sectores privilegiados o gobiernos antipopulares con una prédica sobre el cielo, la resignación o el desinterés por la construcción de la historia"... El seminarista cordobés debió elegir entre el cautiverio o la tortura. Después de su calvario, goza la libertad. En cambio, dos sacerdotes católicos, Elíseo

Morales y Juan Ferrante, permanecen recluidos en el penal de Resistencia (ver página 33). Quosque tándem… –¿Qué quiere decir esto? –preguntó Laura.

–No sé. Pero medio lo escracha el artículo, ¿no? –Juan Cruz se había acercado por detrás a su novia, para ver las fotos– "debió elegir entre el cautiverio o la tortura", ponen,como diciendo "si no hubiera cantado estaría preso, igual que Morales y Ferrante". Y eso del "rictus amargo". Melodramático. Un poco flojo, el redactor. A mí me gustaría verlo a él bajo la picana. Bah, a lo mejor se las aguanta. Esta debe ser Villa El Libertador –dijo, señalando la foto–. Qué pobre ¿no? A ver, da vuelta la hoja,..

–Obispos –musitó Laura– ¿te interesa?...

–Estamos ante una situación alarmante, la gente se pregunta qué sucede. Pero el interrogante queda sin respuesta –leyó Juan Cruz, apoyado en el hombro de Laura– Estamos frente a un sálvese quien pueda y como pueda... corrupción... fraudes... robos... mentiras... usuras y negociados se barajaban con la mayor naturalidad... En una coyuntura semejante puede suceder cualquier cosa... –¿Quién dice esto?... – "Antonio Quarracino.... obispo de Avellaneda" en la Conferencia de Obispos. A ver, ¿Qué hay en la otra página?

–Mensaje del General Perón a los sacerdotes del Tercer Mundo leyó Laura.

–A ver, lee un poco de eso... puede estar interesante..

–Se ha hablado mucho de la apostasía de las masas, pero poco se ha tratado de desentrañar las causas de su apostasía –empezó a leer Laura. Nosotros sabemos muy bien que las masas se apartaron de la iglesia pero no de Dios, porque

comprendieron que esa Iglesia que servía a los privilegiados también se había alejado de Cristo...

Sonó la bocina ahogada de un camión que pasaba por el boulevar. Afuera, había comenzado a anochecer.

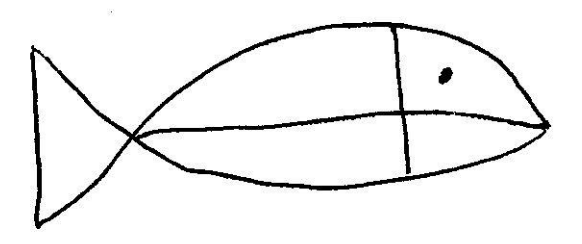
2

Alma y vida: Del gemido de un gorrión

Estaban sentados allí, alrededor del salón pelado. Chicas y muchachos, algunos con pelos largos, barbas, camisas de combate, botines, sacos tejidos y un aspecto en general desaliñado. Humo de cigarrillos, luz amarillenta. En algún momento Juan Cruz había sentido que a los sucesos les faltaban detalles, como ensayos imperfectos de la vida. Entonces se esforzaba por comprender; trataba de que su percepción se volviera más aguda, pero también se dio cuenta de que se precisaba profundizar para adentro. Para adentro de uno mismo, claro.

Después de la toma de la facultad habían aparecido algunas disidencias en SER, respecto al liderazgo de Juan Cruz. Partían desde el sector de "los hippies", y cuestionaban lo que ellos veían como el peligro de su politización del grupo. Los diarios habían publicado la nómina de las "organizaciones políticas y subversivas" participantes en esa rebelión estudiantil, y en ella aparecía incluida SER. Es que Laura y Juan Cruz habían

pintado con aerosol en todas las paredes el nombre del grupo y su signo:



El IXUS que usaban los primeros cristianos para identificarse en tiempos de la persecución romana (también una ocurrencia de Juan Cruz). “Al parecer una nueva organización revolucionaria”, decía al informarlo la crónica de “El Siglo”. La misma tarde del día siguiente a la toma, Manolo, Jorge y Daniel –tres de “los hippies”– esperaban a Juan Cruz (en la casa de Loro, pues se habían atrevido a buscarlo), para reprocharle con el diario en la mano el haber estampado el nombre del grupo en la facultad.

–La gente va a pensar que somos guerrilleros –se quejaba Jorge– Ya hay algunos en el barrio que dicen que somos comunistas...

–Nuestro grupo no puede estar ausente de lo que sucede en el país –contestó Juan Cruz.

–Pero tendrías que haber consultado a la asamblea de los miembros, antes de hacer eso, Juan Cruz –protestó tibiamente Manolo.

–Bien. Consultemos a la asamblea acerca de si aprueba o no lo que hicimos con Laura…

Dos días después cuarenta y nueve miembros de SER sobre cincuenta y dos aprobaron la conducta de Juan Cruz y lo ratificaron como líder del movimiento. Incluso los hippies, al ver la abrumadora mayoría de manos levantadas, lo hicieron también con las suyas. Pero allí se derramó la primera semilla de una división, que más tarde, iría a tornarse irreversible.

En los meses de abril, mayo y lo que iba de junio de 1972, los miembros de SER habían asombrado a los otros sectores juveniles por la intensa actividad que promovían. Y en el centro de ella estaban, omnipresentes, Juan Cruz y Laura. Laura burlaba la vigilancia de sus padres, a quienes ya casi había derrotado, y se quedaba haciendo tareas hasta la madrugada. Trabajando a escondidas por la siesta, en el edificio de un banco cuya clave de ingreso consiguiera el hermano de Tito, que estaba empleado allí, imprimieron 500 ejemplares del primer número de una revista: SER. Laura y Juan Cruz, los mismos que habían tipeado los sténciles y dibujado ilustraciones sobre ellos, pues nadie se había animado ni sabía hacerlo, se afanaron con Tito, desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche de un domingo gélido, manejando el mimeógrafo eléctrico, ordenando las hojas y abrochándolas. Manchados en tinta, sudorosos y satisfechos, salieron al fin, cada uno con su paquete de revistas bajo el brazo. Ni se les ocurrió pensar que habían estado durante horas en medio de inmensas cantidades de dinero. La humilde revista, con artículos sobre el rock, el imperialismo, la vida de Sandino, con dibujos confusos hechos a punzón sobre los sténciles, eran ese momento, para ellos, lo más importante del mundo.

Pero la revista SER también les atrajo críticas.

“Dicen que los artículos parecen escritos por resentidos sociales. Una chica del barrio me lo ha dicho”, comentó una noche Cuno. Y luego le preguntó a Juan Cruz: “¿Qué es un resentido social?” Acordándose de una frase del Bebe Bardamu, Juan Cruz contestó:

–En esta sociedad injusta y represiva, ser resentido social es un honor. Quiere decir que sos un hombre o una mujer sensible.

Nuevamente esto preocupó a los hippies.

Con una disciplina admirable, se reunían dos veces por semana, reuniones que a veces concitaban la presencia de cien o ciento cincuenta jóvenes, y fuera de los ensayos, en la práctica se veían casi todos los días. Por todas partes de la ciudad se hallaban en las paredes pintadas del grupo –con consignas como éstas: “Paz, Amor, Libertad. SER”, o “Recital de Rock contra el imperialismo”, que habían sido pergeñadas para mantener la unidad de todos los sectores–; equipos de tres o cuatro habían vendido la revista, aula por aula, en escuelas secundarias o facultades, hasta agotarla, les habían hecho dos o tres reportajes por radio y uno en la televisión. Algunos grupos políticos los miraban con recelo, otros intentaban infiltrarse, el FIP y el PC tenían hacia ellos una actitud un tanto despectiva, pero ninguno podía ignorarlos ya.

3

Arco Iris: Sudamérica

La noche antes al recital los conjuntos ensayaron hasta las dos de la mañana. Pese a ello, se levantaron temprano. A las seis y media Juan Cruz fue a buscar la estanciera de su tío Manuel, con la que trasladaría músicos y equipos. Laura, con el auto de su padre, había buscado a un grupo de chicas y muchachos para limpiar y acomodar las sillas en el gran patio de la biblioteca, frente al escenario. A las siete de la mañana, cuando fue a buscar a Pedro Santini al barrio Belgrano, su padre recibió agresivamente a Juan Cruz.

–¡Qué pasa ahora! –dijo sin saludar– ¡Otra vez vienen a joder! ¡Ya le he prohibido a mi hijo que se junte con hippies, comunistas y vagos!

Una vez Pedro les había dicho a sus compañeros del FIP que vengan a pintar consignas, por la noche, en el paredón que daba al fondo de su casa. Su padre los había escuchado: tomando una escopeta los ahuyentó a tiros. Era un individuo de unos cuarenta años, irascible, pelado.

–Mire amigo –dijo Juan Cruz con su voz gruesa y dura– a mí no me venga con estupideces –en el bolsillo del gabán acariciaba una sevillana de dos filos que siempre llevaba con él–. Si quiere algo conmigo salga y veamos.

El tipo se quedó mirándolo, desconcertado, tras la puerta a medio abrir.

–Tengo apuro –dijo Juan Cruz– vengo a hacerle a su hijo el favor de llevarlo al recital donde quiere actuar. Si lo va a llamar, hágalo, de lo contrario, digamé, así me voy.

–No, no –dijo el pelado– espere un momentito joven, ya lo llamo.

“El ser humano es un animal vil”, pensó Juan Cruz. “Sólo actúa bien bajo la codicia o el temor”. Las nubes violáceas cubrían el horizonte, tras las casitas, amenazando tormenta. “Ojalá que no”, pensó Juan Cruz, Pedro Santini, salió disculpándose, con su flauta traversa y un amplificador portátil.

Con arbitrariedad, Juan Cruz había fijado para las nueve de la mañana la apertura de la boletería. Varios dudaban de que hubiese público, pues era un domingo y los jóvenes salían, la noche anterior, generalmente hasta la madrugada.

–Nosotros no nos dirigimos a los que van a sacudirse como idiotas y a alcoholizarse en los boliches– había contestado Juan Cruz. –Sino a los jóvenes sanos y conscientes, que buscan con lucidez los caminos para construir un mundo mejor.

Increíblemente, a las ocho y media de ese domingo 2 de julio, ya se había formado una cola para entrar, frente a la puerta de la Biblioteca Francisco de Aguirre, en Villa Constantina. El promedio de edad de quienes la hacían no superaba los veinticinco años. Ana María Amado, una periodista que vivía en Buenos Aires, llegó para observar cómo pintaba la reunión y preguntar a qué hora podrían filmar. Juan Cruz la admiró mientras contestaba. Era una muchacha de unos veintitrés años, inteligente, hermosa.

A las once en punto comenzaría el recital. Todo andaba muy bien. La afluencia de público era incesante. Ana María estaba sorprendida y eufórica. Adentro sonaban a través del poderoso sistema de amplificación los temas de Hendrix, Jefferson

Airplane, Enrique Villegas, el Trío Juárez + 2. Casi todos, aún chicos que no conocía, saludaban a Juan Cruz al pasar, con un apretón en el brazo, una sonrisa o una palmada. Cuno y María Elvira se ocupaban de cobrar entradas. Las hermosas tetas de Gricel temblaban cada vez que cortaba los papelitos, en la puerta de acceso al gran patio. Laura trajinaba de aquí a allá, preparando el orden de los conjuntos, trasladando gente en su auto, controlando que funcionaran todos los equipos o consiguiendo repuestos en caso de que hubiese posibilidad de falla. A las diez fueron con Juan Cruz a buscar un poderoso grabador AKAI, que les había prestado Jorge Castro, un joven ingeniero electrónico recién regresado de Norteamérica. Juan Cruz manejaba el auto del padre de Laura, siempre que ella lo sacaba. Esto enfurecía a la familia. Pero de algún modo se las ingeniaban para obtenerlo, cuando lo necesitaban.

A las once menos cuarto el aspecto del lugar era imponente. Todas las sillas se habían ocupado; se apiñaban jóvenes parados, subidos a las mesas de cemento que había en la zona del bar, sentados en el suelo, rodeando el escenario. El sol había salido y acariciaba suave, como oyendo los ruegos de sus hijos de SER. Se levantaban humaredas de los quioscos de choripanes, afuera y adentro. En las veredas se amontonaban los curiosos y los que aún trataban de entrar. Finalmente, al cerrarse la boletería, empezaron a aparecer cabezas y cuerpos de los que escalaban los muros y se instalaban allí. Alguien vino a preguntarle a Juan Cruz si quería que llamen a la policía, para controlar el desborde, pero él dijo:

–¡No! No quiero nada con la policía. Este es un festival de la libertad.

–Pero si permitimos que la gente vea sin pagar entrada, perjudicamos a los que sí han pagado... –le dijeron.

–¿Por qué? contestó él. La entrada se cobró para juntar unos pesitos para SER y no para impedirle a alguien que vea el recital. Los que no pueden, que no paguen. Los que no han conseguido entradas que vean desde los techos y las tapias. ¿Qué más queremos? ¡Es un éxito! ¡Nos halaga!

A las once en punto Juan Cruz hizo una seña y comenzó el recital. El conjunto, que estaba alerta arriba del escenario empezó a tocar sin previo aviso. A los pocos acordes, luego de la primera perplejidad por la transición de música de cinta a rock en vivo, se levantó una ovación del público. El Gordo Abraham pulsaba un bajo poderoso. Enrique Gavioli punteaba una guitarra dulce, Manolo atacaba con asombro y como en el cielo la batería, pues era la primera vez que tocaba en público y Jorge acompañaba con el órgano cantando con voz quedita algo que se parecía a un tema de Arco Iris. El conjunto estaba perfectamente ensamblado y sonaba maravillosamente. “Buen comienzo”, pensó Juan Cruz.

Luego de tocar cinco temas –rigurosa medida que habían fijado para dar lugar a todos– el conjunto Claridad abandonó el escenario entre aplausos sostenidos. Subió el grupo Exégesis. Mientras afinaban, Coli Waechter, tomando el micrófono leía adhesiones de juventudes políticas y grupos revolucionarios. Coli era un agraciado muchacho, locutor de televisión y dirigente del principal grupo revolucionario de la Universidad Católica. Podría haber sido el niño mimado de la burguesía local, no sólo por su inteligencia sino por ser rubio como un sol, lindo y de ojos azules. El modelo perfecto para cerebros dependientes –pensó Juan Cruz. Sin embargo había elegido ser

revolucionario, jugarse con los más pobres, los negros, los comunistas, los marginados. Extraña y hermosa decisión, se dijo Juan Cruz, mientras lo miraba actuar con simpatía radiante sobre el escenario; incluso recordó que una vez había vuelto contento cuando fue a cubrir como periodista un congreso sindical en Córdoba: descubrió que entre los obreros industriales había muchos rubios, como él; entonces con una ingenuidad que conmovió a Juan Cruz le había dicho: “ahora me siento menos acomplejado por ser rubio, veo que no sólo los explotadores lo son, sino que hay muchos obreros rubios también y todos los hombres somos iguales, nos separa sólo la condición de explotadores y explotados, estoy contento, Juan Cruz, hay muchos como yo entre los explotados, eso aquí en Santiago casi no se nota”. En aquel momento se le presentó también el recuerdo de aquella tarde gris en que, solos en su habitación, de estudiantes, Coli le hiciera una grave confesión:

–He tomado una decisión importantísima para mi vida –le había dicho –Me voy a incorporar a la lucha armada.

Gricel cantaba acompañada por su banda –nunca ese nombre sería más apropiado: Exégesis estaba compuesto por ocho músicos– Gricel cantaba y se meneaba y Juan Cruz no sabía si los entusiasmos y las palmas eran arrancados por la música o por las prodigiosas tetas sin corpiño que se movían bajo la camisa negra un poco transparente o aquellas caderas alucinantes que se prolongaban hacia abajo en un par de piernas de diosa que no ocultaba en absoluto la estrecha minifalda de cuero. “Música pesada”, pensó Juan Cruz. A él no le agradaba mucho. Música sin demasiado contenido. Virtuosismos de guitarra eléctrica, batería y saxo. Y sexo. Eso sí. Mucho sexo apenas disfrazado bajo aquellos fraseos mordientes y el ritmo exaltado, violento. “Música extranjera”,

pensó Juan Cruz. “Nosotros aquí estamos en otra cosa”. ¿Pero en qué? si veía bien él vibraba con los temas de Led Zeppelin o The Doors, también. “Pero hay otra cosa”, pensó. “No sé qué es aún, pero estamos en eso, estamos buscando...” Tal vez el camino estuviera en eso que él estaba descubriendo, últimamente, de a poco: César Isella, Mercedes Sosa, Los Quilapayún. Música nuestra. Retornar a las fuentes. A los veintidós años. De nuevo el folclore que mamé en la infancia. Y la patria, el pueblo, la lucha. Palabras de mi infancia, palabras de mi infancia, palabras de mi padre y mis abuelos. Palabras eternas mientras seamos colonia. Eso nos diferencia de los europeos y los yanquis. Nosotros tenemos por qué luchar. Ellos no. Sólo sexo, masturbación psicológica o escapismo alucinógeno. Aquí hay una realidad dura, rica, intensa. Aquí luchas por la vida y el pan de cada día. Es una aventura cotidiana, el vivir en América Latina.

Por fin habían terminado los cinco temas de Exégesis y el público pedía otra. Gricel lo miraba, sudorosa y anhelante. Le encantaba mostrarse. Como todas las mujeres lindas. “Les gusta ofrecerse y no darse, se embriagaban con el poder que les da su culito, sus tetas, con ellos manejan a toda una multitud de giles”. Juan Cruz meneó la cabeza. No habría bis. Gricel hizo una mueca decepcionada, el público silbó un poco; antes de que terminaran de evacuar el escenario ya estaba instalado frente a los micrófonos el dúo compuesto por Cacho y Severo. “Ahora la música va a abandonar la zona genital –pensó Juan Cruz–. Cosa buena”. Coli Waechter los presentó y en efecto Cacho y Severo abordaron un tema dulce, perfecto en su armonía, que fue como un descanso luego del áspero rock anterior. Juan Cruz sintió la tranquilidad de la multitud, personalmente sintió *como una alegría*. Como otras veces, tuvo

ganas de llorar. *La paz* le inducía ganas de llorar. Tan conflictivo era el mundo, tan voraces, competitivas, crueles las relaciones entre los humanos, que las raras situaciones cuando se producía el milagro de una armonía colectiva, sin desconfianza ni violencias, el fenómeno conmovía tanto a Juan Cruz que no podía evitar las lágrimas. Le había sucedido con Woodstock y con la película del festival de Monterrey. Le sucedía ahora. Sintió el cabello larguísimo de Laura rozarle el cuello. Sin darse vuelta había sabido que era ella, la había sentido aproximarse por atrás. Se dio vuelta y se levantó. La besó en la boca, honda, largamente, y mientras la besaba el rostro se le fue mojando en lágrimas: y ella no le preguntó por qué lloraba.

Los conjuntos tocaron hasta bien entrada la noche y todo se desarrolló en calma. El festival fue un éxito impresionante de la nueva agrupación. Poco después la revista Pelo publicaría un artículo –pequeño, claro, pues se trataba de una revista de Buenos Aires– narrando el acontecimiento. Quedó dinero para pagar la nafta de los colectivos y los autos, para comprar la enciclopedia que debían donar a la biblioteca, para arreglar los equipos averiados. Y un cierto excedente que Juan Cruz pensó destinar a la edición del segundo número de la revista SER, esta vez en una imprenta de verdad. Rendidos y felices, Juan Cruz y Laura se fueron a dormir juntos en el suelo de la vieja casita de SER. Amanecieron abrazados, tal como se habían acostado, sin quitarse las ropas, sobre una vieja frazada.

–Laura –dijo Juan Cruz– ¿Duermes?

No, ella no dormía.

–¿Cómo quisiera morirme ahora –dijo él–, que nos muramos los dos.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Porque soy feliz.

4

Alma y Vida: Hoy especialmente yo

He llegado al máximo de la felicidad y tengo miedo –pensaba Juan Cruz–. Ahora sólo se puede caer. Yo mismo siento impulsos desconocidos; quiero ensuciar todo, quiero patear el tablero. No se puede ser feliz para siempre. Tengo que casarme con ella, espera un hijo, pero yo tengo miedo. No quiero hacerlo. O mejor dicho, quiero hacerlo, pero me falta convicción. Mi padre se opone. Sus padres se oponen. Y tienen razón. Yo no sé hacer nada que proporcione dinero. Jamás tuve un empleo convencional. Nunca he ganado un sueldo. Lo del conjunto era un juego, que me daba para vestirme y joder un poco por ahí. Yo no sé "ganarme la vida". Eludí siempre la mecanización de mis actos. Pero esta es una sociedad que funciona con humanos "normalizados". Yo soy "anormal". Puedo dibujar, pintar. Escribir algunos buenos párrafos. Esto podría darme algún dinero –muchas veces lo pensé–, sin embargo… No puedo escribir nada que sea banal. O contrario a mis convicciones… Quizá si me esfuerzo… no lo creo. ¿Qué vamos a hacer? Parias. Vamos a ser dos parias, con un hijo en

brazos. ¿Qué le vamos a dar de comer? Al principio, leche, sí. No creo que a Laura le falte leche, ¿pero después? Y los chicos crecen rápido. Miralo a mi hermano Fabio. Ayer nomás prendido a la teta, ahora ya me acompaña a escuchar música en la pieza. No. No se puede ser feliz por mucho tiempo. Pero tengo que decidir algo. ¿Qué voy a hacer?

Juan Cruz se mentía a sí mismo. No era verdad que jamás hubiese ganado dinero trabajando. Había vendido libros para una editorial, durante dos años, con buen resultado, cuando tenía 16 años. Y con sus conjuntos, solía alardear de que obtenía un mejor salario que los empleados públicos. Le hubiera bastado con ofrecerse y cualquiera de los grupos más populares de Santiago lo hubiese recibido con los brazos abiertos. Lo cierto es que no quería. No quería casarse. No quería tener hijos. Tenía miedo a esa situación desconocida, que se le había presentado así, tan repentinamente. En el fondo, era sólo eso. Miedo a perder el estado ambiguo, cómodo, del no-compromiso. Quizá por aquella misma, pusilánime disposición egoísta, comenzó a incubar en su interior, además, la insidiosa semilla del desencanto. *Ya no siento aquella atracción magnética del comienzo hacia Laura*, se decía. Y como suele suceder en tales circunstancias, comenzaba a encontrarle uno u otro defecto.

El dinero del recital se les fue de las manos en poco tiempo: habían emprendido refacciones en la casita que no pudieron terminarlas; el grupo adquirió una biblioteca –el mueble y algunos libros– y también sillas. La preocupación mayor de Juan Cruz, sin embargo, era que habían entregado el material para el número 2 de la revista SER a la imprenta, pagando la

mitad del costo de impresión por anticipado y ahora no les quedaba dinero para mandar a hacer los clissés. Alberto, el jefe de imprenta, un muchacho noble e inteligente, había prometido a Juan Cruz poner el papel, pero a los clissés los hacía un artesano que cobraba aparte. Una tarde gris, caminando con Laura por el centro atestado de gente, Juan Cruz se detuvo de repente. Laura lo miró:

–El crucifijo –murmuró Juan Cruz, tocando la pesada joya que colgaba de su cuello. Con esto podemos pagar los clissés.

–No querrás vender el crucifijo –exclamó Laurita.

–¿Por qué no? Es sólo una joya. Jesucristo seguramente se hubiese opuesto a que un discípulo suyo usara esto.

–Juan Cruz, es una reliquia de tu familia... es una joya sagrada.

–Laura... lo que estamos haciendo es más sagrado... estamos trabajando a favor de los más pobres, de los necesitados... Dios aprobará esto...

Laura no insistió. Conocía ya la obstinación de Juan Cruz. Buscaron una casa de empeños en la Pellegrini. El tipo de ojos fríos pesó la hermosa joya y dijo secamente el precio que ofrecía.

–Es muy poco... –dijo Laura.

–Es lo que pesa –contestó el tipo.

–Pero es una joya antigua... mire esas piedras y cómo están engarzadas... y el labrado... es una obra de arte, no oro en bruto y rubíes...

–Eso a mí no me interesa. Yo pago por el peso.

Cuando Juan Cruz aceptó, sin poderlo explicar ella sintió una punzada angustiante atravesándole el pecho, para localizarse luego en la garganta, y quedarse.

5

Buenos Aires 8: Taquito Militar

Habían quedado en encontrarse con Rody a las ocho y media, caminando por la Belgrano entre el Pasaje Figueroa y Mendoza. Apenas dobló la esquina lo vio venir, petiso, cara-bonita y sonriente. Había mucha gente en la calle oscurecida por el crepúsculo, hacía calor. Caminaron uno al lado del otro luego de saludarse, hacia la Alsina. Rody se disculpó al decirle que tenía poco tiempo.

–Quiero hablarte de un tema muy importante –dijo Rody–. Mejor dicho, me han dado la tarea de hablarte.

–Bien –contestó Juan Cruz–, te escucho.

–Sé que simpatizas con la guerrilla –murmuró sorpresivamente.

–¿Quién te ha dicho eso? –se cubrió en el acto Juan Cruz.

–Bueno.... uno observa... tus actitudes... – vaciló Rody; se notaba que se había puesto nervioso, aumentando sus tics habituales.

–Simpatizo con la lucha del pueblo –afirmó vagamente Juan Cruz.

–¿Qué dirías si yo te confío... que soy del Ejército Revolucionario del Pueblo? –preguntó Rody.

Juan Cruz lo miró.

–Me resultaría difíci1 creerte –dijo Juan Cruz– No creo que los guerrilleros le anden diciendo a cualquiera que lo son.

–¡Es que vos no sos cualquiera, compañero! ¡De eso se trata, justamente! ¡Y porque nos inspiras confianza es que yo te digo que soy combatiente del ERP!

–Qué quieres sacarme, Rody. Qué quieres hacerme hablar –dijo Juan Cruz, parándose. El otro puso cara sorprendida...

–¡Juan Cruz! ¡Por favor! ¡No lo tomes por ese lado!

Nadie sabía muy bien, en el ambiente político, quién era Rody. Había aparecido de repente, tenía tonada de porteño, se declaraba obrero, pero participaba en asambleas universitarias y mitines de la juventud. Algunos grupos reformistas de izquierda habían hecho a correr la voz de que era un infiltrado de los servicios. En ese tiempo no hubiese sido raro. Muchos se cuidaban de Rody, y al parecer él lo había percibido, pues en las últimas semanas se alejaba de las reuniones públicas.

–¿Quién me garantizaba que no sos un policía? –dijo brutalmente Juan Cruz.

A Rody le aumentaron los tics. Se veía que lo mortificaba el que se pensara eso de él. Como si hubiese atrapado una idea, cambió su expresión y se abrió de repente la campera de cuero. De su cintura asomaba la culata de un arma. Del bolsillo interior, dos o tres revistas dobladas. Juan Cruz alcanzó a ver una Estrella Roja.

–¡Mirá!... ¿Esto te sirve de prueba? –exclamó Rody.

–No –dijo Juan Cruz. Un policía también podría tener esas cosas.

Rody parecía desolado.

–Entonces… ¿Cómo podría probarte que realmente soy del ERP?... murmuró.

–No sé. Creo que no hay manera de hacerlo sin comprometer la seguridad del ERP. Y tampoco me interesa. Mirá Rody no sé qué te propones –dijo Juan Cruz–, pero todo esto me parece absurdo… ¿no te parece absurdo a vos? No, seguramente no, por eso lo haces. Escuchame, hermano, vamos a separarnos en paz y sigamos siendo amigos. El tiempo dirá qué va a hacer cada uno y ojalá podamos hacerlo juntos… ¿sí?

La entrevista había sido un fracaso. Se veía en la cara de Rody. Juan Cruz le extendió una mano que el otro estrechó sin convicción, y se fue dejándolo como indeciso junto al árbol donde se habían parado a conversar.

6

Aquelarre: Jugador, campos para luchar

–No hay caso –dijo Juan Cruz. No podemos hacerlo. No podemos casarnos. Sería una locura.

Laura bajaba la cabeza.

–Hace un mes pensabas de manera diferente –se atrevió a protestar.

– He cambiado. ¡¡Yo te quiero, Laury!! Te voy a seguir queriendo! ¡Y no quiero que sufras, que suframos los dos! ¡Vamos a sacarnos de encima este problema, y seguir adelante con nuestro noviazgo, como siempre, o mejor que siempre, hasta que sea el momento oportuno y podamos casarnos!

–Yo no te exigí que nos casáramos Juan Cruz. Fue idea tuya. Pero tampoco me interesa... es sólo una formalidad, la ceremonia, los papeles... yo sólo quiero, Juan Cruz, vivir juntos, que nazca nuestro hijo, luchar junto con vos para criarlo. ¿Por qué no puede ser posible? Muchos lo hacen.

–No es posible, Laura, no es posible. Vos y yo estamos acostumbrados a vivir bien. Jamás hemos obtenido un salario. No sabemos hacerlo… Si al menos tu familia o la mía nos ayudaran a conseguir aunque más no sea un modesto empleo… Pero no… Tu familia no quiere saber nada y mi padre ya me avisó que si me caso, debo irme de la casa y “él no me nos va a mantener”… así directamente me lo dijo… No quiere que nos casemos… tiene algo contra tu familia, creo, no sé… ni

siquiera ha hecho el menor gesto de conciliación… Se enfureció cuando se lo dije… Odia a los empleados “por acomodo”… hace años juró no hacer nada para obtener para nosotros algo “inmerecido”… ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer cuando nos falte la comida, la ropa? ¿Dónde vamos a vivir?

Parecía una perspectiva abrumadora, realmente. Laura bajó la cabeza y no dijo nada más. Se miraba el vientre en el que se anunciaba con timidez su embarazo de tres meses. Estuvieron un rato largo sin hablar. Después Juan Cruz dijo:

–Bien. Habla con tu mamá y que te lleve a ese médico que decía.

7

La equívoca - Trío Juárez + 2

Laura, no se qué te pasa, dijo Juan cruz y ella no contestaba, envuelta en tunicela negra de la cual emergían solamente los pies, con los dedos abriendo y cerrándose como abanicos, caminaba girando alrededor de él. Se advertía que era Laura por los cabellos y su energía pues llevaba máscara blanca. Ningún rasgo de su rostro había quedado libre, cubierto por aquella funda que parecía de goma, ni siquiera sus ojos, Juan Cruz no se explicaba cómo veía. Pero esto era evidente, pues no tropezaba con ningún objeto –aunque había

pocos en la habitación a oscuras, solo la cama donde dormía él, una biblioteca, un ropero y la mesita de luz. Giraba alrededor de la cama sin hablarle. ¿Qué te propones?, preguntó Juan Cruz. Vení, acostate conmigo. Pero Laura seguía con su ritual abismado, sin decir una palabra, ¡Laura, por favor, basta de escenas raras!, suplicó Juan Cruz. No sirvió de nada, ella siguió girando; girando con lentitud, levantando los pies que resplandecían en la oscuridad, como su máscara y los cabellos largos, su cuerpo joven tapado enteramente por la negra vestidura. Giraba y giraba con un ritmo que creaba la sensación de un ensalmo. Entonces a Juan Cruz le sobrevino una honda angustia, una desesperación dolorosa, sintió como en carne viva la superficie interior de la garganta, y sin poderlo evitar se puso a llorar, con un llanto que se asemejaba extrañamente a la risa de un loco.

8

Janis Joplin: Cry Baby

La vio bajar las escaleras desde su sitio de disc-jockey. A diferencia de todas las veces no sonrió. Pero parecía tranquila. Apenas lo besó en los labios. Le dijo:

–Me voy a lo de ese médico. Mi mamá va a llevarme. Está esperando afuera.

Juan Cruz vio que en el reloj de la pared eran las cuatro de la tarde.

–Bien –dijo– Yo debo quedarme aquí hasta las siete u ocho. Después te llamaré.

–Pondré el teléfono al lado de mi cama. Me han dicho que después tendré que hacer reposo –dijo Laura.

–No, no te pongas el teléfono encima –protestó Juan Cruz. Tal vez tengas que dormir, por la anestesia y esas cosas, solo dile a Romelia que atienda y me informe si estás bien.

–Bueno –contestó Laura.

–Tranquila, mi amor –dijo Juan Cruz, incorporándose y besándola en la frente, pero sin convicción. Todo va a andar bien.

–Sí –dijo Laura–. Sí –Juan Cruz notó que estaba fría, abatida. La miró alejarse hacia arriba por la escalera del sótano de la Sociedad Italiana, entre los chicos y chicas bulliciosos que venían a bailar. Pensó, aunque de una manera difusa, en la manera como las cosas se iban descomponiendo en tan poco tiempo hasta tomar matices siniestros. "Bueno", pensó. "La vida es así". Pero esto no le quitó el desconsuelo que sentía.

Esa tarde fue normal en lo que se refería al trabajo de Juan Cruz. Regular cantidad de parejas bailaron, bebieron y comieron sandwiches bajo las luces de colores del sótano, hasta cerca de las seis y media. Luego, en poco tiempo el local quedó despoblado. Juan Cruz desconectó los equipos y salió, cerrando con llave la puerta. Cuando se encontró solo pensó un poco en sí mismo. Se asustó racionalmente al reconocer los signos de esa extraña indiferencia, la fatal indiferencia que se había ido

introduciendo en su ánimo como un veneno invisible, igual a cada vez que se presentaba una situación trágica en su vida, desde la infancia y tuvo un estremecimiento, pues ese monstruoso sentimiento era no sólo una coraza como alguna vez había creído sino también una señal, de que se concentraban, en el ámbito metafísico donde se desarrollaban sus vidas, fuerzas ominosas, peligros temibles, sufrimiento, dolor incalculable. Pero no pudo hacer nada en contra de la indiferencia. Con ese estado de ánimo tomó un teléfono público y llamó.

–La niña Laury está bien –dijo la vieja Romelia al otro lado del cable–, todo ha salido bien.

–No me esconde nada, Romelia, ¿no? –averiguó Juan Cruz.

–No, niño, no –aseguró la vieja. Le digo que todo está bien. La niña ha 1legado en un taxi con su madre, y ahora descansa. Yo misma le ayudé a subir a su habitación y le preparé un té caliente. Ahora descansa, quédese tranquilo niño Juan Cruz.

–¿Le ha dicho cuándo podré verla?

–Sí. Me ha dicho que venga mañana, a eso de las diez, su padre no va a estar.

Aquella noche Juan Cruz se fue a dormir temprano. La indiferencia le impidió pensar en otra cosa que no fueran vaguedades que iban desde la guerra de Corea hasta la fea pareja que componían Yoko Ono con John Lennon. A la mañana siguiente, luego de comer un chipaco entero con el matecocido, salió hacia la casa de su novia.

Para su sorpresa, ella lo atendió. Caminaba normalmente, apenas renqueando un poco.

–Se te ve muy bien... –le dijo.

–Sí... estoy bien –contestó Laura, con voz un poco más ronca que de costumbre. Solamente me duele un poco.

–Parece que no era tan difícil como pensábamos... –siguió él. Necesitaba justificarse.

–No, no es muy difícil –dijo ella–. Pero te aseguro que no lo haría de nuevo.

“No, no lo haría de nuevo”.

Laura no contó cómo había sido ni él averiguó nada ya. Se quedaron allí, hablando de cualquier cosa durante un rato, como si fuesen un par de desconocidos, esperando por casualidad juntos un transporte o algo así. Hasta que, luego de mirar su relojito, Laura dijo que había llegado el momento de separarse.

9

Otis Redding - (Sittin' On) The Dock Of The Bay

Alejandro Valor estaba convencido de que Juan Cruz podía llegar muy pronto a ser un gran dirigente juvenil del Partido Socialista. Lo consideraba ingenuo e impulsivo en política, pero hallaba en él mucho carisma y talento. Necesitaría de su presencia entre los cuadros que sigilosamente preparaba, como alternativa de recambio a la anquilosada conducción de Pedro Lobo. No se podía continuar dirigiendo al Partido como en las épocas de Justo. Eran tiempos de auge inusitado entre las masas: había que tomar decisiones audaces. Solamente un ciego podía ignorar la conveniencia de una alianza con el peronismo; pero con el viejo Lobo y toda su familia al frente, eso era impensable, Se habían educado en la más férrea tradición del gorilismo. Las nuevas generaciones socialistas estaban libres de eso. No habían participado del derrocamiento de Perón y sí padecían, en cambio, las consecuencias de lo que empezó con la "revolución libertadora". Juan Cruz, incluso, venía del peronismo –en realidad, no se había afiliado al PSP, por lo cual, seguía siendo formalmente peronista; pero ya llegaría el momento de su ingreso al partido –pensaba Alejandro Valor–: es ambicioso, y no se resistirá al ofrecimiento de conducir la juventud. Paso a paso. Paso a paso.

Con estos razonamientos, el secretario general de la Juventud Socialista (presto a saltar hacia la presidencia del partido), decidió influir para que se incluyera a Juan Cruz entre los jóvenes que participarían en el Encuentro Latinoamericano de Juventudes Universitarias Socialistas, en Chile. Pese a que debió sortear algunas resistencias –Juan Cruz no era universitario, y además debía viajar con Laura, por lo cual los desplazados serían dos–, lo logró.

La tarde en que se concentraron para aguardar el colectivo se presentó calurosa, aunque era invierno. Unos veinte jóvenes, con sus mochilas y bolsos, se encontraron alrededor de las seis y media en la plaza de la Terminal. Les habían dicho que el colectivo llegaría a las siete. Eran ya las siete y media y aún no aparecía. Sentado en la gramilla, Juan Cruz observó las nubes rojas, azules y negras del crepúsculo. Una bandada de garzas atravesó un fragmento de claridad en el cielo. ¿Adónde irían? Al lado de él, Laura armaba cigarrillos perfectos, apoyada en la gran mochila donde habían puesto las cosas de los dos. Por un momento, Juan cruz sintió gran tranquilidad en su alma, cosa que fue para él como un ungüento después de los azotes. Los últimos días habían sido febriles. En cambio ahora tuvo calma. Se sentía bien… Casi sin proponérselo, giró en el suelo, colocando los pies en ángulo recto al cuerpo de Laura y se fue bajando de espaldas, hasta apoyar la nuca en sus piernas. El rostro de Laura se presentó a su visión redondo y alargado hacia arriba, los cabellos lacios lloviendo sobre los pechos, sus ojos, brillantes como una gema propiciatoria, calmos. Laura le sonrió un poquito, le acarició la frente, le desanudó amorosamente, en un gesto simbólico, los tirabuzones de sus rulos. Una calma extensa entró en el corazón de Juan Cruz. Otra vez fue feliz. Otra vez. “Dios mío”, pensó. Y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, luego de un rato, Ondina Crusciani lo miraba. Hasta ese momento él no había tenido en cuenta su presencia. Estaba muy cerca, sentada junto a la gorda Cecilia en un banco de cemento. Desde el suelo podía ver sus piernas de bailarina, asomando hasta los muslos del vestido negro. Pelo negro. Ojos negros. Extraña y hermosa muchacha. ¿Por qué me mirará así? pensó, y volvió a cerrar los ojos.

El viaje resultó más corto de lo que habían previsto; el colectivo era cómodo, y durante todo el camino cantaron algunos muchachos y chicas, acompañándose con guitarras. En Mendoza recogieron a tres varones y dos chicas que no habían hallado lugar con la delegación de su provincia y se habían quedado a esperar, por las dudas. Uno de ellos tocaba muy bien y cantaba, imitando a John Lennon. Por suerte –pensó Juan Cruz– si no hubiésemos tenido que aguantar en todo el trayecto sólo chacareras. Los santiagueños eran por lo general monocordes en este aspecto.

Llegados a la capital de Chile, sufrieron una decepción cuando Alejandro Valor les dijo que debían dirigirse directamente al lugar de encuentro, donde iban a realizar una asamblea con un temario tan extenso, que seguramente insumiría los tres días de su estada. No habría tiempo para otra cosa. Ni siquiera podrían oler la ciudad. La asamblea era lo central. Juan Cruz pensó que les sería difícil controlar que no se escabulleran si lo deseaban, pero se equivocó. En la puerta de la facultad se había ubicado una numerosa guardia de estudiantes, que controlaba el ingreso e impedían la salida luego. Por razones de seguridad. Apenas disimulaban el armamento que traían bajo la ropa. Esto entusiasmó a Juan Cruz pero no la idea de que les impidieran la salida. Adentro encontrarían todo lo necesario –les dijeron–, baños, comida gratuita; para dormir podrían tirar colchonetas en el suelo, aunque pocos dormirían. Era una oportunidad única para estrechar lazos entre las juventudes de casi todos los países de América Latina y había que aprovecharla al máximo.

Dos muchachas y un varón recibían las acreditaciones y los documentos de cada uno; luego dictaban los nombres y números a otros tres, que sentados ante una mesa larga

llevaban unas planillas. Adentro la facultad daba la impresión de que iba a estallar de tanta gente. ¿Seremos los últimos?, pensó Juan Cruz, pues le parecían que ya no habría lugar para muchos más. Columnas de jóvenes parecían derramarse por los pasillos, las escalinatas interiores, las aulas y los baños, entrecruzándose, parloteando, riéndose, en grupos aislados, del brazo, amarrados por los hombros; jóvenes de anteojos, de pelos largos, de pelos cortos, rubios, morenos, muchachas hermosas y feas, altas y bajas, gordas, con vestidos floreados, de short, la mayoría con vaqueros, flacas de cabellos enrulados o lacios, de zapatillas o borceguíes, con aspecto de hippies, modelos o guerrilleras, con libros y carpetas bajo el brazo, jóvenes, jóvenes yendo y viniendo. En toda su vida Juan Cruz y Laura no habían visto reunidos a tantos jóvenes.

En un momento Juan cruz sintió la necesidad de estar solo. Desembarazándose de Laura se puso a caminar por entre la multitud. Estaba asombrado y encantado por la diversidad de muchachas hermosas que se encontraba a su paso. Entonces se dijo a sí mismo que de la mayoría de ellas podría enamorarse. Muchachas morenas o rubias, en la infinita variedad de la belleza femenina, gráciles, intelectuales, sensibles, politizadas, ¿Por qué encadenarse, entonces a una? El amor es un sofisma, pensó. Ahora, en medio de todas estas mujeres, Laura le molestaba. Se repetiría durante los tres días, cada vez con más intensidad: él tratando de eludirla, de estar solo; ella adhiriéndose, pegajosa, cada vez peor. Era natural, habían venido juntos. Pero sencillamente ya no la soportaba. ¿Qué les estaba pasando? ¿Se habría puesto en marcha a partir del aborto, algún mecanismo interior que lo alejaba más y más de ella?

Eran las dos de la tarde y en el escenario del gran salón se sucedían los oradores universitarios. Juan Cruz se sentó en el suelo a escuchar, y pronto sintió admiración por ellos. Ambicionaba llegar algún día a hablar tan bien. Se atacaba al imperialismo, a la burguesía en algunos casos, pero con sutiles diferencias que había que aprender desenmarañar de sus discursos, para comprender por qué unos eran del MAPU, otros del FAUDI, del PSP o del PC, y no componían un solo, unificado movimiento revolucionario. Se puso a mirar fijamente a una muchacha de cabello ondulado y rostro hispano, de cara perfecta y ojos como un pozo marrón, que también lo miraba. Estaba en eso cuando sintió que lo tocaban en la nuca, de atrás.

–¡Te encontré! –dijo Laura.

“Sí, me encontraste” pensó Juan Cruz, molesto y se levantó. Dijo:

–Vamos a caminar un poco, aquí está asfixiante.

Tomados del brazo se metieron entre la gente. Como si un hilo invisible los uniera con los otros argentinos, más propiamente con los santiagueños, se encontraron con la gorda Cecilia. La gorda era una de las militantes más consecuentes del PSP. Inevitablemente, los acompañó. En las escalinatas diversos grupos políticos habían montado pequeños estantes, donde ofrecían libros y material de propaganda. Juan Cruz se detuvo frente a uno, rojo por todas partes. En la pared, habían colocado un gran afiche con el rostro de Rosa Luxemburgo.

–¡Estos son trotskos! –le susurró en la oreja la gorda, alarmada.

–¿Y qué? –dijo Juan Cruz.

–¡Son ultras! ¡Ultras! –siguió alarmándose ella, siempre sobre su oreja. Sin hacerle caso Juan Cruz tomó uno de los libros. “La Revolución permanente. León Trotsky”.

–Barato; cinco pesos –le dijo un muchachito flaco, sin ojos tras unos cristales redonditos, de pelo largo y barbilla, con una vincha roja en la frente.

–¿Vas a comprar eso? ¡Es literatura ultraizquierdista! zumbaba la gorda en la oreja de Juan Cruz.

—¿Y cuántos pesos argentinos? –preguntó Juan Cruz al de vincha. Quizá por simple rebeldía al espíritu censor de la gorda, sentía una ola de afecto hacia él.

–A ver, déjame pensar... bueno... dame seis, naa más!, y pierdo, ¿eh? Pero esto no es pa' ganar –contestó el estudiante trotskista.

–¿Y este otro? –preguntó Juan Cruz. “Qué hacer. Vladimir Illich Lenin”.

–Ese... ese...bué... siete pesos argentinos... Pero bah; te lo dejo a los dos por diez y vamos. Total somos compañeros –dijo el muchacho. Juan Cruz sacó diez pesos y se los dio.

–Gracias compañero –dijo el militante trotskista y le alcanzó un folleto: “IV Internacional”. De yapa –exclamó.

Juan Cruz estaba muy contento con la compra, pero la gorda no cesaba de escandalizarse por lo que, según ella, era someterse al peligro innecesario de desviaciones ideológicas. A él le molestaba más que la crítica al trotskismo –la cual, por otra parte, no tenía fundamentos sólidos– esa especie de mojigatería sectaria ejercitada por Cecilia, cosa común en la mayoría de los partidos, de derecha o izquierda, esa cerrazón

mental que los llevaba tarde o temprano a la censura y la caza de brujas. Tal autor se podía leer, tal otro no... ¡Pero por qué no me dejan de joder! pensaba Juan Cruz.

A la noche durmieron en el suelo, sobre colchonetas que proveyeron los anfitriones. Juan Cruz y Laura se arreglaron para acomodarse sobre una, cubriéndose con las dos colchas que con gran previsión Laura había llevado. Hacía frío, pero ellos no lo sintieron, Juan Cruz se despertó sin razón aparente, de súbito. Levantó un poco la cabeza y miró el salón. Por todas partes había jóvenes durmiendo en el suelo. Eran tantos, que no habían dejado espacios libres. Unos pocos fumaban y conversaban, en pequeños grupos o parejas, cerca de las ventanas. Con la impresión de que alguien lo miraba, Juan Cruz volteó hacia su izquierda. Ondina Crusciani "Otra vez Ondina Crusciani", pensó. Lo miraba con sus ojos negros y tristes. Estaba tendida de costado sobre la colchoneta vestida como había venido, con pollera tableada y pulóver negro; tiritaba de frío. "¿Por qué vestirá siempre de negro?", se preguntó mentalmente Juan Cruz. Entonces recordó que alguien le había dicho que hacía poco había muerto su abuelo. "Lo quería mucho", le habían dicho, "ella y sus hermanos se criaron desde pequeños solo con su padre y su abuelo, ambos viudos". Ondina se había echado, con cara de perrita caniche abandonada, al lado de ellos.

–¿Qué hora es? le preguntó Juan Cruz. Ella sacó el brazo de entre las piernas.

–Las dos y media –dijo, con voz queda. Al lado de Juan Cruz Laura Dormía.

–Estás muerta de frío... ¿no trajiste colcha? –dijo él.

–No…

Transmitió tal sensación de desamparo, que Juan Cruz sintió pena por ella.

–Ven, acuéstate más cerca nuestro… voy a ver si puedo estirar la colcha para que te tape a vos también... –la invitó. La muchacha parecía haber estado esperando eso. Arrimó su colchoneta hasta juntarla con la de ellos y se pegó a Juan Cruz. Él la cubrió lo mejor que pudo con su frazada. Ondina se quedó quietita y casi inmediatamente se durmió.

En la tarde del domingo Juan Cruz y Laura lograron sortear la vigilancia de los porteros, huyendo por una ventana, pero fueron descubiertos por un grupo que vigilaba desde la plazoleta contigua.

–¿Adonde van, compañeros? les dijo un chileno de bigotito.

–Necesitamos salir hermano –contestó Juan Cruz.

–¡Hubieran salido por la puerta, pues! –exclamó una chica que lo acompañaba.

–No nos dejaban.

–Tienen que comprender, compañeros –dijo la chica– es por seguridad.

¿De ande son ustés?

–Argentinos.

–¡Ah, más no lo parecen pues!

–Es que somos santiagueños –contestó Laura–. Provincianos. Ustedes generalmente conocen a los porteños.

Nosotros somos muy diferentes a ellos. No solamente en la tonada. Somos tan diferentes, que casi no tenemos nada que ver con los porteños –ahora la conversación se desarrollaba de mujer a mujer.

–Cierto –dijo la chilena– Se parecen más a nosotros.

–Claro –dijo Juan Cruz.

–No se molesten compañeros –dijo la chica, que al parecer era la que mandaba– pero ¿pueden acompañarnos hasta la puerta? Tenemos que ver si están registrados. No se enojen, compañeros, es que la situación está explosiva aquí. Los milicos se infiltran por todos lados, nos meten provocadores. Ojo que yo no digo que desconfío de ustedes, no compañeros, pero es mi obligación, ¿saben?

Luego de identificarse consiguieron convencer a los de la custodia para que los dejaran salir un rato.

Vagaron por los veredones de aquel barrio de Santiago, de calles no muy transitadas y plazas apacibles, miraron libros en las vidrieras, se sentaron a observar a las otras parejas. Cuando regresaron, el grupo del PSP se había reunido, formando un círculo, en una terraza del gran edificio de la Facultad de Ingeniería. Acercaron dos sillas y se integraron al diálogo. Se hablaba sobre la situación política de Chile. El gobierno de Salvador Allende estaba acosado por derecha e izquierda, según el análisis que hacía el PSP. Por derecha, el boicot de los empresarios y las presiones de los militares que aumentaban cada vez más su poder. Por izquierda, por los guerrilleros del MIR y otros grupos como el MAPU “Garretón”, que exigían ritmos de socialización inalcanzables y hostigaban

constantemente al ejército con ataques armados y atentados “terroristas”.

Mientras hablaban de eso, llegó Wagner, un peruano que se había hecho amigo de los santiagueños. No había silla para él. En un movimiento espontáneo, Laura le ofreció la suya.

–Yo voy a sentarme con mi amor –dijo, yendo a apoyar sus nalgas sobre las piernas de Juan Cruz. Inesperadamente, éste la rechazó.

–¡Por favor, Laura! ¡No hagas chiquilinadas! –exclamó Juan Cruz empujándola. Todos quedaron sorprendidos por esa excesiva reacción. Laura, sin saber qué hacer, se quedó mirándolo, consternada. Entonces, molesto por la situación que él mismo creara, Juan Cruz se levantó y se fue.

“Qué pelotudo”, pensó, apoyado en una gruesa baranda que le llegaba hasta el pecho, y desde donde se divisaba la ciudad. “En realidad lo que me molestó fue que hablaran en contra del MIR, estos socialdemócratas cagones… aunque, yo también soy un infeliz, porque en vez de decir eso, mi opinión, me la agarré con Laura. Pero también ella, es de inoportuna, la pobre. Últimamente no la pega una”. Entonces se dio cuenta de que no solamente era su incomodidad por lo del MIR. Ella le molestaba, ahora. Esa era la realidad. Algo había cambiado, en los últimos días.

–Negrito... –escuchó que le decía Laura, acercándose por atrás.

–Ya te he dicho que no me llames “negrito” –respondió él.

–Bueno... amor... tesoro... ¿por qué estás así conmigo? ¿Qué te he hecho? Por favor, decime si te he faltado en algo...

El la miró. *Lauranobleza*. *Laurabelleza*. *Laurapureza*. Era insoportablemente limpia. Uno se sentía un sucio hijo de puta a su lado, al lado de una mujer tan íntegra como ella. Sus ojos, su frente ancha, transmitían la presencia de un espíritu pleno de virtudes, inmaculado. Pero él no la soportaba, ya. ¿Por qué? No lo sabía.

–Es el calor, Laurita –mintió– Y el hambre.

–Espérame aquí, que voy a buscar un par de sandwiches –dijo ella– ¿Te traigo naranjada, no? Esperame aquí mi amor.

10

Almendra - Parvas

Luego de que todo hubo pasado, Juan Cruz reflotaba con regularidad en su memoria una noche, y un diálogo. Una noche acogedora del otoño de 1972, constelada, serena. Habían venido caminando hasta la casa de ella, desde una reunión política en lo del Bebe Bardamu. Juan Cruz lucía su atuendo "de revolucionario": camisa y pantalón de Grafa, borceguíes de cuero negro. Se sentaron en la verja de un vecino de los González Abreu. Hablaron de la guerra de Viet Nam. Juan Cruz dijo de repente que deseaba ir a Viet Nam, a luchar por la revolución.

–¿Vos me acompañarías? –preguntó.

Laura lo miró, para ver si hablaba en serio, pero no se rió. Dijo:

–Yo te voy a acompañar a cualquier lugar donde vos vayas.

Entonces él preguntó:

–¿Serías capaz de morir por la revolución?

–¿Por la revolución? –dijo ella– Sería capaz de morir por vos…

–¡No se debe morir por un solo, insignificante humano, Laury! ¡Morir por el pueblo, por el bien de la humanidad, eso es grande! ¡Pero por un solo tipo, no!...

–Sin embargo, para mí es grande también morir por amor.

–¡Morir por amor! ¡Parece una frase de Corín Tellado! –se burló él. Ella bajó los ojos y no habló más.

Luego de que sucediera todo, repasando una y otra vez como en la moviola los hechos que pudieran darle algún indicio, él comprendió recién aquella concepción sencilla pero profunda del amor, que en tal caso adquiría un carácter práctico, efectivo, en la persona concreta del amado, mientras que muchas veces – ¡ah, con excesiva frecuencia! – tras los conceptos elevados y abstractos de “amor a la patria”, “al pueblo” o “a la revolución” se ocultan, en realidad, los rasgos siniestros de un egoísmo impiadoso, incapaz de amar sino al propio y mezquino yo personal.

–Está cambiado. Le molesto, me doy cuenta. Trato de ser lo más afectuosa posible, me cuido de no interrumpirlo cuando escribe o escucha música, pero no hay caso. Llego y se pone tenso. Se esfuerza por disimularlo, pero yo me doy cuenta.

–Tal vez vos le has dicho algo que lo hirió, después de aquello –Marcela Sadam no quería mencionar por su nombre lo sucedido.

–No –Laura hablaba de espaldas a la luz de la tarde nublada, que se difundía atravesando las cortinas del ventanal, lo he pensado hasta el hartazgo... no le he dicho nada... no le he reprochado nada...

–Pero a veces una hace reproches sin darse cuenta... qué se yo... con un gesto, una actitud determinada...

–No... me he cuidado especialmente de ello... Ese mismo día, pese a que estaba destrozada, física y moralmente, ya lo estaba amando, ya me estaba diciendo: “pobre Juan Cruz, pobre mi querido”, porque me daba cuenta de que él estaba sufriendo más que yo... No por ello, tal vez mejor dicho, eso que sucedía era una parte de esa historia fatal que parece envolverlo y llevarlo desde que nació, sin que él pueda escaparse…

“Juan Cruz sufre mucho, Marcela... es un niño abandonado, no puede encontrar el camino que lo lleve a un refugio adonde pueda descansar... No sabe lo que busca, pero es eso: la paz, que le ha sido negada siempre, desde niño... Él lo intuye, o lo sabe, pero no puede hacer nada... y yo no puedo ayudarlo... ¡no puedo, porque se ha encerrado, Marcela! Ha vuelto a su caparazón, a la que tenía cuando le conocí, y que fue abriendo para dejarme entrar en su mundo pues por una vez en su vida

tenía esperanza, era feliz y creía poder llevar adelante un plan de amor...

“Pero después... todo lo que sucedió... el fracaso de su negocio, la oposición absoluta de nuestros padres... la falta de posibilidades laborales...”

–Él no hace nada, tampoco, por buscar algo que les permita independizarse –dijo Marcela.

–Sí, lo sé. Pero creo que no puede. Está en una etapa muy difícil de su vida. No tiene confianza en sí mismo. Lo esconde, tras una hiperactividad organizativa, tras su discurso de líder, pero en realidad no sabe qué hacer... tiene miedo... en lo político, está indeciso... busca... anda con el PSP, no abandona el peronismo, que es como su columna vertebral ideológica, busca contactos con la guerrilla pero tampoco se decide... en realidad está más solo que nunca... el aborto que hicimos fue el aborto de sus planes, de sus ilusiones, de todo lo que habíamos soñado hasta hace unos meses... y lo ha aislado de mí. Ha retrocedido, Marcela, ha vuelto a muchos años atrás de cuando lo conocí... ha vuelto a la situación psicológica que tenía cuando era un niño y sus padres se habían separado, luego de un período infernal... la época en que unos le decían que su madre era una puta perversa, otros le decían que su padre un sádico, y él no sabía en quien creer, la realidad era algo brumoso, y ya de niño, Juan Cruz sentía que la vida era una náusea donde nada de lo que él hiciera podía impedir el mal, implícito en la realidad misma. En la vida misma, adonde era imposible ser feliz...

–Laury, eres demasiado buena con él.

–No, Marcela, no soy buena. No lo soy. Si lo fuese, encontraría un camino para llegar de nuevo a su corazón.

–Déjalo.

– ¿Estás loca?

–Si, déjalo. Por un tiempo. Y si es posible, salí con otro muchacho. Qué se dé cuenta de que te necesita. Que le duela.

–No. Marcela. No quiero hacerlo. Ya no quiero hacer cosas que no sienta verdaderamente. Mi amor debe ser perfecto. No haré nada que lo pueda dañar a él. Sea como sea, pase lo que pase, lo amaré. El me necesita, Marcela. Tarde o temprano, se va a dar cuenta. De nuevo.

11

La Cofradía de la Flor Solar - La prisión

Juan Cruz se puso a caminar sobre uno de los rieles de la vía, cantando con ritmo de marcha:

“*El lompa de onda,*

está en Q'tal.

Q'tal, Q'tal

vaquería Q'tal”

Era una propaganda de televisión. Al imitarla, bailaba como si fuese una marioneta… para hacerla reír a Laura, que venía atrás. Laura se reía a carcajadas y cuando él paraba le pedía que lo hiciera de nuevo.

"¡Qué bien te queda!

¡Qué bien te va!

¡El lompa de onda, está en Q'tal!"

Habían venido desde La Banda, caminando –unos siete kilómetros– y ahora iban a otra reunión en el Club Huaico Hondo. Juan Cruz y Laura habían ideado la política de impulsar a los clubes de barrio, con sus comisiones directivas al frente, a realizar tareas puntuales de beneficio a la comunidad: ferias de libros, venta de mercaderías a menor precio, esfuerzos colectivos para mejorar las viviendas, para conseguir cloacas, luz y agua donde no había; actos culturales, en fin, actividades que no se realizaban sólo por la tendencia habitual del ser humano, a ocuparse únicamente de los problemas de su casa. Para esto, recorrían de punta a punta Santiago y La Banda, organizando reuniones con los dirigentes de los clubes o Centros Vecinales, controlando la marcha de las actividades donde se habían iniciado. Los jóvenes de SER trabajaban con empeño cuando se les indicaban misiones concretas. Pero Juan Cruz y Laura marcaban el camino. No lo hacían siguiendo una orientación partidaria determinada: trabajaban tanto con peronistas como con radicales, algunos izquierdistas... en realidad, la mayor parte de la gente era poco politizada, con una inclinación general peronista pero sin fanatismo.

Juan Cruz y Laura se sentían muy bien entre la gente trabajadora, sencilla, de los barrios humildes de Santiago –que formaban la inmensa mayoría. Era como si la cultura de esa gente, sus modos pausados y ancestrales, los cargaran de una cierta energía, les devolvieran una fuerte conexión a algo imprescindible, que por algún tiempo hubiesen perdido.

–¡Baila de nuevo “el lompa”! –dijo Laura, riendo–: ¡Lo haces bien, lo haces bien!

–No, basta de payasadas –contestó él– Voy a hacer algo serio, ahora. Voy a terminar de una vez. No más mentiras. No más verso ni teatro, afrontaremos la realidad. Este mundo es una mierda. No vale la pena permanecer en él. Por lo tanto, consecuente con mi teoría, me voy a apartar de aquí. Para hacerlo más expedito y dada la contingencia, me voy a suicidar bajo las ruedas del tren. Despídeme, por favor. O si deseas acompañarme, te invito a compartir éste, mi humilde lecho de piedras, que será el último en padecer mi largamente lacerada espalda.

Y diciendo esto se echó sobre el pedregullo, exactamente entre las vías.

–Levantate, loco –le dijo ella, tironeando y ahogándose de risa. Pero cuando empezaron a correr muchos minutos y él no se movía, ella cambió de táctica y se echó encima de su cuerpo.

–Bueno. Si quieres morir, no te dejaré ir solo –le dijo– Yo moriré junto con vos.

El se incorporó, fingiendo fastidio.

–El tren ya no pasa más por aquí, pendejita –le dijo, con afecto–. Desde que esos hijos de puta de los ingleses

decidieron ir a buscar sus porquerías en Africa, los ferrocarriles ya no les sirven para jodernos: por lo tanto, no funcionan más.

Desde las vías, que estaban sobre un terraplén, se veía el barrio Huaico Hondo, con sus miles de casitas humildes y sus árboles criollos. Al fondo, sobre el horizonte, el cielo anochecía con majestuosos tonos violáceos y rojizos.

–Además –continuó él– por la posición en que estábamos, si pasaba el tren ibas a morir vos sólita –La tomó de las mejillas con la mano derecha y la apretó hasta que su boca quedó estirada como una trompita– Ibas a morir vos sola, ¿me entiendes?... Como una tonta.

Sin embargo, algún eslabón se había dañado en el conjunto que los uniera sólidamente hasta hacía poco. Juan Cruz mostró las fotografías de Laura desnuda a sus amigos. Lo hizo un día en que se habían reunido a proyectar una peña, a beneficio de un barrio pobre. De repente, sin que nada lo justificase, extrajo el sobre del cajón de su mesa –un mueblecito antiguo, que había sacado del depósito cuando armó su reducto– y luego de desempaquetarlas, se las pasó a Tito y Cuno, sus compañeros de SER y simpatizantes el PRT. Ellos quedaron alelados; tomaban las fotos con la punta de los dedos, las miraban de soslayo, asustados por lo que Juan Cruz hacía. Estaban tensos; sentían cometer una profanación. *Era* una profanación. A

Laurita se la respetaba como un símbolo, fundamental para la cohesión del grupo. Y en función de tal, no era vista como un factor de sexo, a pesar de su belleza –o quizá precisamente por ella. Tácita e inconscientemente el grupo había convenido decretar *tabú* esa zona de su personalidad. Veían a Juan Cruz ahora como pudieran hacerlo unos fieles cuyo sacerdote los llevara, imprevistamente, a escupir el piso del sagrario, que antes les enseñara a venerar. Después que se fueron Juan Cruz se arrepintió. Pero ya no pararía –salvo en una breve recuperación, que luego contaremos– de cometer ese tipo de actos, cada vez más viles, que lo llevarían por fin a la degradación suprema. Estaba como endemoniado.

Tal vez Laura se enteró de ese episodio, o lo intuyó. Una tarde fue a buscar a Juan Cruz a las dos, como habían convenido. Pero él había decidido salir con Cuno y no estaba. Ella se quedó a esperarlo, sola, en su pequeña habitación. Notaba una hostilidad creciente de parte de la familia de él, por lo cual no salió. Hacía poco habían tenido un incidente triste con su abuelo, quien literalmente los había echado. ¿Por qué habían cambiado así? En un principio la querían. Debía de ser el rechazo del padre de Juan Cruz. Que a partir del aborto la eludía, y casi no la saludaba al cruzarse eventualmente con ella. Laura se quedó sola cuatro horas, en aquella especie de celda. Juan Cruz había decidido ir al cine con Cuno. Pese a la insistencia de su amigo en el sentido de que bien podían dejar la película para otro día, se había obstinado en invitarlo a ver “El Padrino”, que él vería por segunda vez. Cuando regresó, ya avanzado el crepúsculo, encontró la habitación con la luz prendida, pero sin su novia. Ella le había dejado un mensaje que decía:

Me he cansado de esperar. Me voy. Llevo las fotografías, pues en este cajón están al alcance de cualquiera. Hasta pronto. Laura.

Desdichadamente, dos o tres días después, el hermano de Laura las encontraría. Al borde de una crisis nerviosa, el muchacho de veinte años las quemó. Se generó una disputa muy áspera, en la que Laura lo acusó de policía y verdugo por andar hurgando las cosas de su habitación, y él, gritándole "puta", le apuntó con su rifle de caza diciéndole que la iba a matar, pues no merecía pertenecer a esa familia. Luego de un momento de muchísima tensión, el hermano bajó el arma y se fue llorando.

Quebrantada por todas estas circunstancias, Laura habló con Juan Cruz y le dijo que no soportaba más. O se iban juntos o se separaban. Juan Cruz le pidió que probaran vivir sin encontrarse durante una semana, en libertad cada quien de hacer lo que quisiese, luego se dieran una cita para confrontar vivencias, y recién allí decidir. Marcela, la amiga de Laura, impulsó a Leonardo, un estudiante de ingeniería también, a que la invitase y a Laura para que aceptara. Leonardo quería a Laura y apenas lo disimulaba. Una tarde Leonardo la pasó a buscar a las seis, fueron a una biblioteca donde ella tenía que consultar ciertos libros sobre una materia que preparaba. Era un viernes. Al salir de allí, como a las nueve de la noche, él la invitó a una confitería.

Ella aceptó. Cuando iban hacia el centro, repentinamente apareció Juan Cruz. Los miró, al cruzarse con ellos… y los saludó, sin indicio alguno de molestia. Pareció no importarle.

Según Marcela, este hecho, el demostrar a Juan Cruz que ella tenía pretendientes a su disposición, iba a conseguir que él

reaccionara, como por un electrochoque, ante la conciencia repentina de que podía perder a Laura a manos de un rival. Por el contrario, produjo un efecto desastroso. Cuando conversaron de nuevo, Juan Cruz no se enojó. No mencionó su salida con Leonardo ni le preguntó por ella. Laura sintió que de su cuerpo emanaba una oscura energía letal. Con toda frialdad, dijo:

–Está bien Laura. Hay muchos jóvenes cien veces mejores que yo en el mundo. No debes ocupar conmigo más tiempo de tu preciosa existencia. Perdóname por el que ya te he hecho perder. Ahora, es mejor que no nos veamos más.

Ella no intentó convencerlo, pues comprendió que estaba absolutamente decidido. Además, necesitaba, también, algún tipo de definición. Para salir del marasmo desgastante de esos últimos tiempos. Aunque fuese la peor. La aceptó, con intenso sufrimiento pero, junto con él, una especie de alivio. Y efectivamente, se separaron.

13

Quilapayún - Qué lindas son las obreras o [Las obreras] (Popular)

En la mañana del 22 de agosto Juan Cruz vio en la primera plana del diario las fotos de los guerrilleros fusilados en Trelew y sintió una conmoción tan honda que le dolió el pecho. Tuvo ganas de llorar, pero se contuvo. Entre las mujeres, reconoció a una, la esposa del comandante Santucho. Ana María Villarreal. La había visto una sola vez, cuando niño: entonces ella le había

regalado una caja, con reproducciones de pintura clásica, traída de Italia. A causa de aquella conversación y las reproducciones Juan Cruz idealizaría a la mujer.

Unos días antes de su cumpleaños número veintitrés, Laura le había regalado exactamente lo que él pidiera: un long-play de Aquelarre y el libro *La familia, la propiedad privada y el estado*, de Friedrich Engels. Para hacerlo, ella había tenido que viajar a Tucumán, pues en Santiago no conseguía el disco. Juan Cruz se veía necesitado de probarse racionalmente la falacia del matrimonio burgués; como un modo de justificar su voluntad de no casarse. Para ello recurría a Engels y utilizaba a la propia víctima, en un alarde de crueldad, a la postre auto flagelante.

La tarde de su cumpleaños él había ido a un torneo estudiantil de básquet femenino. Continuaba, con ello, una especie de voluntad perversa por afrentar a su novia. No le interesaba en lo más mínimo ningún deporte –ella lo sabía: entonces, quedaba claro que iba sólo para mirar chicas. Laura fue a buscarlo entre los que voceaban desde las graderías, para entregarle el regalo. Luego tuvo que retirarse, pues su madre la esperaba afuera con el automóvil en marcha. Ni siquiera ese acto de profunda humildad de su novia conmovió la absurda frialdad de Juan Cruz. Que comenzaba a precipitarse por el camino del desprecio, como una táctica psicológica destinada a ocultarse a sí mismo su propia cobardía.

Laura cumpliría 19 años en octubre. Pero tal vez él no le regalaría nada, pensó: pues había tomado la decisión de no seguir con ella. Juan Cruz reflexionaba despiadadamente sobre su propia miseria, pero era incapaz de evitarla. Estaba destruyendo deliberadamente a Laura, a su noviazgo y a sí

mismo, sin poder evitarlo. Lo poseía una energía ominosa que no era capaz de controlar. El 22 de agosto cayó coincidentemente con la semana en que habían decidido separarse para reflexionar. Sin embargo se veían, en las reuniones del grupo; aunque luego de ellas iba cada uno por su lado. Después de discurrir febrilmente toda la mañana, encerrado en su pieza y con las fotos de los guerrilleros asesinados al frente, Juan Cruz decidió llamar a una urgente reunión del grupo, para la siesta. Invitó a aquellos que sabía más radicalizados; ellos dijeron que Laura no podía estar ausente, y la llamaron. Iba a concurrir especialmente invitado un dirigente del PRT, que en los últimos dos meses había intentado meter una cuña entre los mejores militantes de SER, organizando reuniones fragmentarias a espaldas de Juan Cruz. Ahora éste quería “sincerar” la circunstancia. Para eso debía servir también la reunión.

Luego de un discurso encendido sobre los fusilados en Trelew, Juan Cruz se dirigió rectamente a Enrique –el del PRT– y le dijo que había llegado el momento de la acción. Consideraba él que ese grupo selecto de miembros de SER, con quiene se habían reunido, estaba maduro para hacerlo.

En vez de alegrarse, como Juan Cruz había esperado, el otro sonrió irónicamente, y con suficiencia condescendiente le explicó que no era así como se incorporaba un equipo de gente a una organización armada. Además, allí había compañeros que ya estaban colaborando a diferentes niveles, tareas simples, es cierto, pero que constituyen el camino gradual por el que se ingresa al Partido.

Juan Cruz se sintió indignado doblemente, por el rechazo de su propuesta –que significaba elípticamente un rechazo

también a su liderazgo en SER–y por esa mención sugiriendo que se había incorporado a compañeros al PRT y él no lo sabía. Le fastidiaba particularmente el tono sacramental que usaba el otro cuando hablaba de El Partido, como si se tratase de una secta religiosa. Iba a recibir un golpe peor sin embargo, y enseguida.

Se fue gestando una discusión muy violenta, en la cual Juan Cruz exigía que se respetara su condición de grupo organizado previamente, y se les permitiera tomar las armas para integrarse al ERP. ¿Acaso el ERP no era un frente, de distintos grupos políticos? En el áspero diálogo llegó a acusar al otro de individualista y maquiavélico, pues trataba de preservar un desleal trabajo de zapa que había realizado en SER, lo cual le proveía de poder personal, pero no favorecía a la revolución. Finalmente cuando el otro le dijo:

–Con esa soberbia que tienes me parece que vos no vas a llegar nunca a ser un combatiente...

Juan Cruz contestó:

–Mirá... yo voy a combatir primero que vos…

En ambos criterios el tiempo le daría la razón. Pero momentáneamente, el otro estaba llevándole ventaja. Juan Cruz propuso votar, para saber si sus compañeros lo apoyaban. Solamente Laura levantó la mano a su favor. Los otros escondían las miradas.

Cuando se levantó, lastimado y conmovido, Laura lo siguió y tomándolo del brazo le dijo:

–Vamos juntos...

El contestó:

–No, no Laurita... por favor, dejame solo...

14

Pescado Rabioso - *Me gusta ese tajo*

–Cómo –dijo Juan Cruz, sintiendo una creciente impresión de irrealidad. Un instinto lo había llevado a atender el teléfono, ganándole de mano a su abuela.

–El tío Manuel... ha terminado… –dijo su padre, del otro lado de la línea. Juan Cruz sintió la sensación de qué los átomos hubieran huido de las cosas, de pronto, dejando solamente las cosas, como si se hubiera metido en las imágenes de una película.

–Tienes que venir... No hay quién maneje la camioneta y hay varios trámites para hacer –continuaba la voz de su padre, lejos, en el tubo. Colgó.

La Mamaviejita y el Tataviejo lo observaban suplicantes, rígidos. “Su hijo”, pensó Juan Cruz. A duras penas controló sus sentimientos. Abrió los ojos todo lo que pudo; no sabía por qué, pero se le ocurría que eso ayudaría para impedir el llanto.

–¿Qué dicen? –preguntó la Mamaviejita.

–Bueno –mintió Juan Cruz– ha empeorado un poco... parece que no le funciona bien el marcapasos... pero ya está el médico ahí.

No engañó a su abuela. Esa mujer era una verdadera antena para los sentimientos. En el acto la anciana se puso a llorar. El Tataviejo abría un poco la boca, desencajado.

–Me tengo que ir –susurró Juan Cruz, aliviado por no tener que padecer el dolor de sus abuelos. Me necesitan para que maneje la camioneta. Salió a la noche fresca y cruzó el boulevard, para tomar un taxi en la mano contraria, la que iba al centro. (*Cobarde*… se repitió durante el camino… *hasta para esto sos cobarde*… *no has sido capaz de decirles la verdad*…)

El tío Manuel estaba acostado sobre el fondo de la caja de roble, con unas especies de mantillas bordadas al lado, vestido con traje negro... no estaba sereno, no... en su rostro se veía el sufrimiento de los últimos días; el sufrimiento de toda su vida, en realidad... no porque le fuera demasiado mal, al menos, no mucho más que a otros; el suyo había sido el sufrimiento de los hombres sensibles... aunque, aquel golpe tremendo de la muerte de su hijito, a los cinco años... ahora Juan Cruz lo comprendía, recién... por primera vez, Juan Cruz, sentía la sensación de la muerte... había visto muertos antes; pero era la primera vez que alguien verdaderamente querido, alguien que era parte de él moría... se sentía disminuido, como si le hubieran quitado irremediablemente un pedazo de su cuerpo... no, no había consuelo. Manuel era único, absolutamente necesario...

Hizo algunas tareas menores como buscar a humildes parientes que no tenían vehículos, trayéndolos de algún barrio

alejado. La mayor parte del tiempo trataba de eludir cualquier conversación prolongada con alguien. En algún momento amaneció, pasó la mañana entera y llegó el mediodía. Aquella misma tarde lo enterrarían. Él no quería llorar, o no podía, por primera vez se dio cuenta de cómo había amado a su tío.

De pronto, la vida ha cambiado, pensó Juan Cruz. Ha cambiado totalmente... atravesó la multitud de los amigos de su tío y escapó hacia la calle. Por suerte nadie lo tomó en cuenta hasta que pudo llegar a la camioneta. “Si preguntan por mí deciles que me voy a dar un baño y vuelvo”, le dijo a un tío lejano que fumaba junto a un árbol. Enfiló el vehículo hacia la costanera. Se tomaría diez minutos de descanso, paseando por allí.

El sol abrasaba. Eran las tres de la tarde. No había dormido desde las 10,25 de la noche anterior, cuando le dijeron que su tío había muerto. Pero no sentía ni un asomo de sueño.

Laura aceptó la sugerencia de sus padres en el sentido de irse a vivir con una tía viuda, en las sierras de Córdoba. Esta tía la adoraba. Solamente la acompañaba su hija menor, de apenas un año más que Laura, con la cual formaban un grupo bien avenido.

Al partir ella lo hizo con el sentimiento de que llegaba al fin de un mal sueño: de tal modo habían lesionado sus sentimientos los últimos meses de desencuentros con Juan Cruz. La apacibilidad del lugar, la bonhomía de sus parientes, la sensación de haber obtenido una fórmula de reencuentro con su propia familia, pronto hicieron un beneficioso efecto en su

alma. Recuperó los colores, su sonrisa brilló otra vez. Con su prima salían sólo de vez en cuando. Iban al cine, o a ver y escuchar algún recital folclórico. A veces al teatro. Su prima no tenía novio, y parecía desinteresada de tal asunto. Estudiaba Biología. En su casa había montado un excelente laboratorio; pasaba muchas horas allí. Laura encontró en ella una buena amiga. Se dijo entonces que empezaría una nueva vida. Por emulación decidió inscribirse también, al año siguiente, en Biología. En Córdoba. Abandonaría para siempre la carrera de Ingeniería Forestal, a Santiago del Estero, a Juan Cruz Castañeda… y a la ridícula idea de ser feliz con él.

15

I'm So Tired - The Beatles

Juan Cruz conoció a Teresa Pereyra en la casa del Bebe Bardamu y ella le indujo a trabajar con una célula de la Juventud Peronista - Montoneros. Hacían vecinalismo, para lo cual el PJ de Abdulajad les había asignado una zona particularmente pobre del barrio Huaico Hondo. Teresa pertenecía a una familia muy antigua de Santiago. Su abuela le había dicho a Juan Cruz una vez –sin que nadie le informara su nombre: “Vos sos un Reynafé”. Conocía a su abuelo materno,

y como otras de su clase había estado enamorada en secreto de él. El hecho de que hubiera acertado en su ascendencia sólo por sus rasgos físonómicos, lo dejó impresionado. Bueno, pero en esa época él no conocía aún a Teresa. Por una circunstancia propia de adolescentes, salían en grupo con una hermana menor, un amigo y la prima de ellas.

Teresa era una muchacha delgada, de la misma edad que Juan Cruz, de modales pausados, cabellos negros y ojos verdes, grandes y hondísimos. Si había un paradigma de la distinción y el refinamiento de las viejas clases dominantes santiagueñas, ella lo encarnaba. Juan Cruz se preguntaba por causa de qué vericuetos de la conciencia o el razonamiento había llegado esta muchacha a abandonar los lujosos salones del Jockey Club para sustituirlos por los ranchitos de Huaico Hondo y las fiestas donde se bailaba cumbia y chamamé. Pero él había sentido esa misma certidumbre luego de varios años; la de que el verdadero refinamiento y la profundidad de una cultura densa, milenaria, atávica, se habían refugiado lejos de aquellas estructuras relucientes, de pésimo gusto, donde se arracimaba una fracción completamente estúpida de la sociedad, cuyo eje había pasado a ser un puñado de *turcos* reptilianos y groseros nuevos ricos.

Caminaban por las avenidas del parque conversando de política, literatura, de música, cuando no estaban en el barrio. Teresa tenía mucho tiempo y libertad, pues no trabajaba. Su novio estudiaba en Córdoba. Pero Juan Cruz no se enamoró de ella, aunque lo deseara con todas sus fuerzas. En aquel momento tenía su corazón como vacío de sentimientos.

Así fue que Juan Cruz volvió a acercarse a sus antiguos amigos de la Juventud Peronista. Tropiezo tras tropiezo, en el último mes había ido perdiendo la confianza en el grupo del que tanto esperara. Tan rápido como se había cohesionado, parecía ahora disgregarse. Unos se ligaban a la guerrilla marxista sin su conocimiento, otros murmuraban en contra de él y restaban apoyo a los trabajos sociales, algunos se estaban integrando lentamente al Poder Joven, de Silo... Sin experiencia organizativa en lo político, Juan Cruz no comprendía que si había logrado movilizar disciplinadamente a una formidable legión de jóvenes era por haber acertado, a puro instinto y vocación, en el único tema que los unificaba: el rock. Había en ellos, por cierto, un presupuesto general de rebeldía al sistema, también, más o menos confuso. Pero cada uno de los mini grupos que integraban SER tenía su opinión de *cómo* canalizar esa rebeldía. Y la amplia mayoría –esto fue lo que Juan Cruz, embarcado en sus propias ilusiones, no entendió–, el grueso de los muchachos y chicas que participaban en las reuniones de SER, querían encontrar allí sólo una asociación para escuchar y hacer música, para hablar de literatura, cine y artes plásticas, para encontrarse con sus noviecitas o noviecitos o para conseguirlos, algunos como una posibi1idad efectiva de ascender en la escala social. A medida que fueran exigidos de mayor disciplina organizativa y empujados a asumir una definición comprometida en el plano político, habían ido defeccionando, resistiendo pasivamente los proyectos de Juan Cruz, o, los más temperamentales, abiertamente enfrentándolo.

Decepcionado de su grupo, donde ahora casi se sentía un extraño, harto y angustiado por causa del desgaste de su noviazgo con Laura, se acercó a la JP Montoneros y a Teresa Pereyra. Juan Cruz había sido desde su adolescencia miembro

de un grupo de la derecha peronista, y se manejaba entre los afiliados al Movimiento Nacional Justicialista como lo hubiera hecho entre sus familiares. Pero ya no se sentía cómodo allí. Sólo un oscuro instinto de supervivencia lo llevaba a afirmarse en algún grupo, a buscar algún afecto que le permitiera conservar el equilibrio. Estaba al borde de un quebranto psíquico. Lo percibía en ciertos síntomas: náuseas, deseos de llorar, sentimiento de soledad insoportable.

Rogaba a Teresa que lo acompañara a caminar por el parque y le hablaba de cualquier cosa, con tal de conservarla a su lado hasta las dos o tres de la madrugada. Ni siquiera la tocaba, y casi siempre le resultaba agobiador inventar temas de diálogo más o menos interesantes. Por las tardes se juntaban a trabajar en el barrio, donde habían creado una Unidad Básica muy activa.

El 21 de setiembre, casi un mes luego de que decidiera separarse con Laura, Juan Cruz entró en crisis. Fue durante una fiesta de la Unidad Básica “Sabino Navarro” de Huaico Hondo. Había invitado a dos obreros, Cuno y Liya, para que lo acompañaran. Llegaron cerca de las once de la noche; la fiesta ya había empezado. En el gran patio de tierra de una casa muy humilde, bailaban innumerables parejas. Era notable el contraste entre la gente del barrio –en su mayoría adultos o viejos– y los jóvenes de la JP. Vaqueros, zapatillas, no alcanzaban para disimular el origen de clase media bien alimentada de los de la JP. “Bueno, pero ellos no son responsables del lugar donde nacieron”, los disculpó (y se disculpó) Juan Cruz. Ocuparon una mesa apartada junto a un algarrobo. Cuno y Liya eran ya flamantes miembros del ERP, y asumían posturas de matones. Con algunas actitudes, determinado modo de sentarse o acomodarse la campera,

querían sugerir que iban armados. Y Juan Cruz no podía evitar creer que lo miraban con cierta suficiencia. Teresa los vio y se acercó, con otra chica. Se sentaron con ellos a tomar cerveza. La noche se había puesto fresca; la cerveza helada les hacía sentir escalofríos. Juan Cruz ni siquiera se había acercado a saludar a la gente de la Unidad Básica, que trajinaban con la música y la cantina. No se sentía bien. Teresa se había sentado a su frente. Inclinándose hacia él le preguntó si quería bailar. Estaban poniendo chámame. En realidad no habían puesto otra cosa desde que llegaran. Juan Cruz se disculpó. Empezó a sentir náuseas. Miró a la pista: los bailarines se le antojaron demonios. Vio rostros enardecidos, risas sin dientes, narices grandes, pies levantados, cabezas monstruosas, tetas gigantescas y piernas rollizas emergiendo de las cortas polleras, los jóvenes de la JP se le antojaron diablillos, saltando de aquí para allá, con sus vaqueros y sus camperas, las muchachas le parecían todas muy pálidas, y con sus bocas rojas se reían o se burlaban de Juan Cruz, en su alucinación. Horrorizado, apartó bruscamente la mirada de allí. Pero lo persiguió la música, una música estridente, procaz, sonando con un volumen aterrador. Sintió un espantoso hormigueo en la columna, a la altura del coxis. La cara de Teresa se le apareció con deformaciones. Sus ojos verde oscuro parecían enormes y lánguidos, su pelo negro una cortina que colgara desde muy lejos, arriba, y Juan Cruz en un pozo, con su cabeza absurda sobre él. Se quedó mirándola.

–¿Qué te pasa? Juan Cruz, ¿te pasa algo? –preguntó Teresa.
–Nada, nada –musitó él, y se levantó para ir al baño. Avanzó hacia la gente que se presentaba como una jauría, dispuesto a atravesarla aunque en ello muriera. Sintió pánico ante la idea de que alguien lo detuviese. Pero siguió y por suerte nadie le

habló. El pequeño apartado que con suntuosidad llamaban *water* era insoportablemente sucio y hediondo, a tal punto, que el asco le impidió orinar. Al salir, en vez de ir otra vez hacia la pista de baile tomó un sentido contrario, y se internó en el monte, atravesando el extenso patio de un rancho vecino. Caminó mucho tiempo, esquivando arbustos y espinillos, bajo la luna. Pese a ello se lastimó los brazos y una mejilla, con agudas espinas de vinal que lo arañaban desde la oscuridad. Por fin llegó a la ruta que desemboca en la FANDET; desde allí se orientó. Absorto en una palabra llegó a su casa, sin saber muy bien cómo. LAURA, pensaba. LAURA. Se tiró en el suelo de su habitación a esperar que llegase la mañana. Puso una cinta de *Abbey Road* en el grabador pero no pudo soportar la angustia que le provocaba y tuvo que quitarla. Probó con otra de Janis Joplin, pero fue peor. Se resignó a no escuchar música, y se quedó quieto, tirado boca arriba sobre el mosaico frío, con la lucecita roja del grabador multiplicando sombras rectilíneas en las paredes de la habitación. Encendió un cigarrillo; tuvo que apagarlo. Le dieron ganas de vomitar. Al fin, la claridad empezó a desarmar las sombras. A las siete de la mañana, llamó por teléfono a la casa de Laura. Lo atendió la vieja Romelia.

–¿Cómo, no lo sabía niño? La niña Laurita se ha ido a vivir a Córdoba.

–¿A Córdoba? ¿Cuando? ¿y usted no me puede dar la dirección?

–Nai no sé señor –contestó la vieja– io 'i escuchao solamente que se ha ido a vivir a las sierras, con una tía...

Juan Cruz se sintió morir. ¡Así que se había ido a Córdoba! Con razón desde hacía dos semanas no la veía en ninguna

parte. Él lo había atribuido sólo a su desplazamiento hacia otros ámbitos. ¡Ella se había ido! Y sin avisarle… No lo podía creer. No la vería más, pensó. ¿Y si la iba a buscar? Haría el ridículo. Pero, ¿qué importaba? A esta altura, ya había hecho el ridículo varias veces, durante el año y medio que llevaba con este noviazgo. La iría a buscar. Pero, ¿cómo conseguiría su dirección?

Llamó por teléfono a Marcela Sadam.

–¿Estás loco vos? ¡Son las siete y media! –gritó la muchacha, medio dormida aún. Cuando supo lo que buscaba, le dijo que ella también había intentado conseguir la dirección de Laura, pero ninguno de su familia había accedido a dársela. En realidad, no se sabía muy bien si estaba en Córdoba, pues su hermana mayor había sugerido que podía estar en la Provincia de Buenos Aires –donde ella con su familia vivían– . Agregando la mención a un amiguito que Laura tuviera antaño allá “de muy buena familia y posición”. Antes de despedirse, Marcela se comprometió a hacerle saber cualquier dato que pudiera lograr.

La angustia de Juan Cruz llegó a un nivel insoportable. El día se había puesto caluroso y el sol quemaba como fuego. De repente, tomó la decisión de recluirse por un tiempo en el Monasterio de Siambón. Una intuición le decía que era su única posibilidad de salvarse. Estaba vertiginosamente al borde de la locura. Las sienes le latían y sentía que algo muy sutil iba a romperse en su cerebro. No había dormido, desde casi dos días atrás. Comprobó que el dinero le alcanzaba para viajar. Corriendo en medio del sol llegó a la terminal. Enseguida apareció el colectivo que iba a Tucumán. Lo tomó.

Llegó a Tucumán como a las diez de la mañana. Fue a buscar a su hermano Fernando, que estudiaba en el Seminario Mayor.

–Quiero ir al Monasterio del Siambón –le dijo, casi apenas luego de saludarlo. Fernando lo miró con sus ojos claros, bondadosos. Comprendió que otra vez algo terrible estaba sucediendo en el alma de su hermano. Pero no preguntó nada. Él preguntaba poco, estaba siempre dispuesto a acudir en su ayuda. Aunque no pudiese evitar en su rostro una mueca de reprobación. Juan Cruz se sintió nuevamente ante la certeza, asombrosa cada vez, de que ese era uno de los dos únicos seres humanos en quien podía confiar. Estaban unidos "por algo visceral, inexplicable, como si fueran siameses", pensó. Si hubiese podido reflexionar serenamente, hubiera localizado fácilmente el núcleo de aquella unión: la común experiencia de la orfandad. Ambos habían padecido a temprana edad el dolor profundo del desamparo, por haberse quedado sin madre. Fernando dijo:

–No sé si habrá lugar... tendrías que haber pedido fecha por carta...

–Sí ya sé –dijo Juan Cruz–. Pero lo he decidido esta mañana.

–Bueno, lo mismo, andá... a lo mejor tienes suerte... la vez pasada llegó un mochilero, suizo o algo así, y consiguió lugar, justo estaba vacío. Tal vez a vos te pase lo mismo.

Como él tenía un examen, mandó a otro seminarista para que lo acompañara hasta el colectivo. El otro seminarista –un tucumano parlanchín– le chismorreó que antes, en el Monasterio, hacían retiros espirituales mixtos, es decir, de

hombres y mujeres. Y aparte de los monjes, residían allí también monjas. Pero se detectaron ciertas efusividades, "excesivas", ciertas reuniones nocturnas, que culminaban en interpretaciones por demás prácticas del "amor al prójimo"... Debido a eso el obispo decidió suspender los retiros mixtos y trasladó a las monjas a otro lado, dejando solos a los varones Benedictinos. Luego de un silencio pareció no conforme con los circunloquios que había usado para ilustrar a Juan Cruz, pues bruscamente agregó:

–Se hacían orgías, bah. Siempre con los shushetas de las clases ricas. Porque estos monjes son todos oligarcas. Pero el Hermano que está a cargo del monasterio, ahora, lo jodió al Obispo. Él no necesita mujeres para hacer orgias: porque es *marcha atrás*.

"¡Qué personaje!", pensó Juan Cruz cuando estuvo solo en el colectivo. Pronto lo olvidó. En poco tiempo estuvieron entre los cerros y el clima empezó a cambiar de un modo asombroso. Al llegar al Siambón la temperatura era tan distinta a la de la ciudad, que parecía otro mundo. Casi hacía frío. Había sol, igual que abajo, pero parecía no calentar.

El Hermano Superior lo recibió con amabilidad, pero le anticipó que no disponían de lugar para él. En cambio le ofrecía que almorzara con ellos; a las dos y media tendría un colectivo de regreso para Tucumán. El Hermano lo hizo pasar a la biblioteca. Era alto, buen mozo y refinado, llevaba el pelo canoso muy corto y peinado para adelante, como un noble romano del tiempo de Nerón. Sólo el hábito, pesado y marrón, indicaba su condición religiosa. Juan Cruz no pudo evitar el recuerdo de lo que le contara el seminarista.

Luego de que sonara la campanilla se sentaron alrededor de una mesa muy larga, de pesada madera basta. La comida, servida en platos de madera, consistía en una exquisita torta de papa y carne, sopa y manzanas. Para tomar, sólo agua.

–Los benedictinos comemos en silencio –le advirtió el Superior con dulzura–. Si quieres repetir puedes servirte tú mismo.

Juan Cruz sintió que de a poco iba empezando a recuperar el equilibrio. Comió con tranquilidad, concentrado absolutamente en lo que masticaba (debes pensar en el prana, el prana –oyó en su interior la voz imaginaria de Caio Miranda– sentirlo, percibir cómo se va incorporando benéficamente a tu cuerpo, al torrente de tu sangre).

El Hermano Superior lo acompañó hasta que vino el colectivo, que pasaba frente a la mole medieval del Monasterio. Le reseñó detalles del trabajo apícola de los monjes, que contaban, además, para su actividad, con el apoyo de varios obreros.

–Así que somos también una fuente de trabajo para la región –afirmó el monje, sonriendo.

De regreso Juan Cruz admiró los cerros, que al subir casi no había notado. Luego de veinte minutos de viaje estuvo de nuevo inmerso en el calor fragoroso de la ciudad.

En el Seminario se sentó a conversar un rato con su hermano que, previsor, le había conseguido ya una habitación para él solo. Antes de irse a jugar al fútbol, le indicó un libro y una pila de revistas que había sobre la mesita de luz.

–Ahí tienes, si quieres leer –le dijo… Ese libro es muy interesante.

Juan Cruz miró el título. Era un estudio sobre el pensamiento de Marx, hecho por Jean-Yves Calvez, sacerdote jesuita.

–Muy bueno –insistió el seminarista–. Desmonta con gran nivel toda la estructura filosófica del marxismo.

Fernando era antimarxista, aunque sin fanatismo. Como sabía que su hermano se estaba acercando, en los últimos tiempos, a ese pensamiento, trataba sutilmente de inducirlo, cada vez que se encontraban, a que no lo adoptara como propio.

–Está bien –dijo Juan Cruz. Gracias.

Apenas se fue su hermano menor hizo un esfuerzo por leer el libro, pero no podía concentrarse. Tomó entonces una revista de historietas. Hasta la hora de ir a bañarse para cenar, estuvo sumido en las andanzas de Nippur de Lagash, El Cabo Sabino, Johnny Hazzard, Pepe Sánchez, El Huinca. Con sorpresa, notó que esto lo había despejado. Cenó tranquilo, casi feliz, en el bullicioso comedor del seminario. Y luego de una breve sobremesa con Fernando y otros muchachos se fue a la cama. Durmió sin sobresaltos, hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Recién al atardecer pudo pensar en Laura. Recordó un hecho, particularmente doloroso, de los últimos tiempos: aquel día en que, por homenajearlo, ella lo invitó a almorzar en su casa. Había preparado amorosamente la comida, había puesto en la mesa del comedor para fiestas un mantel primoroso, cubiertos para cada plato, copas de vino y champán. A Juan

Cruz no le agradaba el champán: ella salió enseguida a buscar Asti Gancia. Como sus padres no estaban, la muchacha había planeado coronar el encuentro con una ofrenda especial. Lo llevaría a acostarse con ella en el lecho matrimonial. Después de nadar un rato se bañaron juntos y fueron a la gran habitación de los viejos. Laura había preparado la cama con sábanas de un rosado suave, delicadas e impecables. Después de que él le introdujera el pene y se moviera encima un rato, ella notó que pasaba algo malo. "No siento", contestó él cuando le preguntó. "¡No siento placer!" En un intento por mejorar las cosas ella le pidió que se relajara y la dejase hacer. Con delicadeza se puso encima de él, tomó su pene con los dedos, se lo introdujo, y empezó a hacer ella todos los movimientos. "¿Ahora está mejor?" preguntó esperanzada. "No", dijo él. "Es inútil, Laura: no siento nada". Ella no quiso llorar, porque sabía que a él le molestaba. Recordando éstas y otras situaciones de los últimos tiempos, pero consciente ahora de que amaba a Laura, Juan Cruz llegó a la conclusión de que el error había sido otorgarle un papel central al sexo, en aquella relación. Eso era lo que los había llevado a desnaturalizar *el amor*, hasta el punto de recibir, como castigo, la afrenta de verse obligados a un aborto. Como si hubiese recibido una iluminación, decidió entonces que, para limpiarse, debían abstenerse totalmente de la cópula, por un tiempo. Se puso de rodillas en el suelo de la habitación del Seminario y oró así:

–Señor, he comprendido nuestro pecado, del cual tengo yo toda la responsabilidad... Señor, he comprendido que el castigo ha sido engendrado por nuestra propia acción equivocada, de la cual yo soy el único culpable... Jesucristo, perdónanos por favor, y permítenos a mí y a Laura recuperar la senda del amor, en la cual estábamos desde el principio... Señor... como prenda

de sacrificio para lograr la felicidad de nuestro noviazgo... yo prometo, solemnemente, que desde hoy, 23 de setiembre, no haremos el acto sexual, por un mes exacto.

Después rezó un pésame, un padrenuestro, un avemaría, un salve; y repitiendo cinco veces la serie se levantó, persignándose.

Como si hubiera salido del infierno a una verde pradera se apreció completamente tranquilo y liberado. Su hermano, que lo acompañaba hasta la Terminal, percibió su buen estado de ánimo y se sintió feliz, también. La serenidad que se había aposentado en su alma era tan duradera, que sólo pensó en ideas buenas durante todo el tiempo del viaje. Cuando llegó a Santiago, al anochecer, en la ancha galería de su casa lo esperaba el otro único ser en quien desde la infancia Juan Cruz sintiera que podía confiar plenamente. Mirándolo con esa serena imperturbabilidad que tenía, cargada de sutiles energías bajo la piel, la Mamaviejita le susurró, como si fuera un secreto:

–Ha llamado por teléfono la Laurita. Me ha encargado decirte que la llames, apenas llegues.

–¿Cómo? ¿Había vuelto de Córdoba? ¿Qué milagro se estaba operando? Lentamente, con los ojos inmensamente abiertos, como quien se desliza por un templo, Juan Cruz fue hacia el teléfono y llamó.

–¿Hola? –dijo la voz ronca de Laurita, luego del primer timbrazo.

–Soy yo –dijo Juan Cruz, y ninguno de los dos pudo decir más por un rato, conmovidos.

–¿Qué pasó? –preguntó Juan Cruz cuando recuperó el habla.

–Me he venido. No soportaba más –dijo ella.

–¿Cuándo has llegado?

–Hoy. Hace media hora.

De nuevo él sintió la *presencia* de lo sobrenatural. Habían viajado *juntos* sin ponerse de acuerdo ni comunicarse desde hacía un mes. Mientras él regresaba de Tucumán ella venía llegando desde Córdoba, en el mismo lapso.

–Quería decirte algo –dijo Juan Cruz.

–¿Qué?

–Te quiero.

Luego de un silencio brevísimo ella contestó:

– ¡Yo también te quiero! ¡Yo también te quiero!

–Quiero verte ya... por favor.

–Bueno, mi Oro. *Songoro cosoro*. Ya voy.

16

César Isella - Canción del fusil y la flor

Terminaba setiembre. Hacía calor. Las luchas políticas habían adquirido un ritmo vertiginoso; casi no había día sin movilizaciones, hostigamiento al gobierno y acciones armadas

de la guerrilla. El crimen de Trelew le estaba costando caro a Lanusse. Los guerrilleros muertos se habían convertido en héroes que multiplicaban ansias de emulación en miles de jóvenes argentinos. Y el hecho trágico en formidable ariete sentimental, que cohesionaba inmensas movilizaciones de repudio al gobierno castrense, dentro y fuera del país. Como si hubiesen sido elegidos por un director de cine, los rostros de los “mártires de Trelew”, que se mostraban desde miles de reproducciones en revistas, afiches, pancartas y panfletos, eran los de muchachos y chicas jóvenes, de miradas profundas y limpia belleza, morigerada por un toque de recato y la conciencia de su precoz responsabilidad. Para más tribulación de Agustín Lanusse, dos de los fusilados habían sobrevivido, pasando por muertos hasta que llegaron los médicos y enfermeros. Ellos testimoniaron al detalle la operación criminal, que fue difundida hasta el hartazgo por los medios populares de comunicación. El capitán Sosa, su ejecutor, tuvo que ser enviado a Estados Unidos, para preservarlo del repudio o el ajusticiamiento.

Había más aún: en el mismo suceso, otro grupo de guerrilleros logró huir en un avión que desviaron a Chile. Entre ellos estaban los jefes más importantes de las tres mayores organizaciones guerrilleras: ERP, FAR y Montoneros. Mario Roberto Santucho, Roberto Quieto, Fernando Vaca Narvaja y Marcos Osatinsky solicitaron asilo al gobierno de Salvador Allende; al serles denegado continuaron viaje hacia Cuba. El efecto de esta acción fue extraordinario, tanto por sus repercusiones políticas, como por lo que significaba para las organizaciones armadas la recuperación de sus jefes. La guerrilla alcanzó en Argentina un prestigio inmenso.

En aquel momento Laura y Juan Cruz se incorporaron al ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), una organización armada que dependía políticamente del PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores). Poderosos en el Noroeste – Salta, Jujuy, Tucumán, sostenía un nutrido aparato logístico en Santiago del Estero–; durante el último año se había desarrollado extraordinariamente en Córdoba, Rosario y el Cordón Industrial de Buenos Aires. En una de las reuniones de SER se les había acercado Daniel, quien venía, a su vez, apalabrado por Rody. Daniel (su nombre de guerra) era un hombre de aspecto rudo, de lenguaje amable y sencillo, debía tener unos cuarenta años e inspiraba confianza. La incorporación de Juan Cruz coincidió con el alejamiento vergonzante de Enrique, su rival del PRT, quien luego de caer preso por unos días había declarado que no se sentía capaz de seguir militando. La caída de Enrique había estado rodeada de aspectos turbios, pues sin que se pudiesen determinar con claridad las causas, la policía había detenido a nueve militantes más; y mientras él era puesto en libertad, los otros continuaban presos. Lo más grave era que Enrique ocupaba la máxima responsabilidad política de la organización en la ciudad de Santiago.

Aunque se esforzó por acallarlo, un secreto regodeo animó a Juan Cruz cuando se enteró, por infidencias de otros compañeros, de los detalles de este asunto.

–Y éste era el que nos pretendía bajar línea a nosotros –le dijo a Laura– ¿Te das cuenta como, hasta en los partidos revolucionarios se dan maña para ocupar los primeros puestos los peores? Basta tener un poco de audacia, capacidad de adulación y suficiente desprecio por los subordinados. Ley de la miserable especie humana.

–Yo no quise decirte nada para no enojarte –confesó Laura–, una vez que me encontré en la calle y nos pusimos a conversar, me dijo que yo podía ser una excelente militante revolucionaria, pero antes debía alejarme de vos... que eras un pequeño burgués individualista y soberbio y me tenías sometida. Por supuesto, yo lo mandé al diablo...

–Hijo de puta... se atrevía hasta a meterse en nuestra vida sentimental...

Juan Cruz y Laura fueron incorporados a un equipo de cinco miembros, que cumplirían tareas de apoyo. Su primera obligación consistía en reunirse dos veces por semana y estudiar los informes y documentos de la organización. Juan Cruz fue designado, democráticamente, responsable militar de la célula y Renzo, un italianito universitario, responsable político. No tenían armas, así que la actividad "militar" del grupo se limitó de momento a ir a correr y hacer gimnasia una hora a la semana, por las noches, en la costanera. Los otros miembros del equipo eran Nahuel, joven mecánico, moreno, callado, de bigotes muy negros, y María Rosa, una escultural muchacha, rubia, de ojos bellamente azules. María Rosa era estudiante universitaria de Literatura; su novio militaba en Montoneros, pero por alguna razón que Juan Cruz no alcanzaba a comprender –y no se atrevió a preguntar– ella había elegido otra organización, más a la izquierda. Bueno. El caso de él era similar, en lo político. Había algo en Montoneros que lo incomodaba, no sabía muy bien qué. Tal vez fuera esa insoportable pedantería de creerse dueños de las masas, o cierta capacidad para mimetizarse políticamente, según fuera la circunstancia, o muchos de sus métodos, sospechosamente analógicos del fascismo... no lo sabía bien... lo cierto era que, a él tampoco Montoneros, le cuadraba. Tenía buenos amigos allí,

pero se sentía, en verdad, pese a su origen peronista, cada vez más cercano a la gente del ERP.

A mediados de octubre la célula recibió su primera misión importante. Debían recibir un cargamento –aunque no les dijeron su contenido, estuvieron casi seguros de que eran armas– y ocultarlo en una finca en el campo. Ellos habían sido elegidos a causa de que los padres de María Rosa poseían esa finca, que no ocupaban. Juan Cruz se reunió con Daniel y planificó minuciosamente la acción. Una camioneta traería la carga desde Tucumán, en un barril metálico de los que se usaban para miel. En la entrada de la ciudad se haría cargo de ella Nahuel, quien la llevaría a Beltrán, lugar donde debían esconder el barril. Para evitar que Nahuel conociera al militante tucumano, éste dejaría estacionada la camioneta en cierto lugar, cinco minutos antes. Daniel le entregó a Juan Cruz una copia de la llave de la camioneta. Los demás miembros de la célula, debían llegar, cada uno por su lado, a la finca de Beltrán. Para disimular, harían un asado y pondrían música, como si se tratase de un picnic.

–Esa es la parte más linda –comentó Juan Cruz.

Después de realizada la tarea, regresarían, otra vez cada uno por su lado. Nahuel dejaría la camioneta, a las seis en punto, en la calle Yrigoyen, entre Chaco y Santa Cruz. De allí se la llevarían. Juan Cruz puso una objección al plan: si todo el mundo sabía que eran amigos –Santiago es una ciudad chica– y debían fingir un picnic (en realidad, lo harían), ¿por qué no iban juntos, aprovechando la camioneta? Daniel adujo razones de seguridad, de adiestramiento conspirativo, y mantuvo su esquema: debía ir cada uno por su lado y cuidarse estrictamente

de cumplir los horarios. Poco convencido, Juan Cruz decidió aceptar por disciplina.

–Supongo que por lo menos podremos ir juntos Laura y yo.

–Pero si a ustedes los contamos como uno solo, macho –le dijo sonriendo Daniel.

La acción se cumplió perfectamente. Juan Cruz y Laura viajaron diez kilómetros hasta La Banda y tomaron allí el colectivo, para no coincidir con María Rosa en la Terminal. A Laura le agarró un ataque de risa cuando vio a María Rosa, sentadita en el último asiento, con una cara de susto que la vendía a la legua. Pese a ello, no se hablaron en todo el trayecto... "Qué estupidez", dijo a su novia Juan Cruz.

Comieron un buen asado después de enterrar el tambor y plantarle un arbolito seco encima, para reconocer el lugar. Por la tarde volvieron a separarse. Laura y Juan Cruz hicieron dedo; los levantó una pareja que los conocía.

–¿Ustedes son novios o ya están casados? –preguntó la mujer. –Aún somos novios –contestó Juan Cruz. Pero nos casaremos en los primeros meses del año que viene. Laura lo miró sorprendida.

Esa noche se reunieron para comprobar el éxito del operativo. Luego las muchachas regresaron a sus casas, y los hombres se fueron a un espectáculo folklórico, que se hacía a beneficio de los presos políticos en el club Sáenz Peña.

Deep Purple - Smoke on the Water

Una tarde lo llamó por teléfono la gorda Cecilia, del PSP, para decirle que estaban haciendo un censo de afiliados en los barrios. “A vos te hemos puesto en equipo con Ondina”, le dijo, “¿podrás venir?” Ondina había convenido con la gorda que en caso de aceptar Juan Cruz, debía esperarla a las siete en la esquina de Congreso y Moreno.

A la hora indicada, Juan Cruz la contempló acercándose por la vereda de la Moreno con su sempiterno ropaje negro. Esta vez llevaba un toque blanco en el pelo, y otro en la pollera, sobre el lado izquierdo de la pelvis. Vestía una pollera tableada, muy corta, que dejaba bien evidentes sus piernas, torneadas por los ejercicios gimnásticos –Ondina era jugadora de voley; su cuerpo parecía modelado por un escultor; no presentaba un solo gramo de más, pese a las formas sensuales de sus caderas; la cintura estrechísima servía de apoyatura a un torso refinado, que culminaba en hombros elegantes, un cuello fino y una cabeza de dibujo perfecto; su piel, de suave tonalidad cetrina, subrayaa felizmente dichos rasgos, convirtiéndola en una doncella que bien hubiera podido representar a la del famoso *Cantar de Salomón*. Cuando llegó a él, pudo ver que los apliques de gasa que traía sobre la pollera y el pelo eran rosados, igual que el corpiño, del cual se percibía un vislumbre por entre la trama tejida de la remera.

El censo duró muy poco, ya que el PSP tenía sólo tres afiliados en aquel barrio (una zona de trabajadores, muy extensa, que abarcaba un espacio de unas cincuenta manzanas,

desde la calle Alsina y Moreno, siguiendo por tras de la Penitenciaría hasta la Balcarce). Ondina conversó un poco con cada familia que visitaron, gente mansa y sencilla. Juan Cruz no entendía la política de aquellos partiditos. Toda organización debe tener su estrategia de poder, ya que éste es imprescindible para llevar adelante una plataforma. El PSP se oponía al camino armado o insurreccional. Eran electoralistas. Ahora bien, ¿cómo harían para llegar al poder con tres afiliados en cada barrio? Alejandro Valor decía que el socialismo –para su criterio el socialismo estaba en el PSP– iría cimentando su prestigio a medida que se fuera agotando la credibilidad de los grandes partidos, desgastados por sus propias contradicciones. Entonces, aparecería límpida en el horizonte, la opción socialista. Según decía él, había que trabajar, entonces, con paciencia y perseverancia, para un plazo no menor de diez años.

Así que su estrategia se basa en esperar a que fracasen los otros –pensó Juan Cruz. La sentencia china: "siéntate..." Por asociación se acordó de un chiste mudo de Amengual, que había visto en la revista *Satiricón*, en cuatro cuadritos alargados. En el primer cuadrito, un chino joven sentado a la orilla del río, esperando ver pasar el cadáver de su enemigo. En el segundo cuadrito, el chino sigue esperando. En el tercer cuadrito, el chino se da vuelta para sacar un sandwich de un atado: en ese momento, pasa por el río el cadáver de su enemigo. En el cuarto cuadrito, el chinito casi sin pelo, encorvado, muy viejito… aún continúa esperando ver pasar el cadáver de su enemigo.

"¿De qué te ríes?", le preguntó Ondina. Él le contó aquel chiste.

Nada sucedió aparte de las visitas a esa gente y el dilatado diálogo cada vez más intimista con Ondina, aquella tarde. Volvieron cerca de las nueve de la noche; ella le pidió que la acompañara, pero solamente hasta la esquina de su casa, pues si bien había dejado con su novio hacia una semana, consideraba indecoroso que la vieran con otro, en tan poco tiempo. El novio resultó ser Félix Obenmaier, un muchacho judío, un tanto excéntrico, que fuera compañero de escuela secundaria de Juan Cruz y a quien él tenía un cierto afecto.

Desde un comienzo esta relación incipiente con Ondina le producía desasosiego. Era muy hermosa, es cierto, y a él le gustaba cada vez más. Pero las cosas venían torcidas –para el modo como él las veía, a saber: 1) ella conocía muy bien de su noviazgo con Laura, pero se estaba dando una táctica de seducción, eso era evidente, 2) esa táctica tenía algo de perverso, como lo tiene todo fingimiento que alcanza tal grado de perfección. Ondina aparecía como una muchachita desvalida, triste, con un aura de abnegación virginal por haber perdido a su madre en la infancia, razón por la cual debió "hacerse cargo" de ese papel hacia sus dos hermanos menores desde sus nueve años, pues su padre, un médico (siempre fuera de la casa, siempre tan ocupado") no se volvió a casar. Sin embargo pronto Juan Cruz (gran psicólogo práctico) se dio cuenta de que con esa conducta de muchachita triste y carecida de afecto, ella conseguía casi absolutamente todo lo que se proponía. Había un factor adicional y esencial, claro: era hermosa. "Pues si hubiera sido vieja y fea", pensó Juan Cruz, "se hubiera podido cagar sufriendo, que no le habría dado pelota nadie". 3) Había sido novia de un tipo que él apreciaba (o quizá aún lo era, eso no le quedaba bien claro, pues Ondina le confiaba que *el loco* Félix la buscaba permanentemente, pero

ella no lo aceptaría “nunca más”, pues era un psicópata, que se había complacido durante dos años en someterla a “su sadismo”).

No, no le gustaba este asunto, ¿pero desperdiciaría a una muchacha tan exquisitamente femenina y hermosa, quien además se le estaba ofreciendo? “Solamente un maricón podría hacerlo”, susurró el subconsciente machista del joven. Pese a creerlo, Juan Cruz decidió dejar de lado ese tema, por el momento. Y con un gran esfuerzo de voluntad, apartó su pensamiento de él. Para ajustar mejor este propósito, llamó a Laura del primer teléfono público que encontró: “Quieres que vayamos a comer una pizza?”, le dijo, cuando lo atendió.

–Estuve haciendo el censo con Ondina, en el barrio de tras la cárcel –dijo, ya sentados ante una mesa de pizzería– es para reírse: tiene tres afiliados.

–Pierdes el tiempo con esos pequeños burgueses –contestó Laura, masticando la porción chorreante de queso fundido– ya te lo dije. Ni siquiera se los puede calificar de reformistas, como a los del PC. Buscan tranquilizar un poco su conciencia, y darle algún condimento a sus vidas. Van y hablan un poco de socialismo, con los pobres, y después se reúnen entre ellos, pequeñoburgueses, como podría hacerlo un grupo del Rotary Club. En realidad, tienen horror de la revolución: son reaccionarios. No, no me gusta ese grupo.

–Ya sabes que cultivo a esa gente para que me permitan seguir teniendo la llave y robarles el aerosol –se justificó él. En la “Casa del Pueblo” socialista, había un depósito siempre bien provisto de pinturas en aerosol. Juan Cruz y Loro habían entrado varias veces a proveerse allí, para hacer luego pintadas del ERP.

–Podrías haber hecho una copia y listo –dijo Laura.

–No valía la pena –contestó Juan Cruz y se quedó mirando la luna, con fastidio. Estaban sentados en una vereda, frente al parque. La noche estaba fresca, estrellada. De golpe Juan Cruz se levantó y le acercó su rostro:

–¡Dame un beso! –le susurró, junto a su boca.

##########

18

Billie Holiday - *Me Myself And I Easy Living*

Aquel mes de octubre transcurrió apacible, con muchas reuniones y compromisos, pero también una recuperada armonía entre Juan Cruz y Laura. Ella se había sorprendido un poco cuando él le dijera que no tendrían relaciones sexuales durante un mes.

–¿Has hecho una promesa? –preguntó.

–No –mintió él– Sólo es que creo que un revolucionario debe tener la voluntad suficiente para controlar sus pasiones. Habíamos llegado a un ritmo sexual caótico, desenfrenado, lo cual desvalorizó el acto. Convirtiéndolo, por una parte, en impulso animal, casi inconsciente, y algo rutinario, por otra parte. La abstención nos higienizará, nos llevará a colocarlo en su legítimo lugar. Esto es, *una* parte, pero no la más importante, de la relación. Y nos permitirá tomar control

voluntario sobre él. Luego de este mes de abstención, podremos reiniciar, entonces, una vida sexual responsable y racional. – Todo eso dijo Juan Cruz, de un tirón.

–Bueno –reflexionó en voz alta Laurita, pragmática– es una suerte, no voy a tener que tomar este mes los anticonceptivos.

–No, no los tomes –dijo el– Los anticonceptivos y ciertas pastillas para adelgazar que ella tomaba, le habían provocado estados depresivos cada vez más difíciles de controlar. La abstención serviría, además, para que ella limpiara un poco su organismo.

–Deja de tomar esas píldoras para adelgazar, también –le reclamó Juan Cruz. Son anfetaminas. No te hacen nada bien.

–Quiero estar más linda, para vos.

–¡Laura! ¡Estás bien así!

–Vos me dijiste que estaba gorda.

–Me gustan las gorditas más que las flacas.

–Mientes. Lo dices para consolarme.

No hubo forma de convencerla. Por fin, él decidió cambiar de tema. –Les están dando golpes duros a los tupas en Uruguay –dijo– No sé, y parece que Amodio Pérez, el que era uno de los jefes, ¿te acuerdas?

–Sí.

–Está colaborando con los milicos…

Sui Generis - Rasguña las piedras

Tenía que hacerse un análisis de sangre, y renovar el carnet de conductor. Para ello debía levantarse temprano, presentarse en ayunas al hospital. Le había pedido a Laura que lo acompañe.

Estaba terminando de leer un breve cuento de Germán Rozenmacher cuando ella llegó. Eran las seis y media en punto.

–Vení, dame un beso antes de salir –le dijo. Estaba bellísima, con una remerita color ocre claro y una pollera marrón con tablas. Los pies desnudos calzaban una sandalia suspendida en dos cintas de cuero. Cerró la puerta de adentro.

Por la ventana entraba un claror rosado que endulzaba la semipenumbra de la habitación. Sin poder contenerse, Juan Cruz hizo apoyarse de nalgas contra la mesita a su novia y levantándole la pollera, empezó a acariciar las hermosas piernas. Ella estaba tan excitada como él.

Las manos de Juan Cruz palparon bajo la bombachita de encaje el pelo mullido de su pubis, y avanzando más, una humedad tibia que conocía muy bien y le enardecía. No pudo dejar de mirar; vio esas dos piernas adorables y morenas en escorzo, abiertas para dar lugar a su cuerpo entre ellas. Con impulso lento pero incontenible empezó a dejar libre de ropa el órgano genital de ella.

–Juan Cruz… no sé si estamos en buena época... –gimió la muchacha.

–No va a pasar nada... –contestó él, en el mismo tono–... ya faltan pocos días para tu menstruación...

Ella no insistió y lo dejó hacer.

Luego de que tuvieran una relación corta e intensa y llegaran juntos al orgasmo, él cambió totalmente de humor.

Se había dado cuenta de que aún faltaban seis días para que se cumpliera el lapso de abstención que había prometido cumplir. Lo peor era que se había dado cuenta *antes* de empezar a bajarle la bombacha... Pero no había tenido la voluntad de resistir. Profanaba de tal manera su voto ante Dios. Ella no sabía nada, por tanto, estaba libre de culpas. Pero él pagaría su error. No sabía bien cómo, pero estaba seguro de que algo grave le sucedería. Esto le dio miedo, vergüenza, y lo angustió tanto que para salir de ese oscuro sentimiento empezó a agredir sin motivos a Laura. Le gritó por la calle, a causa de un motivo sin importancia, la dejó sola cerca de media hora para luego arrepentirse y volver a buscarla pero sólo para agredirla otra vez y nuevamente sin razón. Así, lo que había empezado como una mañana feliz terminó al mediodía con un desplante brutal de Juan Cruz, que se fue dejando abandonada a su novia en un banco de la placita Alvear, sin siquiera decirle adiós. Como suspendida en la resolana Laura caviló mucho rato, sin poder dar con alguna pista que le indicara cuál había sido su pecado.

A partir de allí comenzó una nueva caída que se manifestaba en parecidas o mayores degradaciones que la anterior. Juan Cruz estaba desesperado, pues aunque se proponía

temperancia, bastaban razones nimias para encender ataques salvajes de su parte –sólo verbales, pero tan llenos de rencor y desprecio que Laura hubiese preferido que la pegara, y terminar de una vez. Él se preguntaba a su vez qué profundidades misteriosas de su yo engendraban tales energías destructivas, sin que pudiera ejercer control sobre ellas. Laura iba desmejorando a ojos vistas; aunque aún hermosa, se ponía cada vez más pálida, su tez había tomado paulatinamente un tono enfermizo.

Una angustia dolorosa perturbó entonces cada uno de los días de Laura y Juan Cruz. Al estar separados ansiaban verse, pero bastaba con que se encontraran, para que él empezara a generar esa especie de energía negativa, con la cual rechazaba a su novia peor que si tendiese entre ambos una alambrada de púas. Del mismo modo que en épocas anteriores de su vida, Juan Cruz estaba destruyendo lo que con tanto trabajo había construido y aunque no lo supiera, su blanco final era él mismo. Así pasó noviembre y las primeras semanas de diciembre, entre reuniones, tareas de propaganda nocturna y reyertas cotidianas.

Una noche fueron al cine. En el intervalo entre película y película Juan Cruz generó un escándalo porque unos muchachos, que pasaban en auto, dijeron algo de la “hermosa cola” de Laura. Ella había venido con un falda ajustada y corta, una camisa semitransparente y tacos tan altos que sobrepasaba a Juan Cruz. Se había pintado la boca de rojo intenso, sus ojos acrecentaban el fulgor de su mirada desde la sombra marrón que los enmarcaba cuidadosamente por arriba y las mejillas redondas de la muchacha saltaban adelante empujadas por el rubor artificial.

–Te has vestido como una puta –le dijo Juan Cruz. Cómo mierda no te van a desear el culo todos los tipos que pasan.

–Juan Cruz... ayer me estuviste media hora regañando porque no me arreglaba bien... dijiste que me estaba abandonando, que parecía una huérfana...

–Si, pero yo te dije que te arregles bien, con altura, no que caigas en el exhibicionismo… ¿No tienes seso, vos? ¿No te miras en el espejo? ¡En qué cabeza cabe, con semejante culo y semejantes tetas, ponerte esa ropa tan ajustada!

–Lo hice para complacerte a vos Juan Cruz, ¿no entiendes? –gimió ella, y rompió a llorar.

Pero en vez de consolarla, él se dio vuelta y se fue a su casa, dejándola allí plantada.

Otra vez la caída, pensaba Juan Cruz mientras caminaba por la desierta avenida, otra vez este infierno de querer amar y destilar odio en vez de cariño, amargura en lugar de felicidad. Mañana le pediré perdón, yo tuve la culpa, otra vez, pero luego volveré a caer, lo sé, ¿no había forma de evitarlo? Es mi culpa, mi culpa: yo he pecado y lo tengo que pagar; destruyéndola a ella, me estoy destruyendo a mí mismo, denigrándola, me denigro. Pero, ¿por qué tiene que pagar ella mis taras, mis miserias, mis perversidades? Si no puedo parar esto me voy a alejar de ella para siempre, o le voy a pedir que se vaya, adonde no podamos encontrarnos, adonde no me vea más. Pero voy a intentar de nuevo, tengo que intentar... ¿Dios mío –preguntó, parándose en medio de la calle, junto al

antiguo ferrocarril– no nos vas a dar otra oportunidad? Instantáneamente su rostro se encarnó; sintió que lo agobiaba un sentimiento de desolación, se sintió absolutamente solo y sintió que Dios no les iba a dar otra oportunidad. Ya lo había hecho, hacía muy poco tiempo y reiteradamente. Pero por su culpa, por su sola culpa… todo había fracasado.

20

Almendra - Toma el tren hacia el sur

–Perón ha ordenado la ofensiva general contra la dictadura. La guerra, según él, se va desarrollando en etapas: vencida el 30 de junio la tregua otorgada a los milicos, ha llegado la hora de la organización combativa de las bases, los actos de masas y la movilización popular. Galimberti asegura que el líder tiene perfecta conciencia de que la Juventud es el eje de esta lucha, y una vez logrado el poder, sea por la vía electoral, sea por la lucha armada, recibirá la cuota mayoritaria que le corresponde.– El "compañero Daniel" explicaba los temas de la reunión secreta que habían celebrado las cúpulas de las tres organizaciones armadas más importantes del país: ERP, FAR y Montoneros.

Estaban en una "reunión ampliada", con dos invitados del ELN.

–¿Por nosotros asistió alguien? –preguntó Susana, una de las representantes del ELN.

–Si. El “Negro” Arroyo. Pero como organización integrada al ERP.

–¿Así que nos integramos, nomás, al ERP? –preguntó nuevamente Susana.

–Como ejército sí; como organización política, conservan su identidad... ahora te explico, vamos por partes...

La rubia María Rosa le alcanzó un mate amargo y espumoso; luego de dar una chupada el dirigente continuó:

–Lo que pasa es que la conducción conjunta considera superada la etapa del liderazgo histórico de Perón. Por una parte, sus 18 años fuera del país le impiden tener una visión acertada de nuestra realidad. Aún poseyendo informes muy precisos, desde España no puede comprender jamás en su totalidad la riquísima dinámica que las masas vienen desarrollando en los últimos años. Por otra parte, aunque lo entendiera, él no está dispuesto a liderar el proceso revolucionario que estamos iniciando. Perón es un líder burgués; su proyecto se agota en un capitalismo dirigido, con amplia base participativa. Aún más, el pragmatismo y los años lo han llevado ahora a buscar claramente el apoyo de los capitales del Mercado Común Europeo. Con ello lo único que haríamos sería cambiar de amo: en vez de los yanquis, los alemanes, los holandeses y los suizos, además de renunciar olímpicamente a la bandera central de su doctrina: la independencia económica. Sin la cual, son imposibles las otras dos.

María Rosa abrió un poco las piernas para alcanzar la pava, que lanzaba un silbido sobre un calentador petiso, y por un instante sus piernas blanquísimas dejaron ver una adorable

perspectiva que se difuminaba en la suave trama de su bombachita al parecer amarilla. Juan Cruz tragó saliva. Lo erotizaba en sumo grado aquella muchacha, pese a que era bastante recatada en su vestimenta. Esos ojos azules, melancólicos, alegres y nobles al mismo tiempo, esas tetas que se adivinaban duras, prominentes bajo las remeras de *banlon*, esa cintura finísima, resultado de sus prácticas de gimnasia sueca y esgrima, las piernas, en fin, propias de una doncella sacrificial, que le era dado contemplar ahora con arrobo, ocupaban con cierta frecuencia retazos de su pensamiento. Él ahuyentaba la racionalización de tales sensaciones sin embargo, por dos causas: una era que ella tenía novio. Otra, el que contara con veinticinco años –es decir, dos más que él. No se sentía cómodo haciendo pareja con chicas que lo superaran en edad. María Rosa pescó en el aire los pensamientos de Juan Cruz, y automáticamente cerró las piernas, mirándolo con un dejo de reproche, sin poder evitar luego el echar una ojeada furtiva hacia donde se encontraba Laurita, distraída con el abrochamiento de unos boletines.

–…sin tener en cuenta la radicalización de las masas por el impacto tremendo que significaron la exitosa fuga del penal de Rawson (en el sentido de mostrar la posibilidad concreta de la acción revolucionaria), y la posterior masacre de Trelew, por la indignación popular despertada en el pueblo. Esa indignación y la conciencia de que la lucha armada revolucionaria es posible y es el único camino para establecer un sistema social justo en Argentina, llevó a miles de jóvenes de todos los sectores a incorporarse a la militancia activa, sea en el campo de la guerra popular revolucionaria, sea en el campo de la agitación sindical, vecinal o política. Ustedes no se imaginan, compañeras, compañeros, la cantidad de muchachos y chicas

que estamos incorporando. Esto nos da un poco de miedo, para ser sincero, porque la lucha revolucionaria es un tipo de lucha que necesita ser hecha por cuadros altamente especializados, ustedes lo saben, y por eso nuestra política fue desde el principio realizar una ajustada preparación antes de incorporar al compañero a tareas de militancia activa. Pero, en fin, estamos viendo las formas de adecuar la estructura a esta nueva situación de crecimiento masivo, sin poner en peligro la seguridad y la eficiencia de la organización.

–¿Vos te refieres al Frente Revolucionario Peronista o al ERP? –interrumpió Susana, a quien al parecer el tema de incorporación al ERP no le cuadraba.

–Bueno, a los dos –dijo Daniel, un poco amoscado– somos aliados, y están muy avanzadas las conversaciones para una total integración, que se viene dando de hecho, en la práctica, desde bastante tiempo atrás.

–¡Eso es lo que no me entra, Daniel –estalló quejosa esta vez, la muchacha– ¡Por qué nosotros, que somos peronistas, revolucionarios, es cierto, pero también católicos y nacionalistas, tenemos que integrarnos a un grupo que responde a un partido marxista-leninista! ¿Adónde va entonces nuestra tercera posición, equidistante de los dos grandes imperialismos? Con eso, nos entregamos a uno de ellos...

–No bajan sus banderas, Susana, no es como dices... la integración táctica no significa la desaparición de la línea ideológica peronista del ELN... no te olvides que se integran al ERP, que es un frente para combatir, no al PRT, que es, si, un partido de cuadros marxistas... En el ERP hay de todo, fijate que en Córdoba, por ejemplo, está el M17 de Octubre, de

Charlie Moore… que es un grupo netamente fascista; pero coincide en los objetivos militares inmediatos…

–Quiere decir entonces –dubitó Ramiro– que si 1legamos a tomar el poder, es posible que después tengamos que cagarnos a tiros con los del PRT y con el M17.

–Y sí es posible... –aceptó Daniel– y los que tengan más poder de fuego y hayan sabido aprovechar toda esta etapa para acumular fuerza entre las masas han de ser quienes lo conservarán... al poder, digo... pero para eso, tenemos que luchar juntos, por ahora.

21

The Rolling Stones - *The Lantern*

En una noche de mediados de diciembre Ondina Crusciani logró lo que se había propuesto. La gorda Cecilia cumplía años; los del PSP le hacían una fiesta en el barrio de Los Profesionales. Laura le dijo por teléfono a Juan Cruz que no se sentía bien y quedaría en su casa a descansar.

–Pero vete vos –insistió– te va a hacer bien salir un poco de la rutina de militancia y tareas nada más.

Ondina Crusciani estaba allí y desde que él llegó empezó a tirarle ondas de un modo sutil, como ella lo sabía hacer. Poseía un tipo de personalidad que llevaba a mucha gente –hombres y

mujeres– a estar pendientes de sus necesidades y deseos; donde estuviera, siempre tenía a dos o tres rodeándola. Pese a ello, se dio maña para acercarse a Juan Cruz.

Se habían apoltronado juntos en una otomana; Ondina le inducía a hablar y él se sentía muy bien, pero de repente tomó conciencia del peligro, sintió remordimientos, y lo más disimuladamente que pudo fue apagando la conversación; cuando se produjo un silencio prolongado lo interrumpió diciendo:

–Ya me tengo que ir... una lástima, porque me siento muy bien con vos... Quiero terminar un trabajo que empecé y lo tengo dando vueltas en la cabeza...

Entonces sucedió lo inesperado. Levantándose al mismo tiempo que él, ella afirmó:

–Yo también debo irme... ¿no te molesta si lo hago con vos? Temo andar sola de noche.

Ondina hubiese tenido a la mitad de los muchachos que allí estaban corriendo hacia ella sólo de habérselos pedido, así que aquello era sólo un pretexto para estar con él. Juan Cruz lo comprendió y para su perjuicio, los últimos escrúpulos que sintiera se desdibujaron, sepultados bajo la infatuación que le provocaba el hecho de que esa mujercita hermosa y refinada estuviese tan prendada de él.

Tomaron un colectivo para llegar al centro. Apenas se hubieron sentado, él le dijo:

–En realidad te mentí... mi ansiedad por salir de esa fiesta era solamente porque la música era horrible, a cada rato nos

interrumpían y toda esa gente snob y reformista no me gusta nada... Además, había demasiada luz.

–¡Yo también te mentí! –dijo ella, con mirada pícara– ¡Yo también estaba harta *solamente* de estar ahí!...

Se rieron a carcajadas. Luego él dijo:

–¿Quieres que vayamos a tomar algo a un lugar tranquilo?

Ella lo miró un instante con sus ojos suaves, negros, luego bajó esas sus pestañas como cortinas, volvió a levantarlas, y contestó:

–Sí…

Fueron a Safari. Él la guió hasta uno de los butacones más recoletos. Por suerte había muy poca gente. Pidieron dos whiskys. Ondina tenía gran habilidad para hacer que Juan Cruz se sintiera bien. Estaba en el último año del profesorado de Literatura, era muy inteligente; por tanto la conversación con ella podía convertirse en un verdadero placer para quien tuviese gustos afínes. Charlaron cerca de una hora sobre las novelas de García Márquez, sobre Rayuela, sobre Borges, sobre la política, el amor, la vida. Cuando pusieron un disco de Three Dod Nigth él le dijo:

–Vamos a bailar.

Ondina vestía un conjunto de randa negra, con mangas y botamangas muy anchas. Como único detalle, bajo el recogido pelo lustroso, azabache, brillaban desde los lóbulos de las orejas un par de aros redondos, de oro. ¿Por qué vestiría siempre de negro? Se lo preguntó.

–Me gusta –contestó ella.

Bajaron los dos escalones y bailaron suelto, un tema tras otro, sobre los juegos luminosos de la pista, solos. Sorpresivamente Frank Sinatra empezó a cantar "El mundo en que vivimos" y se apagó la luz. Era un guiño del discjockey, Juan Cruz lo conocía muy bien. "Bueno: se agradece", pensó.

El cuerpo de Ondina se pegó con suavidad al de él. Sintió la prodigiosa tensión erótica que transmitía su musculatura; el glande comenzó a humedecérsele. Afirmó su rostro en el de ella, que se adecuó, tan bien como si se tratara de una pieza propiamente modelada con ese propósito. Luego de bailar un rato, volvieron al refugio de sus asientos. Al llegar allí, Juan Cruz la besó. No paró de hacerlo y de acariciar su cuerpo hasta dos horas después, cuando la dejó frente a su casa.

22

Jimi Hendrix - Little Wing

–Estoy embarazada –murmuro lúgubremente Laura.

–¡Otra vez! –se asombró Marcela Sadam.

–Otra vez –repitió ella– De dos meses, ya.

–¿Lo sabe Juan Cruz?

–Todavía no.

–¿Y qué esperas para decírselo?

–No me atrevo. No sé cómo va a reaccionar. En los últimos tiempos hemos vuelto a andar mal. Juan Cruz no tiene ganas de seguir conmigo, lo siento, a pesar de que él trata de no demostrarlo... Pese a ello se le nota. Se le nota el hastío, me trata con un exceso de grosería por lo general y cuando yo llego, no se alegra para nada. Por el contrario, parece que lo molestara...

–Pero se tiene que hacer responsable... el hijo es de él, ¿no? ¿O acaso te has andado haciendo la picara con otro vos?

–¿Estás loca?

–¿Ves? Por eso. Tienes que avisarle cuanto antes y tomar una decisión. Pero esta vez tienes que ser firme... ¡Exigirle el casamiento! ¡O por lo menos, irse a vivir juntos y tener el hijo, tenerlo! ¡Vos ya no puedes hacerte otro raspaje!

–No quiero hacerlo, Marcela. No quiero exigirle nada. Sería horroroso que nuestra relación, que nació como el amor más hermoso que se pueda imaginar, deba convertirse en una cárcel.

–¿Y qué vas a hacer?

–No sé. Una doctora me va a conseguir una inyección para ver si puedo lanzar el feto. Pero no me asegura nada, a esta altura. Hasta último momento no le diré nada a Juan Cruz.

–¡Tonta romántica, eso sos vos! –dijo Marcela, e imprevistamente se largó a llorar.

Laura la abrazó. Lloraron juntas un rato. Luego de pasada la descarga, fue Laura quien habló.

–He 1legado a la certidumbre de que Juan Cruz no ha amado a nadie antes de mí. Y no creo que vuelva a amar,

después de mí... Eso, al mismo tiempo, me envanece y me angustia.

–Si te amara se casaría con vos –dijo Marcela.

–Yo he dicho que me ha amado, no que me ame ahora – contestó Laura. Ahora no me ama ya. Por una razón muy simple: se le acabó el amor.

–¿Se le acabó el amor?

–Sí. Juan Cruz me ha amado tanto como él puede amar. Ha llegado al límite de sus posibilidades. Un amor intensísimo, tan intenso, que se agotó en el esfuerzo.

–¿Vos crees que el amor se agota?

–En el caso de Juan Cruz sí. El no puede amar más allá de un límite. Y como ese límite no lo ha puesto él, le resulta imposible superarlo, o siquiera explicárselo. El siente que no ama más, y todo termina. Por más esfuerzos que haga, no puede amar. Su corazón se bloquea. Entonces, se queda solo... muy solo, y vuelve a buscar alguien que lo saque del desierto de su corazón, y no lo encuentra... alguien, alguna muchacha bonita, muy femenina, como le gustan a él… pero sólo para descubrir en muy poco tiempo que era una atracción física, nada más... y luego, vuelta a quedarse solo, vuelta a buscar a alguien, que le permita creer que le es posible amar. Pero es inútil. Juan Cruz no puede desarrollar armónicamente su amor... como hacen muchos, a lo largo de toda una vida… Hay algo muy metido en su inconsciente, que se lo impide: Juan Cruz no es capaz de confiar plenamente en nadie. Y no puede confiar, por causa de dos hechos que marcaron para siempre su vida. El primero, fue su nacimiento, que al parecer fue violentísimo, en un medio hostil e inadecuado. El segundo,

que cuando tenía cinco años, su madre lo abandonó. Los abandonó, a él y a su hermano, a quien Juan Cruz quiere muchísimo. Eso instaló en su personalidad, definitivamente, a la causa central de su desconfianza, el miedo. Quien tiene miedo, desconfía. Y Juan Cruz desconfía, desconfía en última instancia de todo y de todos, pero especialmente de las mujeres. Juan Cruz tiene un miedo visceral a la mujer... por eso no puede amar, más allá de un límite. Ese límite está dado por el miedo, y por más que se lo proponga, él no lo puede borrar.

–¿Juan Cruz con miedo? ¿Vos crees? ¡A mí siempre me pareció un tipo tan seguro de sí mismo!... Tanto, que a veces hasta llega a parecer un pedante... en especial con las mujeres. Nunca lo he visto inquietarse cuando tuvo que hablar con una chica.

–Esa es su armadura. La personalidad con que, trabajosamente, a lo largo de toda su vida, se recubrió. Le salió tan bien, que hasta llega en algunos casos a creerla él mismo. Pero en un lugar de su corazón, en un rincón escondido, adonde él mismo lo ha ocultado, anida ese sentimiento oscuro que finalmente, lo domina.

–Laura, vos lo quieres demasiado a Juan Cruz... vos lo quieres justificar... Has inventado toda esa teoría de su personalidad, ahora, para salvarlo, porque lo amas... ¡Es admirable, Laura, pero también es tonto! ¡La realidad es otra! ¡Todos los hombres son iguales, y Juan Cruz no es la excepción! ¡A ellos les gusta coger, pero no asumir las responsabilidades!

Por tu felicidad y la de tu hijo, e incluso por la de Juan Cruz, te digo ¡oblígalo a casarse! Vete a un abogado y metele un

juicio. ¡Si no, puede pasar cualquier cosa, Laurita, cualquier cosa...! ¡Y no precisamente para tu bien!

23

Fleetwood Mac - Child of Mine

–La Comuna debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo –leyó María Rosa. Los otros cuatro miembros de la célula escuchaban, con variada atención. Juan Cruz podía concentrarse perfectamente, en gran parte gracias a que María Rosa llevaba pantalón; lo que estaban leyendo le parecía extraordinariamente revelador–. En vez de decidir una vez cada tres o cada seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento... ver... und...zertreten...– leyó con dificultad, literalmente–, ¿qué querrá decir esto?... Bueno; el sufragio universal debía servir a la masa, organizada en comunas, de igual modo que el sufragio individual sirve a los patrones para encontrar obreros, inspectores y contables con destino a sus empresas. Aquí termina la cita de Marx... sigue Lenin...: esa notable crítica del parlamentarismo, trazada en 1871, figura también, gracias al predominio del socialchauvanismo y del oportunismo, entre las “palabras olvidadas” del marxismo.

–Laury, pone la pava para el mate –interrumpió Nahuel, y ante la mirada significativa que ésta le hizo agregó despacito “yo cebo…”

Estaban reunidos en la casa de Renzo. Sus padres se habían ido a Córdoba, a visitar a uno de sus hermanos, que estudiaba medicina y militaba en el PRT. Renzo pertenecía a una familia ilustre: aparte de él, sus otros dos hermanos tenían militancia revolucionaria; uno de ellos estaba en la cárcel y había caído preso combatiendo. Sus padres conocían todo esto y aunque no coincidían del todo, los apoyaban y protegían. Juan Cruz envidiaba de todo corazón a su compañero de célula.

–Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas… ¿Se entiende?

–Claro –dijo Juan Cruz–. Por eso Daniel tiene razón cuando dice que Perón, siendo un líder burgués, no puede conducir la revolución y que desde el movimiento justicialista tampoco se la podrá hacer: el viejo, muy hábil, con su teoría de "los anticuerpos", a los Montoneros les ha puesto al lado a López Rega, Osinde y toda la banda de fachos, armados hasta los dientes... apenas quieran pasar de la retórica a los hechos con su famoso "socialismo nacional" el viejo zaino les va a soltar los perros... Claro, por eso está bien la línea nuestra: consolidar un movimiento de masas donde el 1iderazgo lo tenga la única clase revolucionaria: el proletariado.

–¿Sigo? –inquirió María Rosa.

–Sí.

–No cabe hablar de la abolición repentina de la burocracia, en todas partes y hasta sus últimas raíces. Esto es una utopía.

Pero el destruir de golpe a la antigua máquina burocrática y comenzar a construir inmediatamente otra nueva, que permita ir reduciendo gradualmente a la nada toda burocracia, no es una utopía; es la experiencia de la Comuna, es la tarea directa, inmediata, del proletariado revolucionario.

Siguieron leyendo y tratando de dilucidar analogías prácticas durante un largo rato. Laura se distraía con frecuencia, pese a sus esfuerzos, preguntándose o divagando acerca de qué camino seguir en su problema personal con Juan Cruz. Pero los otros compañeros, que se daban cuenta de esto, la volvían al tema con fraternales conversaciones y bromas.

–Organizar toda la economía nacional como lo está el correo, para que los técnicos, los inspectores, los contables y todos los funcionarios en general perciban sueldos que no sean superiores al salario de un obrero, bajo el control y la dirección del proletariado armado: he aquí nuestro objetivo inmediato. He ahí el Estado que nosotros necesitamos y la base económica sobre la que este Estado tiene que descansar. He ahí lo que darán la abolición del parlamentarismo y la conservación de las instituciones representativas, he ahí lo que librará a las clases trabajadoras de la prostitución infundida a estas instituciones por la burguesía.

María Rosa dejó de leer y paseó sus bellos ojos sobre los circunstantes.

–¡Qué bárbaro! ¡Perfecto! ¡Este Lenin era un genio! –exclamó Juan Cruz.

–Muy bueno –aprobó Renzo y dirigiéndose a María Rosa, quiso saber: ¿terminó el capítulo?

–Sí... ¿continúo leyendo? –preguntó ella.

–No... ¿qué te parece a vos Juan Cruz... está bien ya, no?

–Sí, está bien –dijo Juan Cruz– levantemos, por hoy.

24

Black Sabbath - Iron Man

Luego de largas discusiones se había resuelto iniciar el plan de lucha “por una Navidad sin presos políticos” con una movilización. Los grupos sindicales, políticos y de derechos humanos debían reunirse en la capilla del Barrio 8 de Abril; desde allí se iniciaría una marcha por la calle Buenos Aires, luego doblaría por Libertad –donde serían registrados por los periodistas de El Siglo y la televisión– para culminar en la plaza central. Allí se haría un acto simbólico frente al Cabildo, ocupado en la actualidad por la Jefatura de Policía. De nuevo Laura se excusó, diciendo que se sentía mal.

Ondina llamó por teléfono a Juan Cruz para preguntarle si iría. “Claro”, contestó él. Quedaron en encontrarse en la placita Independencia, a las 8 de la noche.

A las ocho menos cuarto, alrededor de 500 manifestantes, de varios sectores, con predominio de la JP o agrupaciones estudiantiles de izquierda, bullían frente a la pequeña capilla. Juan Cruz observó, desde una prudente distancia, y a simple vista reconoció en algunos de ellos signos de que eran canas infiltrados. Se retiró aprovechando las penumbras de una arboleda y volvió a la placita Independencia. Ondina con su

minifalda esperaba ya, en un banco de madera. Se incorporó al verlo, pero Juan Cruz la detuvo diciéndole:

–Para, mejor quedémonos aquí... esto está infestado de canas...

–¿Pero no vamos a participar de la movilización? –preguntó ella.

–Si quieres, anda... total, vos sos del PSP, un partido democrático–luego, dándose como al descuido aires de importancia, agregó– a mí no me conviene hacerme fichar... por la militancia que tengo… –sin explicar cuál era esa militancia, aunque su expresivo silencio sugería que él estaba en algo "pesado".

–La verdad es que yo también tengo miedo –exclamó Ondina.

–Nadie habló de miedo, sino de *seguridad*.

–Bueno, en el caso mío, sinceramente, es miedo –insistió Ondina– mejor me quedo con vos.

Unos quince minutos después vieron aparecer a la gruesa columna, encabezada por pancartas tipo pasacalles, donde se habían impreso grandes fotografías de los abatidos en Trelew, Perón, Evita y el Che Guevara. Marchaban en silencio, muchos de ellos portando antorchas o cirios encendidos. Pese a no ser muy numerosa, la columna producía un efecto imponente en medio de la noche y bajo los débiles faroles de la ciudad colonial. Cuando pasaron los últimos, Juan Cruz dijo a Ondina:

–Vamos, sigámoslos de lejos... vamos a acompañarlos aunque sea espiritualmente...

–Tengo miedo, Juan Cruz –dijo Ondina–. Él tomó su brazo desnudo y notó que pese al calor, la muchacha temblaba.

A tres cuadras de distancia se generó el primer incidente. Repentinamente la policía atacó con bastones y empezó a lanzar gases sobre la multitud. A través de megáfonos, los dirigentes instruyeron:

–¡Dispersarse compañeros! ¡Dispersarse! ¡Nuevo punto de concentración, en 9 de Julio y 25 de Mayo! ¡Nuevo punto de concentración en 9 de Julio y 25 de Mayo!

La retaguardia de la multitud eligió volver lo andado, corriendo hacia donde avanzaban Juan Cruz y Ondina.

–¡Huyamos, Juan Cruz! –chilló Ondina, amagando un salto que Juan Cruz frustró atenazando su brazo y frenándola de un tirón.

–¡No! –le ordenó–, conservá la tranquilidad, vení.

Llevándola medio a la rastra se introdujo en largo pasillo de una humilde casa de departamentos y tocó el timbre en la segunda puerta, como a veinte metros de la calle. Enseguida atendió un hombre de unos cincuenta años, tomando mate y en camiseta.

–¿Qué desean jóvenes? –dijo.

–¿Está María? –preguntó sin vacilar Juan Cruz. El hombre lo miró.

–Ya voy a ver... espere un momentito, por favor, ¿no? –respondió con amabilidad provinciana el dueño de casa. Ondina se quedó mirando a su compañero, asombrada.

Por la calle pasaban corriendo policías con cascos, garrotes y perros tras los manifestantes que huían. Como pertenecientes a otra realidad, inmóviles, Ondina y Juan Cruz los miraban tranquilamente desde su sitio en el pasillo semipenumbroso, junto a la puerta entreabierta del segundo departamento, bajo una pequeña veranda. Afortunadamente, el hombre demoraba en volver. Cuando lo hizo, preguntó:

–Digamé joven... ustedes la buscan a Ana María, ¿no?

–Sí claro –afirmó Juan Cruz.

–¡Ha visto! ¡Mi mujer decía que no, que era a otra María!... Bueno, mire, ella no está... pero si quieren esperarla, pasen… Ya ha de venir enseguida...

Juan Cruz echó una mirada a la calle; al comprobar que ya no pasaban policías, contestó:

–No, está bien, señor... mejor venimos otro día.

–¿De parte de quién le digo que la han buscado, cuando vuelva? –quiso saber el padre.

–Felipe Fifón –dijo en el acto Juan Cruz. –

–¿Fifón? –repitió el hombre, un tanto desconcertado.

–Así es– le confirmó Juan Cruz.

Tapándose la boca para impedir que escapara la risa Ondina se tomó del brazo de Juan Cruz. El había bautizado “Felipe” a su pene, y se lo había contado a ella, hacía poco.

–¿Y si no hubiese habido nadie con un nombre parecido allí? –preguntó Ondina, ya en la calle.

–En qué casa santiagueña no hay alguna María –replicó dándoselas de canchero Juan Cruz–... pero si ocurría eso, le hubiese dicho que me había equivocado, hubiera prolongado la conversación con cualquier cosa, le hubiera pedido agua para los dos, o algo así…

Ondina lo miró admirativamente; él lo sintió, le hizo bien, sin entender que en esa capacidad de ella de hacer sentirse fuertes e importantes a los hombres residía su poder de manipulación.

Con desprecio total hacia lo que grababan los periodistas y camarógrafos, la policía volvió a reprimir ferozmente en la Plaza Central. Un militante al que Cuno bautizara “El Chino-Maoísta” fue introducido a la rastra y ensangrentado en un camión jaula; cuando vio las cámaras de televisión se las arregló como pudo para sonreír y levantar el puño, hasta que se lo bajaron. Jorge Libarona era llevado con esposas, también, más pese a ellas levantaba las manos haciendo con una de ellas la “V”. De la frente le chorreaba la sangre, coloreando su bigote rubio. La plaza se había convertido en un pandemónium, con estallidos de granadas, humaredas, gente que corría para todos lados, ladridos de perros y gritos de todo tipo. Un adolescente trataba, con desesperación, de desenredar de unas ramas su pasacalle con el rostro de los guerrilleros de Trelew. Ondina y Juan Cruz contemplaban todo desde una mesa del Barquito-Bar, donde se habían sentado “para no llamar la atención”.

–¿Tienes plata? –preguntó él a la muchacha cuando se acercó el mesero.

–Algo –dijo ella.

–Bueno, traiga dos bilseco –ordenó entonces, volviéndose un poco.

Después que la situación se calmó, Ondina pidió a Juan Cruz que la acompañara hasta su casa. Cruzaban la plaza, cuando se encontraron con el loco Félix Obenmaier (su “ex novio” según ella) deliberando con Cuni Carranza. El loco los dejó pasar un poco y luego la tomó a Ondina del brazo. Con un violento tirón, la arrastró hacia a él.

– ¡Vení para acá vos! –espetó, y luego, a Juan Cruz –¡Vos quedate ahí!... ¡es mi novia!... ¡no te metas!

Juan Cruz la miró, dispuesto a saltar sobre el loco. Ella, con cara de doncella ofendida aunque conciliadora le pidió:

–¡Déjalo, Juan Cruz! ¡Será un ratito nomás!

Él se apartó unos cinco metros y desde allí vio al loco gesticular –nada extraño en él, por cierto– teatralmente, pero sin atreverse a tocarla. Ella sostenía, con serenidad, pero también con firmeza, la discusión. Finalmente, dejó plantado al otro y se acercó nuevamente a Juan Cruz.

–¿Qué pasó? –preguntó este, mientras se alejaban.

–¡Me ha insultado! se quejó ella. Me ha dicho de todo. Y ha dicho que me va a denunciar ante mi padre porque ando con vos, que sos un guerrillero del ERP.

Eso fue un golpe bajo para Juan Cruz. Sin poder contener su indignación exclamó:

–¡Qué botón! ¡Esas cosas no se dicen! ¡Están matando a compañeros por señalamientos de ese tipo!

Para peor, unos días después se enteró por la Gorda Ceci1ia de que el loco había ido a denunciarlo ante Goldstein, uno de los dirigentes más conservadores del PSP, diciéndole que Juan Cruz "era un infiltrado del ERP", y que "donde lo encontrara lo iba hacer cagar". Esto acumuló rencor en su ya no del todo ordenado cerebro; un rencor que pronto iba a estallar de un modo impensado.

Aquejada de una repentina apatía, Laura casi había desaparecido de las reuniones públicas. Se limitaba a ir a las de la célula, y cumplir las tareas encomendadas. Aunque aliviado por su mayor libertad, Juan Cruz no podía dejar de lado una angustia sorda que le oscurecía todos sus pensamientos, sin poder explicarse muy bien su significado, aunque vagamente sabía que era debido a esa conducta desleal hacia su novia. Sufría por ello, sentía arrebatos de repugnancia de sí mismo, aunque, simultáneamente, continuaba obrando mal: como si algo incontrolable lo hubiese precipitado por un inmenso tobogán lubricado. Por otra parte, Ondina no definía su adhesión, manteniéndose en una ambigüedad que lo hizo sospechar que lo estaba usando para recuperar a su ex-novio desde una posición de fuerza.

Una noche en que debían encontrarse Juan Cruz y él había ido acompañado por Cuno, vio que por tras de Ondina, como a una media cuadra, venía persiguiéndola Obenmaier. Al acercarse ellos, se escondió. Percibiendo el sentido de su mirada, ella explicó sin que se lo pidieran:

–Hemos sido novios durante cinco años... en ese tiempo, Félix se ha hecho amigo de mi padre, mi abuelo y mis hermanos... y aunque la nuestra se parece a una relación sado-

masoquista, me temo que a pesar de todo, con el tiempo voy a terminar casándome con él.

Esto fastidió a Juan Cruz, pero lo disimuló. Confirmada su sospecha de estar siendo usado para dar celos al otro, se prometió que la próxima vez que estuvieran solos y con tiempo, la obligaría a acostarse con él. Ya vería ella que él no era ningún boludo (así entendía su machismo una sinuosa relación que, desde sus inicios, tampoco había despertado algún propósito transcendente en ninguno de los dos). Fueron los tres a tomar un porrón de cerveza, en una confitería del parque Aguirre.

25

Sui Generis - Canción para Mi Muerte

Al llegar a la conclusión de que ya no amaba a Laura y para no seguir enredados en esa relación tensa, desgastante, a la que habían entrado en ese último período, Juan Cruz decidió dar por terminado, definitivamente, el noviazgo. Pero se dijo que esperaría a pasar las fiestas de Navidad.

Laura había empalidecido mucho, perdiendo en gran parte la naturalidad de su sonrisa. “Ya terminará todo”, se decía Juan Cruz, “y uno de los dos se irá de aquí, si es necesario”.

Soportaba, literalmente, esos que consideraba los últimos días de una relación que, a su criterio, había sido muy bella. Hasta el momento en que se comenzara “a descomponer”. Procuraba no pensar en el futuro, eludía, además, reflexionar sobre su presente, pues ello lo hacía, inexorablemente, sentirse culpable y perder el control de sí mismo. Atravesaba un momento de mucha tensión e inseguridad. Para librarse de su crisis personal, entonces, “militaba”: recorría el día entero la ciudad. Yendo a barrios muy humildes, para participar en actos donde se distribuían alimentos, obtenidos por las organizaciones sociales. O asistiendo a las asambleas universitarias, a las manifestaciones políticas de la JP o el Partido Comunista; deambulando, en fin, llenándose de “tareas” para no pensar en su situación personal, pues al hacerlo llegaba a resultarle muy torturante. Caía, entonces, por las noches, cuando regresaba a su pequeña cueva (la piecita destinada a servidumbre que, como se recordará, había acondicionado para habitarla durante casi todo el tiempo que permanecía en su casa): como a las dos o tres de la madrugada, cansado de caminar, hablar con uno y otro, acarrear bultos en oportunidades, etcétera, caía en un sopor intranquilo, hasta eso de las ocho de la mañana. Se levantaba, entonces, tomaba una tasa de mate cocido, con chipaco o tortilla, y volvía a salir. Para repetir su ronda, cada vez más caótica y desorganizada.

Violeta Parra - Pastelero a tus pasteles

Juan Cruz holgazaneaba una noche junto con Cuno, Tito, el Mudo, Martín, Cuero, Liya y Loro, frente al boulevard Sáenz Peña casi Colón, cuando se detuvo un hombre como de cuarenta y cinco años, que había llegado en bicicleta. Pertenecía a ese tipo raro pero no infrecuente en ciertas zonas de Santiago: moreno, bajo, de rasgos agudos, cabellos de un rubio pajizo y ojos amarillentos con puntitos marrones. Bajo su camisa se destacaba una musculatura firme. Sus compañeros lo trataban con gran respeto. El hombre hizo algunas preguntas retóricas, que le sirvieron para hablar un poco en contra del GAN, pero sin que se advirtiera por sus palabras a cuál sector pertenecía; a Juan Cruz le pareció notar cierta terminología trotskista, pero no se atrevió a encasillarlo por causa de ella. Luego de conversar unos cinco minutos con los muchachos sin bajarse de su bicicleta, se despidió.

–¿Quién es? –inquirió Juan Cruz.

–¿No lo conoces? – se asombró Loro.

–Por eso pregunto.

– ¡Publio! –afirmó como si dijera “Gardel”. Al ver que Juan Cruz no daba señas de reconocerlo, Tito le explicó pacientemente.

–Publio es uno de los fundadores del FRIP y del PRT. Ya no milita más, pero cada vez que matan un cana lo meten preso. Yo no sé por qué no se va a la mierda de una vez.

–Estuvo en los comienzos de la organización del FRIP, con el Negro Santucho (con el Negro grande, porque ahora la gente se confunde, se dice Negro Santucho y la gente piensa en Mario Roberto, pero el verdadero Negro, el Negro Grande, es Francisco René, que además es el verdadero fundador del FRIP) –agregó Loro, –bueno, Publio estuvo con el Negro en las primeras luchas sindicales, con los obreros ferroviarios de Añatuya, allá por el '57, y la formación de los grupos de autodefensa de los trabajadores forestales. En ese tiempo ellos estaban en lo que sería la CGT de los Argentinos. También Publio se fue al Perú con Francisco René. Allí trabajaron en intercambio ideológico, con el APRA de Haya de la Torre.

–Claro, porque el FRIP tenía la misma línea del APRA –explicó Tito–, de nacionalismo revolucionario: eso cambió en el III Congreso, cuando se vio la necesidad de formar un partido marxista-leninista, y allí nació el PRT, de la unión entre el FRIP y Palabra Obrera. En ese tiempo ya había agarrado la manija el otro Negro, el Negro Chico: Mario Roberto, "El Roby".

"Bueno, a Publio lo metieron en cana cuando iba con Mario Roberto, en 1971".

–En un jeep viejo que tenía, me acuerdo, un jeep viejo –precisó Cuno.

–Parece que lo torturaron mucho –dijo Loro–. Pero la que sufrió más fue la mujer... una mujer joven y muy linda, vos la vieras... dice que la agarraron los milicos en la base Almirante Zar, la ataron desnuda boca abajo, y uno de ellos, le cortaba lonjitas de piel de la nalga con un *yilé*, y le iban sacando la piel en tiras, con una pincita de depilar... todo eso, delante de Publio.

–La mujer se portó como una heroína... no contó nada –sostuvo Tito –pero Publio se quebró totalmente...dice que no anduvo bien... que cantó todo lo que sabía…

Luego de estas palabras los jóvenes establecieron un silencio incómodo, vergonzante, como si la conducta de Publio ante la tortura fuese una mácula que los alcanzara personalmente.

–Cuando salió, mucho antes que su mujer, le dijo a todo el mundo, especialmente a los milicos, que estaba arrepentido y nunca más se metería con la guerrilla... pero cada vez que pasa algo… lo mismo lo mandan en cana: primero que a nadie.

–La vez pasada, cuando fue el copamiento en la comisaría de Fernández, le cayeron los milicos del Ejército como a las dos de la madrugada... le rodearon la casa con tanquetas y ametralladoras, lo sacaron a él en calzoncillos y a su mujer en camisón, los tuvieron allí bajo el frío de 5º bajo cero hasta el amanecer; después lo llevaron al batallón, les pegaron una cagada a los dos… y recién después, como a las seis de la tarde los largaron. Cuando volvieron se hallaron con que les habían saqueado la casa y se habían llevado todas las gallinas.

“Pobre Publio. Yo si fuera él me iría a la mierda. Digo, especialmente por los chiquitos: tiene uno de 10 años y una mujercita de siete”.

–O pasaría a la clandestinidad –afirmó Cuno.

–Publio está quebrado –sentenció Loro– no quiere combatir más. Entonces no puede pasar a la clandestinidad. Se quedó solo. Por un lado los compañeros le huyen como a la peste. Por el otro los milicos lo marcan de cerca. Nadie le quiere dar trabajo: tienen miedo de que los metan en cana juntos con él.

La noche del 22 de diciembre se realizaba una huelga de hambre, en los salones de la iglesia de La Merced. La consigna era “Navidad sin presos políticos”. Como era frecuente ya en los últimos tiempos, Juan Cruz fue solo. Había muchos familiares de presos, pero los superaban en número los estudiantes universitarios, de todas las tendencias. Cuando anunciaron que en media hora cerrarían las puertas para que no entrara nadie más, Juan Cruz sintió hambre. Decidió irse a comer un sandwich a un bar cercano. Salió a la noche húmeda, calurosa, y en el camino, por casualidad, se encontró con Cuno. Su amigo se había “proletarizado” por orden del PRT; para ello, trabajaba como peón en una empresa agrícola. Venía del campo, ahora. El trabajo lo había beneficiado físicamente: delgado y musculoso, el tostado de su piel le daba un aspecto saludable, contrastante con el enfermizo que Juan Cruz recordaba de la época en que sólo era un “plomo”, que amanecía con los conjuntos casi todas las noches, aunque no fuera para otra cosa que emborracharse. No le fue difícil convencerlo para ir juntos a la huelga de hambre, aunque para darse tono Cuno sugirió que estaba infringiendo severas “normas de seguridad”. Engulleron un par de gigantescos sándwiches de milanesa completos –es decir, con tomates, lechuga, chimichurri y morrones entre el pan y la carne– cada uno, brindaron con cerveza, por la revolución, el rock nacional, el amor, la vida, la lucha obrera, y bastante achispados se dirigieron a la iglesia La Merced, para sumarse a la huelga de hambre. Juan Cruz participó, con narcisismo dialéctico, en varios debates con dirigentes estudiantiles marxistas y del Peronismo de Base. En los pocos meses que pasaran de su

primera alocución pública durante aquella dramática toma de la Facultad de Ciencias Económicas, se había convertido en polemista temible. Su talento estaba allí, en sí mismo; sólo había tenido que sacarlo a luz, perder el miedo a la multitud y pulir un poco el discurso. Lo demás vino por añadidura.

Desde los techos del Bachillerato Humanista Cuno y Juan Cruz vieron que la policía había apostado discretamente varios patrulleros y carros de asalto en lugares clave. Hasta el momento, no habían molestado a nadie, sin embargo. Como a la una y media se fueron a dormir, pues Cuno debía levantarse a las cinco, para ir al campo.

–¿Y quién te va a despertar? –preguntó Juan Cruz.

–¡Bah! ¡Yo me despierto solo! –alardeó Cuno ¡Estoy acostumbrado!

Se acostaron en el patio, al aire libre. Juan Cruz soñaba con algo agradable cuando se despertó por las gotas que le mojaban la cara. Había empezado a llover. Miró su reloj: las tres y media de la madrugada. Arrastró su colchoneta hasta ponerla bajo una galería. Varios de los muchachos y chicas que dormían en el patio habían hecho lo mismo: la lluvia arreciaba, espesándose, y Cuno ni se movía. Juan Cruz lo observó desde su reparo, divertido: Roncaba como un bendito. Lo dejó que se mojara bien; luego lo sacudió.

–¿Y, loco? ¿No era que vos te despertabas fácil? –lo cargó, cuando al fin logró hacerle abrir los ojos. Sacudiendo la cabeza para ganar tiempo, Cuno preguntó: –¿Qué hora es? –Las cuatro menos diez.

–Ah, es por eso –afirmó Cuno sin perder la seriedad– yo estoy programado para despertarme a las cinco.

Al día siguiente, por la siesta, Juan Cruz y Renzo salieron, en un auto con altoparlantes, a propagandizar por los barrios la huelga de hambre. En vez de esto leyeron consignas del ERP y tiraron panfletos revolucionarios, para salir huyendo después a la carrera. Más tarde, enervado por la inacción y el ayuno, decidió desertar, sigilosamente. Por el noticiero televisivo de la noche se enteró de que la huelga de hambre, realizada simultáneamente en todas las provincias del país, había logrado una gran repercusión. Todos los partidos, menos algunos grupúsculos de “liberales” retrógrados como la Nueva Fuerza, del capitán ingeniero Álvaro Alsogaray, hacían conocer su adhesión. También varios obispos. Pero el general Lanusse había reiterado ante las cámaras que “en Argentina no hay presos políticos”. Y que “ninguna presión lograría torcer la decisión de la justicia”, la cual había condenado a los “delincuentes subversivos”, en la mayoría de sus casos, con varios años de prisión.

La Nochebuena del año 1972 se presentó calurosa y con el cielo preparándose para una lluvia. Cuando llegó Laurita, Juan Cruz leía en su habitación el pesado estudio economicista de Tulio Halperin Donghi sobre la Historia de América Latina. Lo dejó sin pena. Laurita vestía una remera sin mangas, de color rosa, y una maxifalda marrón con un tajo al costado. La cintura muy angosta proyectaba con gran sugestión las poderosas caderas y los hombros soberbios, elegantes, que sostenían un par de pechos como pomelos maduros. A Laura le era imposible ocultar sus encantos, pusiérase lo que se pusiese. Los tacos altos hacían que Juan Cruz se sintiera incómodo, pues cuando ella los lucía alcanzaba su estatura, y aún se le ocurría que lo superaba un poco, aunque él midiera 1.75. Por suerte ahora había venido con mocasines. Fueron a la casa de la tía Alba, donde ya estaban el Tataviejo y la Mamaviejita de Juan Cruz. Su padre, con la madrastra y sus pequeños habían ido a pasar la Nochebuena en Beltrán, donde vivían los parientes de ella.

–¿Qué le has dicho a tu viejo para que te permita venir? –preguntó Juan Cruz mientras caminaban hacia la casa de tía Alba.

–Nada. Simplemente me escapé. Aunque él ya no me pregunta nada. Se hace el tonto y mira para otro lado, cuando se da cuenta de que voy a salir... Seguramente mi mami le va a contar alguna mentira… como que voy a misa y después al Lawn Tennis con mis amigas, o algo así... Él no le va a creer, pero va a hacer como que sí, sólo para tranquilizar su conciencia... y las apariencias. ¡Pobre papá!

–Él tiene la culpa. Si nos hubiera apoyado, la situación sería otra –murmuró Juan Cruz.

–Tu padre no apoyó mucho que digamos –replicó Laura.

"Nadie te dará trabajo, sin título. Por más que sepas hacer de todo. Te lo repetí cien veces, durante los últimos diez años. No me hiciste caso. Ahora asumí las consecuencias. Ya sos mayor de edad. No estoy dispuesto a cargar más con vos…", le había dicho, con toda frialdad, Julián Castañeda. Aquella noche en que le implorase ayuda, para poder casarse.

–Es cierto –reconoció él–. Pero bueno. Tal vez tengan razón... lo nuestro ya no parece lo mismo que al principio, ¿no?

–Vuelves a tratar de herirme, Juan Cruz.

– Perdoname, Laura. Perdóname.

En la casa de tía Alba escucharon un rato a un tipo afeminado que se había ido a Buenos Aires, donde ahora vivía, dos años atrás, hablar de un modo mordazmente despectivo sobre Santiago, sus costumbres, sus gentes, y su "atraso". El maricón era vecino de la tía Alba; como aún después de los brindis no parecía interesarse por volver a su casa sino por el contrario, continuaba con su remilgada matraca, ahora para cantar a las maravillas técnicas y las ciencias de la gran urbe, Juan Cruz susurró al oído de su novia:

–No lo aguanto más al puto este… ¡Vamos a casa!

En la noche apacible luego de los estruendos de las doce caminaron hacia la casa de Juan Cruz, distante de allí sólo unas pocas cuadras, en sentido contrario a los autos que se dirigían al centro, en busca de los lugares de diversión. La gran

construcción que en un tiempo fuera bella, arruinada ahora por las modernas ampliaciones que su padre y su tío le habían agregado, dejándola casi sin jardines ni patios, estaba a oscuras. Un sentimiento de congoja hondísima se difundió por el interior de Juan Cruz, sin que entendiera la causa, aunque la suponía relacionada con aquel lugar donde transcurrieran muchos de los momentos más hermosos de su infancia. Otra vez pensó, con medias palabras, que si sus padres hubiesen sido los que en realidad eran sus abuelos, las cosas serían mejores... tal vez... No quiso continuar en esa línea. “Las cosas son como son”, se dijo. Pero no pudo evitar pensar aún: “si mi tío Manuel hubiese sido mi padre”, y de nuevo el dolor le mordió el alma, al representarse la figura de su tío, muerto hacía tan poco. Laura pareció sentir las mismas sensaciones que su novio y se tomó de su brazo con más fuerza. Había comenzado a soplar un vientecito del sur que refrescaba el ambiente. Caminaron por la tierra húmeda de los jardines del boulevard, al lado de los rosales, las dalias, los conejillos, los amarantos en flor. Poseídas por el ansia de bullicio las gentes habían abandonado los suburbios buscando las luces de los clubes y confiterías del centro. Nadie parecía habitar en esa zona de la ciudad. Apenas se oía el rugido lejano de algún motor, de a ratos pasaba un auto o una pareja en bicicleta. El cielo se había puesto de un color morado, uniforme. Atravesaron el portón de madera basta y por el pasillo lateral pasaron hacia la pieza de Juan Cruz. Cerraron la puerta y se desnudaron serenamente, doblando cada uno su ropa y ordenándola en dos montañitas a los pies de la cama. Juan Cruz se echó bocarriba en el suelo. Desde allí, a la luz azulada del grabador, vio en escorzo el cuerpo bellísimo de Laura, la vio flexionar sus rodillas y acercarse a él, haciendo crecer melodiosamente sus pechos hermosos y su cara a medida que

llegaban para encontrarse con su piel. Sergio Mendes y Brazil '66 difundía "Rezo una pequeña plegaria por ti" desde la cinta. Hicieron el amor mansamente, con largueza, y fueron otra vez, luego de mucho tiempo, un solo cuerpo; hasta que se durmieron. Durmieron un rato, unidos; el silencio despertó a Juan Cruz. La cinta había terminado, la habitación estaba a oscuras; sintió sobre el cuello el pelo finísimo de su novia y su respiración. Con una sola mano se dio maña para cambiar la cinta, sin despertarla. Serrat empezó a cantar:

He andado muchos caminos, he abierto muchas veredas, he navegado en cien mares y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto caravanas de tristeza, soberbios y melancólicos borrachos de sombra negra...

La música despertó a Laurita, que suspiró. Luego de besarlo un rato y acariciarle la frente se incorporó. De nuevo se le antojó, al verla desde el suelo, que era una diosa, una diosa benéfica, madre tierra, pachamama, grandes pechos, muslos macizos, azulados, que le daban paz. Se vistieron.

Juan Cruz la acompañó hasta la puerta de su casa.

28

Janis Joplin - Cry Baby

¿Por qué se negaba a ser feliz? ¿Era posible la felicidad? No lo creía. Tal vez fuera esa una razón. El suponía que al unir su vida a la de Laura daría entrada a la lenta corrosión de los años, que traerían la rutina, el desprecio mutuo. O no. No lo sabía. Era una justificación. Para tratar de dar una explicación a lo inextricable, esa sensación irresistible, esa seguridad que sentía de que *debía* terminar con Laura, el plazo estaba cumplido, no debían seguir más, sentía ese impulso de un modo obsesivo, se iba convirtiendo en una angustiosa necesidad. Debía hacerlo, sin saber por qué; la noche siguiente a la Navidad no durmió, ansioso con esta frenética idea, y al día siguiente, apenas clareó la mañana tomó el teléfono y la llamó.

–¿Laura? le dijo, luego de los saludos y frases convencionales. Ha llegado el momento de que nos separemos. Definitivamente. Si no, terminaremos por destruirnos. Lo sé. Perdóname, pero no puedo más. No sé por qué... pero soy incapaz de seguir.

–Está bien –dijo ella–. Si vos lo quieres así... está bien –y en su silencio él supo que estaba llorando.

–Adiós, Laura.

–Adiós.

Mucho tiempo después, obsesionado por recordar cada detalle en el convencimiento de que todo tenía valor, todo, un sentido para dilucidar, él no podía establecer con precisión el tipo y tonalidad de la ropa que llevaba esa noche, la última; le parecía estar seguro de que vestía una de esas sucintas

remeras que se anudan por atrás, de color celeste, sin breteles, y una larga pollera azul, pero después pensaba que lo cierto debía ser esa imagen que mantenía en su mente en la cual ella venía con un vestido de noche oscuro ajustado a la altura de los pechos, marcando la hermosura de ánfora de su cuerpo hasta difuminarse en los pies calzados con sandalias de plata, contra la noche negra, haciendo resplandecer la palidez de su piel, su sonrisa, el pelo larguísimo lacio y lustroso aleteando en la noche; estaba convencido, eso sí eso con absoluta seguridad, de que esa vez ella llevaba ropa azul, celeste o azulada.

29

Ray Charles: Losing Hand

–Una de las primeras medidas que tomaría si llegara al poder sería dejar en libertad a los locos –dijo Juan Cruz. Es decir, ofrecerles ubicación en lugares abiertos, si ellos quieren, como granjas o parques, pero en libertad... los locos, Ondina, son la imaginación de la humanidad...

–Sos genial, Juan Cruz.

La noche estrellada del 27 de diciembre, fresca, luego de un día caluroso, era propicia para un diálogo tranquilo como mantenían Ondina y Juan Cruz, sobre un ensombrecido banco de la placita frente a la Terminal.

–El sistema necesita de la uniformidad... para garantizar la producción. Iguales pautas, iguales ambiciones, si es posible, un solo idioma, universal... eso le viene bien... pero los locos, se salen del sistema... al afirmar su personalidad, su identidad de única persona humana, se vuelven subversivos... un loco puede cambiar la historia de la humanidad... y fíjate, en realidad todos los que transformaron profundamente la historia de la humanidad… eran locos… más o menos disfrazados. Por eso, el sistema tiene que encerrarlos… o ridiculizarlos…

— El sistema no quiere sobresaltos. ¿Qué hora es?

–¡La una! ¡Uhhh! ¡Qué rápido se nos ha pasado el tiempo! Vamos a caminar un poco –ordenó Juan Cruz incorporándose.

–¿Adónde? –preguntó Ondina.

–Todos van al centro –murmuró Juan Cruz– mostremos nuestra independencia de criterio, yendo en el sentido contrario–. En realidad lo que él quería era llevarla a su casa. Durante un rato caminaron en silencio, tomados del brazo bajo las estrellas.

–¿Qué vas a hacer con Laurita, Juan Cruz? –quiso saber de repente, Ondina.

–Nada. Ya he dejado con ella. Luego de una pausa con el objeto de no quedar como retrucando, preguntó a su vez:

–¿Y vos? ¿Qué vas a hacer con Félix?

–No sé... él me busca, me llama por teléfono., no sé qué hacer...es muy difícil, Juan Cruz, son seis años de noviazgo... casi desde que éramos niños.

“Ya te voy a ayudar a decidirte”, pensó Juan Cruz, paralelamente al recuento mental de las cintas con que contaba en su habitación, tratando de determinar cuál sería la más apropiada para inducir a Ondina a quitarse las ropas.

–Claro, es difícil –dijo. Pero bueno... todas las cosas tienen un final... digo yo, no es que quiera influir sobre tu decisión... en última instancia es algo estrictamente tuyo, personal.

–Lo nuestro es extraño, Juan Cruz... –reflexionó ella.

–No, no es extraño... es natural... nos gustamos, de un modo particular, nos amamos, somos amigos... –afirmó él. Pero en verdad coincidía con ella; Juan Cruz era enemigo de las indefiniciones (en especial, las de los otros) y ésta lo era, de un modo a veces exasperante.

–A dónde vamos? –preguntó ella cuando llegaron a la ancha avenida Aguirre, aunque no podía ignorarlo pues el camino a la casa de Juan Cruz era inconfundible, “¡Zaina...!”, pensó él, y luego dijo, con tono casual:

– A casa...

Ella se detuvo, soltándole el brazo.

–¿A tu casa...? ¿Para qué?

–Vamos. Vamos a escuchar música un ratito; después te acompaño, por supuesto –dijo él, persuasivo.

Ella empezó a caminar nuevamente, pero a poco exclamó:

–Yo a tu casa no entro, Juan Cruz.

–¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? Me imagino que no me tendrás miedo, ¿no?

–Miedo no... pero ¿qué sucederá si nos escucha tu papá?

–Mi papá duerme en la parte nueva, que está como a veinte metros para atrás... y mis abuelos, no cuentan... están acostumbrados a que yo amanezca con música...

Una sensación de pletórica calidez interior agitó el corazón de Juan Cruz, como siempre que caminaba junto a los ligustrines cuidados y los jardines en flor de su cuadra, multiplicada esta vez por la palpitación de la aventura sentimental. Al llegar a las rejas negras de la casa de los Castañedas, Ondina se detuvo nuevamente.

–No. No entro –dijo.

“Se empacó”, pensaba Juan Cruz: “deberé usar mi persuasión, a fondo”.

–Escúchame, Ondina… has caminado todas estas cuadras para nada... vamos, yo estaba tan ilusionado en hacerte conocer mis cintas reservadas... música para exquisitos, Ondina...

Ella lo dejó esmerarse en la argumentación como cinco minutos antes de acceder de mala gana. Pero cuando atravesaban el pasillo lateral, junto a los canteros de alelíes, se detuvo otra vez. La mole del edificio los ocultaba con sus sombras.

–No Juan Cruz. Vamos a casa –dijo ella, al parecer definitivamente decidida.

–Bien –dijo Juan Cruz, y la rodeó con el brazo derecho por la cintura. Pero en vez de girar hacia el portón le puso una

pierna tras sus tobillos y con un preciso empujón, sin violencia, la volteó sobre el cantero y se ubicó sobre ella. Ondina sintió el rocío de la gramilla y la boca de Juan Cruz que empezaba a buscar su oreja derecha.

–No, Juan Cruz, qué haces... protestó ella, empujando su cuerpo hacia arriba. No lo apartó ni un centímetro: Juan Cruz era demasiado fuerte… –por favor…

Entonces él se arrepintió. “¿Por qué forzarla a hacer algo que no evidentemente no quiere?... Es una estupidez”, pensó. Y la dejó en libertad. Ella, en tanto, se había puesto muy nerviosa.

–¡Por favor… regresemos…– y por fin: –¡Yo me voy! –, acompañando esas palabras con su salida presta del jardín. Ya en la vereda, comenzó a caminar hacia el centro.

–¡Está bien, esperame!... –, le pidió Juan Cruz –Y disculpame si te molesté…

30

Antônio Carlos Jobim - Insensatez

31 de diciembre. A las seis de la tarde Juan Cruz recibe el llamado de Marcela Sadam.

–Tu novia está embarazada, de nuevo –le dice, luego de un diálogo artificial.

–Si te refieres a Laura, ya no es mi novia –contestó Juan Cruz, por reflejo defensivo. Luego de un silencio, Marcela le recrimina, con paciencia:

–Voy a hacer como si no hubiese escuchado eso... Juan Cruz... decime qué vas a hacer...

–Está bien, perdóname Marcela; o mejor, que me perdone Laura... y ¿por qué no me ha llamado ella?

–Ella no quería que te lo diga... ¡pero tenemos que hacer algo! ¡No podemos dejarla sola!

–No, es cierto...

–Está de dos meses y medio, ya...

“Octubre” piensa Juan Cruz, “la promesa incumplida, esto es un castigo...” yuxtapone la voz que le sale extraña:

–Dame tiempo hasta mañana o pasado mañana, para pensar, Marcela... por favor... Pero decile a Laura que se quede tranquila, yo voy a estar con ella...

(*Pero… ¿puede quedarse tranquila?*, piensa. *Eso lo dices vos, porque no estás en su situación... y... ¿Dios castiga? ¿No es la Bondad Perfecta?* Después reacciona: *¡No seas hijo de puta! ¡Sos vos el que se echó encima su propio castigo!*)

A las 7 de la tarde sale a caminar un rato. Se encuentra con Cuchi Colorao contando los autos que pasaban, desde un banco de la placita. Van a un boliche a tomar un porrón de cerveza y terminan tomando 6.

Después de tomar y comer en abundancia, pasada la hora de los pitos, va a la casa de German, donde se reunían los muchachos. “Ya es primero de año”, piensa. Los muchachos están de jarana, algunos completamente borrachos. Bailan entre ellos, uno toca chamamés con la guitarra. Comparten asado y vino hasta atosigarse. Después, salen a buscar algún baile al azar. Sin saber muy bien cómo –ya está completamente alcoholizado– Juan Cruz se encuentra en el Club Bancario. Muchísima gente lo rodea. La mesa está llena de frascos de todo tipo, que se vacían a la brevedad. Están todos: Liya, Cuno, Bocha, Tito, Cuero, el Gringo, Nahuel, El Mudo, Loro, German, Renzo, Daniel. “Qué patota”, piensa Juan Cruz. De repente toma conciencia de que son trece. “Como los apóstoles, con Jesús” se dice. “¿Quien de nosotros será el traidor?” Tiene ganas de hacer algo espectacular, para descargarse. Está muy excitado. Angustiado. Borracho, desesperado. Se levanta. Los otros lo observan, evidentemente lo están custodiando. Tal vez se tambalea, él no se da cuenta. Sin cuidarse de su ropa nueva, salta por la alambrada del Club Bancario, cruza la calle, salta la alambrada del Lawn Tennis, donde festejan los elegantes y se mete en la pista. “Permiso, quiero bailar con esta chica”, le dice a un muchacho como de diecinueve años, y le toma la compañera, una rubia bonita. El otro se queda sorprendido, pero lo deja hacer. Juan Cruz la aprieta. Con astucia, la chica dice “bailemos suelto” y se libera. Repite lo mismo con otra pareja, pero no hay problemas. Lo dejan bailar, hasta que se aburre de eso. Decepción. Nadie ha reaccionado con violencia, que en el fondo es lo que está buscando, para descargarse. Se dan cuenta de que está borracho, y lo dejan hacer. Algunos que lo conocen, incluso lo alientan. Vuelve al Club Bancario, con el mismo método. Toma una bicicleta de mujer y se pone a dar vueltas en la pista, metiéndose entre los que bailan. Nadie

reacciona negativamente, esta vez tampoco. Se ríen. La barra, desde una orilla, lo aplaude. Deja la bicicleta tirada allí, y decide ir al baño a lavarse la cara. Cuando sale, desde el pórtico que se levanta a dos metros del suelo –es un edificio antiguo, de estilo romántico– de tras una balaustrada divisa al *Loco* Félix Obenmaier, su efímero rival, el novio de Ondina. Se pierde, ve todo rojo. Toma la silla y con un alarido bestial se la tira, desde lo alto. Y baja a los saltos por la escalera. Un amigo lo ha apartado al Loco pero el objeto lo golpeó igual y se vuelve asustado, sorprendido. Juan Cruz ha saltado sobre él y con el impulso lo derriba. Alcanza a darle una trompada, pero Obenmaier, con más fuerza o menos borrachera consigue revertir las posiciones, lo da vuelta, se lo pone encima y lo toma de las muñecas, inmovilizándolo. En aquel momento los esperan, Juan Cruz está enloquecido. “Judío” le dice, “hijo de puta, rata mercantilista, burgués, chupasangre igual que todos los judíos, te voy a boletear”. Quiere agraviarlo, busca lastimar moralmente al otro y descargar su violencia, esa angustia atroz que no le ha dado tregua durante todo el día. Sus compañeros lo calman, logran sentarlo frente a una larga mesa, donde se ubican todos, piden cervezas y sándwiches, bromean, lo calman, en fin. La camisa blanca de Juan Cruz presenta manchas de barro. Por un rato, vuelve la “normalidad”, se habla a los gritos, la música está demasiado alta, se olvida el asunto. Hasta que Juan Cruz se levanta y va a recorrer, solo, el ancho patio de tierra y los jardines del Club Bancario. Finalmente, luego de otro intercambio de trompadas –pues Juan Cruz ha encontrado nuevamente a quien eligió como contrincante en un lugar apartado, donde sus amigos lo resguardan y al hallarlo ha vuelto a arremeter– otra vez, entre todos, deben inmovilizarlo; viendo que esto puede arruinar definitivamente la noche, sus compañeros convencen a Juan

Cruz de ir a otro baile. Compran tres botellas de vino tinto en el primer almacén que encuentran. Caminando, llegan al Club Belgrano, lugar de gentes más sencillas, que dista de "Los Bancarios" como veinte cuadras. A poco de llegar, Juan Cruz le pregunta a Loro: "¿has traído el fierro?" Loro lo mira, vacila. "Deja de joder Juan Cruz". "Voy a hacer una acción. Pacífica. Prestame". Loro, que como los otros doce ya está totalmente borracho, cede. Hay una multitud en la pista y en los costados.

Sobre el escenario tocan "Los Diamantes Imperiales", y un gordito rubio, en camisa y corbata por el calor, alardea de elocuente entre cumbia y cumbia. Juan Cruz mira la pistola: Ballester-Molina, calibre 45. Con el arma en la mano, apuntando al suelo, cruza el gentío y sube al escenario sin que nadie repare en él. Recién al dejar el último escalón de cemento, el gordito locutor, que se ha puesto tras el conjunto para no estorbar, lo descubre y Juan Cruz ve el pánico en sus ojitos verdes. "Dame el micrófono", le dice, tranquilamente. El gordo obedece. Está aterrado; tal vez por no haber bebido, tiene clara conciencia de la situación. Juan Cruz se para dándole la espalda al conjunto, que ha seguido tocando, y hace un tiro al aire, hacia arriba. Los músicos se detienen, aunque muchos de la pista ni se han dado cuenta del asunto, creyendo que era un cohete. Recién cuando Juan Cruz empieza a hablar, entienden que pasa algo raro. "Compañeros y compañeras", dice. Algunos en la pista se ríen, la mayoría escucha en silencio. Es imposible no hacerlo, el micrófono tiene gran potencia y fidelidad. "Ustedes son trabajadores que con su sudor mantienen la economía de esta injusta Nación... por eso les comunico, que aquí juntos con ustedes, estamos un grupo de combatientes del ELN, las FAR y el ERP, que hemos venido a

pasar esta fiesta con ustedes... ¡para ellos, les pido un aplauso!". La gente aplaudió con ganas. Alentado, Juan Cruz invitó a un brindis: "por la Patria, por América Latina, por la liberación nacional, por el triunfo de la revolución socialista... ¡Viva el ERP! ¡Viva el Ejército de Liberación Nacional! ¡Vivan las Fuerzas Armadas revolucionarias!". Increíblemente hasta para el mismo Juan Cruz, la multitud lo ovacionaba y ningún agente de policía vino a detenerlo. Los uniformados observaban todo con pasividad, eran cuatro, los había visto al ingresar, apoyados sobre una pared del fondo. Bailaron allí hasta las seis de la mañana: hora en que Cuno propuso ir a la "casa de un amigo". El tal amigo vivía en un miserable rancho, de un barrio marginal muy cercano. Le alcanzan otro vaso de vino; intenta tomar un trago pero le provoca náuseas, y se lo pasa al que tiene al lado, todos sentados, a oscuras, en el piso de tierra. Cuando empieza a amanecer, Juan Cruz se cansa. Repentinamente, decide volver a su casa. Por el camino, se mira la camisa blanca: está muy manchada, pero no se ha roto. Siente ganas de llorar, pero se contiene. "¿Para qué?", piensa, aunque se decide por fin a largar el llanto, mientras camina por la vereda desierta de la Moreno. Esta vez no puede soportar su dolor. No se le ocurre ninguna solución para su vida. Está quemado. Ha llegado al fondo de la fosa en su interior. Donde sólo hay brumas. Siente fastidio y repulsión de sí mismo.

31

Vox Dei - En el momento en que estás

3 de enero de 1973. Juan Cruz ha ido a hablar con una doctora de La Banda, una mujer joven, inexpresiva, desagradable. Quedan de acuerdo en que ha de efectuar el aborto, por diez mil pesos. “Un billete rojo”, piensa Juan Cruz. “Que no tengo”.

Deben fijar una fecha precisa, le dice la mujer, para avisarle al anestesista. “Puede ser pasado mañana”, sugiere Juan Cruz piensa si podrá conseguir el dinero en tan poco tiempo; vacila, pero al final accede. “Bien”, pasado mañana, entonces. “A las cinco y media de la tarde”, le dice la doctora y repite, para sí misma, mientras anota en su agenda de tapas negras: “cinco de enero... cinco y media de la tarde”.

Noticias de diarios santiagueños

Controversia en el Congreso de Estados Unidos sobre la guerra de Viet-Nam

El 93° congreso de E.E.U.U., cuya mayoría está compuesta por legisladores demócratas, inauguraron su primer período con una áspera discusión con el presidente Nixon por la guerra de Viet-Nam. El senador Mike Mansfield, líder mayoritario de la cámara, hizo un llamamiento al inmediato retiro del ejército estadounidense de Indochina, moción que fue respaldada por la minoría republicana.

Advertencia del gobierno a los gremios en la campaña electoral

Les recomienda abstenerse de realizar difusión o propaganda en el proceso de democratización y particularmente no facilitar sus locales o efectuar aportes de dinero. La CGT no responderá a esa advertencia, dice Rucci.

La pena de muerte será legalmente reimplantada en Bolivia

El nuevo código penal aprobado por el Gral. Hugo Bánzer entrará en vigencia el 2 de abril.

La Justicia dictó prisión preventiva para dos miembros de “Montoneros”

Son los el seminiarista Miguel Angel Giuliani, de 22 años y Francisco Ponce Chasampi. Al primero de ellos se lo considera autor “prima facie” de los delitos de incendio, tenencia de armas y munición de guerra, con asociación ilícita calificada, disponiéndose embargo sobre sus bienes por la suma de cinco millones de pesos. A Ponce Chasampi, se lo considera incurso en incendio y asociación ilícita calificada, con embargo sobre sus bienes por un total de cuatro millones de pesos.

Hoy se producirá un eclipse anular de sol que será visible

Obsequio al presidente Lanusse

Se trata del primer ejemplar del libro *Uniformes del Ejército Argentino, 1810-1820*, del cual es autor el artista e historiógrafo Jorge Fernández Rivas.

Lluvias torrenciales en Cejolao, Roversi, Tiun Punco y Matará

Notas sociales

MAFALDA ADELINA CAMPANINI – ROBERTO RUIZ participan a sus familiares por este único medio, su enlace a realizarse hoy a las 11 hs. en Catedral Basílica.

Viajeros. De Buenos Aires, el señor Leandro Rodríguez. Para Catamarca, el señor Armando Santillán Iturres, su esposa, doctora Nancy Suárez Muñoz e hijos.

VIERNES 5 DE ENERO Rosario de la Aurora a las 6 de la mañana por el veredón de la plaza principal CATEDRAL BASILICA.

Nuevos precios de venta del azúcar para todo el país

Cartelera

CINE REX. Ernest Borgnine, Elsa Lanchester, primicia en technicolor: ESCALOFRIO. Un maniático utiliza ratas amaestradas para vengarse de quienes lo humillaron. Escalofriantes escenas con las ratas en guerra contra los hombres. Tres secciones: 13.45, 17,45 y 21,45.

Sobre la situación de Presos Políticos en Rawson, V. Devoto y el Buque Granaderos

En una nota emitida por los familiares de presos políticos, expresan que están de regreso los miembros que hicieron una gira por las cárceles que los albergan. Para informar sobre ella, la Comisión de Familiares invita a una reunión que se realizará hoy, a las 21, en el Sindicato de Maestros.

Nueva profesional

En la Universidad Nacional de Córdoba, se graduó con el título de enfermera técnica profesional la Srta. Margarita del Valle Rodríguez Zanni.

Comenzará mañana el Festival de la Chacarera

Otro robo de joyas: $ 300.000

Desapareció un hombre que iba a Salavina

Dionisio Flamenco el viernes pasado abandonó la casa donde se hospedaba y se dirigió a la estación Terminal, con el propósito de regresar a Villa Salavina, sin que hasta la fecha sus familiares hayan podido dar con su paradero.

Esta noche juegan Santiago vs. Corrientes

En el marco del próximo Campeonato Argentino de Basquetbol.

32

Almendra - Final

5 de enero, de 1973. Es un día de calor espantoso. Está nublado, pero la humedad pesa en el aire como si fuese el vapor de una caldera. Juan Cruz se encuentra con Mario, un hermano de Renzo que ha de llevarlos, a él y Laura, en su auto, a las cinco y cuarto. El estudiante de medicina lo mira con reprobación; sabe lo que van a hacer. Juan Cruz se traga esa mirada en la cual se mezcla el desprecio con cierto rencor indefinido. Algo le dice íntimamente que está pecando. Pero sigue. Su padre se ha negado a prestarle el auto y le ha dado la mitad de lo que necesitaban, reprochándole con desprecio. “A ver si piensas cómo enderezarte de una vez… no voy a vivir

financiando tus abortos”, le ha dicho. Se aguanta todo. Está moralmente derrotado. Es sólo una especie de autista que actúa programado. A las cinco y veinticinco levantan a Laura. Su madre la despide de entre las sombras de la puerta, angustiada. No hablan casi, hasta llegar al consultorio, diez minutos después. Al atender la doctora, Juan Cruz le dice: “he conseguido la mitad... mañana le daré el resto”. “Bueno, pasen” –ordena ella, impaciente y sigilosa. “Acostate aquí” –le dice a Laura. No pierde tiempo. Un hombre oscuro, de unos 55 años, aparece con un maletín para tomarle la presión. Intenta hacerse el chistoso mientras inyecta la anestesia. Laura está pálida, bocarriba, con las piernas abiertas. La doctora le ha ordenado quitarse la bombacha. Juan Cruz está bañado en transpiración. “Vos me vas a ayudar, teniéndola de los brazos”, le dice la doctora. Para ello, le acerca una silla junto a la yacente. Del otro lado, el anestesista manipula un estetoscopio y otros aparatos que no se reconocen bien. La doctora se va hacia el armario y reaparece con algo que a Juan Cruz le parece un cuchillo de varios filos. Decidida, lo introduce en la cavidad vaginal de Laura y empieza a girar con fuerza. Se oye un chasquido, como de cartílagos que se rompen. Despavorido, Juan Cruz mira al anestesista, que lo observa desde el otro lado de la camilla. Este le sonríe. “Tranquilo”, le dice, “todo va bien”. Laura se queja. Juan Cruz está a punto de desmayarse. “Anda a tomar aire, yo te relevo un poco”, le dice el anestesista, que ha notado su desvanecimiento. “No”, dice Juan Cruz. “Me quedo”. Ahora le parece que todo transcurre con lentitud exasperante. Oye en su cerebro, amplificados, los ruidos siniestros que produce el cuchillo en el útero de su novia. “Oh Dios”, piensa, pero al decirlo se avergüenza interiormente, se siente en grave pecado. Al fin, todo termina. Se ha vertido mucha sangre, pero no quiere mirar hacia el bol

donde fue a parar lo que ha salido del vientre de la muchacha. Entre los tres consiguen poner de pie a Laurita, que está como quebrada. Se queja, le cuesta caminar. Juan Cruz les pide un lugar para posarla, pues deben esperar que Mario los pase a buscar. La doctora le indica una habitación de arriba. Laura casi no puede caminar. Juan Cruz la levanta, con mucho esfuerzo. Y cuando sube la escalera, no puede evitar la analogía imaginaria de lo que está haciendo con la costumbre de los recién casados al ingresar en el aposento nupcial. Toda la cara se le moja, pero ni él sabe si son lágrimas o sudor. Ha llegado a una sensación de dolor espiritual tan honda, que no siente nada físico. Laura se queja, en el sofá, y transpira. "Mamá", dice. De a ratos, abre los ojos y mira a Juan Cruz, pero parece no reconocerlo. Por fin, Mario llega. Otra vez recorre la escalera con ella en sus brazos. De regreso tampoco hablan. Ahora el desprecio de Mario es más notable. Al llegar a la casa de ella, con gran sigilo, su madre y la sirvienta introducen a Laura, tomándola cada una de un brazo. "Bueno, me voy", dice Mario. Arranca el auto y deja a Juan Cruz allí parado, solo, en la vereda desierta de los González Abreu.

34

Let's Stay Together - Al Green

Esa noche hay reunión de la multisectorial para planificar las próximas movilizaciones. Sólo para huír de sí mismo Juan Cruz participa; pero no habla, ni una sola vez. Después, se van a comer una pizza con un grupo de universitarios.

Cierta muchacha, estudiante de sociología (que resulta ser hija del padrino de su hermano), se le ha pegado. Es bella y no debe tener más de dieciocho años, pero Juan Cruz está ausente. Cerca de las dos de la mañana, se levanta y propone a Juan Cruz:

– Vamos juntos, ¿no es cierto que vos vives para el mismo lado?

Al llegar a la casa, él intenta despedirse con un beso en la mejilla, pero ella busca su boca. Él responde de no muy buena gana. Bruscamente, ella levanta su remera, dejando a la tenue luz de farol sus pechos pequeñitos, durísimos.

–Mira qué belleza –dice ella misma– no necesito corpiño... tócalos, bésalos... son tuyos.

Juan Cruz levanta la mano por reflejo, pero detiene el movimiento en la mitad y solloza:

–Oh, no... no, no perdóname, me voy…

–¿Qué te pasa? ¿Acaso no dijiste que habías dejado con Laura? –le reprocha la muchacha, mientras él se aleja ya.

–No, no es eso –responde él. –No lo entenderías... perdóname....

Y se va corriendo, sin saber por qué. Siente la transpiración que lo baña por entre la ropa, pero no puede detenerse, necesita correr. Así se introduce en la densa oscuridad de Villa Constantina. Casi al llegar a la calle 12 de Octubre, tropieza con un ladrillo suelto en la vereda y se cae. Siente un breve dolor en la sien. Se toca y retira la mano húmeda, pero no distingue si es transpiración o sangre. “Oh Dios mío”, piensa, sin poder evitarlo.

35

The First Time Ever I Saw Your - Roberta Flack

Laura está viendo que su madre le derrama un chorro lento de agua translúcida, y por entre sus cristales el cielo azul, las nubes, que forman ondulados rebaños moviéndose como una caricia espiritual, se toca la frente y se da cuenta de que sólo reproduce una imagen de su niñez, la realidad es ésta, transpira, está oscuro y hace mucho calor, sin embargo, no distingue indicios categóricos para decidir cuál de las percepciones de los sucesos es la verdadera; ella no es niña, es cierto, si lo fuera no sabría tantas cosas como recuerda, pero podría también ser un sueño, la genética moderna sostiene que la memoria de ciertos hechos se transmite en el factor ribonucleico que va pasando a través de la sangre de generación en generación, entonces puede ser una niña, que está soñando lo que le sucedió a una abuela, por ejemplo, ese joven apuesto que avanza hacia ella y le hace girar en el aire no es Juan Cruz, o mejor dicho, es pero no en su vida, pues una niña no puede estar de novia, claro, más la oscuridad, el calor, este letargo y la náusea recurrente también pueden ser reales, la cara de su madre, fosforescente, que le dice “te voy a llevar a la habitación de los libros únicos, los pergaminos, los incunables” que deben estar a una temperatura óptima, por eso comprende que en su pieza no tenga aire acondicionado pero la habitación de los libros antiguos sí, sueña, entonces, todo eso, pues en realidad está recostada en la gramilla, con una ramita de ceibo

en la boca, se divierte moviendo con los dientes el pequeño tallo, lo cual hace bailar contra el blancoazul del cielo a los gallitos rojos, acostada, con la pollera levantada, las piernas abiertas y descalza, los brazos salpicados de barro del río, feliz de vivir, sintiéndose amada por el suelo, los árboles, la brisa, recordando en soledad los detalles de su fiesta de quince, que fue anteayer, sin embargo una tormenta se ha cernido sin que lo notara al parecer, pues todo se pone oscuro otra vez, truena y se enciende una luz hiriente, y en el medio del resplandor ve aparecer el rostro de su padre, enfurecido, el pelo achatado a la gomina la frente muy ancha el bigote negrísimo los ojillos como carbones destellando furia, lo oye discutir con su mamá, lo oye gritar, se siente arrebatada con violencia e introducida en un tumulto, en el que padece un largo rato; luego cesa, pero vuelve la náusea, vuelve el calor, y comprende que es un sueño pues la oscuridad se apaga como si hubiese sido producida artificialmente y deja paso a la realidad, esta realidad verdadera en la cual ella camina serenamente y descalza tomada del brazo de Juan Cruz por sobre la arenilla mojada del ancho río, casi entre nubes por la amplitud del horizonte que impide establecer un límite entre la tierra y el cielo. Entonces se desentiende de todo, ya no le importa el dolor de su cuerpo, comienza a escuchar en su mente a Roberta Flack, la canción que más ama. Y descifra sus líneas, tarareando en su interior:

The first time, ever I saw your face

I thought the sun rose in your eyes

and the moon and the stars

were the gifts you gave

to the dark, and the endless skies,

my Love.

And the first time, ever I kissed your mouth
I felt the earth move in my hands
Like the trembling heart
of a captive bird
that was there, at my command
my Love.

And the first time, ever I lay with you
I felt your heart so close to mine
and I know our joy
would fill the Earth
and last, til the end of time
my Love.

The first time, ever I saw your face
I thought the sun rose in your eyes
and the moon and the stars
were the gifts you gave
to the dark, and the endless skies,

my Love.

The first time, ever I saw your face

Your face

Your face

Your faace

Your face. *

* Traducción:

La primera vez que vi tu cara

pensé que el sol se elevó en tus ojos

y la luna y las estrellas

fueron los regalos que tú diste

a la oscuridad y los cielos interminables,

mi amor.

Y la primera vez que besé tu boca

sentí a la tierra moviéndose en mis manos

como el corazón tembloroso

de un pájaro cautivo

que estuviera allí, a mi merced,

mi amor.

Y la primera vez que me acosté contigo
sentí tu corazón tan cerca del mío
y yo sabía que nuestra alegría
podría llenar la Tierra
y duraría, hasta el fin de los tiempos,
mi amor.

La primera vez que vi tu cara
pensé que el sol se elevó en tus ojos
y la luna y las estrellas
fueron los regalos que tu diste
a la oscuridad y los cielos interminables,
mi amor.

La primera vez que vi tu cara
Tu cara
Tu cara
Tu cara
Tu cara…

6 de enero de 1973.

–Al igual que la guerra, la gente no hace por gusto la revolución. Sin embargo, la diferencia radica en que en una guerra, el papel decisivo es el de la coacción; en una revolución no hay otra coacción que la de las circunstancias. La revolución se produce cuando no queda ya otro camino. La insurrección, elevándose por encima de la revolución como una cresta en la cadena montañosa de los acontecimientos, no puede ser provocada artificialmente, lo mismo que la revolución en su conjunto. Las masas atacan y retroceden antes de decidirse a dar el último asalto.

–Pará Nahuel, me estoy durmiendo –pide Juan Cruz cuando el que lee llega a este punto –vamos a dejarlo para otro día... anoche tuve una noche mala...

Nadie hace ningún comentario, pero por el modo como lo miran Juan Cruz sabe que todos conocen su situación, la de Laura, y los compadecen. María Rosa, antes de irse, le ofrece, tomándolo del brazo:

–Juan Cruz, si necesitas algo, llámame... si necesitas el auto u otra cosa, pedímelo sin problemas...

Después que se van todos Juan Cruz se precipitó al teléfono.

–¡Ay, niño Juan Cruz! ¡Ha pasado una desgracia! –le dice la vieja Romelia desde el otro lado del cable– ¡La niña Laury se muere!

–¿Qué? –dice Juan Cruz –¿dónde está? –y ya su corazón se ha lanzado a una endemoniada carrera.

–¡Ay! ¡Usté no sabe lo que ha pasado! ¡Se está desangrando! ¡Anoche ha venido el padre y la ha encontrado en la pieza de los libros... la señora la había puesto ahí porque tiene aire acondicionado...hacía 45 grados de calor y la chica estaba muy mal... bueno, el padre se ha enojado y él mismo la ha sacado arrastrando de ahí y la ha llevado a su pieza... entonces la niña Laury se ha empezado a desangrar...

–¡Pero por qué no han llamado a un médico!

–El señor no quería. Decía que la gente iba a hablar mal de ellos, después. Decía que ya se le iba a pasar, y que se lo tenía merecido... por puta, así decía él. Y la señora no se atrevía a hacer nada... estaba muy enojado el señor. Recién hace un ratito, cuando han visto que la niña se moría, han llamado al doctor Roberto, el primo del señor. “Esta chica se muere” ha dicho el doctor, “hay que llevarla al sanatorio”... y cuando la bajaban, los retaba por no haberlo llamado antes... “es un crimen” decía el doctor.

–¿Adónde la han llevado, Romelia?

–Ay, yo no sé niño Juan Cruz... han dicho pero no me acuerdo...

–¡Hacé memoria, Romelia por favor!

–Han dicho que a un sanatorio de la Absalón Rojas... no me acuerdo más...

Después que colgó Juan Cruz buscó en la guía la sección de calles. Ubicó rápidamente la Absalón Rojas: había cuatro sanatorios allí. De repente vio la inmensa fotografía del Cristo en escorzo, que su padre tenía a espaldas del escritorio, y sintió una atracción irresistible hacia él. A medida que se acercaba sentía un profundo remordimiento y la sensación terrible de que ya nada era remediable: Laura iba a morir. Lo supo en ese instante, mis a pesar de todo se postró frente a Cristo y le habló:

–Señor... Señor... ¡yo he pecado! –castígame a mí.... ¡ella no tiene la culpa...!

La cabeza coronada de espinas parecía lejanísima, por el modo como fuera tomada la fotografía, desde los pies.

–¡Ay, Señor Jesucristo... ay!... te prometo que si Laurita no muere, yo me iré lejos, me iré a Vietnam, y no la molestaré más... –exclamó.

Entonces, una modelo en bikini que lucía en la portada de la última revista Siete Días, al lado, sobre una mesita, atrajo su atención. Sintió otra vez el aguijón del erotismo, emanando de esa figura. Fue un segundo: y se sintió **muy** miserable, se retorció sobre sí mismo, de vergüenza, volvió a llorar.

Algo le dijo que ya todo era inútil. Entonces enjugó sus lágrimas, se puso los anteojos oscuros, y salió a la calle bajo el mediodía gris.

Por instinto se dirigió rectamente al sanatorio ALEVYT, el más lejano. Ya casi no albergaba pensamientos racionales en su cerebro; en el caos de sentimientos que lo había invadido, los instintos dictaban, ahora, sus acciones. Al llegar, afiebrado por la caminata y el calor, averiguó y le dijeron que sí: estaba en ese lugar y la estaban operando. Se dirigió hacia donde le indicaron. Allí estaban varios de sus parientes, cariacontecidos. Salió un médico y habló con el padre. Este se acercó al grupo después y dijo que había que conseguir sangre... la noche anterior habían ocurrido cortes intermitentes de electricidad, por las intensas demandas, debido al calor, el sanatorio se había quedado sin reservas... Debía ser sangre de grupo universal; Juan Cruz se ofreció y fue junto con el padre y el hermano de su novia al laboratorio. Pero cuando el bioquímico le preguntó si había tenido Chagas, no quiso mentir y contestó que sí, a los cinco años. Entonces lo apartaron de los dadores. Esto llenó aún más de culpabilidad su corazón: Dios no le permitía siquiera contribuir con un poco de su sangre a la salvación de su novia. El hermano y el padre donaron medio litro cada uno, pero el médico dudó de que fuera suficiente.

Otra vez fueron a amontonarse en el pasillo de la sala de operaciones. Entraban y salían enfermeras con cajas de metal, bolsitas de suero y sangre. Como a las dos de la tarde salió otra vez el médico y desembozándose por unos instantes, habló nuevamente con el padre. Este repitió también gestos para dar las noticias: la operación iba mal... Laurita perdía mucha sangre... había que conseguirle sangre, de donde fuera...

En ese momento apareció por el pasillo la médica que había practicado el aborto. Sin poder contenerse Juan Cruz fue hacia ella y tomándola del brazo y sacudiéndola le espetó:

–¡Usted!... ¡¿qué le ha hecho a mi novia? ¡Se está muriendo!

–Yo no le hice nada... la operación fue perfecta... yo no sé qué le habrán hecho después... para eso me han llamado, ahora voy a ver –contestó la joven mujer, asustada –yo la voy a salvar, por favor, soltame que me vas a romper el brazo.

–No hagas escándalo, muchacho, no hagas escándalo –dijo apaciguador el padre de Laura, y junto con otros parientes lo apartaron de la doctora.

–¿Quién tiene un auto? –dijo Juan Cruz –préstenme un auto, voy a buscar sangre, la voy a conseguir de cualquier lado...

–Vamos, yo te llevo –le dijo un tío, a quien llamaban “el Gringo”.

En un auto grande, cuya carrocería vibraba por el calor, salieron a recorrer los posibles lugares con donantes.

–Vamos a la cárcel –dijo Juan Cruz.

Pero luego de una larga espera, en la guardia de la cárcel les dijeron que nadie estaba dispuesto a donar sangre aquel día. –Vamos al regimiento –dijo Juan Cruz.

–Espera – le contestó el tío Gringo –me acabo de acordar de un tipo, que vive allá en Tala Pozo... es un borracho perdido, pero si lo encontramos en condiciones de subir al auto, seguro que lo llevamos..., después le damos unos pesos para que siga tomando…

Tala Pozo quedaba a unos cinco kilómetros de allí. A medida que el Chevrolet 400 avanzaba por la ruta a gran velocidad bajo el calor agobiante, Juan Cruz temía perder la razón a causa de la angustia y ansiedad; le parecía que

montaran una tortuga, aunque al ver el velocímetro supo que iban a 100 km por hora.

Por fin, luego de dialogar primero con la esposa, y enseguida con un tipo tambaleante que salió del rancho, vio que el tío Gringo se dirigía con él hacia el auto. Sin hablar emprendieron el camino de regreso. De nuevo la sensación de desesperante lentitud agobió a Juan Cruz.

–¿No puede ir un poquito más rápido? –se impacientó.

–Voy a 110 km por hora, hijo –contestó el tío Gringo sin apartar la mirada de la ruta –en mi vida he andado a esta velocidad.

Cuando iban pasando por la Escuela Centenario, tuvo una premonición; todos sus sentidos se inhibieron y la tensión pareció abandonar su cuerpo; faltaban seis cuadras para llegar, no quiso traducir en palabras lo que había sentido, se negó plenamente a cualquier idea y sólo se repitió “ya llegamos, ya llegamos”.

Apenas el auto dio vuelta la esquina, vio a la madre de Laura en la vereda, junto al hermano, su novia y sus primas, que lloraban. El auto se detuvo y Juan Cruz bajó de un salto; fue a abrir la puerta trasera, para hacerlo bajar al tipo que dormitaba.

–¡Ay Gringo! –gritó la madre de Laurita en ese momento:

–Laurita se ha muerto.

Juan Cruz se dio vuelta sobre su cuerpo, igual que un trompo en su eje pero de un modo muchísimo más lento, y quedó unos instantes allí con la boca abierta, cara al cielo, para después empezar a caminar sin intervención de su voluntad en

sentido contrario al sanatorio donde estaba el cadáver de Laura; tambaleando, percibiendo su cuerpo sólo a través de los ojos pues había perdido momentáneamente los otros sentidos, en un silencio sordo, fue yéndose sin control, como descoyuntado, por más de una cuadra, hasta que un árbol flaco, justo en su camino, lo detuvo. Pudo abrazarse a él, quedamente, y se puso a llorar sin sonidos. Unos niños desde el tercer piso de un edificio de departamentos lo miraban divertidos. Parecían hablarle, los veía mover la boca sin emitir sonidos... Se dio cuenta de que había recuperado la audición, cuando pudo escuchar lo que le gritaban:

–Cheee... muchacho... ¿qué te pasa? –repetía chillando una niña como de ocho años, mientras sus hermanitos menores reían a carcajadas.

Alguien se había acercado sin que él se diera cuenta, alguno de los familiares, una mujer, y tomándole con suavidad del brazo le dijo:

–Vamos, Juan Cruz... ¿no quieres mirar a tu novia, antes de que se la lleven? ¡No te van a dejar mirarla, después!

Sin saber cómo, llegó al quirófano. Sintió que le cerraban la puerta detrás y se quedó solo con el cuerpo de Laura, que yacía con el camisón celeste sobre la camilla. Se acercó. Parecía dormida, pero con una expresión de contrariedad en el gesto. Había sufrido mucho. Miró hacia su vientre. Le habían afeitado el pubis, y sobre una franja que iba desde el ombligo hasta unos quince centímetros más abajo, abultaba una especie de apósito blanco. Juan Cruz acercó su cabeza y la besó largamente en los labios. Estaba fría, ya. Entonces, sin saber por qué ni poder evitarlo, sintió que el cuerpo se le iba encogiendo; quiso gritar pero sólo produjo un chillido, débil,

ridículo y notó que las manos se le habían crispado y encogido hacia el pecho, los hombros apretaban el cuello, las rodillas se le doblaban hasta llevarlo al suelo, de rodillas. En esa posición, de rodillas, sin poder gritar ni moverse permaneció hasta que alguien entró. Cuando notaron su situación, lo llevaron en andas hasta una silla, donde con un pañuelo mojado en bálsamo y un ventilador lograron reanimarlo, luego de un rato.

Allí esperó inmóvil, hasta que vio salir a la camilla que llevaba el cuerpo. Entonces, cuando lo subieron en la parte trasera de la ambulancia, pidió a la enfermera que lo dejara solo con el cadáver. Se acostó a su lado, en el pequeño espacio que dejaba el cuerpo, y así atravesó la ciudad en un viaje que le pareció muy corto.

Sin saber cómo, Juan Cruz se halló en la gran oficina–biblioteca del padre de su novia. Alguien lo había conducido hasta allí, sentándolo sobre un sillón. Se levantó. Había mucha gente alrededor del cajón, en el living. ¿En qué momento habían montado toda esa panoplia de candelabros y estúpidos ángeles de metal? Un individuo estaba poniendo algo como una caja con engrudo sobre el rostro de Laura. Juan Cruz se lanzó sobre él, gritando y tratando de apartarlo. Varios brazos le impidieron que golpeara al escultor, un amigo de la familia. Nuevamente lo condujeron a ese rincón aparte, sin que él se diera cuenta siquiera del espectáculo repulsivo que generaba su presencia. Trataban de ocultarlo, de sacarlo de en medio. Vio como en sueños a su padre, con su impecable traje gris y su sombrero negro que entró y luego de observarlo con desprecio, se fue. Supo que había sido real, pues enseguida se acercó la señora de Casablanca, una vecina de los González Abreu, que también era la secretaria de su padre para decirle:

–Me envía don Julián: dice que vayas, inmediatamente, a su oficina. Te ordena salir de aquí, ya.

Con toda docilidad Juan Cruz salió y se dirigió hacia donde le indicaban. Caminaba como un zombie. Estaba rota su voluntad.

Sin darse cuenta casi transitó las tres cuadras que separaban la casa de Laurita de La Oficina. Al entrar halló a su padre solo, leyendo. No levantó la cabeza y Juan Cruz se quedó parado cerca de él, en silencio. De repente, Julián Castañeda extrajo de su bolsillo un billete de 50 pesos nuevos y se lo extendió, diciendo con frialdad:

–Anda, tomate un taxi y vete a casa.

Juan Cruz hizo exactamente eso. Por la ventanilla trasera del auto miró pasar hacia atrás a las casas de Villa Constantina, que adquirían en el atardecer una definición intolerable. Cada línea de su contorno, cada punto de su volumen se presentaba a su imaginación mortificada con una vitalidad alucinante, latiéndole en las sienes. Al pasar por un kiosco pidió al chofer que se detuviera y bajó a comprar cigarrillos. Allí se dio cuenta de que el horizonte empezaba a oscurecer; cuando llegó a su casa buscó en el living el viejo sillón de su abuelo, y se dejó caer allí. Al oírlo, se acercó su abuela, que sabía todo lo sucedido, y solamente le preguntó:

–¿Quieres comer algo?

El contestó:

–Bueno.

Al rato ella regresó con una bandeja de madera, que depositó sobre los posabrazos del sillón, como si él estuviera

enfermo. En realidad, lo estaba. Y mucho. Sólo que su enfermedad no hubiera podido ser encontrada en el cuerpo molecular.

Su *mamaviejita* le había preparado una costeleta a la plancha, lechugas, huevos pasados por agua. Juan Cruz comió en silencio y lloró. La penumbra del anochecer fue suavizando y complejizando el moblaje de la estancia; el reloj tocó sus campanadas profundas indicando la hora; a Juan Cruz le parecieron muchas, pero no lo supo con seguridad, pues allí mismo, agobiado por la tristeza y el cansancio se durmió.

Al llegar la mañana atinó sólo a encerrarse en su pieza, sin siquiera lavarse la cara. Por eso no supo que estaba barbudo y desgreñado. Estaba allí, partido por el dolor, cuando alguien golpeó su puerta. Al abrirla, entró Marilyn, una compañera del PRT, que lo abrazó. Luego con muchos argumentos, lo convenció para que fuesen al entierro. Había venido con José Luis, otro compañero, en un Fiat 600. Ya alumbraba fuerte el sol; en el cementerio de El Zanjón, se extendía por varias cuadras una larga fila de autos que habían acompañado al féretro. Nadie puso objeciones cuando se adelantaron en el autito blanco. “Ahí está”, oyó que decían, al bajar y acercarse al lugar donde introducían el cajón. Le abrían paso. Cuchicheaban. El sol brillaba esplendoroso. Entre los cipreses bullía una multitud; percibió trajes negros y mediasvoces. “¡Entrá al panteón… antes que lo cierren!”, oyó. ¿Quién le hablaba?... Adriana, otra compañera. Entró. En uno de los anchos estantes, por encima de su cabeza, estaba el cajón oscuro que la contenía. Se colgó con las dos manos de la cornisa, quiso llorar. Otra vez tuvieron que sacarlo,

desprendiendo entre dos hombres los dedos de sus manos, que se habían agarrotado en las argollas del cajón. Luego de esto se desplomó, no supo más lo que pasaba. Hasta que recobró la percepción exterior para comprender que iban en auto, de regreso por la Independencia. Lo habían recostado sobre el asiento trasero. Se incorporó.

37

Aquelarre - *Jugador, campos para luchar*

Marylin se encontró con Marcela Sadam en la Confitería Ideal. Le contó lo que había hablado con Romelia, la empleada de los González Abreu. Sabiéndola amiga de Juan Cruz, la empleada le había dicho “toda la verdad”.

Esa noche, anterior al fallecimiento, según Marylin, la mujer había visto cómo el padre arrastraba a Laura por la escalera hacia abajo, mientras la golpeaba de un modo salvaje. Para transportarla hacia una habitación pequeña e incómoda, prácticamente en desuso, echándola de la que tenía aire acondicionado, donde su madre la pusiera antes.

El cuartucho estaba atrás, junto al patio. Como debía trasladarla por una escalera expuesta, el vecino de una vivienda contigua había presenciado la escena. Este hombre había salido a fumar a la terraza; desde allí pudo ver, nítidamente, a

González Abreu propinando una paliza brutal a su hija, mientras la arrastraba por los cabellos. Sintiendo temor por la joven, por teléfono denunció la agresión a la Policía.

Como a las doce de la noche se había presentado un agente. Que no se atrevió a contradecir al licenciado González Abreu. Este lo echó, con fastidio, reprochándole que vinieran a molestarlos. "Más, teniendo en cuenta que lidiaban con el ataque de apendicitis de su hija". Por el cual "esperaban una ambulancia", para llevarla a "una posible operación de urgencia". Esta iba a ser la versión oficial.

Cuando ocurrió el fallecimiento, tanto en las publicaciones del diario como en las conversaciones familiares esta versión prevalecería. Ni siquiera su hermana, que había viajado urgentemente desde Buenos Aires, ni su hermano, venido de Tucumán, escucharían de su padre y su madre más que lo de "la apendicitis". Aunque ya todo el barrio murmurase lo denunciado por el vecino. Se decía que la paliza había sido tan brutal, como para provocarle esa hemorragia…

Marcela había escuchado en silencio. Al finalizar la narración de Marylin, le preguntó:

–¿Y qué piensas vos que debemos hacer?

–No sé… quizá denunciar… y también avisarle a Juan Cruz…

–¡Nooo! –se escandalizó la joven universitaria. –¡Denunciar no!... ¡Con la trama de amistades que tiene el padre de Laura, no van a investigar nada!... ¿Acaso no te acuerdas que el Presidente del Superior Tribunal de Justicia es compadre del viejo? ¡Y menos avisarle a Juan Cruz!... ¡A ver si se enloquece y va y le pega un tiro al viejo!... Dejemos todo así, Marylin…

dejemos todo así… La vida y el tiempo se encargarán de poner cada cosa en su lugar…

La segunda noche después de la muerte de Laura, agobiado por los remordimientos, había salido al azar por las calles desiertas como las dos de la madrugada. Insensiblemente se había ido acercando a la casa de ella. Desde la esquina de la Belgrano, bordeando la acequia festoneada de chopos, había mirado melancólicamente hacia su casa y la había visto...

Ella caminaba como desamparada, por frente mismo de su casa, entre los pocos autos estacionados junto a las veredas. Iba descalza. Con una túnica color de trigo.

Juan Cruz se acercó, estremecido en la columna vertebral. ¿Quién era? Laura estaba muerta.

No lo estaba, al parecer: era Laura, casi desnuda, sólo en la ropa tenue con que había sido enterrada. "¡Dios mío!, pensó Juan Cruz. Es un fantasma".

Temblando y conmovido de un modo extremo se acercó más a ella. Gemía y lloraba, llamando a su madre, mientras miraba con los ojos anegados hacia el balcón del primer piso.

"Laura", dijo Juan Cruz, y su voz sonó como un graznido en la oscuridad. Ella se dio vuelta, y lo miró como espantada.

Entonces, con un gesto de temor en el rostro estiró las manos, con actitud de apartarlo; fue retrocediendo, despacio, casi hasta llegar a la esquina de la 24, y allí desapareció.

Juan Cruz no pudo soportarlo, se arrodilló en el suelo, y se quedó allí un rato, llorando.

Los días que siguieron le resultaron casi intolerables. No había pensado jamás en que Laura moriría. En el oscuro marasmo mental donde sus sentimientos subsistían siempre al borde de la asfixia, lo peor que vislumbrara, antes, había sido el fracaso de su noviazgo. Un alejamiento, que dejaría como saldo a dos jóvenes psicológicamente disminuidos, por la frustración, por haber creído tocar el cielo y sólo haber llegado a una terraza, de la que después cayeron. Cuando Laura murió Juan Cruz quedaría literalmente suspendido en el vacío.

Algunos años más tarde, meditando sobre aquellos momentos, escribiría en su Diario: *"Como un pez que ha sido secuestrado del ancho océano para encerrarlo en una esfera de cristal, yo andaba los primeros días, después de su partida, por las ajenas calles de Santiago, sintiendo los ruidos de los autos y la gente como si transcurrieran separados de mí, en planos atmosféricos de diferente densidad, tanto como podrían serlo ante el pez la atmósfera exterior en comparación al agua donde ahora dificultosamente se desplazaba".*

Agotado por los sentimientos luego de días estériles, se sumergía por unas horas en sueños abrumadores, para despertar posteriormente sobre un mundo de cera. Al sentarse en su cama, percibía a los objetos sin luz; si eventualmente salía, nada ni nadie despertaba su interés, como para sacarlo un instante del penumbroso caos en el que iba sumido, como un *zombie*. Evitaba las calles concurridas; si distinguía a la distancia una silueta conocida, huía, escondiéndose o retrocediendo por donde viniera. Mientras meditaba cómo suicidarse, le pareció que lo menos traumático para su familia

sería hacerlo con pastillas. Como ya había intentado una vez sin éxito, a los catorce años.

Durante dos semanas permaneció casi todo el tiempo encerrado en su habitación, la más pequeña de la casa, durmiendo por ratos cuando lo capturaba el sueño, despertándose en medio de la noche; sueños con pesadillas… su abuela lo veía trashumar desde su covacha al baño, de allí a la pequeña despensa, sin saber que estaba buscando los psicoanalépticos más potentes que pudiera conseguir entre los fármacos de su padre, para suicidarse.

Finalmente encontró Dembutal. Se llevó dos frasquitos de 20 comprimidos a la pieza y decidió hacerlo, esa noche a las 12. "Empezaré el día muerto", pensó Juan Cruz. "Iré al infierno".

La culpa lo doblaba en dos.

"Yo soy el culpable", pensaba, "soy un asesino: doble, maté dos niños, triple, la maté a ella también. No tengo atenuante".

Pero cuando llegó el momento, escuchando con auriculares el long-play de Pink Floyd, se dijo que era más imperdonable matarse. Debía quedarse aquí. Para absorber, hasta las últimas gotas, el ajenjo amargo que resultaba de sus propios actos. Matarse, incluso el hacerlo así, tan dulcemente, pues se iría durmiendo tranquilamente hasta el fin, resultaba en verdad una repugnante cobardía.

En su interior se fue fortaleciendo un impulso que le indicaba "no suicidarse, no hacerlo". Si se consideraba cristiano –pensó– o aspiraba a ser cristiano, suicidarse hubiera sido peor que lo ya cometido. No iría a unirse con Laura, ni siquiera rozaría el plano al que ella seguramente había

ascendido. Suicidarse era propio de los cobardes, los incapaces de asumir su propia miseria, su deformidad esencial, su dañina imperfección. Y dedicarse a buscar –o al menos intentar– rectificarse. Entonces decidió *quedar aquí* para levantarse, aún con el cuerpo atenazado por las heridas, magulladuras y moretones, y seguir peleando por su salvación. Si algo le resultaba claro ahora, en esta completa soledad repentina, era su fealdad intrínseca, su imperfección, su maldad moral. No era alguien bello, encantador, elegante, deslumbrador, como desde su adolescencia había ido construyéndose hacia el exterior. Era un manojo hediondo de mezquindad, egoísmo, complejos rencorosos, odios, resentimientos, miedos, desamor, que debía intentar enfrentar y eliminar de su personalidad, para poder saber si realmente era posible dar *un sentido* a su existencia sobre la Tierra y si *tenía* un Espíritu. En tal estado mental, pues, decidió "dar su vida por los demás". Y el camino más rápido que se le ocurrió para concretar esto fue viajar a Vietnam. Se ofrecería como voluntario a las fuerzas estadounidenses. Una vez en el frente, desertaría y combatiría, con valor temerario, junto a los vietnamitas, para defender su revolución comunista y su dignidad.

Durante la tercera semana después de la muerte de Laura, pues, Juan Cruz fue a la Policía Federal para tramitar el pasaporte. Quince días más tarde, ya lo tenía en sus manos.

Lo guardó y por un impulso repentino, decidió no volver a su casa. ¿Adónde iría? Quién sabe… "¿Por qué no a Córdoba?", se dijo. Metió la mano en el bolsillo derecho de su vaquero, para extraer dos billetes: veinte pesos… no alcanzaba ni para un sándwich…

"Qué me importa. Iré caminando. Ahora le demostraré a mi papá que no lo necesito, que puedo vivir, o morir, solo, sin pedir nada a nadie", se dijo. Y empezó a caminar por la Avenida Belgrano, derecho, hacia el Sur.

Juan Cruz camina sobre el pedregullo, por el costado de la ruta 9, que lleva a Córdoba. Es una mañana fresca, la vegetación está aún mojada de rocío. Villa de María del Río Seco, ve en un cartel. En su cabeza, por ratos, canta Emilio del Guercio.

¡Eh!... jugador la casa está vacía. No vengas a jugar porque este juego limpio... no es para ti.

El grupo Aquelarre suena en la cabeza de Juan Cruz mientras camina por la orilla de la ruta 9. El último longplay *que le regaló Laura. Lo ha escuchado tantas veces, durante tantos días seguidos, que lo sabe de memoria. No sólo sus letras: también sus acordes de guitarra, de órgano, los rulos del baterista.*

No vuelvas nunca más

no vuelvas nunca más

aquí, aquí...

En el jardín grité

si soy un ser

normal, normal.

O el grito de mi casa

dejó de respirar...

(Rodolfo García, batería y coro, Hugo González Neira, clavicordio eléctrico, Héctor Starc, guitarras).

Las grandes piedras de un macizo facetado como por hachas gigantescas bordean el camino, entubándolo con anchísimas paredes, plagadas de inscripciones: "Fabián y Nilda", "Tutti y María Eugenia", "Adriana, si lees este cartel..."

Hasta aquí llegué, flores para amar campos para luchar aquí, aquí...

Sin que él le hiciera señas se detiene un auto, un Torino blanco. Un tipo pelado desde el volante le grita:

–¿Adónde vas, muchacho?

–A Córdoba, dice él.

–¡Te faltan más de trescientos kilómetros!... Voy hasta un poco antes, si quieres te acerco –ofrece el pelado.

–No gracias, dice Juan Cruz.

–¿Estás loco? ¿Quieres caminar hasta allá? –exclama el tipo, sorprendido.

–Sí, quiero caminar –contesta Juan Cruz. Entonces el otro arranca, molesto, y se va sin saludarlo.

¡Eh!... jugador

quizás alguien te grite

no vengas a jugar, a jugar porque este juego limpio

no es para ti.

Hasta aquí llegué

no vuelvas nunca más

no vuelvas nunca más

aquí, aquí...

Sobre la pared de su habitación, en jornadas enteras de trabajo, obsesivo, Juan Cruz había dibujado de memoria, con lápiz, el rostro de Laura. Asombrosamente parecido, lo miraba en su mente como si estuviera grabada por algún extraño milagro, más nítida que en una fotografía.

Sí, más nítida, porque aquí tenía volumen. No se ha suicidado porque como una iluminación ha pensado de repente, con una seguridad inexplicable, que Dios seguramente lo iba a rechazar si lo hacía.

Andaría deambulando por ahí, por los basurales del inframundo, sin encontrar la calma. Lo sabía... ¿por qué lo sabía?... No podía explicarlo: solo lo sabía*… Era mejor quedar aquí, y ver si podía hacer algo para remediar sus horribles fallos.*

Al fin, paulatinamente fue saliendo de aquel marasmo de dolor, para internarse en este otro orden nuevo en que habitaría por mucho tiempo, donde la realidad había tomado una tonalidad grisácea, agobiada, a su alrededor.

Cantemos tu nombre en casa

cantemos tu nombre en casa

abran todas las ventanas

lentos campos van a hablar

árbol de una sola calma canto que gotea el sol.

(Emilio del Guercio, guitarra americana y coro; Rodolfo García, batería y coro; Hugo González Neira, clavicordio eléctrico, órgano y voz; Héctor Starc, guitarra acústica y hawaiana).

Cantemos tu nombre en casa

hamaca tu propio cuerpo

y en el aire soplo yo

cantemos tu nombre en casa.

Juan Cruz camina solo, por sobre el pedregullo de la banquina. Junto a la ruta 9. Hacia el Sur.

Santiago del Estero

Figura de tapa y contratapa: Alex Andreev.


www.alexandreev.com